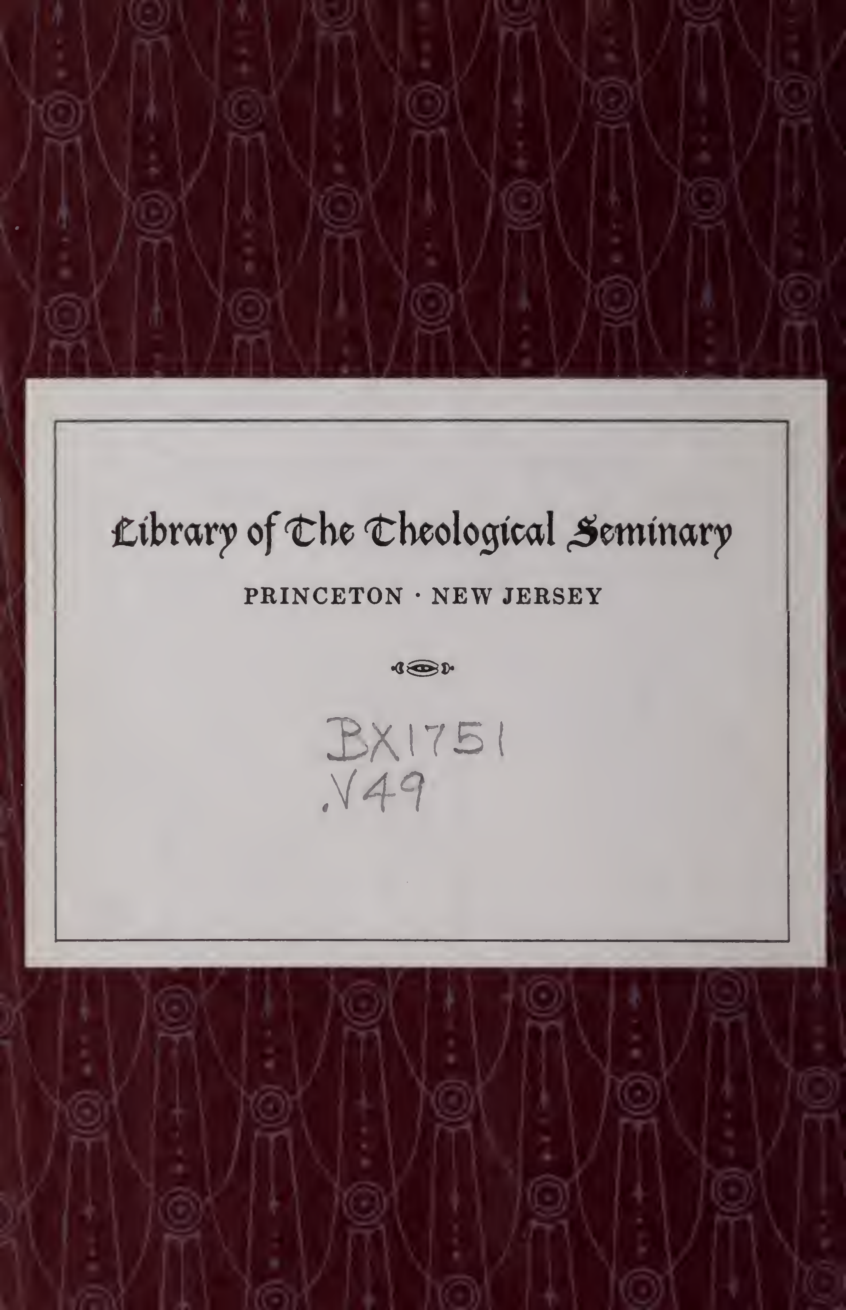






CONFERENCIAS
SOBRE EL DOGMA CATÓLICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Obras oratorias y literarias.	2 volúmenes.
Vida del Iltmo. y Redvmo. Señor Don Rafael Valentín Valdivieso Arzobispo de Santiago de Chile.	2 volúmenes.
Historia de la Literatura Antigua, Moderna y Contemporánea.	1 volumen.
Elementos de Retórica y Poética.	1 »
Tratado de Oratoria Sagrada.	1 »
Vida de Santa María Magdalena.	1 »
El Angel de la Primera Comunión.	1 »
Mes de María Inmaculada.	1 »
Mes del Sagrado Corazón de Jesús.	1 »
Mes de las Ánimas del Purgatorio.	1 »
María. Su Vida, sus Dolores, su Gloria.	1 »

CONFERENCIAS
SOBRE EL DOGMA CATÓLICO

Para las personas ilustradas
que desean conocer los fundamentos
racionales de la Religión.

PRONUNCIADAS

EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE CHILE

POR EL
Presbítero Rodolfo Vergara Antúnez,
RECTOR DEL ESTABLECIMIENTO,
CANÓNIGO HONORARIO DE LA METROPOLITANA
DE SANTIAGO
Y MIEMBRO ACADÉMICO DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL.



TURNHOUT (BÉLGICA)
Establecimientos Brepols, S. A.

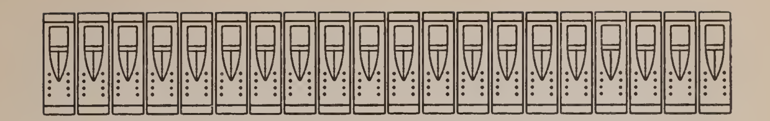
APROBACIÓN ECLESIÁSTICA.

Santiago, 28 *de Agosto de* 1911.

Visto el informe del revisor nombrado, Presbítero Dn. Ernesto Palacio, concédese la licencia necesaria para la impresión y publicación de las Conferencias sobre el dogma católico pronunciadas por el Presbítero Dn. Rodolfo Vergara en la Universidad Católica de Santiago. Temóse razón.

EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

SILVA C., SECRIO.



PRÓLOGO.

Muchas veces nos hemos preguntado con honda tristeza : ¿por qué hay tantos incrédulos en nuestra época ? ¿por qué hay tantos hombres, dignos de aprecio por sus prendas naturales, que rechazan sistemáticamente la Religión Católica, tan razonable en sus dogmas, tan santa en sus preceptos, tan consoladora en sus promesas, tan bella en su culto, tan fecunda en grandes virtudes, tan benéfica en sus instituciones ? ¿Por qué hay tantos que habiendo nacido en su regazo, la abandonan como á una madre desnaturalizada, renunciando con la fé á la única felicidad verdadera y estable, la que se encuentra en la eternidad con la posesión de Dios ?

¿Será porque, como lo afirman sus enemigos, el catolicismo es un rezagado en el camino del progreso, un anacronismo en estos afortunados tiempos en que las ciencias han difundido nuevas luces, en que las inteligencias, libres de odiosas ligaduras, se espacian en más ámplios horizontes, y en que el progreso humano avanza con vuelos de águila ?

No ciertamente : el catolicismo está muy lejos de ser extraño al movimiento ascendente del progreso en sus diversas manifestaciones ; al contrario, ese progreso se realiza en el seno del catolicismo con más vigor y pujanza que fuera de él. Si fuera de él hay sabios ilustres que cultivan las ciencias, también los hay, y en mayor número, dentro de él y la historia atestigua que el catolicismo ha sido en todo tiempo el propagador más ardoroso de las lu-

ces y el que ha dedicado mayores esfuerzos á la difusión de los conocimientos científicos, literarios y artísticos.

El catolicismo es luz, porque lleva la verdad en su seno; y por eso siempre ha honrado y glorificado á los verdaderos sabios; y por eso ha tenido siempre lauros de oro para ceñir la frente de los grandes poetas, y ha estimulado con recompensas á los artistas de genio, y ha prodigado bendiciones y aplausos á los maravillosos inventos que dan impulso á la industria humana. Y si esto es verdad, como lo acredita la historia, ¿por qué se alejarían de la Religión los que dicen que aman las luces y creen merecer el glorioso titulo de sabios?

Es una verdadera aberración atribuir al escepticismo religioso la superioridad intelectual. Si así fuese, los más grandes talentos serían siempre escépticos y sólo los espíritus apocados aceptarían las verdades de la fé. Pero los hechos dicen lo contrario. Orígenes, Tertuliano, San Agustín, San Basilio, San Ambrosio y tantos otros insignes defensores de la fé aventajaron en genio é ilustración á Celso y Porfirio, sus detractores. Pascal, Descartes, Bossuet, Corneille, Bonald, para no citar más que á unos pocos, valieron mucho más como filósofos y literatos, que el patriarca de Ferney y el misántropo de Ginebra. Cuvier, Ampére, Biot, Cauchy, Pasteur no son inferiores en ciencias y en capacidad intelectual á Buckner, Feuerbach, Maleschot y Littré. Y, en fin, el siglo XVIII, el siglo de la negación, no aventajó al siglo XVII, siglo de profunda fé y de insigne esplendor literario.

Otras muy diversas son las causas de la incredulidad. Estas son múltiples como las enfermedades que atacan el organismo humano. Ya es la depravación moral que pretende acallar los clamores íntimos de la conciencia herida, negando la ley moral y las sanciones de otra vida. Ya es el orgullo, que hace al hombre rebelde á toda autoridad doctrinal, creyendo que no hay más verdades que las que descubre su débil razón. Ya es el deseo de notoriedad, que

no se conforma con el sentir común, lo que hacia decir á Rousseau, hablando de los filósofos de su tiempo, que por singularizarse serían ateos entre los creyentes, y creyentes entre los ateos. Ya es la fe inactiva, que no siendo fecundada por las buenas obras, decae, se debilita y se extingue al fin, como una llama, falta de combustible.

Pero hay otra causa más general de la incredulidad, y es la que ha señalado el Pontífice Pio X en su Encíclica sobre la Doctrina Cristiana. « Sin desconocer, dice, el relativo influjo de las demás causas, creemos que están en la verdad los que piensan que tanto la actual indiferencia y embotamiento de los espíritus, como los gravísimos males que de aquí se originan, reconocen por causa primaria y principal la ignorancia de las cosas divinas. »

Esta ignorancia en materias de religión es, ciertamente, un hecho tan triste como notorio. Esta ignorancia es la que obscurece la vista intelectual de muchos incrédulos, que no ven en la Religión más que una institución humana, porque no conocen ó no han examinado atentamente las pruebas luminosas que acreditan su origen divino. Á esta misma ignorancia se ha de atribuir la antojadiza afirmación de los que creen que entre la fé y la razón hay incompatibilidad absoluta, como si fuesen dos rivales irreconciliables. Por ignorancia se confunde lastimosamente lo incomprensible y lo absurdo, lo que es *superior* á la razón y lo que es *contrario* á la misma, tratándose de los misterios de la Religión. Por la misma causa se acogen con oidos dóciles las más absurdas calumnias contra la Iglesia y se aceptan como verdades científicas las más arbitrarias hipótesis para explicar el origen del hombre y del mundo. Por ignorar el significado y alcance de los dogmas católicos se atribuyen á la Iglesia doctrinas que no ha enseñado jamás. Por no conocer el Evangelio se tienen como invenciones humanas la confesión sacramental, la santa Eucaristía y la autoridad é infalibilidad del Papa.

Y esta deplorable ignorancia no se advierte solamente en

las clases de escasa cultura intelectual, sino también en hombres ilustrados y hasta en los que se dan el título de sabios. No sería difícil comprobar con hechos esta afirmación, ya que son innumerables los casos de hombres eminentes en otras ciencias que desbarran como niños en materias de religión.

Esta general ignorancia se explica, entre otros motivos, por el hecho lamentable de que en los colegios que no son dirigidos por maestros católicos, ó no se enseña la Religión ó se enseña de un modo tan deficiente, que el joven apenas se da cuenta de las grandes verdades que deciden del porvenir religioso del hombre. De esas escuelas y colegios salen centenares de niños que apenas conocen la Religión y para quienes esos conocimientos rudimentarios y superficiales serán el único bagaje religioso que llevarán en la vida. Absorbidos más tarde por los afanes que han de procurarlos los medios de subsistencia, pocos son los que se interesan por ampliar esos conocimientos y estudiar los fundamentos racionales de la Religión. Y ¿por qué extrañarse de que el primer soplo de incredulidad extinga la luz de la fé en esas inteligencias tan poco ilustradas ? Un sofisma cualquiera, una negación doctrinal, una calumnia contra la Religión, leídas en un mal libro ó en un diario irreligioso, ú oídas de los labios de maestros impíos, bastarán para derribar aquel edificio sin base.

El catolicismo no teme á los verdaderos sabios, porque, como dice Bacón, la mucha ciencia conduce á la Religión ; lo que teme es la semiciencia, que, inflada de orgullo y de jactancia, pretende erigirse en juez de nuestras creencias sin conocerlas ; teme á esos novelistas, á esos cronistas de pequeños diarios, á esos maestros de cualquier insignificante asignatura, que dogmatizan sobre religión sin haber estudiado el Catecismo, y que no la conocen sino por las caricaturas que han visto en algún libro impío.

La ciencia de la Religión ha sido reemplazada en nuestros días por lo que llaman « ciencia de las religiones ». Buen

número de eruditos han hecho estudios profundos sobre los cultos de la Grecia, de la Antigua Roma, de la Persia, de la India ; y estas religiones han sido objeto de clasificaciones ingeniosas, de generalizaciones arbitrarias, de investigaciones curiosas. Pero al mismo tiempo que estudian las religiones, dejan en la sombra la única Religión que debiera ser objeto de sus estudios, porque es la única verdadera, la única de origen divino, la que ha civilizado el mundo.

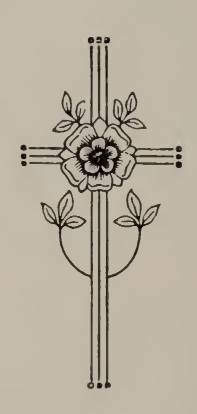
Por lo cual, á la mayor parte de los enemigos de la Religión pueden aplicarse estas palabras de Bossuet : « Blasfeman de lo que ignoran y corrompen lo que saben. » Doble forma de incompetencia de esos espíritus cultivados que condenan sin oir ó que tergiversan y desfiguran las doctrinas del acusado. Son hombres que, si valen por sus talentos, no valen por sus negaciones.

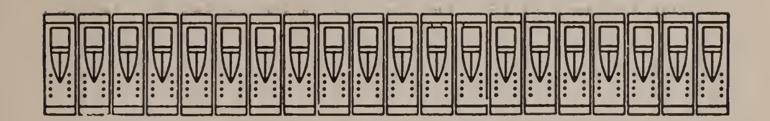
La Religión sería más apreciada, si fuese más conocida ; y por eso los espíritus rectos que han vivido algún tiempo en la incredulidad han concluído siempre por profesarla después de haberla conocido. Así lo declaraba, entre otros muchos, un ilustre escritor del siglo XVIII, La Harpe, cuando decía á sus antiguos compañeros de incredulidad : « He creído, porque he examinado ; examinad también vosotros, y creeréis. »

Contribuir á esta dichosa vuelta al hogar de la fé de alguno de los hijos pródigos que le han abandonado por no conocer los tesoros de verdad que encierra, es el propósito del autor de estas Conferencias. Pronunciadas en la Universidad Católica de Santiago de Chile, han tenido por objeto ilustrar á la juventud que busca el porvenir en sus aulas, exponiendo ante su consideración los fundamentos racionales de los principales dogmas de la fé católica y refutando los errores más generalizados que los niegan ó combaten. Y á fin de obtener mayor utilidad de estos discursos apologéticos, han creído personas de recto criterio, ante el cual se inclina respetuosamente el nuestro, que

convenía reunirlos en un volumen con el doble propósito de llevar el convencimiento á los que no creen y afirmar la fe de los que creen.

Quiera Dios bendecir estas páginas y hacerlas fecundas en bienes para las almas, y si algún galardón mereciese el Autor por las vigilias empleadas en defensa de la fé, no pediría otro que la íntima satisfacción de arrancar de las tinieblas de la incredulidad ó del vacío glacial de la duda á algunas de esas almas extraviadas que han errado el camino de la verdad, único que conduce á la felicidad verdadera y eterna.





Conferencias sobre el Dogma Católico

PRONUNCIADAS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTIAGO DE CHILE.

PRIMERA CONFERENCIA.

LA CIENCIA Y LA FE.

ILTMO. Y RVDMO. SEÑOR: (1)

SEÑORES:

DESEOSOS de que la Universidad Católica corresponda dignamente á su nombre y á su objeto, iniciamos hoy una serie de Conferencias doctrinales destinadas á acrecentar y robustecer los conocimientos científicos de la distinguida juventud que acude á nuestras aulas. Queremos abrir aquí una cátedra más amplia y más pública que la de las aulas, en que se haga oir la voz de todas las ciencias, y especialmente de aquellas que se relacionan con las carreras profesionales, á fin de que esta institución sea un verdadero centro científico en que maestros y discípulos concurran á la propagación de las ciencias, que es una de las necesidades de nuestro país y de nuestro tiempo.

Una de estas Conferencias quincenales versará sobre religión, porque en el hogar cristiano de las ciencias no

(1) El Iltmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo de Santiago, Doctor Don Mariano Casanova.

puede dejar de tener digna representación la más alta é importante de todas las ciencias, la ciencia de Dios y del alma, la ciencia que enseña las relaciones necesarias entre el Criador y sus criaturas inteligentes y abre el tesoro de las divinas revelaciones que más importa saber al hombre, viajero de un día que busca entre tinieblas y dolores la patria de la inmortalidad.

Y sea, Señores, el objeto de esta primera Conferencia desvanecer uno de los errores más divulgados en nuestro siglo y que, en fuerza de su repetición, ha llegado á ser como un axioma en el campo de los enemigos de la religión. Se ha dicho que entre la ciencia y la fe hay una oposición invencible, por cuanto la ciencia no puede admitir en sus dominios lo sobrenatural, ni aceptar como verdadero lo que es incomprensible para la razón humana. Y á fin de dar consistencia á esta teoría, se han inventado hipótesis y sistemas encaminados á convencer de falsedad á la doctrina contenida en las Santas Escrituras y á explicar sin intervención de Dios el origen del mundo y la procedencia del hombre.

En la segunda mitad del último siglo hemos asistido á una lucha formidable entre la ciencia y la fe, en que los luchadores han esgrimido sus mejores armas, en que se ha apurado el ingenio y multiplicado los experimentos en las ciencias de observación, y escrito centenares de volúmenes de una y otra parte. Y más de una vez la incredulidad, creyéndose dueña del triunfo, se ha jactado de haber destruído con el ariete de la ciencia la doctrina diecinueve veces secular, que había resistido á los golpes brutales de la fuerza y á los embates redoblados de la herejía.

Yo sostengo, Señores, que esta oposición no puede existir de derecho, ni existe de hecho.

I

Y en efecto ¿qué es la fe? La fe es el firme asentimiento de nuestra mente á las verdades que Dios ha revelado.

Y ¿ qué es la ciencia ? Según Santo Tomás, es el conocimiento de las cosas por sus causas. De manera que la fe y la ciencia nos dan el conocimiento de las cosas : la una nos da el conocimiento de las cosas del orden sobrenatural, y la otra de las del orden natural. La una y la otra son un conjunto de verdades que ilustran y perfeccionan el entendimiento humano : dos faros encendidos en medio de la humanidad para alumbrar su camino.

Ahora bien, si la revelación y la ciencia enseñan verdades, es evidente que no pueden estar en contradicción, porque la verdad no puede contradecir á la verdad, así como la luz no puede ser contraria á la luz.

Por otra parte, la revelación y la ciencia tienen el mismo origen, y este común origen es Dios. Efectivamente, Dios se ha revelado al mundo de dos maneras : primero, por la creación, y segundo por la revelación. *Las cosas invisibles de Dios*, ha dicho San Pablo, *han sido hechas visibles por medio de la creación*. La naturaleza que estudia el sabio y cuyas leyes investiga, es obra de Dios ; y en ella se manifiestan por modo admirable sus divinos atributos. ¿Quién, por ejemplo, al contemplar el mundo planetario, no ve reflejados en el orden é imperturbable armonía de los astros la sabiduría y el poder del Creador ? Por eso, todos los genios de la ciencia, Copérnico, Keplero, Newton, Euler y tantos otros, han vivido en perpetua adoración de la mano omnipotente que lanzó tantos mundos en el espacio y los sostiene en ese equilibrio maravilloso que nace, no de la inmovilidad universal, sino de un continuo movimiento. Y cada vez que por la fuerza de su genio han descubierto alguna de las leyes que rigen el mundo, han exclamado como el Rey-Profeta : *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento publica las obras de sus manos.*

Obra de Dios es también la segunda revelación, que se contiene en los libros inspirados, revelación más íntima, más directa y más completa. Y si ambas revelaciones, la

de la naturaleza, que es objeto de la ciencia, y la escrita, que es materia de la fe, se derivan de Dios, es imposible que se contradigan, porque, si así fuese, Dios se contradiría á sí mismo, enseñando cosas opuestas en esos dos libros inmortales que se llaman la revelación y la naturaleza.

Las verdades reveladas por Dios son de dos clases : unas están al alcance de la razón, como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma ; otras exceden las fuerzas naturales del entendimiento y no habrían podido ser conocidas sin la revelación, tales como los augustos misterios de la Trinidad, de la Encarnación del Verbo y de la Eucaristía.

En cuanto á las primeras, pudiendo ser conocidas y demostradas por la razón, son objeto de la ciencia lo mismo que de la fe ; y de hecho la filosofía las enseña y demuestra con argumentos de pura razón.

En cuanto á las verdades que exceden el alcance natural del entendimiento, y que por esta causa se llaman *misterios*, están muy lejos de oponerse á la razón, como lo pretende la incredulidad moderna. Y en efecto, el exceder una verdad las fuerzas del entendimiento, no quiere decir que sea contraria á la razón ; porque así como un idiota, dice Santo Tomás, daría manifiestas señales de estupidez si dijese ser falsas las verdades de la filosofía, porque no las comprende con sus cortos alcances ; de la misma manera obraría neciamente el hombre que tuviese por falsas las verdades reveladas, por el hecho de no comprenderlas con su entendimiento limitado. Para que una proposición sea contraria á la razón, es preciso que se oponga á los principios indiscutibles del raciocinio, como si se dijese que hay efecto sin causa ó que una cosa puede existir y no existir al mismo tiempo. Pero jamás se ha demostrado que los misterios de nuestra fe se opongan á los principios de la razón ó á los hechos comprobados de la naturaleza. Al contrario, la razón explica su posi-

bilidad con argumentos de analogía, y tal ha sido la empresa de los grandes teólogos escolásticos y en especial del mayor de todos ellos, Santo Tomás de Aquino, los cuales han ilustrado el dogma con las luces de la razón y de la ciencia y resuelto con maravillosa lucidez todas las dificultades que puede oponerles la inteligencia humana.

¿Y por qué extrañarse de que la religión contenga misterios ? Yo de mí sé decir que una religión sin misterios me sería sospechosa : temería que ella fuese una invención humana; así como un Dios del todo comprensible para la débil razón no sería Dios, porque no sería infinito. La religión, que revela la esencia y atributos divinos, debe participar en algún modo de la infinidad de su autor, y por eso los misterios, lejos de hacer al catolicismo indigno de Dios, lo marcan con el sello de su divinidad.

Entre la potencia que conoce y la verdad conocida debe haber una proporción adecuada ; y así como un niño que no ha llegado al uso de la razón es absolutamente incapaz de demostrar un teorema geométrico, así también el entendimiento humano, que es limitado, es incapaz de comprender á Dios que es infinito.

Los sabios incrédulos rechazan la religión porque enseña verdades incomprensibles ; y sin embargo, creen en las ciencias que están rodeadas de misterios. Mucho se ha investigado la naturaleza, pero mucho más es lo que se ignora que lo que se sabe. Tomad en vuestra mano un grano de trigo, ha dicho un apologista de la religión, dirigiéndose á los sabios incrédulos : la ciencia lo ha analizado y sabe lo que contiene ; pero, yo os pregunto, príncipes de la ciencia, potentados del análisis, augustos magistrados de las academias ¿ podéis hacer un grano de trigo ? No podéis ; ¿ y por qué ? Porque ignoráis lo que constituye el germen y la fuerza que lo produce. Y esto no impide que creáis en las leyes de la vegetación.

Es propio del espíritu humano avanzar más y más en el conocimiento de las cosas ; pero la experiencia nos

dice que llega un punto en que nos vemos obligados á exclamar como los viajeros que llegan á las extremidades de un continente : *Sistimus hic*, aquí nos detenemos. Llega un momento en que nuestro entendimiento toca los límites de lo natural, y más allá se encuentra en un campo vasto y dilatado en que le falta la luz. Es el campo de lo sobrenatural en que la razón no puede marchar sola. Viene entonces la fe, que es luz del cielo, y la ilumina y la sostiene y la impide caer en el abismo y perder el rumbo que lleva hacia la verdad. Es la Beatriz del poema del Dante que conduce al viajero á través de las regiones luminosas del eterno gozo, hasta el pie del solio en que reside la Divinidad envuelta en los rayos de la luz inaccesible.

Yo creo, Señores, que nada hay más racional que el acto de fe, porque nada hay más conforme á la razón que prestar asentimiento á la palabra de Dios. Supuesto el hecho de la revelación, la razón nos dice que debemos creer á Dios, porque siendo infinitamente sabio, no puede engañarse, y siendo infinitamente bueno, no puede engañarnos. Creemos en la palabra de nuestros padres, en la palabra de nuestros maestros, en la palabra de nuestros amigos, y sin esta fe humana serían imposibles las relaciones sociales. Y si creemos en la palabra de los hombres, que pueden engañarse por ignorancia, ó engañarnos por malicia, ¿ no creeremos en la palabra de Dios ?

Hay quienes estiman humillante para la razón la creencia en las verdades de la fe. La razón tiene, en verdad, muchos motivos para humillarse en vista de su impotencia y de los delirios que se han sostenido en su nombre. Pero no tiene motivo para sentirse humillada creyendo en la palabra de Dios. Para sondear las profundidades de los cielos, el astrónomo aumenta la potencia natural de sus ojos con instrumentos que agrandan los objetos ó aproximan las distancias. ¿Y no sería un insensato aquel que pretendiese destruir los telescopios con el pretexto

de que son una humillación para los ojos ? Igualmente descaminados andan aquellos que rechazan la fe, que es como el telescopio de la razón humana, con el pretexto de que la humilla, siendo así que en realidad la engrandece y eleva. La fe es la certidumbre supra-racional añadida á la certidumbre racional ; es la razón divina que llega á ser el sostén y la corona de la razón humana.

II.

No puede haber, pues, oposición de derecho entre la ciencia y la fe ; y tampoco la hay de hecho.

Si esa oposición fuese efectiva, la Iglesia no sería, al mismo tiempo que la depositaria é intérprete de la revelación, el más vasto hogar de las ciencias ; no habría sido la incansable propagadora de las luces en todos los tiempos, ni habría brillado en su seno esa pléyade innúmera de sabios en todos los ramos del saber humano.

Y si para ser sabio se necesitase renunciar á la fe ¿cómo se explicaría que los mas grandes sabios han sido al mismo tiempo hombres de fervorosa fe ? Recorred los anales de la ciencia, y veréis desde los primeros siglos brillar en el seno del catolicismo genios eminentes que fueron las lumbreras de su época. Y ya que no sería posible citarlos á todos, mirad á San Agustín, justamente llamado por la alteza de su genio, el *Aguila de Hipona*, antes aprisionada en el campo estrecho de la filosofía pagana, soltar el vuelo en alas de la fe y espaciarse en las regiones inmensurables de las ciencias divinas y humanas. Mirad á Santo Tomás de Aquino llevar de frente todas las ciencias y subir tan alto en las regiones de la filosofía y de la teología, que ha merecido el nombre de *Doctor Angélico*, porque su ciencia más parece propia de ángeles que de hombres.

Y viniendo á las ciencias naturales, la fe no impidió á Copérnico colocar el sol en el centro del mundo planetario ; ni á Keplero señalar la órbita de los planetas y las

leyes de su movimiento al rededor del sol; ni á Newton sorprender la fuerza misteriosa que guía y encadena los cuerpos celestes; ni á Descartes y Pascal ensanchar los horizontes de la geometría; ni á Leibnitz revelar al mundo la invención del cálculo infinitesimal; ni á Leverrier descubrir el planeta Neptuno, «la última nota que parecía faltar á la armonía del universo».

Estos y otros mil sabios insignes, cuyos nombres llenarían un volumen, manifiestan que las más encumbradas especulaciones de las ciencias pueden muy bien marchar á la par con la humilde y fervorosa profesión de la fe cristiana.

Draper, en su *Historia de los conflictos entre la ciencia y la religión*, concluye sus lecciones con estas palabras: «Confrontando la ciencia con la doctrina impuesta por Roma, debe deducirse que no pueden existir juntamente: la una ó la otra debe retirarse: escoja la humanidad.»

Yo afirmo, Señores, que el dilema está mal planteado. La oposición no existe entre la revelación y la ciencia, sino entre la revelación y la falsa ciencia. La verdadera y legítima ciencia, la que se basa en principios ciertos y demostrados, la que aparece en conformidad con los hechos de la naturaleza, no solamente no contradice al dogma, sino que lo confirma plenamente. La ciencia que se opone á la revelación es la que se funda en hipótesis arbitrarias, en hechos mal comprobados y en opiniones contradictorias y mudables; y vosotros sabéis que esta no es ciencia, si por ciencia se ha de entender el conocimiento cierto é inmutable del objeto sobre que versa. Los que atacan á la religión en nombre de la ciencia han podido adquirir cierta popularidad mientras la ciencia verdadera no ha investigado el fundamento de sus sistemas; pero tan pronto como ella ha encendido la luz para alumbrar el caos, esos sistemas se han desvanecido como las tinieblas en presencia de la aurora.

Y para no aducir más que un ejemplo, recordaréis el

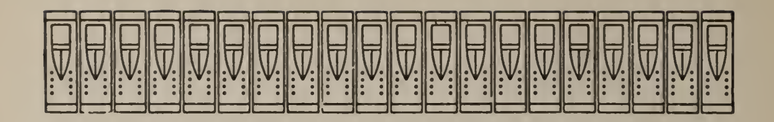
ruido ensordecedor que se levantó en la última mitad del siglo XIX con la hipótesis del *transformismo*, doctrina con la cual se pretendió explicar el origen del hombre por medio de transformaciones sucesivas comenzando desde la mónera. Fué un grito de triunfo lanzado en toda la línea de los sabios incrédulos, porque creyeron que el origen del hombre quedaba explicado sin intervención de Dios.

Pero vino la ciencia, y aplicando su linterna al ruidoso descubrimiento, comprobó que el transformismo era contrario á los hechos comprobados de la naturaleza. « No hay tránsito, dijo, de una especie á otra especie, porque las especies son inmutables. Pueden perfeccionarse, pero no cambiar : el caballo más perfecto no deja de ser caballo. Mucho menos puede haber tránsito de un reino á otro, como lo habría, si el mono hubiera podido transformarse en hombre. »

Con esta sola observación claudicó por su base aquella aparatosa hipótesis que hacía al hombre el triste honor de darle por progenitor á un animal, á fin de contradecir á la doctrina católica, que lo hace salir vivo y perfecto de las manos de Dios en el sexto día de la creación.

Así es como la verdadera ciencia ha ido disipando una á una las afirmaciones de la falsa ciencia. Y no hace mucho que un hombre de buen sentido, pero que no pertenecía á las filas del catolicismo, comprobó á la faz del mundo la *bancarrota de la ciencia*. Sí, porque después de lo mucho que se ha inventado, escrito y discutido, las verdades de la fe continúan en posesión tranquila de su eterna inmutabilidad y se presentan más brillantes después de la contra-prueba, al modo que el cielo se ostenta más diáfano después de la tempestad.

¡Escoja la humanidad ! ha dicho Draper. La flor de la humanidad ha escogido ya su partido desde hace siglos : este partido es el de la ciencia humana, unida en amoroso é indestructible consorcio con la fe cristiana.



SEGUNDA CONFERENCIA.

ORIGEN DIVINO DEL CATOLICISMO.

SEÑORES :

Desde hace diecinueve siglos existe en el mundo una sociedad espiritual que se extiende por toda la tierra, en la cual se congregan más de doscientos millones de hombres, que adoran al mismo Dios, obedecen á una misma autoridad visible, profesan una misma fe, practican un mismo culto y abrigan unas mismas esperanzas.

La realidad de este reino de las almas no necesita demostración : se ve y se siente en todas partes, á la manera del sol, que se manifiesta en el universo por la luz y el calor de sus rayos bienhechores. Donde quiera que movamos nuestra planta de viajeros, en los continentes más lejanos ó en las islas más solitarias, encontramos súbditos de este reino que, agrupados en torno de una cruz, están diciendo á todos los que pasan : somos cristianos. A este reino pertenecemos todos los que nos hallamos en este recinto ; á él pertenecen nuestras familias y nuestra patria ; y en ello fundamos nuestro más sólido título de gloria y nuestras más caras esperanzas.

Este reino es un hecho, y, como tal, debe tener una causa, porque, fuera de Dios, todo lo que existe ha debido

tener un principio generador. Y bien, ¿cuál es el origen de este hecho único en la historia del mundo ? ¿Es obra de Dios ó es obra de los hombres ? ¿Nació en virtud de las leyes naturales que rigen las sociedades humanas, ó es un mundo formado por la misma mano omnipotente que sacó de la nada el mundo sideral ?

Los racionalistas, empeñados en negar todo el orden sobrenatural, sostienen que el catolicismo es un hecho puramente humano, debido á causas naturales y sujeto á las leyes comunes de la historia. Los católicos, apoyados en la razón y el Evangelio, afirmamos que la Religión Católica es una obra divina, fundada por Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Esta es la cuestión que vamos á debatir; y para esto séame permitido demostrar que á la luz de la simple razón el establecimiento del catolicismo en la forma en que se verificó es absolutamente inexplicable por causas naturales y que, por consiguiente, su origen no es humano sino divino.

I

La filosofía nos enseña que todo efecto debe ser proporcionado á su causa ; de manera que, cuando vemos un efecto que excede á la capacidad de la causa á que se atribuye, debemos estar ciertos de que ha sido producido por una causa superior. Así, cuando consideramos la admirable estructura del organismo humano, en que todo está dispuesto para las funciones conservadoras de la vida, decimos, sin temor de engañarnos, que ese organismo no puede ser el producto de la materia ciega é inerte, sino de una causa inteligente y potentísima que ha sabido proporcionar con maravilloso acuerdo los medios á su fin.

Este principio inconcuso de razonamiento es enteramente aplicable al hecho histórico de la fundación del cristianismo ; para convencerse de ello, basta considerar que esta obra excede á toda fuerza creada, ya por la magnitud y dificultades de la empresa, ya por la debilidad

de los medios empleados para llevarla á término, ya por la grandeza de los resultados obtenidos.

La empresa, en primer lugar, no podía ser ni más gigantesca ni más difícil : se trataba de reformar el mundo en lo que tiene de más íntimo, en sus ideas, en sus costumbres, en sus instituciones sociales. Cuando Jesucristo vino al mundo, todos los pueblos, menos el judaico, eran idólatras. La idolatría era en ellos tan antigua que se confundía con su mismo origen, tan extensa que no había un solo hombre que no fuese idólatra, y tan arraigada que se identificaba con el estado social y público de todas las naciones. En todas partes tenía templos, altares, sacerdocio, sacrificios y ceremonias pomposas que halagaban la imaginación popular. Había sido cantada por los más grandes poetas del paganismo y era el hogar en que se habían formado los más ilustres ciudadanos. El politeismo se confundía en el Imperio Romano con la patria misma : los destinos del Estado eran inseparables de los destinos de los dioses. ¡Ah ! si hubiésemos visto á Roma entera subir al templo de Júpiter Capitolino para dar gracias á los dioses de una nueva victoria y hubiésemos oído las aclamaciones con que el pueblo glorificaba á los inmortales á quienes atribuía la fortuna del Imperio ; entonces hubiéramos podido comprender en qué grado se identificaban en el pueblo-rey las dos más grandes pasiones del corazón humano : la pasión religiosa y la pasión patriótica.

Y al mismo tiempo que la idolatría daba satisfacción á esas nobles pasiones, adulaba también las más abyectas, asociando la religión á los desbordamientos de la sensualidad y dando representación en sus mismos dioses á los vicios más vergonzosos. Con esto tenía asegurado su predominio sobre la humanidad tan profundamente degradada.

Y, sin embargo, esta religión, tan arraigada en el mundo, era incompatible con el reino de Jesucristo y era preciso abolirla en toda la tierra.

¿Y qué proponían en su lugar los propagadores del

Evangelio? ¡Adorar á un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos, á un hombre nacido y muerto en un país sobre el cual los romanos derramaban el desprecio con la opresión, á un judío y á un judío crucificado! ¡Qué proposición para un mundo dominado por el orgullo, sepultado en la sensualidad y acostumbrado á ver á sus dioses coronados de flores! ¡qué proposición para el mundo de Nerón, de Calígula, de Heliogábalo!

Y si hoy, que la dulce y divina figura de Cristo se nos presenta realzada con todas las glorias conquistadas por el cristianismo en diecinueve siglos de beneficios y de virtudes heroicas, hay todavía entendimientos rebeldes á la fe que niegan su divinidad, ¿cómo pretender que lo adorase el paganismo, que no veía en Él más que á un hombre cargado de oprobios?

Pero, si era empresa difícil cambiar las creencias del mundo pagano, no era menos difícil cambiar sus costumbres.

Vosotros sabéis por la historia lo que era la corrupción pagana; sabéis que la doctrina de sus filósofos hacía consistir en los goces de los sentidos todo el destino del hombre. Pues bien: los Apóstoles debían hacer aceptar á ese mundo que nadaba en mares de cieno, una religión que manda reprimir todas esas malas pasiones, en las cuales encuentra el hombre corrompido la única fuente de su felicidad. Iban á predicar una doctrina que obliga al orgulloso á ser humilde; al impúdico, casto; al iracundo, paciente; al vengativo, á perdonar las injurias, y al rico á desasir el corazón de honores y riquezas; iban, en fin, á inaugurar el reinado de la cruz, es decir, de la inmolación de sí mismo sobre las ruinas de los goces sensuales.

Proponer esta doctrina, no en secreto, sino en las calles y plazas públicas; no á unos cuantos adeptos, sino á todo el mundo pagano, cuyos abominables excesos eran alentados por el ejemplo oficial y público, autorizados por las leyes, consagrados por la religión, connaturalizados por el hábito y hasta confirmados por la autoridad y como

por el peso de los siglos, y pretender arrancar esos vicios del fondo del corazón y de las entrañas del alma para poner en su lugar virtudes rígidas y austeras, de las cuales no se había oído hablar hasta entonces, era una empresa, humanamente hablando, desatentada y loca, porque era imposible.

Cuando se fundó el cristianismo, la libertad había muerto en Roma en brazos del despotismo de los Césares. Muda estaba la tribuna de las arengas y el Senado sólo existía para rendir á los tiranos el tributo de una obediencia ciega y humillante. Un solo hombre era todo y su voluntad la ley suprema del Imperio. Un día este hombre reune al Senado, esto es, á los descendientes de aquellos padres conscriptos que en otro tiempo llevaban la paz ó la guerra en los pliegues de su toga, para delibar acerca de la salsa con que debía guisarse un pez para su mesa.

Pues bien : ante ese mundo dominado por tal despotismo, se presentan los Apóstoles exigiendo como un derecho la libertad del alma y con ella la libertad del hombre, haciendo comprender á los dominadores del universo que los santos fueros de la conciencia no estaban sujetos á su autoridad. Y en aquel mismo tiempo, en que la mitad del género humano vivía en la esclavitud, se presentan ante los amos que se nutrían del sudor y de la sangre de sus esclavos, para decirles á nombre del cielo, que amos y esclavos tienen los mismos derechos delante de Dios. Y la mujer, que en el mundo pagano no era más que esclava ó mero instrumento del hombre, oye por primera vez que tiene un destino más alto : el de ser, por medio del matrimonio uno é indisoluble, compañera del hombre y reina del hogar.

Tal fué, Señores, la empresa acometida por los Apóstoles : reformar las ideas, las costumbres y las instituciones sociales. Y, si toda obra reformadora encuentra obstáculos en su camino, juzgad cuántos encontraría el catolicismo, que es la reforma más trascendental que se haya verificado en el mundo.

II

Efectivamente, el cristianismo encontró delante de su cuna los tres poderes más formidables de la tierra : el de la fuerza, el de la inteligencia y el de la religión.

Vosotros sabéis que los Emperadores romanos le declararon desde su origen guerra de exterminio y durante tres siglos corrió á torrentes la sangre de los cristianos en todas las comarcas del Imperio. Agótase el ingenio de los perseguidores para inventar suplicios y fatígase el brazo de los verdugos para aplicarlos. Doce millones de víctimas de toda edad y de todo sexo, sin más delito que el de llevar el nombre de cristiano ; ciudades enteras entregadas á las llamas ; legiones de valerosos guerreros entregadas al filo de la espada, no bastaron para aplacar el furor de aquellos monstruos coronados. Las fieras del circo rehusaron muchas veces saciarse con la carne de los mártires, pero los dominadores del mundo no sintieron jamás saciado su odio contra el cristianismo. La historia no recuerda otro ejemplo de mayor encarnizamiento y tenacidad en la persecución de una doctrina.

Más temible que el de la fuerza es el poder de la inteligencia. El cristianismo apareció en el siglo de Augusto, en que las ciencias y las letras romanas habían llegado á su apogeo. Abundaban los filósofos, los sofistas, los retóricos y los poetas y todos ellos se unieron á los tiranos para combatirlo.

¡Con qué insultante desprecio atacaban á una religión que confundía su vana y orgullosa sabiduría y tenía la pretensión de elevarse sobre todos los sistemas y todas las escuelas ! Sus plumas no perdonaban ni argumentos, ni ultrajes, ni sarcasmos contra la nueva doctrina y, abusando de su influencia sobre los espíritus, se erigían en únicos árbitros de la verdad.

El poder de la religión no era menos formidable. El triunfo del cristianismo era la ruina de la idolatría. Caerían los

dioses y sus templos ; concluiría la influencia del numeroso cuerpo sacerdotal y los Césares perderían, con el supremo pontificado, una parte de su omnipotencia. La idolatría y los vastos intereses ligados á ella debían naturalmente hacer todo género de esfuerzos para oponerse á ese triunfo.

Tal era la terrible lucha en medio de la cual debía establecerse el cristianismo. Una inmensa coalición de todos los poderes, de todos los intereses, de todas las resistencias del universo se levantaba contra él. Emperadores, pueblo, sacerdocio, sabios, todos se unían para defender las leyes, el imperio, la religión, las costumbres, las pasiones y los vicios del paganismo.

III

Y bien, ¿cuáles eran los medios escogidos para vencer tantos poderosos obstáculos ? La historia y la experiencia nos enseñan que hay recursos que, empleados por manos hábiles, influyen eficazmente sobre la especie humana : se la subyuga por la fuerza, se la domina por la política, se la atrae por el halago de los placeres y de los bienes de fortuna, se la deslumbra por el genio, por la elocuencia y el saber. Por estos medios subyugaron los conquistadores á las naciones, influyeron los legisladores en el espíritu de los pueblos, fundaron escuelas los filósofos, Mahoma fundó su religión y su imperio, Lutero hizo prevalecer sus negaciones sobre una parte de la Europa.

Pero Jesucristo no se valió de ninguno de estos medios para fundar el reino de las almas. Llamó á doce hombres obscuros, de humilde cuna, ignorantes y de tardo entendimiento, pescadores muchos de ellos del mar de Galilea, sin más fortuna que su barca y sus redes, y los envió á predicar el Evangelio á todas las naciones y á dar testimonio de su divinidad hasta en las extremidades de la tierra. Si Jesucristo hubiese obrado según los dictados de la prudencia humana, habría buscado á sus embajadores ó en el Senado de Roma ó en el Areópago de Ate-

nas, ó en el Pórtico ó en el Liceo, porque parecía natural que para empresa tan extraordinaria hubiese elegido á hombres dotados de todas aquellas cualidades ventajosas que arrastran y seducen á las multitudes. Pero, eligiendo lo más ínfimo para ejecutar lo más gigantesco, quiso poner sobre su obra el sello de lo divino.

Y, en efecto, ¿cómo explicar el resultado obtenido por esos medios tan inadecuados? ¿Cómo explicar, ante todo, la súbita transformación verificada en la condición natural de los Apóstoles? ¿Cómo una doctrina tan sublime, tan profunda, tan desconocida como la del Evangelio pudo penetrar repentinamente en aquellos hombres ignorantes, incapaces de pensar y de hablar, y transformarlos en doctores sapientísimos? ¿Cómo pudieron adquirir una elocuencia tan persuasiva, que la sola palabra de Pedro convierte ocho mil almas en sus dos primeras predicaciones? ¿Cómo aquellos hombres pusilánimes, que abandonan á su Maestro en la hora de sus supremas angustias y tiemblan, hasta renegar de él en presencia de una criada del Pontífice, se convierten súbitamente en héroes, que desafían las mofas, las amenazas, los tormentos y la muerte?

Cualquiera que conozca la naturaleza humana, ha de confesar que esa transformación repentina es inexplicable por causas naturales. ¿Se dirá que los estimulaba el interés de alguna ventaja temporal? Ellos sabían por su Maestro que irían como corderos en medio de lobos y serían siempre perseguidos por su causa. ¿Y no comenzaron su apostolado en aquella misma ciudad que aún resonaba con aquel grito de implacable furor: « Crucifícalo y caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos?» Sabían que en el término de su misión hallarían la muerte como única recompensa de sus sacrificios y con esta íntima convicción partieron á los cuatro vientos de la tierra para predicar á Jesucristo y su doctrina.

¿Y cuál fué el efecto de esta predicación? A su voz despierta el mundo pagano como de un largo sueño; y

personas de toda edad, condición y sexo corren en incontable muchedumbre á cobijarse á la sombra de la cruz. Y no eran solamente los pobres, los pequeños y los débiles los que se inclinaban ante el Evangelio ; eran también los senadores, los consulares, las mujeres más ilustres, los espíritus más eminentes por su genio, los guerreros más valientes y hasta los miembros de la guardia pretoriana.

En pocos años el mundo cambiaba de faz : los dioses eran abandonados ; los sacerdotes quedaban solos en sus templos desiertos y las virtudes cristianas triunfaban de los vicios del paganismo.

Todos los testimonios de aquella época atestiguan esta inmensa revolución moral y la asombrosa rapidez con que se propagaba el cristianismo. Ya es Tácito que entregaba á la execración pública «á esa inmensa multitud de cristianos, *ingens multitudo*, que se derramaba como un torrente, no solamente en la Judea, sino también en Roma ». Ya es Plinio el joven, Gobernador de Bitinia, que antes de concluir el primer siglo, se quejaba en su célebre carta al Emperador Trajano del gran número de cristianos de toda edad y de todo sexo, que en su sola provincia desafiaban la persecución y causaban el abandono de los templos paganos. Ya el Emperador Maximino II, que en un edicto imperial se lamentaba de los males del Imperio, atribuyéndolos al pernicioso error de los cristianos, el cual había extendido sus tinieblas en casi todo el mundo. Ya es Tertuliano, que en el siglo II decía en su famoso *Apologético* á la faz de todo el Imperio Romano sin ser desmentido por nadie : «Somos de ayer y hoy llenamos todo vuestro Imperio, las ciudades, las islas, los castillos, las villas, las aldeas, los campos, las tribus, las decurias, los palacios, el senado, los tribunales ; sólo os dejamos vuestros templos...»

Y, lo que es más admirable, cuanto más se encruelecía la persecución contra los discípulos del Evangelio, tanto mayor era el número de sus adeptos. Al pie de los ca-

dalsos y de las cenizas de las hogueras surgían legiones de cristianos; y cuando un Emperador, creyendo al cristianismo ahogado en la sangre de sus mártires, hizo grabar en una columna esta inscripción : *Nomine christianorum deleto* : «borrado está el nombre de cristianos,» no hizo más que dejar á la posteridad un eterno testimonio de su furor y de su impotencia. A despecho de las persecuciones, el cristianismo enarbolaba su estandarte victorioso en Jerusalén, donde reinaba la Sinagoga ; en Efeso, junto al paganismo sensual ; en Atenas, santuario de la filosofía griega ; y en Roma, centro del poder material. Y el año 42 de la era cristiana, reinando Claudio Augusto, llegaba Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, á la ciudad señora del mundo, para establecer allí la Sede inmortal del Pontificado romano. Un pescador obscuro, inerme y solitario llega á desafiar el poder de los Césares que se divertían derramando la sangre de los cristianos ; esa Roma, sede de la fuerza, se humilla al fin ante ese pescador ; y, destruídas las falsas deidades que adoraba el paganismo, se enarbola la cruz en el templo de Júpiter Capitolino. Y después de tantos siglos, el viajero que visita á Roma ve grabado en un obelisco de granito el resultado de la victoria que comenzó con los Apóstoles : *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

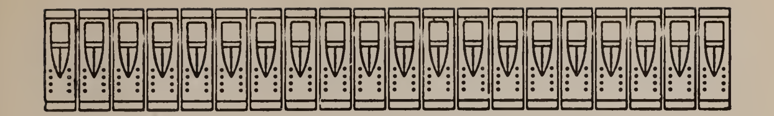
Sí : Jesucristo triunfó de la idolatría, que tenía altares en todo el universo ; triunfó de la fuerza, que había extendido su dominación en toda la tierra ; triunfó de la vana sabiduría de los hombres ; triunfó de la natural rebeldía del corazón humano, haciéndose amar con un amor que sobrepuja á todo amor ; triunfó del orgullo, haciéndose adorar sobre una cruz y convirtiendo este vil instrumento de suplicio en enseña adorable y bendita del reino de las almas.

Y este triunfo universal fué obtenido invirtiendo el orden natural de las cosas. En el orden natural, el fuerte vence al débil, el sabio puede más que el ignorante, el

rico se sobrepone al pobre, y el humilde sucumbe ante el soberbio potentado. Pero, en el triunfo del Evangelio, los débiles han vencido á los fuertes, los ignorantes han podido más que los sabios, los pobres han excedido en influencia á los poseedores de la fortuna y los humildes han humillado á los soberbios potentados.

¿Y qué dice á nuestra razón, Señores, este cúmulo de maravillas? ¿Podrán los hombres con todo el poder de sus ejércitos, con toda la habilidad de sus políticos, con toda la ciencia de sus filósofos, fundar un imperio universal sin ninguno de los medios humanos que sirven para conquistarse adhesiones? Muchos conquistadores lo han intentado; pero no han encontrado otro medio que el de la fuerza. Sólo Jesucristo ha fundado el suyo sin derramar más sangre que la propia y la de sus heraldos, luchando pacíficamente contra toda la fuerza material y moral del mundo.

La razón nos dice que en lo natural y humano no hay explicación posible para estos hechos; por lo cual tenemos que escoger entre lo absurdo y lo divino. O admitimos el absurdo de que el hecho más trascendental de la historia es un efecto sin causa proporcionada ó confesamos que la Religión Católica es una obra divina. La recta razón no puede vacilar entre los términos de este dilema. Puesto que el catolicismo es un hecho y ningún hecho puede fundarse en un absurdo, la lógica con su fuerza irresistible, nos obliga á exclamar: *A Domino factum est istud:* esto es obra de la mano de Dios.



TERCERA CONFERENCIA.

LA PERPETUIDAD DEL CATOLICISMO.

Señores :

Todo lo que nace de la mano del hombre está destinado á perecer ó á transformarse. Imperios, pueblos, dinastías, leyes, costumbres, religiones, sienten, tarde ó temprano, la mano helada del tiempo que los envejece y precipita en irremediable ruina. El tiempo es el gran enemigo de todo lo humano : armado de una piqueta demoledora que nunca está ociosa, pasa y deja en pos de sí tronos volcados, dinastías extinguidas, imperios derribados, religiones muertas, leyes abolidas, y en todas partes el silencio del sepulcro y la sombra del olvido.

¿Quién derribó aquellos poderosos imperios de los Asirios, de los Persas y de Alejandro ? ¿Qué hacha pudo destruir el coloso romano, tan vasto como el mundo y tan fuerte que parecía haber asegurado la inmortalidad ? ¿Quién destrozó las repúblicas de la edad media y los imperios de Carlo Magno y de Carlos V ? El tiempo encargado de cumplir la ley inexorable que condena á perecer á todo lo humano. ¿Y qué es el pasado, sino un hacinamiento de escombros ? ¿ Qué es la historia sino la estadística de las ruinas causadas por el tiempo ?

Y, si tal es la condición de todo lo humano, ¿cómo se explica que sólo la Religión Católica haya escapado á

esta ley común? ¿cómo se explica que sólo ella haya vivido diecinueve siglos conservando el vigor lozano de una juventud inalterable? ¿cómo se explica que el tiempo que todo lo gasta y envejece, pase por sobre ella sin tocarla? ¿Qué mano invisible gobierna esa nave que va atravesando el mar de las edades sin jamás naufragar? ¿En qué roca tan dura se asienta el trono del Pontificado que, mientras caen los tronos apoyados en la fuerza, él sólo permanece inmóvil en medio de las revoluciones que han cambiado tantas veces el mapa del mundo?

Este hecho, único en la historia, necesita una explicación racional. Si perecen las obras de los hombres y la Religión resiste á todos los elementos destructores, la lógica nos obliga á declarar que el Catolicismo no es obra humana. Una religión que no es más fuerte que el tiempo, que no es perpetuamente joven como la verdad, es una religión fabricada en la tierra. Al contrario, la religión que subsiste á través del tiempo lleva en sí misma el sello de lo divino, porque sólo Dios puede impedir que perezca la institución destinada á llevar las almas á la eternidad. Por eso, cuando Jesucristo fundó la Iglesia, le prometió la inmortalidad como un sello indeleble de su mano creadora: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*; promesa que habría sido temeraria, si no fuese Dios quien la hacía.

Demostrar que la Religión Católica es obra divina, porque es perpetua, tal será, Señores, el objeto de esta conferencia.

I

Sustraerse á la destrucción, viviendo en el tiempo, es por sí sólo un hecho que no puede explicarse humanamente. Pero, en la inextinguible vitalidad de la Religión hay circunstancias insignes que la hacen más inexplicable.

La Religión carece de todos los medios humanos favorables para perpetuarse. No seduce á las multitudes halagando sus malas pasiones; al contrario, tiene por dogmas

misterios incomprensibles y por moral virtudes y prácticas austeras. No tiene á su servicio la fuerza que subyuga por el temor; sus soberanos son ministros de paz, se conquista adherentes por la persuasión, se defiende por la fuerza moral y triunfa por el martirio.

¡Si ella tuviese al menos el cómodo recurso de las transacciones fáciles y de las concesiones hábiles! Pero no: la Iglesia es hoy la misma que en tiempo de los Apóstoles; la misma en sus dogmas, porque la verdad no cambia; la misma en su moral, porque está fundada en el Decálogo que es código divino; la misma en su jerarquía, en su culto, en su forma de gobierno. En vano engendran los tiempos nuevas ideas y nuevos intereses que obligan á los Estados á variar sus constituciones y á reformar sus leyes; en vano conmueven el mundo los trastornos políticos y las revoluciones sociales que cambian la faz de los pueblos; la Iglesia permanece inmutable sin entrar en transacciones con los tiempos ni ceder en lo fundamental á las exigencias de las circunstancias. Pero esta inmutabilidad no es la inmovilidad que excluye el progreso: es inmutable á la manera del árbol que crece y se viste de flores en cada primavera y se puebla de espléndido follaje, sin cambiar de tronco, de raíces y de savia. Progresa en las luces con que explica y esclarece el dogma; progresa en las manifestaciones de la caridad y en el cúmulo de grandes obras que brotan de su fecundidad inagotable; progresa, pero, no cambia; *non nova, sed nove.*

Alguna explicación tendría su estabilidad si la Iglesia viviera en la indolente inacción de las regiones del Oriente, extraña al movimiento que agita y arrastra á la humanidad. Pero no: « su perpetuidad se conserva, como dice un apologista célebre, en el seno de la movible Europa, patria de las revoluciones; en medio de la actividad incesante en que los hombres y los acontecimientos, las ideas y los hechos se chocan sin tregua ni descanso: océano furioso en que la Sede de la Iglesia ha sido siempre como el cabo

de las tempestades ». (1) Pues bien : viviendo en lo más recio de esa actividad devoradora, llevando muchas veces en sus brazos los destinos del mundo y siendo como el centro de donde parte y adonde converge el movimiento, ha permanecido siempre una, constante, idéntica á sí misma.

« Pero, lo más admirable, dice Pascal, lo que es enteramente divino, es que la Iglesia, que ha vivido siempre, ha sido siempre combatida ». Y, en efecto, Señores, es humanamente imposible que una institución pueda vivir en un estado permanente de lucha. Si la gota de agua concluye por horadar la roca en que cae de continuo, ¿cómo podrá resistir una institución á un combate de diecinueve siglos en que todos los elementos destructores se han unido para aniquilarla ?

Para asegurar la estabilidad de la Iglesia era menester que Dios hiciera uno de estos dos prodigios : ó que impidiese que fuese combatida, ó que le diese la virtud de salir triunfante de todos los combates ; ó una paz perpetua ó una victoria segura. Dios eligió el segundo de estos prodigios, porque nada prueba mejor la inmortalidad de una institución que el hecho de sufrir siempre, sin morir jamás.

Tal ha sido, en verdad, la historia de la Iglesia : padecer sin morir. El mundo antiguo y el mundo moderno la han visto atravesar los siglos llevando la cruz que recibió en herencia de su divino Fundador y pasar sucesivamente del Calvario al Tabor, del combate al triunfo, de la humillación á la gloria.

Los poderes más formidables de la tierra se han conjurado para perderla : el poder de la fuerza, el poder de la herejía y el poder de la inteligencia.

Pero estos poderes que, separados, comparten el imperio del mundo, y unidos, dominan la tierra sin contrapeso, nada han podido contra la estabilidad de la Iglesia.

(1) Augusto Nicolás.

Invoquemos el testimonio de la historia como prueba irrecusable de esta verdad. La historia nos dice que la Iglesia, apenas nacida, encuentra al judaísmo delante de su cuna, pretendiendo, á nombre de la fuerza, ahogar la palabra evangélica en los labios de los Apóstoles. Pero, esa palabra triunfa desde el primer momento, convirtiendo á ocho mil judíos : magnífico trofeo de su primera victoria.

El imperio romano, dueño absoluto del mundo, pretende estorbarle el paso con cadalsos, hogueras y suplicios. Pero después de tres siglos de lucha, la Iglesia sale de las catacumbas para sentarse con Constantino en el trono de los Césares. Y vanamente Juliano el Apóstata intenta renovar la persecución, cambiando de táctica ; en vano, porque una flecha disparada por mano invisible le detiene en el camino de sus quiméricos triunfos, y muere confesando su derrota : *Venciste, Galileo.* Y junto al cadáver del último emperador pagano, muere también el paganismo, que durante cuatro mil años había dominado el mundo.

Cuando los bárbaros, venidos de todos los puntos del horizonte, convirtieron el mundo antiguo en un piélago de sangre y de lágrimas, se creyó que todo había perecido. Pero, cuando cesó aquel tránsito de hombres y pudo distinguirse algo entre el humo de los incendios y el polvo de los campos de batalla, se vió que sólo una cosa había resistido á la general devastación : el cristianismo, que debía consolar á los vencidos y civilizar á los vencedores.

La edad media fué testigo de las violentas luchas que con el nombre de *guerra de las investiduras*, debió sostener la Iglesia en defensa de su soberana libertad. Los Príncipes temporales en su anhelo de omnipotencia se habían arrogado la facultad de distribuir las dignidades eclesiásticas, vendiéndolas al mejor postor como vil mercadería.

Nunca se vió la Iglesia más cerca de su ruina, porque la corrupción había invadido el santuario y muchos lobos ocupaban el lugar de los pastores. Pero, cuando

el mal iba llegando á su colmo, un monje deja la celda de su convento para sentarse en la silla de San Pedro con el nombre de Gregorio VII. ¡Qué valor era menester para atacar de frente tantos males, defendidos por tantas y poderosas ambiciones!

Larga y violenta es la lucha : el intrépido Pontífice muere en el destierro ceñido de la triple corona del héroe, del santo y del mártir ; pero deja á la Iglesia en posesión de su divina independencia.

Llega el siglo XVI, de triste memoria, en que un monje doblemente apóstata, de la fe y de los votos monásticos, levanta bandera de insurrección contra la Iglesia. Suiza, Provenza, Alemania, Suecia, Dinamarca, se enrolan bajo la nueva bandera ; Enrique VIII, arrastrado por las pasiones que han perdido á tantos Reyes, arranca la Inglaterra del seno de la Iglesia, y Francia, dividida entre el Catolicismo y la reforma, agota en guerras de religión la sangre de sus hijos. ¿Será ésta la tumba de la Iglesia? ¿Será éste su último calvario?

El Concilio de Trento reunido en aquellas difíciles circunstancias, no era un signo de agonía, sino de vigorosa vitalidad. Esa célebre asamblea afirma el dogma, condena los errores de la nueva herejía, reforma la disciplina, funda los seminarios y restaura en los claustros el espíritu evangélico. La Compañía de Jesús despliega en frente del protestantismo sus brillantes legiones de sabios, de misioneros, de maestros de la juventud ; y la fe católica, subiendo á las carabelas de Cristóbal Colón, ofrece á la Iglesia un mundo virgen y dilatado, en reemplazo de las provincias que le había arrebatado la herejía.

Con el siglo XVIII llega otra gran prueba para la Iglesia : aquella Revolución, que comenzó con el filosofismo incrédulo y concluyó con el Terror. Un medio siglo de conspiración filosófica en que se intentó aniquilar el Catolicismo desde su base hasta su cúspide, fué como el preludio de la gran catástrofe. Los verdugos vienen detrás de los so-

listas. ¿Qué va á ser de la Iglesia en ese mar de sangre ? Al filo del hacha revolucionaria derrúmbase la monarquía cristiana ; el altar en que cien generaciones habían adorado al Dios del Evangelio, es ocupado por una mujer impúdica, símbolo de la razón prostituída por la impiedad, y la Francia de San Luis y de Juana de Arco le ofrece incienso y le canta himnos ; y el Papa Pío VI, despojado de sus Estados y arrastrado de prisión en prisión, muere en Valencia en medio del regocijo de la impiedad que exclama : « Es el último Papa ».

La fuerza tuvo un día de triunfo ; pero, sería de corta duración. En 1802 una inmensa multitud llenaba las vastas naves de Nuestra Señora de París : allí se veían convencionales que oraban, generales que inclinaban la frente, obispos que volvían del destierro, el Legado del Papa que representaba á Roma, un Pontífice octogenario que reponía á Jesucristo en el altar profanado y el primer Cónsul que restituía la fe cristiana al corazón desangrado de Francia. Todo había perecido en esa ilustre nación : instituciones, leyes, dinastía ; sólo la Iglesia, pasada la tempestad, volvía á ocupar su antiguo puesto de honor.

Pero, aquel hombre providencial, cegado por la gloria y arrastrado por la ambición, vuelve contra la Iglesia su espada tantas veces victoriosa. Pío VII es conducido como prisionero desde Roma al Castillo de Fontainebleau ; y cuando parecía que Napoleón no encontraba límites á su poder ni en lo temporal ni en lo espiritual, se apaga repentinamente la estrella de su fortuna, y mientras que el augusto cautivo de Fontainebleau vuelve á su trono en medio de las aclamaciones del pueblo romano, el vencido de Waterloo, el guerrero más grande de su siglo, toma el camino del destierro en medio del silencio de la Europa consternada, para ir á buscar en una roca solitaria el olvido y la tumba.

Aquí tenéis, Señores, algunas de las muestras que nos da la historia de los triunfos de la Iglesia sobre la fuerza.

Y esta fuerza, que todo lo puede por sí sola, se ha aliado muchas veces con la herejía, que es la guerra intestina encendida en el seno mismo de la Iglesia. Los arrianos, los albigenses, los iconoclastas, los protestantes, han tenido á su servicio la espada de los príncipes temporales, y juntos han declarado guerra de exterminio al Catolicismo. Estos poderes unidos extendieron rápidamente los progresos del error y llenaron el mundo cristiano de tumultos y divisiones, y al ver á pueblos enteros correr á alistarse bajo las banderas de los heresiarcas, hubiera podido creerse que el abandono iba á ser general y que la fe antigua llegaba á su término. Mas, ¿dónde están hoy esas herejías que causaron tantas turbulencias y sedujeron á tantos reyes y á tantos pueblos ? Ya no existen : apenas se las conoce por sus nombres. Sólo el protestantismo afecta todavía aires dominadores en algunos países ; pero, herido de esterilidad, como la higuera maldita del Evangelio, no solamente no produce frutos, sino que un gran número de sus adeptos pasan de continuo ó al seno de la Iglesia, ó á las filas del racionalismo. Perseguidores y heresiarcas han desaparecido y no queda de ellos más que un recuerdo recogido por la historia. Y la Iglesia entre tanto, sigue su camino, viva é inmutable, sin haber cambiado una sola palabra de su credo y sin tomar otra venganza contra sus enemigos que la de sobrevivirlos.

II

El poder de la inteligencia ha puesto también á dura prueba la estabilidad de la Iglesia. En los dos últimos siglos se ha formado una vasta conspiración de sabios con el propósito deliberado de convencer de ignorancia ó de impostura á los escritores inspirados y descubrir contradicciones insubsanables entre la palabra de Dios y la palabra de las ciencias. Y esos hombres presuntuosos, dividiéndose los dominios de las ciencias, se han entre-

gado á trabajos de todo género: han interrogado á las antigüedades de las naciones, á las leyes de la naturaleza, al curso de los astros, á las revoluciones del globo terrestre, al lecho de los ríos y de los mares; y, en suma, á todos los seres animados é inanimados, para hacerlos deponer como testigos contra la veracidad de los Libros Santos. Y en cada descubrimiento que han hecho en las entrañas de la tierra, han levantado gritos ensordecedores mostrándolo como prueba irrecusable de falsedad. Por momentos han creído ver desplomarse el edificio de la fe cristiana y su asombro no ha tenido límites al ver que el género humano seguía teniendo por verdades sagradas las contenidas en las Santas Escrituras.

¿Sabéis lo que ha hecho la Iglesia en presencia de esta conspiración? Callar y esperar. Sabe que la verdadera ciencia no puede estar en contradicción con la palabra de Dios, porque la verdad no puede ser contraria á la verdad: sabe que la ciencia que se invoca para contradecir á la Biblia no es la ciencia, sino la falsificación de la ciencia; no es la ciencia que se apoya en principios ciertos y demostrados, sino en hipótesis aventuradas y antojadizas; no es la ciencia inmutable, como la de los axiomas geométricos, sino la ciencia mudable que se contradice acerca de unos mismos objetos; sabe, por fin, que en diecinueve siglos no ha habido dogma alguno contra el cual haya podido alegarse un solo hecho demostrado científicamente. Y, por esta razón, la Iglesia ha visto pasar esos ataques como tempestades de verano, que hacen mucho ruido y se desvanecen pronto. Recordemos algunos ejemplos.

Vuestra ciencia es muy vieja, decía la incredulidad del siglo XVIII por boca de Voltaire. Afirmáis en la Biblia que la luz fué creada en el primer día y el sol en el cuarto, es decir, el efecto antes que la causa; y esto es un absurdo. Pero, llegó la ciencia del siglo XIX, y demostró con toda la evidencia de una proposición científica que la luz es in-

dependiente del sol, y que, en consecuencia, pudo ser creada antes que el astro del día. Con lo cual quedó de manifiesto la ignorancia de Voltaire, ignorancia tanto más indisculpable cuanto que la creencia de que la luz es un fluído distinto del sol era un sistema defendido por los antiguos, renovado por Descartes y adoptado por un gran número de físicos anteriores al filósofo de Ferney.

Otros vinieron con aire triunfal á decir á la Iglesia en nombre de la astronomía: Vuestras Escrituras no dan al hombre más de seis mil años de existencia: pues, aquí tenéis el zodíaco de Denderah, que prueba que hace más de veinticinco mil años que el hombre observa el cielo: confesad que vuestra cronología bíblica ha caído en evidente error.

Pero, aparte de que la Biblia no tiene cronología, no habían pasado diez años, cuando Biot, Cuvier y Champollión redujeron, de observación en observación, la antigüedad fabulosa del zodíaco de Denderah, primeramente á dos mil setecientos años, en seguida á mil ochocientos, y, por fin, á ciento cincuenta años, después de Jesucristo, en la época del reinado de los Antoninos.

Y vino á su turno la historia natural, acusando á la Biblia de falsedad, porque enseña que el hombre nació perfecto de las manos de Dios. La ciencia ha descubierto, dicen, que el hombre desciende de un *antropoideo* por medio de transformaciones sucesivas; es un mono perfeccionado. Y al anunciar al mundo este descubrimiento, los semi-sabios cantaron victoria, exclamando: la Biblia ha sido sorprendida en manifiesta impostura.

Pero, no bien se habían apagado los ecos de aquellos himnos triunfales, cuando se deja oír la voz reposada de la verdadera ciencia por los labios de Flourens, de Quatrefages y de otros doctísimos naturalistas, demostrando con la última evidencia que no hay ni puede haber tránsito de una especie á otra y que la transformación del mono en hombre es físicamente imposible, por cuanto

hay entre uno y otro diferencias tan esenciales como el don de la inteligencia y el uso de la palabra.

Pero la falsa ciencia, no obstante sus continuos fracasos, vuelve de nuevo á desmentir á la Biblia, porque enseña la unidad de la especie humana, dándole por únicos progenitores á Adán y á Eva. Eso es falso, claman los sabios incrédulos, la especie humana ha debido nacer, á lo menos, de tres grupos diversos, correspondientes á las tres razas : blanca, amarilla y negra.

Y de nuevo la ciencia legítima ha venido á confirmar la verdad de la narración bíblica, probando que el cruzamiento y la multiplicación de esas razas habría sido imposible, si no perteneciesen á la misma especie ; puesto que es una ley física que el cruzamiento de individuos de distinta especie es infecundo.

Y cuando la geología daba sus primeros pasos como ciencia, aprovecháronse sus primeros descubrimientos para negar la existencia del diluvio.

Pero, las observaciones de Cuvier, de Dolomieu, de Marcel de Serres, de Deluc y de muchos otros eminentes geólogos han probado con la misma geología la existencia, unidad y época del diluvio, tal como Moisés las establece en el Génesis.

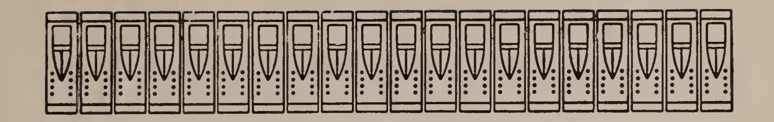
Pero, los sabios de la incredulidad no han fundado solamente sus ataques en hipótesis arbitrarias, sino que han acudido al poco hidalgo recurso de atribuir á los Libros Santos afirmaciones que no existen en sus páginas. Así, les atribuyen el error llamado *geocéntrico*, que hace de la tierra el centro astronómico del universo. Este error no se encuentra en las Sagradas Letras : si Moisés llama al sol y á la luna *luminares*, es porque realmente lo son para la tierra, á la cual iluminan. Al hablar de los astros, no tenía Moisés ni la intención, ni la misión de dar lecciones de astronomía. Consideraba solamente á los astros en sus relaciones con la tierra, destinada á ser residencia y morada del hombre. Y al decir que el sol *sale* y

se pone, los autores inspirados hablaban un lenguaje vulgar, puesto que hablaban para el vulgo, y no un lenguaje científico, ya que su misión no era hablar únicamente á los sabios ; hablaban en la forma que hoy mismo nos expresamos todos, á pesar de que ninguno de nosotros ignora que el sol es el centro del mundo planetario.

Atribúyese también á los autores sagrados el haber creído que la tierra es plana. Pero no hay un solo texto que preste asidero á esta suposición, á no ser que se quiera dar al lenguaje metafórico el valor del lenguaje científico. Al contrario, en muchos pasajes se designa á la tierra con la palabra *Tebel*, esto es, *orbis*, *globo*, vocablos en los cuales se encierra claramente la idea de esfericidad.

Mucho más podríamos extendernos en materia tan vasta como interesante ; pero, basta lo dicho para demostrar que la persecución científica no ha sido más afortunada que la de la fuerza y la de la herejía. Después de siglo y medio de combate, ha quedado de manifiesto que la última palabra de las ciencias es una confirmación magnífica de la primera palabra del Génesis y es un hecho que la falsa ciencia, vencida en toda la linea, terminó el siglo XIX, lanzando como en retirada sus últimos disparos.

Desde el tiempo de San Agustín, los enemigos de la Iglesia vienen profetizando su ruina y á cada golpe asestado contra ella creen tener la gloria de colocar la lápida de su sepulcro. Los que creen que la Iglesia es una institución humana tienen razón para aguardar de día en día su próxima ruina, porque es imposible que una obra de los hombres pueda resistir á tantos enemigos conjurados contra ella. Pero en esto consiste la ceguera incurable de la impiedad, que no ve en esta vitalidad perpetua, en esta juventud eterna, en esta fuerza inagotable de resistencia un signo evidente de su origen divino y el exacto cumplimiento de la promesa de Jesucristo : *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*



CUARTA CONFERENCIA.

EL MILAGRO.

ILTMO. Y RVDMO. SEÑOR: (1)

SEÑORES:

TIENE la religión católica caracteres tan palpables de su origen divino, que á no ser por una ceguera voluntaria, es imposible no ver en ella la obra de Dios. Así como en el mundo físico se revela la mano omnipotente y sabia del Creador en el orden, concierto y bellezas sin fin que se ostentan en el conjunto y en las partes; del mismo modo, en el mundo sobrenatural de la religión resplandece la mano de Dios con signos tan manifiestos que nos obligan á exclamar: *a Domino factum est istud*, esto es obra de la mano del Señor.

Así convenía que fuese, á fin de que en ningún tiempo pudiese confundirse con las sociedades de origen humano la religión establecida como medio único de alcanzar el fin sobrenatural del hombre.

La divinidad del catolicismo se demuestra por hechos divinos, es decir, por hechos visibles que, excediendo las fuerzas de la naturaleza y del hombre, no pueden verificarse sino con la intervención inmediata del poder infinito. Estos hechos se llaman milagros; y por lo mismo que son

(1) El Iltmo. y Revdmo. señor Arzobispo de Santiago, Doctor Don Mariano Casanova.

divinos, no puede dejar de ser divina la religión confirmada con ellos ; porque es imposible, con imposibilidad absoluta, que Dios ponga su poder infinito al servicio de una impostura.

Y tal es, Señores, la fuerza demostrativa de este argumento, que el racionalismo, en su empeño por negar todo el orden sobrenatural, no pudiendo eludir el milagro como prueba, se ha visto obligado á negarlo como hecho. «El milagro no existe, dice, y no solamente no existe de hecho, sino que no puede existir de derecho ; porque Dios no puede permitir sin injuria de sus atributos que se perturbe á cada paso el orden de la naturaleza. Y aun en el supuesto de que fuese posible, no habría medio de comprobarlo y de distinguirlo de los hechos naturales».

Tal es la última palabra del racionalismo, repetida por los labios de sus más conspicuos representantes. Séame permitido demostrar su falsedad, estableciendo estas tres proposiciones : 1.ª el milagro es posible ; 2.ª el milagro puede constar con certidumbre ; y 3.ª puede distinguirse de los hechos naturales.

I

¿Qué es el milagro ? El milagro en un sentido general es el hecho que sólo puede verificarse mediante la intervención inmediata de Dios ; y en este sentido llamamos milagros los hechos del orden intelectual, como las profecías, y los del orden moral, como la conversión del mundo por medio del Evangelio. Pero, en un sentido más estricto es el hecho que excede las fuerzas de la naturaleza física y sale del orden establecido por las leyes que la rigen.

Y bien ¿el milagro es posible ? Para los que creen en Dios, esta pregunta vale tanto como esta otra : ¿puede Dios derogar ó suspender las leyes físicas que libremente ha establecido ? El racionalismo, contestando negativamente á esta pregunta, despoja á Dios de su omnipotencia ; y despojar á Dios de su omnipotencia es lo mismo que aniquilarlo ; y por eso cuando el racionalismo niega la

posibilidad de los milagros, proclama teóricamente el ateismo. La verdad es que esa imposibilidad no existe ni de parte de Dios, autor del milagro, ni de la naturaleza, instrumento del milagro.

No existe imposibilidad de parte de Dios, porque la razón nos enseña que la naturaleza y sus leyes son efectos de su voluntad soberana. ¿No podrá el Supremo Legislador del mundo modificar ó suspender las leyes que El mismo ha establecido toda vez que lo exijan intereses más altos, como serían los de su gloria ó los del bien de sus criaturas inteligentes ? La mano poderosa que encendió el sol ¿no podrá retener su luz en el horizonte ? La voz que dió por valla á las olas del mar un cerco de arenas ¿no podrá calmar sus furias ? El que con un soplo animó la arcilla del cuerpo humano ¿no podrá devolverle la vida después de muerto ? Imaginad cuántos hechos milagrosos puedan arrebatar vuestra admiración y decidme : ¿qué serían ellos en comparación con el estupendo prodigio de la creación ? Y si bastó una palabra para hacer brotar los mundos de la nada, ¿no podrá esa misma palabra dividir las aguas del mar ó detener el curso de un río ? ¿Quién ha puesto cadenas á esa mano omnipotente ? ¿Quién ha podido arrebatarle la autoridad que le corresponde como á dueño y señor de la naturaleza ? ¿O será que Dios, menos libre que el hombre, está condenado á ser el eterno esclavo de sus obras ?

Pero se arguye que los milagros se oponen á la inmutabilidad y sabiduría de Dios. Se oponen, dicen, á su inmutabilidad, porque el obrar contra las leyes de la naturaleza importa un cambio en sus disposiciones : primero establece la ley y después la quebranta.

Los que así arguyen no conocen la naturaleza divina : ignoran que, siendo Dios un acto puro, no puede haber en El ni cambios ni sucesiones, ni pasado ni futuro. Así, pues, cuando en los consejos de su infinita sabiduría trazaba el plan magnífico del universo y dictaba las leyes por

las cuales había de regirse, ordenaba al mismo tiempo las excepciones que, por altos fines de su Providencia, habían de tener esas leyes. De modo que la ley y la excepción fueron objeto de un mismo ordenamiento eterno y soberano. Eternamente ha dicho : á tal hora de los siglos el mar Rojo dividirá sus aguas para dar paso al pueblo israelita ; á tal hora de los siglos un eclipse, no previsto por la ciencia, apagará la luz del sol en medio del día para anunciar la muerte del Redentor ; á tal hora de los siglos Lázaro dejará su sepulcro al mandato de Jesucristo. Y el milagro no es otra cosa que el cumplimiento de esas divinas previsiones, ó más bien, la ejecución de esos decretos eternos. Dios ha hecho con los milagros lo mismo que hacen los legisladores humanos cuando dictan leyes generales : prever y señalar excepciones fundadas en motivos de utilidad ó de justicia. ¿Y sería puesto en razón tachar de mudables é inconstantes á los legisladores humanos cuando llegan los casos de excepción previstos y señalados en la ley ?

Pero agregan que los milagros pugnan con la sabiduría divina, porque obrar contra las leyes naturales es introducir el desorden en el universo y hacer imposibles los cálculos y conclusiones de las ciencias, que tienen por base la estabilidad de esas leyes.

Es cierto, Señores, que las leyes del mundo deben ser estables y nada nos da una idea más ventajosa de la sabiduría divina que esas leyes siempre uniformes y siempre constantes en sus efectos. También es cierto que esas leyes dejarían de ser tales, si fuesen quebrantadas continua y universalmente. Pero los milagros ni perturban el orden del universo, ni hacen ilusorias las leyes de la naturaleza, ni impiden á la ciencia hacer sus cálculos y deducciones con entera exactitud. Los milagros son hechos raros y pasajeros que suspenden una ley, pero que no la destruyen ; que producen un efecto superior á la naturaleza, pero dejando intacto el orden natural. Muchos muertos han resucitado ; muchos enfermos han sido curados de un mo-

do extraordinario; muchas tempestades han sido serenadas con una palabra; y, sin embargo, ¿cuáles son los trastornos que se han producido en la imperturbable armonía del universo? ¿No ha continuado el sol siendo el centro del mundo planetario; no ha seguido la tierra su eterna rotación en los espacios; no han continuado las generaciones humanas naciendo, viviendo y muriendo según las leyes ordinarias? ¿Qué influjo perturbador puede ejercer en el universo la resurrección de un muerto, por ejemplo, para que la ciencia se crea imposibilitada para adelantar con paso firme en sus investigaciones? Mayores cambios que los ocasionados por los milagros, ha introducido en la naturaleza la industria humana. Ella ha unido los mares, desviado el curso de los ríos, encadenado el rayo, perforado las montañas; y, sin embargo, ningún racionalista ha culpado al hombre de introducir perturbaciones en el orden físico.

II

Si no hay imposibilidad para los milagros de parte de Dios, ¿la habrá de parte de la naturaleza? Tampoco. Las leyes por las cuales se rige el mundo no son necesarias: pudieron no existir ó ser diferentes de lo que son. Se concibe, en efecto, que las actuales leyes de la vegetación ó de la reproducción fuesen distintas de lo que son, porque el Creador pudo establecer otros medios para la consecución de esos fines. No hay, por consiguiente, repugnancia para que Dios derogue en casos determinados leyes que han podido no existir ó ser diferentes según su soberano beneplácito.

Pero no es exacto que los milagros importen derogación de las leyes físicas. Los milagros pueden verificarse de tres maneras: ó *sobre* la naturaleza, ó *fuera* de la naturaleza, ó *contra* la naturaleza; y en ninguna de estas formas existe derogación propiamente dicha. Los de la primera clase son los que no pueden efectuarse naturalmente, porque no hay en la naturaleza fuerza ó virtud capaz de pro-

ducirlos : tal sería la resurrección de un muerto. Y es obvio que Dios, al llamar á un muerto á nueva vida, no contraría ninguna ley, sino que produce un efecto superior á toda ley. Los milagros que se verifican *fuera de la naturaleza* son aquellos hechos que, pudiendo efectuarse por virtud natural, de hecho no se producen mediante los agentes físicos. La naturaleza tiene virtud para curar muchas enfermedades; pero, si se sana á un enfermo instantáneamente y sin remedios, se efectúa un milagro de esta clase. Y es evidente que en tal caso no hay derogación de ley alguna, sino prescindencia de los agentes ó virtudes naturales. En los milagros *contra la naturaleza* no se derogan las leyes físicas, sino que una fuerza superior á ellas suspende momentáneamente sus efectos. Ley constante de la naturaleza es que el fuego queme los objetos puestos en contacto suyo ; pero, en la milagrosa preservación de los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, una fuerza superior impidió que el fuego ejerciese sobre ellos su acción combustiva.

La naturaleza no puede ser un obstáculo para el milagro, porque, como cosa criada, es un dócil instrumento en manos de Dios. Lo propio del instrumento es la obediencia á aquel que lo maneja ; por eso todas las fuerzas del mundo físico se inclinan ante su Criador y las causas segundas están sometídas á la voluntad de la causa primera. La muerte obedeció el día en que Dios la estableció para cortar el hilo de la vida del hombre. Obedece también cuando Dios se digna detenerla en el lecho de un moribundo ó la manda abandonar su presa en el fondo del sepulcro. Sobre todas las leyes físicas, hay otra más general y más imperiosa : es la ley en virtud de la cual todo ser creado está sometido á la voluntad del Creador.

III

Demostrada la posibilidad de los milagros, veamos si pueden constar con certeza.

Los milagros son hechos, y en consecuencia pueden constar de la misma manera y por los mismos medios que los hechos naturales: si son presentes, por la percepción de los sentidos; si son pasados, por el testimonio humano.

Nada es más fácil que verificar la efectividad de los hechos que pasan á nuestra vista. Todo el que se encuentra en posesión del uso cabal de sus sentidos puede certificar sin temor de engañarse, si una persona, por ejemplo, está viva ó está muerta. De la misma manera puede certificarse la efectividad de los milagros, porque son hechos sujetos á la percepción de los sentidos. Fijémonos en uno de los hechos milagrosos que se encuentran en las páginas del Evangelio.

Lázaro ha muerto y sus deudos y amigos lo lloran desconsolados. Su cadáver, envuelto en blanco sudario, es colocado en el sepulcro. Pasan cuatro días, y ya la putrefacción invadía el cadáver, dando inequívoco testimonio de la triste realidad de la muerte. En estas circunstancias llega Jesucristo, acompañado de sus discípulos, á la desolada casa de Betania; se acerca silenciosamente al sepulcro y hace quitar la piedra tumularia que cerraba su entrada, y todos ven en el fondo de la tumba el cadáver de Lázaro con las manos atadas, con el rostro enjuto y los ojos sin lumbre. Entonces Jesucristo, después de dirigirse á su Eterno Padre, exclama con la autoridad de quién dispone de la vida y de la muerte: *Lázaro, sal fuera.* Y en el mismo instante Lázaro se incorpora en su lecho de piedra, pónese de pie en el dintel del sepulcro, y se presenta á Jesucristo, como si le dijera: «Me habéis llamado, heme aquí». Y el que era un cadáver putrefacto aparece en medio de la multitud lleno de vida, como un viajero que vuelve á hallarse entre los suyos.

He aquí dos hechos igualmente manifiestos: la realidad de la muerte y la realidad de una nueva vida. Si alguien hubiese preguntado á Marta y María si estaban seguras

de la muerte de su hermano, ellas habrían contestado: vedlo, ahí está en el sepulcro. Si después las hubiesen interrogado acerca de la realidad de la nueva vida, habrían contestado de nuevo: vedlo, tocadlo, oídlo; es decir, aplicad vuestros sentidos y ellos os darán testimonio de la realidad. Y entre estos dos hechos, la muerte y la vida, se interpone la razón y relacionándolos, formula el siguiente juicio: aquí hay una resurrección y, como no tiene la naturaleza virtud para devolver la vida, es forzoso declarar que el dedo de Dios está aquí, *digitus Dei est hic.*

Si los milagros presentes caen bajo el dominio de los sentidos, los milagros pasados entran en el dominio de la historia. El fundamento de la historia es el testimonio humano, aceptado por la filosofía como criterio de certidumbre toda vez que se halle revestido de ciertas condiciones. Pues bien, los milagros, como hechos exteriores y visibles, se trasmiten á la posteridad por medio del testimonio de los testigos que los presenciaron. Y, si esos testigos son dignos de fe, debemos creerlos cuando afirman que Lázaro resucitó al mandato de Jesucristo, por la misma razón que creemos en las campañas de César y de Napoleón. Y si es racional la confianza que inspira el testimonio histórico respecto de los hechos naturales, todavía es más racional el testimonio que nos asegura la efectividad de los hechos milagrosos del Evangelio, como quiera que ese testimonio ha sido confirmado con la sangre de innumerables testigos. Si no aceptásemos tales testimonios, caeríamos en el escepticismo histórico, declarando que toda la historia reposa en una impostura.

IV

Es cierto, Señores, que en la apreciación de los milagros puede caber engaño, teniendo por tales ciertos efectos naturales cuya causa se nos oculta; y por eso los Libros Santos nos advierten que no debemos «prestar fe á todo

espíritu, sino examinar todas las cosas y atenernos á lo bueno ». (1)

Pero esto no quiere decir que no tengamos medios seguros para discernir lo que es milagroso de lo que es natural. Desde luego, sabiendo que nadie, fuera de Dios, puede suspender el curso ordinario de la naturaleza, cada vez que se produzca un hecho en que se suspende manifiestamente una ley constante del mundo físico, debemos creer que nos hallamos en presencia de un milagro. Así, si yo viese que un hombre toca con su vara las aguas del mar y que las aguas se dividen dejando un ancho camino en medio de ellas, yo me inclinaría sin vacilar ante la evidencia del milagro, porque en vano buscaría en la naturaleza agente capaz de producir esta estupenda maravilla. Y aunque es verdad que no conozco todas las fuerzas ocultas del universo, sé con certidumbre que por más que se reúnan todos los químicos y físicos del mundo, y apliquen todos los fluidos de la naturaleza, no lograrán resucitar á un muerto.

Hay, sin embargo, ciertos hechos maravillosos que han servido de pretexto para explicar los milagros. Estos hechos son de dos clases : los producidos por arte diabólico y los que tienen por origen el hipnotismo, comprendido hoy entre las ramas de la ciencia.

Que los demonios existen, que tientan al hombre y lo sorprenden con singulares prodigios, es una verdad, no sólo enseñada por la fe, sino confirmada por la historia y conforme con la creencia de todos los pueblos. Los demonios son espíritus puros y libres que no perdieron por el pecado ni la perfección de su naturaleza ni la ciencia y poder correspondientes á su condición. Exentos de las trabas de la materia, obran en los dominios del espacio con la rapidez del pensamiento y se sirven de las cosas creadas, cuyos secretos conocen, como de instru-

(1) S. Juan IV. — I.

mentos para producir fenómenos extraordinarios, tales como levantar los cuerpos y mantenerlos en el aire, moverlos localmente, producir imágenes y ruidos extraños, y tantos otros que suelen presenciarse en las sesiones espiritistas.

Pero, por extraordinarios que sean estos fenómenos y por más que excedan las fuerzas naturales del hombre, no pueden confundirse con los milagros. Primeramente, porque el arte diabólico sólo puede ejercerse en cierta esfera limitada, siendo absolutamente impotente para resucitar muertos, multiplicar los objetos, suspender el movimiento de los astros, detener el curso de las aguas, devolver la vista al ciego, el habla al mudo y el oído al sordo.

Por otra parte, los prodigios diabólicos llevan en sí mismos la imagen de su autor, pudiendo aplicárseles la sentencia del Evangelio: *ex fructibus cognoscetis eos*; los conoceréis por sus frutos. No hay en ellos belleza moral, porque nadie puede dar lo que no tiene; en tanto que los milagros se imponen por la grandeza que los rodea y las virtudes que inspiran, los hechos diabólicos se distinguen por la extravagancia, por la puerilidad y la corrupción que producen. Tampoco resplandece en ellos la bondad, porque el demonio se deleita en el mal, y hacerlo es su único anhelo; y al paso que los milagros son siempre manifestaciones esplendorosas de un amor infinito, las obras de Satanás son manifestaciones de un odio inextinguible. Y, aunque á veces tome las apariencias de Angel de luz, ello es para asegurar con el engaño un éxito más feliz en su implacable guerra contra el Evangelio. Y mientras que Dios escoge para instrumentos de sus milagros á hombres que por sus heroicas virtudes son gloria y ornamento de la humanidad, Satanás busca para ejecutores de sus obras á hombres vulgares que no se distinguen por ninguna virtud, desde Simón el Mago y Apolonio de Thyana, hasta las pitonisas de la gentilidad pagana y los *mediums* del espiritismo moderno. Y sobre todo, no vere-

mos jamás en las obras del arte diabólico ese sello de autoridad soberana que distingue á los milagros, en los cuales se revela en su insuperable grandeza el Supremo Autor de la vida y de la muerte y el Señor Omnipotente de todo lo creado.

Después de los prodigios diabólicos se invocan los de la ciencia, no ya para igualarlos á los milagros, sino para explicarlos de un modo natural. Se dice que hay ciertas fuerzas secretas en la naturaleza, que, solicitadas por un agente especial, producen en el organismo humano efectos tan admirables como los que se tienen por milagros. Y el racionalismo en su afán por desligarse de todo lo sobrenatural, se ha apoderado del hipnotismo como de una arma destructora de los milagros. Según esta doctrina, la imaginación, excitada durante el sueño hipnótico por arte del hipnotizante, obra sobre el sistema nervioso y por medio de éste sobre los demás órganos. Esta acción, puesta en ejercicio por la sugestión hipnótica, suele tener virtud curativa.

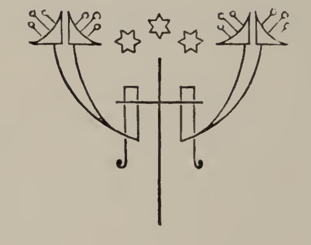
Pero, aun en el supuesto de que pudieran explicarse por hipnosis las curaciones que se estiman milagrosas, sería muy mezquino el triunfo que obtuviese el racionalismo, porque la religión no presenta solamente curaciones entre los milagros que prueban su origen divino. Los hay de muchas especies que no pueden explicarse por sugestiones hipnóticas y entre ellos todos los que se verifican en el mundo puramente material, como la resurrección de un muerto ó la conversión del agua en vino, por cuanto los fenómenos hipnóticos no trascienden fuera del organismo humano.

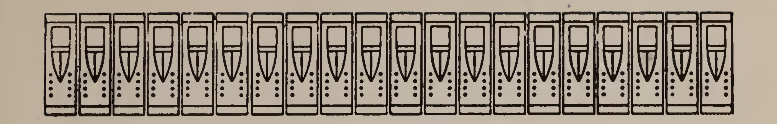
Pero, aun concretándonos al reducido ámbito de las curaciones de enfermedades, son palpables las diferencias que existen entre el milagro y la hipnosis.

El milagro cura toda clase de enfermedades y dolencias humanas; la hipnosis sólo tiene virtud para curar un corto número de afecciones nerviosas. El hipnotizador

necesita de preparación y de trabajo y no siempre obtiene resultados; el milagro obra instantáneamente y de un modo seguro. El hipnotismo priva al hipnotizado del uso de su razón y de la conciencia de sus actos; el milagro no sólo no perturba, sino que perfecciona las facultades humanas. Los efectos de la hipnosis suelen ser pasajeros; los del milagro, permanentes.

Después de lo dicho, créome autorizado para deducir como consecuencia que el racionalismo no tiene razón en sus afirmaciones contra el milagro.





QUINTA CONFERENCIA.

EL MILAGRO EN EL CATOLICISMO.

Señores:

En mi última conferencia he afirmado que el milagro puede existir; ahora vengo á demostrar que el milagro existe de hecho en el catolicismo como prueba irrefragable de su origen divino. El milagro, en verdad, precede, acompaña y sigue al nacimiento del cristianismo, de tal modo que pudiéramos decir que es su obligado cortejo en su marcha de triunfo por el mundo. Precede á su nacimiento bajo la ley escrita en aquel pueblo, célebre por sus glorias é infortunios, constituido depositario de las promesas y esperanzas de la redención. Moisés desata sobre el Egipto plagas milagrosas, divide las aguas del Mar Rojo al contacto de su vara y convierte la roca estéril en manantial de purísimas aguas; Josué detiene la luz del sol sobre el horizonte y derriba los muros de Jericó con el sonido de sus trompetas; Daniel es salvado milagrosamente del lago de los leones y los jóvenes hebreos se preservan de las llamas en el horno de Babilonia.

El milagro acompaña al nacimiento del cristianismo, porque Jesucristo, su fundador divino, fué el más grande taumaturgo que han visto los siglos. Durante los tres años de su vida pública manda como señor á la naturaleza y la naturaleza obedece á su palabra; y los ciegos ven y

los sordes oyen, los paralíticos recobran el movimiento, los muertos resucitan, las tempestades se apaciguan y El mismo se levanta triunfante del sepulcro por su propia virtud.

El milagro sigue al nacimiento del catolicismo, y en el curso de diecinueve siglos la Iglesia Católica lo ve estallar en su seno con prodigalidad inagotable, siendo ella misma en su duración y estabilidad un perpetuo milagro. Los apóstoles reciben el don de lenguas ; Pedro cura á los enfermos hasta con su propia sombra ; Pablo cae aterrado y convertido en el camino de Damasco ; Juan sale inmune de toda lesión de una caldera de aceite hirviente ; las fieras del circo romano deponen su hambrienta furia en presencia de Ignacio de Antioquía ; y no hay siglo en que no aparezcan hombres eminentes en santidad que renuevan los milagros de Jesucristo, como si Dios quisiera revelar de continuo su presencia en el seno de la Iglesia y afirmar la fe en sus promesas de asistencia perpetua. Los milagros son las credenciales irrecusables del origen divino del catolicismo, que no permiten confundirlo con ninguna obra humana ; y cuando alguien quisiera pedirle cuenta de los títulos con que reclama la fe de los hombres, él podría responder : puesto que ejecuto obras divinas, soy de Dios y vengo del cielo. No es posible rehusar la fe á una religión cuya verdad se confirma con milagros ; no es exigir demasiado á la rebelde razón humana cuando se le pide que se someta ante la evidencia del poder de Dios.

Sin embargo, el racionalismo moderno no quiere ver el milagro en la religión católica, porque se resiste tenazmente á reconocer su origen divino. Niega en teoría hasta la posibilidad del milagro y al encontrarse en presencia del milagro histórico consignado en el Evangelio y estrechado en la disyuntiva ó de aceptar el milagro ó de negar su verdad histórica, se ha decidido por el segundo término, afirmando que los hechos milagrosos del Evangelio son

mitos ó leyendas sin ningún valor histórico, con lo cual intenta destruir uno de los más poderosos motivos de credibilidad con que el catolicismo reclama la fe del creyente.

Por nuestra parte, sostenemos que los hechos evangélicos son tan reales y efectivos como los hechos mejor comprobados de la historia y que su realidad resiste á la prueba y al examen de la crítica más exigente. Y tal será el objeto de la presente conferencia.

En los conocimientos humanos hay tres órdenes de verdades : las del orden físico, las del orden especulativo y las del orden histórico. Estos tres órdenes de verdades se adquieren por distintos medios y se verifican por pruebas acomodadas á su naturaleza : las del orden físico por la observación y la experiencia, las del orden especulativo por el raciocinio, y las del orden histórico por el testimonio humano.

Pues bien, los racionalistas, al negar los hechos históricos del Evangelio, no se fundan en pruebas propias de la historia, como es el examen de los hechos y de los testigos, sino en sistemas especulativos y en teorías y principios que deben ser examinados ante el tribunal de la razón y no ante el tribunal de la historia. El racionalista dice : las leyes de la naturaleza son inmutables, luego no es posible el milagro que las quebranta. El panteísta dice : Dios y la naturaleza son una misma cosa, luego no puede manifestarse por hechos sobrenaturales. El positivista dice : no hay en el mundo otros factores que la naturaleza y la humanidad, luego no puede haber otros hechos que los naturales y humanos. Y en virtud de estos sistemas filosóficos, los racionalistas, los panteístas y los positivistas declaran sin más examen y sin más pruebas, que los hechos evangélicos ó no son verdaderos ó no son milagrosos. Lo que vale tanto como sostener que la historia

no puede ni debe admitir como ciertos sino los hechos que se acomodan á esos sistemas y se encierran dentro de ese marco.

Vosotros comprenderéis sin esfuerzo que este criterio aplicado á la historia es de todo punto inadmisible, porque la realidad de los hechos no depende de las ideas, preocupaciones ó caprichos de uno ó de muchos hombres. No sería racional que hiciéramos depender la existencia histórica de Alejandro, de César ó Carlo Magno de los delirios de un escéptico. La historia registra los hechos sin preocuparse de otra cosa que de la calidad de los testigos que los refieren y de los documentos que los comprueban, situándose á igual distancia de la credulidad candorosa que acepta todo, hasta las fábulas, y de la desconfianza soberbia que rechaza todo testimonio que no se conforma con un sistema preconcebido. El historiador, en su calidad de juez incorruptible, acepta como verdadero todo lo que consta, sin preguntar si el hecho es natural ó sobrenatural, como quiera que uno y otro pueden verificarse por los mismos medios, es decir, por el testimonio humano.

Hecha esta observación preliminar, séame permitido preguntar: ¿qué se requiere para que un libro histórico merezca nuestro entero asentimiento? Se requiere que el historiador esté suficientemente instruído en los hechos que narra; que en su narración se traduzca un claro reflejo de su probidad y sinceridad; que los hechos hayan sido de tal manera públicos y notorios que no pudieran ser ignorados de los contemporáneos; que el testimonio del historiador haya pasado á la posteridad sin contradicción de parte de aquellos que pudieran tener interés en negarlo. Pues bien, si hubiese, Señores, un libro escrito en tales condiciones y con tales caracteres, ¿le negaríais vuestro asentimiento? Me imagino que no, porque no es posible exigir más para llegar al más alto grado de certidumbre histórica.

Hay un libro que tiene todos esos caracteres y otros mu-

chos; un libro que, desde hace diecinueve siglos, es objeto de minucioso examen de parte de amigos y enemigos, sin que se haya descubierto en él una sola inexactitud; un libro admirable por su doctrina, maravilloso por sus hechos, altísimo por las verdades que encierra, bello por su forma, amable por su sencillez, que atraviesa las edades despertando en todas partes admiración y respeto. Este libro es el Evangelio.

Este libro contiene en pocas páginas los hechos de la vida de Jesucristo y la doctrina religiosa y moral que reveló á sus discípulos y por medio de éstos á la conciencia humana. Es la obra de cuatro historiadores, de los cuales dos fueron testigos oculares y los otros dos narran los sucesos que oyeron de los labios de testigos también oculares. El primer carácter de éstos documentos es el de ser rigorosamente testimoniales. Sus autores no discuten, no reflexionan, no exponen sus opiniones, sino que cuentan con sencillez los hechos que han visto y las palabras que han oído. Escriben sus recuerdos para dejar á la posteridad un testimonio más durable que el de su palabra.

Examinemos el valor de este testimonio. El testimonio de un solo historiador digno de fe ha sido estimado siempre como garantía suficiente de veracidad. Pero, si en vez de uno, hay cuatro historiadores que afirman los mismos hechos, la garantía de veracidad debe naturalmente cuadruplicarse, siempre que exista entre ellos la variedad, que aleja toda sospecha de colusión, y la uniformidad en lo sustancial, que hace imposible la impostura.

Es lo que pasa con los santos evangelios. Consta positivamente que los cuatro evangelistas, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, escribieron sus evangelios separados por largas distancias y en épocas diversas, estando en posesión de toda la independencia de sus convicciones aisladas; lo que quiere decir que no pudieron ponerse de acuerdo. Y para persuadirse de esta circunstancia basta leerlos: lejos de identificarse los unos á los otros, difieren

entre sí en el estilo, en los detalles y circunstancias de los hechos, supliendo los unos las omisiones de los otros y restableciendo hechos pasados en silencio. Y, sin embargo, escritores diferentes en edad, en condición y en letras, producen un cuerpo de doctrina y de hechos de la más perfecta unidad ; de tal manera que de la múltiple narración resulta una sola historia ; y, aunque hay cuatro evangelistas, no hay más que un Evangelio ; aunque hay cuatro pintores, no hay más que un retrato.

Y no hay historiadores mejor instruídos en los hechos que narran. Habían vivido tres años con Jesucristo en la intimidad con que viven los hijos con sus padres y los discípulos con su maestro. Le habían acompañado en sus viajes, habían presenciado sus milagros, oído sus palabras, recibido sus confidencias y enseñanzas ; habían sido testigos de la gloria de su resurrección y llorado como huérfanos su ausencia. Y por lo mismo que debían ser sus heraldos, Jesucristo tenía empeño en que fuesen testigos de sus milagros, á fin de que creyesen en su divinidad y pudiesen dar testimonio de ella. Y cuando el Maestro dejó de vivir visiblemente en la tierra, comenzó para sus discípulos esa otra vida de los recuerdos ; porque, es propio del amor hacer vivir á los seres amados que se van en la memoria de los que se quedan en la tierra,de tal manera que, mirando en el fondo del alma, se les ve, se les siente, se les oye.

Los Evangelistas, por otra parte, no refieren hechos sucedidos en épocas remotas que pueden confundirse con la leyenda. Refieren hechos que pasaron á la vista de todos sus contemporáneos y que por ser tan extraordinarios debieron excitar vivamente la atención pública. Jesucristo no era un personaje obscuro y que buscase las sombras para ejecutar sus prodigios. Recorría á la luz del día las ciudades y aldeas seguido de inmensa muchedumbre, ávida de su palabra y de sus beneficios.

Según esto ¿puede concebirse que los Evangelistas

se atreviesen á inventar hechos que sus contemporáneos debían desmentir y citar como testigos á personas vivas aún, que se habrían levantado indignadas para protestar contra la audaz falsificación ?

¿No habrían desmentido á los Evangelistas Marta, María y Lázaro, la viuda de Naim, el Centurión, la Cananea y tantos otros que, al decir de los historiadores evangélicos, habían sido favorecidos con estupendos milagros ? ¿Se hubiera atrevido San Pedro á exclamar en una asamblea de judíos contemporáneos de Jesucristo : « Vosotros sabéis que Jesús de Nazareth ha sido un varón á quien Dios ha hecho célebre por los milagros que ha verificado en medio de vosotros», si esos milagros hubiesen sido una impostura ? ¿No habría sido la risa pública la única respuesta dada á tales testimonios ?

Así debiera haber sido, Señores, porque toda falsedad se recibe ó con indignación ó con desprecio. Sin embargo, no hay memoria de ninguna protesta, de ningúna desmentida, de ninguna contradicción. Los judíos contemporáneos que no creyeron en la divinidad de Jesucristo, no negaron la realidad de sus hechos maravillosos, sino que trataron de explicarlos atribuyéndolos á Beelzebú. Y, si esos hechos no fuesen verdaderos, ¿cómo se explicaría que Pilato, que conoció personalmente á Jesucristo, hubiese enviado al Emperador Tiberio una relación circunstanciada de la vida, de los milagros y de la muerte del Divino Maestro, relación que en el tercer siglo existía aún en los archivos romanos, la cual produjo en Tiberio una impresión tan honda que pensó colocarlo en el número de los dioses del Imperio ? ¿Estaría el Gobernador romano, que condenó inicuamente á Jesucristo, en colusión con los apóstoles ? ¿Y cómo se explicaría que el historiador Josefo, coetáneo también y hombre de excepcional ilustración en su época, dé á Jesucristo el nombre de *taumaturgo ?* ¿También diremos que este célebre judío estaba empeñado en favorecer el fraude ?

Suponer que los Evangelistas, hombres rudos y tardos de entendimiento, hayan podido forjar el tipo celestial de Jesucristo, único en la historia del mundo, é inventar la moral purísima del Evangelio y esas verdades que exceden el alcance de la inteligencia humana, es una de aquellas extrañas imposibilidades que no admiten explicación racional. Este sería el caso de repetir aquella célebre confesión de Juan Jacobo Rousseau, arrancada á su incredulidad por la evidencia de la verdad : «¿ Diremos que ha sido inventada de propósito la historia del Evangelio ? Ah ! no se inventa de esa manera ; los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están mucho menos comprobados que los de Jesucristo..... El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan señalados y tan inimitables, que su inventor sería más asombroso que su héroe».

Leed, Señores, á los Evangelistas y sentiréis que su sinceridad resalta en cada página. ¡Qué candor y sencillez, y al mismo tiempo qué grandeza ! La simplicidad de su estilo hace un raro contraste con los escritores de su siglo, que se afanan por derramar en sus obras todas las galas de la elocución. No hay en el Evangelio ni estudio, ni artificio, ni pretensión ; y, sin embargo, ¡qué grandeza en los hechos y qué sublimidad en los conceptos ! Sublimes por instinto y sin quererlo, hacen hablar al Hijo de Dios un lenguaje digno del título que se da, de la misión que ejerce y de la doctrina que enseña. Jamás hablan de sí mismos y se diría que todo su empeño es ocultarse para que resalte en toda su grandeza la divina figura de Cristo. Y, en efecto, cuando se leen los Evangelios no se encuentra en ninguna parte á sus autores ; sólo se encuentra el alma, el genio, la palabra de su héroe, que vive, que obra, que enseña y santifica.

Impasibles como la justicia y tranquilos como la verdad, cuentan las cosas más grandes sin asombro, las más tristes sin compasión, las más inicuas sin indignación. Ven que la vida hace bullir el polvo del sepulcro en la

resurrección de Lázaro, y narran esta maravilla con la impasibilidad con que se da cuenta de un suceso que pasa todos los días, y nada dicen de las emociones que debió producir en los espectadores el aparecimiento de aquel emigrado del sepulcro, ¿Qué amigo no se conmueve al contar la muerte desastrosa de un amigo tiernamente amado? Pues, los Evangelistas describen los inauditos dolores de su Maestro con la misma indiferencia con que cuentan sus milagros y terminan la historia de la sangrienta escena de la crucifixión con estas palabras : *Y allí lo crucificaron.* ¿Qué historiador no se indigna en presencia de las injusticias y del crimen? Sin embargo, en el Evangelio no hay ni una palabra de ira, de odio ó de reprobación contra los enemigos de Jesucristo. He aquí, Señores, caracteres de verdad que jamás podrá remedar la impostura.

«Creo con gusto, ha dicho Pascal, las historias cuyos testigos se dejan matar». Y con razón, pues ¿qué mayor testimonio de la verdad puede dar un hombre que el de su sangre? Dar la vida que tanto se ama, aceptar el tormento y la muerte á que la naturaleza repugna, por atestiguar que se ha visto lo que no se ha visto, que se ha oído lo que no se ha oído, que se ha tocado lo que no se ha tocado, sería un género de frenesí de que no hay recuerdo en la larga historia de los desvaríos humanos.

Pues bien, los Apóstoles y Evangelistas han rendido este irrecusable testimonio. Pedro, Pablo y Juan fueron martirizados en Roma á la faz del mundo pagano; el Egipto vió el suplicio de Marcos, la Etiopía el de Mateo, la Bitinia el de Lucas, la Persia el de Judas Tadeo, Jerusalén el de Santiago. Y no se dejaron matar por amor á las creencias en que habían nacido, pues eran judíos convertidos, ni por sostener obstinadamente sus propias opiniones; eran testigos y nada más que testigos. No han dicho al morir : hemos pensado, hemos meditado, hemos inferido; sino : *hemos visto*; *hemos oído, hemos tocado con nues-*

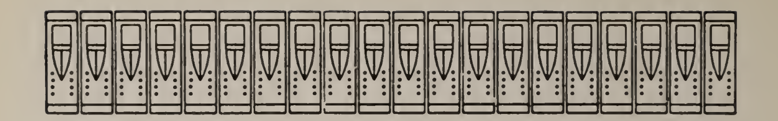
tras propias manos (San Juan). Y ante las amenazas de sus perseguidores, en medio de los tormentos y en el instante en que se les escapaba la vida, han repetido la misma afirmación: hemos visto los milagros de Jesucristo, hemos oído sus celestiales doctrinas, hemos tocado al Verbo humanado.

¿Y qué otra historia presentará tales testigos, heroicos hasta la muerte? ¿Qué historiador de la antigüedad gentílica hubiera muerto por sostener la verdad de los sucesos narrados en su historia? Los más ilustres historiadores del siglo de Augusto se resignaron al silencio por temor á la tiranía de los Césares; y, sin embargo, les creemos. Creemos á Suetonio, á Salustio, á Tito Livio, que emplearon la adulación y ocultaron las verdades que podían acarrearles algún daño. ¡Y hay quienes no creen á los Evangelistas, que á todos los caracteres de la verdad histórica, añaden el testimonio de la sangre! ¿Dónde está, Señores, el buen sentido humano? ¿Qué justicia es ésa que pesa con balanza tan desigual á los historiadores sagrados y á los profanos?

Si la mentira ha sido siempre estéril y sólo la verdad ha tenido la virtud de ser fecunda, ¿cómo se explicarían los frutos inmortales del Evangelio? Es un hecho histórico que el Evangelio ha transformado el mundo. Ved los grandes vencidos que ha ido dejando en su camino de siglos: el paganismo con sus halagos, la fuerza con sus crueldades, la herejía con sus falaces errores, la incredulidad con sus negaciones. Ved lo que era el mundo pagano y lo que es el mundo cristiano: la sociedad, las leyes, la familia, el individuo, todo ha cambiado, y donde no había más que vicios florecen las virtudes más heroicas. Mirad, en fin, á la Iglesia Católica: como el árbol de la parábola evangélica extiende sus ramas siempre verdes de un confín al otro del mundo, cobijando bajo su sombra á más de la mitad del género humano. ¿Pueden ser estas maravillas el fruto de una mentira?

La verdad de los hechos históricos del Evangelio se muestra con tanta evidencia á los ojos de la razón, que en vano la incredulidad se esfuerza por obscurecerla. ¿Y de qué valen las hipótesis en que se fundan sus negaciones, en presencia de la fe del género humano proclamada por la voz de las naciones católicas, heréticas y cismáticas que, separadas en otros puntos de doctrina, confiesan con unánime sufragio que el Evangelio, no sólo es un libro verídico como histórico, sino también y principalmente divino ? Dejemos, Señores, que caigan en el vacío las negaciones racionalistas como los ecos apagados de un odio impotente y sigamos nosotros escuchando en ese libro inmortal la palabra de Dios que alumbra, consuela y santifica.





SEXTA CONFERENCIA.

JESUCRISTO ES DIOS.

SEÑORES :

Hemos demostrado la divinidad del catolicismo considerando sus maravillosos efectos. Subamos ahora de los efectos á las causas para ver si la divinidad de la obra se confirma con la divinidad del artífice. ¿Y quién ha fundado la Iglesia Católica ? Quién ha engendrado á la vida esta sociedad que domina á las inteligencias por la fe, que regulariza las costumbres por la virtud, que ha transformado el mundo con nuevos elementos de civilización ? Su nombre es único y está en todos los labios : es un nombre que van repitiendo los siglos como un eco que nunca se apaga. Ese nombre es el de Jesucristo.

¿Y quién es Jesucristo ? Los racionalistas lo aprecian de maneras diferentes y contradictorias : para unos es el más grande de los hombres, la flor más bella nacida del viejo tronco de la humanidad ; para otros es un ser ideal é imaginario sin realidad histórica. Para Strauss es un mito; para Voltaire un infame ; para Renán un hábil impostor. Pero todos están de acuerdo en negarle su carácter divino.

En cambio, la fe del género humano expresada por el órgano de todas las naciones cultas y profesada por las inteligencias más esclarecidas, confiesa alta y resueltamente que Jesucristo es Dios.

¿Qué deberemos pensar nosotros en vista de tan contrarias opiniones? ¿Es Jesucristo un simple hombre ó es un Hombre Dios? ¿Deberemos arrancarlo del pedestal en que lo ha colocado la fe de diecinueve siglos, ó deberemos doblar la rodilla y quemarle incienso como á verdadero Dios?

Es la cuestión que vamos á debatir; y á fin de que el convencimiento racional venga en apoyo y confirmación de nuestra fe de cristianos, prescindiremos, al discutirla, de las luces de la revelación y ahogaremos en nuestras almas las santas ternuras del amor, para discurrir solamente con la razón fría y disectora del filósofo.

Muchas y muy luminosas son las pruebas que demuestran esta verdad fundamental; pero, siendo imposible exponerlas todas en el ceñido espacio de un discurso, séame permitido detenerme en una sola. Esta prueba se encierra en la siguiente proposición: Jesucristo ha dicho que es Dios; luego es Dios.

I

Cuando un hombre nos pide el homenaje de nuestra fe para una nueva doctrina, nuestra primera pregunta debe ser aquella que enviaron á Juan Bautista los sacerdotes de Jerusalén: «Quién eres tú, y qué dices de tí mismo? *Tu quis es? Quid dicis de te ipso?* Porque la razón nos dice que, antes de prestar nuestro asentimiento, debemos saber quién lo pide y con qué títulos lo pide.

Jesucristo vino al mundo á fundar un nuevo reino, que llamó «el reino de Dios», y promulgó una ley moral que deberían aceptar y cumplir todos los que quisieran pertenecer á este reino. Era, pues, necesario que declarase quién era y diese á conocer los títulos con que llamaba á todos los hombres á formar parte del reino de las almas, contestando á esta pregunta: *Quid dicis de te ipso?*

Pues bien, Jesucristo dió cabal y cumplida respuesta á esa pregunta, no una, sino muchas veces: la dió á sus

discípulos y amigos en la intimidad de sus confidencias; la dió al pueblo, es decir, á esa muchedumbre de personas de toda edad y de toda condición que constituye la mayoría social; la dió, en fin, á los tribunales de su nación.

¿Y qué dijo de sí mismo? Un día interrogó á sus discípulos diciéndoles: «¿Qué dicen de mí los hombres? Y ellos le respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Jeremías, otros que Elías ó alguno de los profetas. — Y vosotros, replica Jesús, ¿quién creéis que soy? Y Simón Pedro, adelantándose á los demás Apóstoles le dijo: *Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo*».—Y Jesús, lejos de rechazar esta declaración como una blasfemia, la acepta y la confirma diciendo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en el cielo.» Y añadiendo la recompensa á este acto explícito de fe, agrega: «Y yo te digo á mi vez que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Hablando con otro de sus discípulos, fué aún más explícito: «Señor, le dijo Felipe, haznos ver al Padre, y esto nos basta». Y Jesucristo, tomando entonces un tono de queja, le dijo: «Tanto tiempo que estoy con vosotros y aún no me conocéis. Felipe, el que me ve á mí, ve también á mi Padre... ¿No creéis que yo estoy en mi Padre y que mi Padre está en mí?»

Y cuando Tomás, el discípulo incrédulo, cerciorado por sus propios ojos de la realidad de la resurrección, cayó de rodillas en su presencia, exclamando: «¡Señor mío y Dios mío!», Jesucristo, no sólo no rehusa este homenaje de rendida adoración, sino que declara bienaventurados á los que, menos desconfiados que el Apóstol, creen y adoran sin haber visto.

La misma declaración hace delante del pueblo. »¿Hasta cuándo, le dijeron un día, nos tenéis indecisos? Si sois el Cristo, decídnoslo francamente». Y Jesús les responde: «Os hablo y no me creéis; sin embargo, las obras que yo

he ejecutado en nombre de mi Padre dan testimonio de mí... Mi Padre y yo somos uno ». Y al ver que los judíos cogieron piedras para lapidarlo, les dice : «Os he mostrado muchas obras de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedráis ?» Y los judíos le dijeron : «Por ninguna de vuestras buenas obras, sino por la blasfemia, pues siendo hombre, os hacéis Dios ».

Más alto que el pueblo había en la Judea un tribunal religioso, encargado especialmente de velar por el dogma fundamental de la unidad de Dios. Conducido ante ese supremo tribunal para ser juzgado, el Sumo Sacerdote le dirige esta solemne interrogación : «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres tú el Cristo Hijo de Dios ». Y Jesús responde : «Yo soy »— *Ego sum.* Y para confirmar esta declaración, agrega : «Y un día veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios, viniendo á la tierra sobre las nubes del cielo ».

Así, pues, Jesucristo se proclama Dios en toda ocasión : en sus íntimas confidencias con sus amigos, á la faz del pueblo que lo sigue á todas partes y en presencia de los tribunales que lo juzgan y condenan. Se proclama Dios sin atenuaciones ni reticencias, sin intimidarse ante las amenazas, sin contradecirse ante el suplicio y la muerte.

Y no solamente declara en términos propios su divinidad, sino que toma todos los títulos que convienen á Dios : reclama todos los homenajes debidos á Dios, y ejerce todos los poderes propios de Dios ; habla como Dios, manda como Dios, perdona y juzga como Dios.

II

Nos hallamos, Señores, en presencia de un testimonio único en la historia del mundo. Jamás hombre alguno ha tenido la audacia de deificarse á sí mismo. Ni en las obscuras tradiciones de la India, ni en el mundo pagano poblado de diez mil dioses, ni en medio de las infatuaciones del poder ó de la gloria, encontraréis un hombre que haya

dicho : Soy Dios. Los dioses de la mitología helénica y romana no fueron tales durante su vida, sino por obra de la posteridad, que los deificó en recuerdo de sus beneficios ó de sus crímenes.

Alejandro pidió al gran sacerdote de Júpiter los rayos divinos para su frente, pero, no pretendió ser Dios por naturaleza. Y cuando los Césares romanos se decretaban honores divinos, comprendían que no les eran debidos sino como un tributo arrancado por el temor á la abyecta adulación de sus esclavos y cortesanos.

Sólo Jesucristo, entre todos los hombres, se ha presentado ante el pueblo judío diciéndole : No hay más que un Dios : el que os libertó de la cautividad de Egipto ; que os alimentó con el maná en el desierto y os ha hablado por boca de Moisés y de los profetas ; y ese Dios soy yo.

¿Qué ha de pensar, Señores, nuestra razón ilustrada de esta afirmación nunca oída ? ¿Cuál será el valor racional de este testimonio ?

Jesucristo, al afirmar que es Dios, ó ha dicho verdad ó no la ha dicho : si ha dicho verdad, es evidente que es Dios ; si no ha dicho verdad, tendremos que explicar su testimonio ó por *error*, ó por *demencia* ó por *impostura*, como quiera que sólo por alguno de estos tres motivos puede concebirse que un hombre afirme que es Dios sin serlo.

Y bien, ¿pudo engañarse Jesucristo al dar testimonio de su propia naturaleza, creyéndose Dios por un error ? Posible es que un hombre se engañe en cuanto á sus cualidades accidentales ; posible es que se engañe, por ejemplo, creyéndose sabio ó virtuoso sin ser sabio ni virtuoso ; pero, no es posible que se engañe en cuanto á su naturaleza, creyéndose ave ó pez. No habrá un solo hombre en su sano juicio que dude acerca de su cualidad de hombre, porque no hay engaño posible en los hechos que atestigua nuestro sentido íntimo ; y por eso, aunque todo el mundo pretendiese persuadirnos de que no pertenecemos á la

naturaleza humana, nosotros seguiríamos creyendo que somos hombres.

Por la misma razón, no pudo engañarse Jesucristo acerca de su naturaleza divina ; porque su divinidad era un hecho de conciencia, del cual no tenía solamente el sentido íntimo, sino también la más clara visión. Si era realmente Dios, no podía ignorarlo ; si no lo era, tampoco podía dejar de saber con absoluta certidumbre que era un simple hombre. Luego no puede explicarse por error el testimonio de Jesucristo.

¿Podrá explicarse por acto de demencia ? Esta suposición, aun como mera hipótesis, produce en el ánimo una repugnancia invencible, porque no hay medio de conciliar en una misma persona la más alta sabiduría con la más insigne locura. Todos sabemos por la historia que entre los grandes genios que han honrado á la humanidad, no hay ninguno comparable en altura, en extensión, en profundidad con el genio de Jesucristo. ¿Qué son en su presencia los más grandes talentos de la antigüedad, Homero, Sócrates, Platón, Aristóteles ? Dignos son de admiración por sus talentos ; pero su sabiduría es incompleta, su ciencia llena de sombras, sus doctrinas mezcladas de errores. Las inteligencias más privilegiadas sólo pueden adquirir un número limitado de verdades, y aun en el orden especial de sus conocimientos están muy lejos de poseer toda la verdad posible. La ciencia humana tiene siempre defectos y vacíos, que obligaron á un sabio de la antigüedad á exclamar en una hipérbole magnífica : «Sólo sé que nada sé».

Sólo Jesucristo ha podido decir con toda propiedad : « yo soy la luz del mundo ; » porque en medio de las densas tinieblas en que estaba envuelto el entendimiento humano en orden á las verdades que más interesan al hombre, su palabra fué como el sol en el mundo físico, que disipa las sombras para dar paso á la claridad del día. Sólo Jesucristo ha podido decir con la misma exactitud : «yo soy

la verdad ; » porque en su entendimiento reside toda verdad, de sus labios emana sólo la verdad y sus conocimientos se fundan en la verdad, sin que jámás ni una sombra de error, de falsedad ó de simple duda haya empañado la claridad de su inteligencia soberana. Sólo de El ha podido decirse, como lo afirma el Evangelio, que estaba «lleno de verdad :» *plenum veritatis.*

Es tan incontestable la superioridad intelectual de Jesucristo, que los mismos que niegan su divinidad, la declaran sin reticencias. «Jesús, dice Párker, derramó una luz nueva, brillante como el día, sublime como el cielo y verdadera como Dios. Filósofos, poetas, profetas y rabinos, todos quedan inferiores á Él. ¿Qué hombre, qué siglo ha pasado más allá de su pensamiento y ha podido comprenderlo ?»

Y en efecto, Señores, ¿qué sabio habría podido inventar la moral del Evangelio y encerrar en tan pocas palabras enseñanzas que han transformado las ideas del mundo ? «¡Bienaventurados los pobres !» he aquí tres palabras que han bastado para cambiar nuestras opiniones sobre la verdadera felicidad, sobre el valor de los bienes de la tierra y sobre el fin y objeto de la vida terrenal ; tres palabras que han fundado en el mundo una nueva economía social, imponiendo á los unos el deber de la limosna y á los otros el deber de la resignación, y que, ennobleciendo el trabajo, han hecho de la pobreza una condición estimable y santa. «¡Bienaventurados los que lloran ! » «¡Bienaventurados los puros !». «¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia !» Granos fecundos arrojados en el seno de una sociedad que hacía consistir la felicidad en las ruidosas alegrías mundanales, en los goces embriagadores de los sentidos, en la servil adulación á los poderosos ; y de donde han nacido, como lozanas mieses, todos los apóstoles, todas las vírgenes, todos los mártires, todos los héroes de la humanidad, todos los que buscan la grandeza moral en el sufrimiento y en el sacrificio. «Dad al César

lo que es del César y á Dios lo que es de Dios;» palabras no menos fecundas, de donde han nacido la distinción é independencia de los poderes espiritual y temporal, base de la civilización moderna y que han producido la extinción de aquella intolerable tiranía que en el mundo antiguo pesaba como un yugo de hierro sobre las almas y las conciencias.

Y bien, esas sentencias tan sencillas, tan fecundas, tan cargadas de luz, que hacen del Evangelio un libro único en el mundo, ¿podrían ser el fruto de la demencia?

Y notad que ese hombre de cuyos labios mana un raudal inagotable de sabiduría, no tuvo maestros ni adquirió conocimientos en libros humanos. «Nazareth, dice el autor racionalista ya citado, no era una Atenas en que se respirase el aire de la filosofía, ni había allí Pórtico ni Liceo, ni siquiera una escuela de profetas. Es indudable que Dios está en el corazón de ese joven». Efectivamente, sólo así se comprende que un joven que no tuvo maestros fuese el Maestro por excelencia, que enseñó verdades que ningún sabio había vislumbrado; Maestro no de unos cuantos discípulos, ni de una época, ni de un pueblo, sino de la humanidad de todos los tiempos y de todos los pueblos. Maestro universal de una doctrina que, estudiada y analizada hasta en sus menores ápices, sigue siendo, desde más de diecinueve siglos, admiración y asombro de los sabios y pan de vida de las almas más privilegiadas.

Nunca se vió, Señores, una mirada más perspicaz que la suya. Leía en los corazones como en un libro abierto; penetrando en sus secretos más íntimos, dejaba caer, llegada la ocasión, una palabra que producía la confusión en sus enemigos y era un rayo de luz ó de consuelo para las almas bien dispuestas. Jamás le encuentran desprevenido las insidiosas preguntas de los escribas y fariseos, sino que siempre está pronta la aguda respuesta que desbarata sus maquinaciones. Sus ojos penetran el fondo obscuro del porvenir con la misma claridad con que descubren el fondo

misterioso de los corazones. Predice á sus discípulos sus próximas caídas en los momentos en que le prodigaban sus protestas de fidelidad eterna ; llora sobre Jerusalén en vista de los males que han de sobrevenirle ; anuncia la gran revolución que comenzará al pie de su cruz : ese nuevo mundo que nacerá en la cumbre del Calvario y cuyo imperio no tendrá fin ; esos humildes Apóstoles, tímidos hoy y héroes mañana, que enseñarán á todas las naciones ; esos pueblos tan diversos en ideas y en costumbres que formarán un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor ; todo lo ve con una certidumbre absoluta, como si su espíritu no encontrase límite ni en el tiempo ni en el espacio. Y esa maravillosa lucidez intelectual no era la irradiación pasajera de un momento de inspiración feliz ; cuando niño, asombra á los sabios de Israel con la sabiduría de sus respuestas, de la misma manera que en la carrera de su predicación arranca á las turbas que le rodean esta exclamación de asombro : «Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre».

¿Y este hombre, Señores, podría obrar como un insensato, llamándose Dios sin serlo ? Para los que creemos en su divinidad esta suposición es una atroz blasfemia ; para los que no creen en ella, es un absurdo que el buen sentido humano rechaza con indignación.

III

Ahora bien, si la afirmación de Jesucristo no puede explicarse por acto de demencia, ¿podría explicarse por acto de impostura ? La impostura es siempre un delito vergonzoso, aun para el hombre simplemente honrado. Pero, cuando tiene por objeto usurpar el nombre y los atributos de Dios y los homenajes de adoración que sólo á Él son debidos, entonces la impostura es un crimen nefando, cuya gravedad se acrecienta con el sacrilegio y la blasfemia.

Y bien, Señores : Jesucristo no era simplemente un

hombre honrado, de esos que por su sola dignidad rechazarían indignados una impostura. Era el más santo de los hombres, cuya perfección moral es única y sin límites. Su aparición en el mundo reveló un ideal de santidad enteramente desconocido ; ideal que millones de hombres se afanan por reproducir, quedando siempre á infinita distancia del modelo.

Jesucristo poseyó en grado altísimo la santidad negativa, que consiste en la carencia de todo pecado, y la santidad positiva, que es la florescencia de todas las virtudes.

San Juan declara que el que se crea sin pecado es víctima de una ilusión : por eso los grandes santos se han creído grandes pecadores. Y si alguno de ellos hubiese dicho : «yo soy santo, y no hay pecado alguno en mí », al punto habría caído de su pedestal y la conciencia religiosa habría arrancado de su frente la aureola de santidad que había colocado en ella.

Sólo Jesucristo, el más humilde de todos los hombres, pudo decir un día : « Sed santos como yo soy santo » : sólo El ha podido lanzar á la faz de sus enemigos y del mundo entero este arrogante desafío : «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado ?» Y, en efecto, hace diecinueve siglos que amigos y enemigos estudian su vida y analizan sus palabras y sus actos y nadie ha podido señalar ni una sola de esas imperfecciones con que se denuncia, hasta en los más santos, la incurable debilidad de la naturaleza humana. Y aquel hombre que vivió en el mundo rodeado de miserias morales ; que conversó con los pecadores y se sentó á su mesa ; que sintió en sus pies los tiernos ósculos del amor penitente, conservó la inmaculada blancura del lirio que crece en un muladar, de modo que jamás ni la más ligera sospecha empañó el cristal de su celestial virginidad. Y aquel hombre que pasó su vida llamando á todos á penitencia, no dió jamás signo alguno de arrepentimiento, ni derramó ninguna de esas santas lágrimas con que lavan sus culpas las almas arrepentidas.

La carencia absoluta de temores y remordimientos se reflejaba en la serena faz del semblante, en la dulce mirada de sus ojos y en la perpetua é inefable sonrisa de sus labios.

Pero la santidad de Jesucristo no es puramente negativa : admírase también en El la florescencia de todas las virtudes. Todas, las más heroicas y las más sencillas, florecen en el grado más alto á que pueden llegar ; y las que parecen más opuestas se hermanan y armonizan como las flores que brotan en un mismo tallo y los frutos que nacen en una misma rama. La mansedumbre y la energía, la humildad y la majestad, la compasión y la severidad, el amor y la castidad, forman en Jesucristo contrastes maravillosos sin desvirtuar la unidad del carácter. «Nada me asombra tanto en los Evangelios, dice Guizot, como ese doble carácter de severidad y de amor, de pureza austera y de tierna simpatía, que aparece constantemente en los actos y palabras de Jesucristo ».

Y para que nada faltase á su santidad sin igual, fué probada y aquilatada en el dolor. Todas las pruebas cayeron sobre El, hasta el punto de haber sido verdaderamente «el varón de dolores», que vieron los profetas en sus visiones.

Nada hay, Señores, más bello en el orden moral que hacer el bien sin exigir recompensa : por eso nos inclinamos reverentes en presencia de aquellas almas generosas que se consideran tanto más felices cuánto son más desconocidas de aquellos que reciben sus beneficios. Pero recibir el odio y la persecución como único premio de sus favores ; hacer el mayor bien posible y no cosechar más que ingratitud ; aceptar el golpe mortal de la misma mano desagradecida que se aprovecha de sus beneficios : eso es lo más heroico que puede verse en la tierra ; es la cima más alta á que puede subir la virtud.

Tal fué la suerte de Jesucristo. Clavado en la cruz á impulso del más intenso amor que se ha albergado en corazón humano, no encuentra en su agonía sino corazones feroces que se gozan en sus dolores y en su muerte. Y, sin

embargo, muere perdonando á sus enemigos y rogando por ellos; muere contento de hacer á la humanidad ingrata el don magnífico de su sangre.

Y es tan notoria la santidad de Jesucristo, que hasta los que no creen en su divinidad confiesan y ensalzan su virtud eminente. Y así, Goeth, el poeta filósofo más grande del siglo XIX, lo llama «el hombre divino, el santo, el tipo y modelo de todos los hombres» y Strauss dice que «nadie podrá aventajarlo, ni aun acercársele, en la perfección de la vida religiosa» y Channing afirma que «todos están de acuerdo en que Jesucristo obscurece todas las perfecciones humanas por la grandeza de las suyas».

Estas perfecciones, confesadas por el racionalismo, bastan para alejar de Jesucristo la idea de una impostura; porque sería indigno de los elogios que le prodigan si, no siendo más que hombre, hubiera pretendido ser adorado como Dios. Por lo cual, pudiéramos decir á los racionalistas: si queréis ser lógicos, es menester ó que retiréis vuestras alabanzas, ó que reconozcáis la verdad del testimonio de Jesucristo; porque entre la impostura y la perfección moral que le reconocéis, no hay conciliación posible.

Así, pues, si la afirmación de Jesucristo no puede explicarse ni por error, ni por demencia, ni por impostura, la lógica nos persuade con su fuerza irresistible á aceptar como conclusión que Jesucristo dijo la verdad cuando afirmó que es Dios.

IV

Pero, Señores, este testimonio está, además, confirmado con garantías irrecusables. Entre los testimonios humanos, hay unos que atraen aplausos y otros que producen la persecución y la muerte. Es posible dudar de los primeros, porque pueden ser inspirados por un interés personal. Pero, no es posible dudar de los segundos, porque es contrario á la naturaleza humana que un hombre arrostre la persecución y la muerte por sostener una mentira, sabien-

do que no hay en el mundo impostura eterna y que la execración y el desprecio caerán, tarde ó temprano sobre la memoria del impostor.

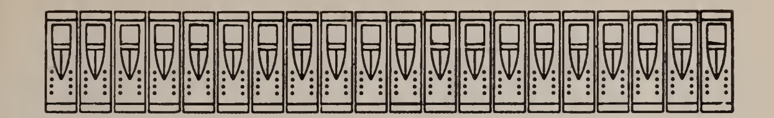
Este era el caso de Jesucristo. Sabía que declarando su divinidad, el pueblo judío levantaría hasta el cielo el grito de su indignación, viendo audazmente violado el dogma por excelencia, el de la unidad de Dios, grabado en las tablas del Sinaí. Sabía que, creyéndosele blasfemo, sería tratado con todo el rigor de la ley. Y, sin embargo, hace esta declaración, no en secreto y tímidamente, sino en público y con toda la entereza de las grandes convicciones; no en presencia de unos cuantos hombres ignorantes, sino á la faz de los tribunales supremos de la nación. Y sucede lo que El mismo había predicho: es condenado como blasfemo por el tribunal religioso, y el pueblo amotinado pide su muerte ante el tribunal político, exclamando: «Tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios: *Quia Filium Dei se fecit*». Ve delante de sí los tormentos y la muerte; oye en torno suyo las vociferaciones del odio y del furor popular; siente los azotes en su cuerpo y las espinas en su cabeza; y persevera en su declaración. Una palabra de retractación habría podido salvarlo; pero, impertérrito en su testimonio, camina en silencio á su Calvario, se abraza con la cruz y muere en ella. ¿Podrá dudarse racionalmente de la verdad de este testimonio?

El gran Napoleón, confinado en una roca solitaria del Océano, en presencia del mar que moría á sus pies en olas rumorosas, solía entretener su soledad con el recuerdo de los grandes hombres que han existido en el mundo. Un día detuvo sus ojos en la colosal figura de Jesucristo; y después de contemplarla con la penetrante mirada del genio, exclamó: «No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con éxito tan completo el designio gigantesco de arrebatarle el culto supremo, usurpando el nombre de Dios».

Yo concluyo, Señores, esta conferencia con la misma reflexión : ó no hay Dios en el cielo ó Jesucristo es Dios. Si Jesucristo no fuese Dios, nuestra razón tendría derecho para dirigirse á la Divinidad en estos términos : Hace diecinueve siglos que apareció en el mundo un hombre revestido de todos los rayos de vuestra gloria ; un hombre cuya santidad ha sobrepujado á todo lo que la humanidad puede imaginar ; un hombre cuya doctrina es superior á cuanto ha podido producir la sabiduría humana en todos los siglos ; un hombre que realizó obras tan maravillosas que exceden á todo lo que puede hacer el poder humano. Este hombre ha declarado que es vuestro Hijo, igual en todo á Vos ; y sobre la fe de su palabra, de su vida, de su doctrina y de sus milagros, hemos creído en él y lo hemos adorado. Hemos creído en él y lo hemos amado hasta el sacrificio y hasta la muerte ; y este amor ha engendrado por millares vírgenes, apóstoles y mártires ; y la cruz en que murió es nuestro signo de consuelo y de victoria ; y en las tristezas de nuestra vida, en las turbaciones de nuestra conciencia, en el lecho de nuestra agonía hallamos dulzuras, paz y confianza inefables besando sus pies llagados. Si Jesucristo no fuese Dios, habríais compartido vuestro trono, vuestra gloria, vuestro poder con la impostura y habríais acreditado este error permitiendo que se obrasen milagros en nombre de Jesucristo, que se formasen los Santos á imagen de Jesucristo, que se propagase por toda la tierra el Evangelio anunciado por Jesucristo. Si El no fuese Dios, Vos, Verdad eterna, no seríais más que un nombre vano ; Vos, Justicia incorruptible, no tendríais rayos para los que usurpan vuestro nombre ; Vos, Providencia bienhechora, habríais permitido con vuestro silencio que el género humano se engañase de buena fe adorando como á Dios á un simple hombre. Decidnos cómo podremos eludir esta inexorable disyuntivo : ó la impostura de Jesucristo, consentida y amparada por Vos, ó la divinidad de Jesucristo.

En verdad, Señores, no hay medio entre los términos de esta rigurosa alternativa : ó el ateismo ó la divinidad de Jesucristo : ó no hay Dios en el cielo, ó Jesucristo es Dios. Pero la fe con sus enseñanzas, la razón con sus luces, la creencia universal del género humano durante diecinueve siglos, los mártires que han muerto por Jesucristo, las vírgenes que en la edad risueña de la vida se sepultan en los claustros por amor á Jesucristo, los anacoretas que ven emblanquecer sus cabellos en la penitencia por servir á Jesucristo, los misioneros, que, abandonando patria y hogar, viven y mueren en las comarcas de infieles para conquistar almas á Jesucristo, los sabios cristianos que estudian sin cesar á Jesucristo, los artistas que se inspiran en Jesucristo, todas las almas, en fin, que lo aman y adoran con infinita ternura, han resuelto esta disyuntiva, exclamando como el Centurión en el Calvario : *Verdaderamente es este el Hijo de Dios.*





SEPTIMA CONFERENCIA.

JESUCRISTO Y LA HISTORIA.

ILTMO. Y RVMO. SEÑOR : (1)

SEÑORES :

He demostrado en mi última conferencia que Jesucristo es Dios por las palabras precisas, luminosas y decisivas con que Él afirmó su propia divinidad. Y aunque no hay argumento valedero que pueda desvirtuar la fuerza de esta demostración, yo quiero suponer por un momento que nada hemos probado y que el protagonista de ese drama sublime que comenzó en Belén y se desenlazó en el Calvario, no es más que un hombre. Admitida esta suposición, surgen misterios y enigmas inexplicables ; porque, si hemos de creer en el principio de causalidad, no hay medio de explicar los efectos maravillosos y permanentes que ha producido la fe en Jesucristo. ¿Cómo una impostura habría podido transformar el mundo en sus ideas, en sus costumbres, en sus instituciones fundamentales ? ¿Cómo una impostura habría podido engendrar tantos grandes caracteres, tantas virtudes heroicas, tantos prodigios de abnegación ? Si Jesucristo hubiese sido un impostor ¿cómo se explica que se haya creído en El durante su vida y después de su muerte

(1) El Iltmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo de Santiago, Doctor Don Mariano Casanova.

con una intensidad de fe que triunfa del sacrificio y de la muerte ? ¿Cómo se explica que hayan creído en El no algunos hombres, sino el mundo entero ; no algunos hombres vulgares, sino los más ilustres por su genio, por su ilustración, por sus virtudes, por su grandeza ?

Permitidme que me detenga en esta última consideración para deducir de ella un argumento de autoridad humana que afiance en nosotros el convencimiento por un medio que no sea ni el de la ciencia ni el de la fe. Ya que vivimos en un tiempo en que todo se resuelve por el sufragio, yo quiero consultar la opinión del género humano acerca de esta cuestión fundamental de nuestra fe, pidiendo á la historia que nos revele lo que han pensado en el curso de los siglos las naciones civilizadas y los hombres más eminentes de la jerarquía social. Y ya que la autoridad de la Iglesia es recusada por el racionalismo, porque es sobrenatural y divina, constituyamos una autoridad humana, imponente por el número y valor de sus testimonios, y oigamos el fallo de este gran jurado. Y yo espero, Señores, que en el testimonio de estos insignes testigos oiréis la voz de la humanidad, como un himno prolongado y armonioso, que va repitiendo á través del tiempo las palabras del símbolo apostólico : *Credo in Jesum Christum, Dominum nostrum.*

I

La filosofía nos enseña que la creencia universal en un hecho público y trascendental, es criterio seguro de certidumbre, toda vez de que ese hecho no sea de aquellos cuya afirmación interesa á las pasiones humanas. Es imposible, en verdad, que la mayoría de los hombres de todos los tiempos se ponga de acuerdo para sostener un error y que ese acuerdo se mantenga inalterable en medio de las vicisitudes á que están sujetas todas las cosas humanas. Este principio pareció inconcuso al poderoso entendimiento de Aristóteles cuando estableció

como un aforismo que «lo que á todos parece cierto no puede dejar de ser verdadero : *Quod universis videtur, verum est*». Sentencia que un sabio cristiano confirmaba, diciendo que «la autoridad de todos es manifestación de una verdad incontrovertible».

Pues bien, la creencia en la divinidad de Jesucristo se encuentra en este caso : es tan universal como el mundo y tan prolongada como la historia. La encontramos en la cuna del cristianismo, tomando rápida posesión así de las indoctas muchedumbres como de los espíritus más eminentes de la sociedad pagana. Entonces se vió un espectáculo único en la historia de las religiones : el espectáculo de doce millones de mártires que corrían á la muerte como á una fiesta, inflamados por el ardor de una fe invencible en la divinidad de Jesucristo.

Habrían podido escoger entre la vida con todos sus atractivos y la muerte con todos sus horrores ; pero, pudiendo elegir la vida con la apostasía de su fe, prefirieron la muerte. ¿Y qué mayor testimonio pudiera exigirse de la sinceridad y firmeza de sus convicciones ? Morir, no de esa muerte que viene naturalmente cuando el corazón deja de latir, sino de una muerte que se consuma entre cruelísimos tormentos ; morir, no en la edad vecina del sepulcro y cuando la vida comienza á ser una carga, sino en la flor de la juventud y cuando se ve delante de sí un porvenir lleno de risueñas esperanzas ; morir, no con una muerte honrosa, como la del guerrero en el campo de batalla, sino con una muerte ignominiosa en concepto de los hombres y en medio de los ultrajes de sus victimarios: tal fué, Señores, la inmolación suprema de los mártires en aras de su fe. Y los que así morían no eran criminales: eran pontífices y sacerdotes santos, ciudadanos egregios del imperio, soldados valientes del ejército, doncellas ilustres por su alcurnia y sus virtudes, hasta niños que pasaban de los brazos de sus madres al potro ó á la hoguera.

Tanto heroísmo es más que un espectáculo sublime: es una prueba irrecusable de la divinidad de Jesucristo y de su obra; porque, excediendo á las fuerzas naturales del hombre, sólo puede explicarse mediante una virtud sobrenatural y divina, que transforma en héroes á los seres más tímidos y delicados, á la mujer, al anciano y al niño. No es menos inexplicable que esa fe, que debió naturalmente perecer ahogada en torrentes de sangre, se extendiese y dilatase á favor de la persecución, hasta el punto de que, tres siglos después de su aparecimiento, subía con Constantino al trono de los Césares, y el paganismo veía con estupor que el imperio era cristiano.

Pero llegó un día en que ese imperio, que había impuesto la ley al mundo, había de caer, como una presa, en manos de los bárbaros. Y se verificó entonces aquel ruidoso tránsito de hombres venidos del Oriente y del Occidente con el nombre de *azote de Dios*. Eran los obreros del porvenir que, después de arrastrar el arado por encima de los monumentos de cuarenta siglos, habían de dar origen á nuevas razas y á nuevos pueblos. Mas aquellos que habían sepultado entre escombros al poderoso imperio romano, se postraron sumisos delante de la cruz, que se levantaba entre las ruinas como un faro encendido sobre el abismo. La religión se apoderó de esas naciones incultas y llegó á constituir con todas ellas una sociedad vastísima que se llamó *cristiandad*. Y así se vió un prodigio digno de admiración: el mundo imperial y gentil se hundió en el sepulcro reconociendo á Jesucristo como Dios; y el mundo feudal nació á la vida de la civilización proclamando la misma fe. Es el sufragio de dos mundos en favor de la divinidad de Jesucristo.

Y si queréis una prueba del vigor de la fe del mundo nuevo, recordad aquel impulso espontáneo y generoso, que por doce veces armó á la Europa contra el Asia, para rescatar de manos de los infieles el sepulcro vacío en que Jesucristo reposó por unas cuantas horas. La divina

magia de este pensamiento produjo una explosión nunca vista de entusiasmo y las nacionalidades, confundidas en una sola y cobijadas bajo el estandarte de la cruz, marcharon al sacrificio y á la muerte, al grito de «Dios lo quiere». ¿Cuál os parece que fué el resorte que movió á pueblos y reyes y señores feudales á llevar á cabo una empresa tan gigantesca ? La fe en Jesucristo y el intenso amor con que era amado y adorado. Sólo ese divino amor podía unir en un mismo pensamiento á tantos espíritus y encender en todos los pechos la llama de tan extraordinario entusiasmo.

Si tendemos nuestra vista por el mapa del mundo moderno, veremos que todas las naciones civilizadas creen en Jesucristo. Esas naciones ó son católicas como Francia, España, Italia, Austria, Bélgica, Portugal, Méjico, Repúblicas del Centro y de Sud-América ; ó son protestantes, como Inglaterra, Alemania, Suiza, Holanda, Suecia, Dinamarca, Estados Unidos de Norte-América ; ó son greco-cismáticas, como Rusia y Grecia. Pues bien, aunque las naciones protestantes y cismáticas difieren de las católicas en algunos puntos de doctrina, todas están de acuerdo en la divinidad de Jesucristo. Y si agregamos los varios millones de católicos y de protestantes diseminados en Africa, Asia y Oceanía, podremos afirmar que Jesucristo tiene adoradores en las cinco partes del mundo. ¿Cómo ha podido verificarse este acuerdo ? Sólo la verdad puede ligar á los entendimientos en una tan vasta comunidad de creencias. Si Jesucristo no fuese Dios, este acuerdo sería absolutamente inexplicable.

De todo lo cual podemos concluir que en las tres grandes épocas de la era cristiana, en el mundo antiguo, en el mundo medioeval y en el mundo moderno, Jesucristo ha sido reconocido como Dios por un sufragio casi universal.

¿Y quiénes quedan en el partido opuesto ? Quedan las naciones infieles que no lo conocen ; pero que van en-

trando en el redil cristiano á medida que lo conocen; quedan los judíos que, diseminados por el mundo y extranjeros en todas las patrias, lo esperan aún contra toda esperanza; quedan los incrédulos que no forman pueblo, y son en la familia cristiana como esos hijos pródigos que sacuden el suave yugo de la autoridad paterna para disfrutar de los engañosos halagos de una falsa libertad de pensamiento. Pero cualquiera que sea la importancia que atribuyamos á estas agrupaciones, siempre será numéricamente inferior al voto de las naciones civilizadas y cristianas que en el curso de diecinueve siglos han creído en Jesucristo.

II

Conocido ya el pensamiento de las grandes colectividades, veamos el de las grandes individualidades, es decir, el de los hombres que han brillado con más vivo fulgor de gloria en el orden político, científico, literario y moral, y que por lo mismo han adquirido título suficiente para ser los más dignos y legítimos representantes del género humano.

Si interrogamos á los monarcas que han gobernado más sabiamente á los pueblos, ¡cuántos nombres gloriosos surgen de las páginas de la historia en todas las edades del mundo! Mirad á Constantino que, leyendo en el cielo, al pie de una cruz luminosa, el anuncio de sus futuros destinos, adopta como lábaro imperial la enseña de la redención; y al mismo tiempo que su espada victoriosa subyugaba el Imperio, rompía las cadenas del cristianismo para que, saliendo de las catacumbas, desplegase á la luz del día la pompa de su culto. Ved á Teodosio, justamente llamado el Grande por la magnitud de sus empresas y la excelencia de sus virtudes, que sin temor de abatir la majestad imperial, hace pública penitencia para obtener la reconciliación con la Iglesia por el bárbaro exterminio de Tesalónica. Mirad á Clodoveo, que reconociendo el

poder de Jesucristo en la victoria obtenida en las llanuras de Tolbiac, inclina su cabeza de fiero sicambro para recibir el agua del bautismo, y que oyendo narrar los padecimientos de Jesucristo, exclama lleno de indignación : « ¡Ah ! ¡si hubiera estado yo allí con mis Francos !» Ved á Carlomagno, gran monarca, gran guerrero y gran político, restaurador insigne de las ciencias y de las letras, recibiendo la corona imperial de manos del Papa León III. ¿Y no veis desfilar delante de vuestros ojos como una serie de astros brilladores á Luis IX de Francia, á Enrique de Baviera, á Esteban de Hungría, á Canuto de Dinamarca, á Wenceslao de Bohemia, á Eduardo de Inglaterra, á Fernando de España, que han merecido por sus grandes virtudes el insigne honor de los altares ? ¿Y no veis levantarse de su glorioso sepulcro á Alfonso el Sabio, á Fernando el Católico, á Carlos V, á Felipe II, glorias imperecederas de la monarquía española ; y á Luis XIV el Grande, que brilla como astro solitario en el cielo de Francia ? Todos se inclinaron en presencia de Jesucristo con el doble peso de su poder y de su gloria.

Para terminar esta rápida enumeración de los más grandes monarcas cristianos, séame permitido evocar el recuerdo del último y más ilustre de los conquistadores modernos. Confinado en un lejano escollo del Océano, á solas con su infortunio, igual á su pasada grandeza, contemplaba Napoleón la figura histórica de Jesucristo. «El Cristo habla, decía, y las generaciones le pertenecen por lazos más estrechos y más íntimos que los de la sangre y enciende en ellas la llama de un amor que se sobrepone á todo otro amor. Yo pienso en esto muchas veces y es lo que me prueba absolutamente la divinidad de Cristo». Y ese grande hombre, que así confesaba la divinidad de Jesucristo, ratifica al morir esta misma creencia, escribiendo con mano desfallecida estas palabras : «Muero en la Religión Católica, Apostólica, Romana ».

De la misma fe han participado los guerreros que han conquistado los laureles más gloriosos en los campos de batalla. Bastaría recordar á los innumerables héroes de las Cruzadas, que lucharon con indomable denuedo por rescatar el sepulcro de Jesucristo. ¿Quién no recuerda con admiración, por ejemplo, á Godofredo de Bouillón, que proclamado Rey de Jerusalén, rehusa ceñir su cabeza con la corona real, porque Jesucristo había llevado en ese mismo lugar una de espinas ?

¿Y cómo no recordar en seguida á los caballeros cristianos, raza de héroes de la estirpe de los Macabeos, que con la cruz en el pecho y con la espada en la mano realizaron proezas de increíble valor ? Ahí está, entre tantos otros, Juan de la Vallete, el héroe de Malta, que en lo más recio del combate decía á sus compañeros de armas : «Esta es la hora de vencer ó morir por Jesucristo ; y cualquiera que sea el resultado de nuestros esfuerzos en la tierra, la palma de los soldados de la cruz florece para nosotros en el cielo ».

Y si volvemos la vista á otras edades y á otros pueblos, ¡qué brillante pléyade de guerreros cristianos deslumbra nuestros ojos ! Ved á Don Pelayo que, refugiado en la cueva de Covadonga con un puñado de valientes y postrado ante una cruz figurada en la desnuda roca, alienta á sus soldados, prometiéndoles con intuición profética que al amparo del signo de la redención serían los salvadores de su patria. Y sin salir de los términos de España, suelo de héroes legendarios, ved á Rodrigo de Vivar, á Gonzalo de Córdoba, á Guzmán el Bueno, en cuyos pechos la fe en Jesucristo fué estímulo para su heroísmo de guerreros ; ved á Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, que al entrar en combate hace desplegar en el palo mayor de la nave capitana la imagen de Jesús Crucificado. Mirad más allá, y veréis á Simón de Monfort, que al emprender la campaña contra los albigenses, va á deponer su espada ante el altar, exclamando : «De tus manos, Señor, quiero ser armado, puesto que peleo por

tu causa»; á Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, que mortalmente herido y, á falta de una cruz, encomendaba su alma besando efusivamente la empuñadura de su espada; al célebre Duguesclin, que en su prisión de Inglaterra oraba delante de una cruz formada por sus propias cadenas; á Cristóbal Colón, que al abordar á la primera playa americana plantó una cruz y dió el nombre de Salvador á la primera isla descubierta para indicar su propósito de extender la fe en Jesucristo en las dilatadas tierras del nuevo mundo; á Condé y Turena, que ilustraron con sus hazañas el reinado de Luis XIV, y eran tan fervorosos cristianos como hábiles militares.

Pasemos á otra clase de hombres no menos ilustres que han profesado también la creencia en la divinidad de Jesucristo: pasemos á los sabios de todos los tiempos; ya á los que con el poder de la fe y de la razón han ahondado más en el conocimiento del dogma católico; ya á los que han aplicado su poderosa inteligencia al estudio de las ciencias especulativas; ya á los que han escudriñado con mirada más honda los misterios del mundo físico.

Entre los primeros veo como envueltos en nube luminosa á los grandes teólogos y oradores del siglo IV, el gran siglo de la literatura cristiana. ¡Cuántos hombres eminentes en todos los géneros! San Atanasio, Eusebio de Cesarea, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, San Gregorio de Niza, San Cirilo de Jerusalén, Dídimo, San Epifanio, San Juan Crisóstomo, Lactancio, San Hilario de Poitiers, San Ambrosio, San Jerónimo, y sobre todos, San Agustín, uno de los genios más poderosos que ha producido el mundo. Cuando se hojean las obras de esos grandes hombres, que han puesto en transparencia los secretos y maravillosas armonías de la religión de Jesucristo, nuestro espíritu se siente feliz y ufano de compartir sus creencias.

Dejad pasar unos cuantos siglos; dejad pasar las sombras de aquella larga noche en que la barbarie envolvió el mundo de las ciencias, y os hallaréis con otra pléyade de

grandes sabios que consumieron la vida en el estudio razonado y profundo de la religión, Alcuino, Lancfranco, San Anselmo, Hugo y Ricardo de San Víctor, Pedro Lombardo, Alejandro de Halés, Alberto Magno, Vicente de Beauvais, Rogerio Bacón, Duns Scot, Gersón, Nicolás de Cusa, San Buenaventura y el más insigne entre todos, Santo Tomás de Aquino, cuyas obras son la expresión más acabada de la alianza de la razón y de la fe.

¿Y cómo omitir en esta enumeración á los que en edades posteriores han puesto su ciencia y su talento al servicio de la religión? ¿Cómo no recordar á Francisco Suárez, llamado el doctor *eximio*; á Melchor Cano, que señaló las fuentes de la ciencia teológica; á Belarmino, que desconcertó á la herejía en sus célebres *controversias;* á Bossuet, Bourdaloue, Masillón y Flechier, que en el siglo de oro de las letras francesas elevaron á un grado altísimo la elocuencia cristiana; á los insignes conferencistas de Nuestra Señora de Paris en el siglo XIX, Lacordaire, Ravignan, Ventura de Ráulica, Félix y Monsabré, que con elocuencia soberana han refutado victoriosamente los errores modernos; á los grandes apologistas del último siglo, De Maistre, Chateaubriand, Bonald, Bergier, Montalembert, Ozanám, Augusto Nicolás; á los Cardenales Wisseman, Newman y Manning, todos hombres ilustres, no menos por sus talentos que por sus virtudes, y dignos en todos conceptos de nuestra admiración y de nuestro respeto?

Para demostrar la fe de los grandes filósofos, bástenos recordar los nombres de Leibnitz, Descartes, Malebranch, Nicole, Pascal y Balmes, que con tan admirable sagacidad sondearon los arcanos de las ciencias especulativas.

Y entre los que han aplicado su inteligencia à la investigación de las ciencias físicas y matemáticas ¡qué exhibición tan magnífica pudiéramos hacer de sabios cristianos, si nos lo permitiera el breve espacio de que nos es dado disponer! Pero ¿cómo no mencionar á Copérnico, que

puso al sol en el centro del mundo planetario ; á Keplero, que señaló la órbita de los planetas y determinó las leyes de su movimiento ; á Newton, que descubrió la fuerza que mantiene en perpetua armonía los cuerpos celestes ; á Galileo, que demostró el movimiento de rotación de la tierra al rededor del sol ; á Eulero, que perfeccionó el cálculo integral y penetró con honda mirada en las obscuridades del análisis ; al Canónigo Gassendi, que descubrió los satélites del planeta Saturno ; al Abate Lacaille, descubridor de las nebulosas ; á Leverrier, que con el descubrimiento del planeta Neptuno halló, como se ha dicho, «la nota que parecía faltar á la armonia del universo» ; á Lineo, insigne botánico ; al Padre Secchi, que ha enriquecido la astronomía con observaciones que lo colocan entre los primeros astrónomos del universo ; á Pasteur, investigador insigne del mundo infinitamente pequeño.

Si de los sabios cristianos pasamos á los grandes poetas, ¡cuántos nombres esclarecidos se agolpan á la memoria! ¡Cuántos han pulsado sus harpas armoniosas para cantar á Jesucristo, el asunto cantable por excelencia! Jerónimo de Vida con su *Cristiada*, Klopstock con su *Mesiada*, Bartolotti con su *Salvador*, Pezani con su *Cristo*, Hojeda con su *Cristiada*, Milton con su *Paraíso perdido*, forman una guirnalda de poemas puesta á los pies del Salvador del mundo como un homenaje de la encendida fe de sus autores. Esta misma fe inspiraba á Fray Luis de León cuando cantaba en dulcísimas estrofas a la *Ascensión del Señor* ; á Calderón de la Barca cuando daba á la escena *La Devoción de la Cruz* ; á San Juan de la Cruz cuando escribía en versos seráficos el místico *Epitalamio* entre el Cristo y el alma fiel ; á Alberto Lista cuando componía su admirable elegía sobre la *Muerte de Jesús* ; á Lamartine cuando cantaba al *Crucifijo* en sus *Meditaciones religiosas*; al Dante cuando recorría con su poderosa imaginación los reinos sobrenaturales del eterno dolor, de las penas dulcificadas por la esperanza y del gozo perdurable ; al Tasso cuando

celebraba en su *Jerusalén libertada* el mayor esfuerzo de la fe en Jesucristo que han visto las edades ; y al autor de la *Imitación de Cristo* cuando daba expresión en páginas llenas de divina unción al poema íntimo del alma en sus relaciones con Jesucristo.

Hay, Señores, otra categoría de hombres que han dominado el mundo con la autoridad de sus virtudes. Son los Santos, es decir, aquellos hombres de todas las condiciones sociales que se han esforzado por reproducir en sí mismos las perfecciones de Jesucristo. «Yo creo á los testigos que se dejan matar», dijo Pascal, hablando de los mártires. Lo propio pudiéramos decir de los que se inmolan á sí mismos por amor á Jesucristo ; de los que se abrazan con la penitencia como Francisco de Asís ; de los que consumen la vida aliviando miserias y enjugando lágrimas como Vicente de Paul ; de los que renuncian al mundo y sus halagos para vivir en continua austeridad en el silencio de los claustros como Teresa de Jesús ; de los que abandonan patria y familia para llevar á países de infieles la fe de Jesucristo como Francisco Javier, porque tales testigos son tanto más dignos de fe cuanto que confirman sus creencias con sus inmolaciones voluntarias y ponen en sus afirmaciones la doble garantía de la inteligencia y de la virtud.

Hay, por último, otros espíritus eminentes que, después de haber vivido en pugna con la fe cristiana, vuelven á su regazo en la madurez de su genio y en la plenitud de la vida ; espíritus que, rompiendo con todo su pasado, han reconocido que sólo en Jesucristo se encuentra «el camino, la verdad y la vida». Cuéntanse por millares estos ilustres convertidos, que en las diferentes edades del cristianismo han resucitado como Lázaro, á la voz del Salvador del mundo. Entre éstos hay un gran número que han ocupado distinguida colocación en la jerarquía intelectual y social ; hombres de ciencia y de talento que han meditado maduramente antes de pasar de la incredu-

lidad á la fe. Fijándonos solamente en los convertidos de los últimos tiempos, encontramos á muchos que, habiendo participado de las agitaciones, de las prevenciones y de los errores de nuestra época, rendidos al fin á la evidencia de la verdad, han dicho como los primeros llamados del Evangelio: «Hemos conocido al Mesías». A este número pertenecen, entre otros muchos, Don Juan Donoso Cortés, publicista, hombre de Estado y orador elocuentísimo, que imbuído en las ideas más liberales de su tiempo, nos ha dejado en su *Ensayo sobre el Catolicismo* la más completa abjuración de sus errores; el general Lamoriciere, político, diplomático y militar, que, cautivado en su juventud por el positivismo y el socialismo, volvió á la fe cristiana con tan generosa decisión, que puso su espada al servicio de la independencia del Pontificado, exclamando: «Morir por esta causa es una muerte dichosa»; Federico Bastiat, Alejo de Tocqueville, Federico Le Play, tres autoridades filosóficas y sociales, que, como testigos de un medio siglo de irreligión en Francia, concluyen por afirmar que las sociedades no pueden vivir sin Jesucristo; Agustín Thierry, restaurador de los estudios históricos en Francia, que en la investigación desapasionada de los hechos, adquirió la convicción de que la única fuerza viva que puede conducir al género humano, es la fe en Jesucristo; Maine de Birán, uno de los más eminentes metafísicos de su tiempo, que abandonó el racionalismo, diciendo: «Después de tantos afanes llego á la conclusión de que el catolicismo es el único que resuelve satisfactoriamente los problemas que plantea la filosofía»; Luis Veuillot, que después de haber vivido lejos de la Iglesia, se convirtió en su más esforzado campeón.

III

Tal es, Señores, el voto del género humano recogido de los labios de todos los pueblos y de los más ilustres representantes de la humanidad en el espacio de dieci-

nueve siglos. ¿Dónde encontrar un testimonio humano más respetable que el de esa multitud innúmera de colectividades y de individualidades de distintas civilizaciones, de diferentes nacionalidades, de diversas lenguas, épocas y condiciones, fraternizando en la comunidad de una creencia ? Sería necesario cerrar los ojos, condenándose á una ceguera voluntaria, para no ver que la creencia en la divinidad de Jesucristo tiene á su favor la universalidad del tiempo y del espacio, y que ha sido profesada por los hombres que han descollado á mayor altura en el orden intelectual, moral y social. Y si Tertuliano en el siglo II de la era cristiana confundía el paganismo mostrándole el número de los discípulos de Cristo ¿qué no diría hoy al ver las cinco partes del mundo civilizado de rodillas delante de la cruz ?

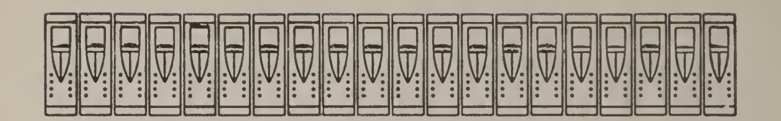
Y bien ¿qué valor pueden tener las negaciones de la incredulidad en presencia de este universal testimonio ? Si los ateos materialistas y racionalistas se reuniesen en un lugar ¿qué espacio ocuparían en el mapa del mundo ? Yo no podría determinarlo ; pero, ciertamente sería un espacio insignificante con relación al que ocupan las naciones católicas, protestantes y cismáticas que creen en Jesucristo.

Y si consideramos la universalidad de los tiempos ¡qué enorme diferencia entre los que creen y los que no creen ! «Vosotros sois de ayer,» pudiéramos decir á los incrédulos, como los sacerdotes egipcios á los que les pedían razón de sus instituciones religiosas. Sí, Señores, la incredulidad, constituída en fuerza viva y militante, sólo es de ayer, porque data del siglo XVIII. ¿Y qué es un siglo en comparación de diecinueve siglos ?

¿Valdría más por la capacidad y excelencia de sus adeptos ? Antes del siglo XVIII la incredulidad no tenía ni filosofía ni literatura propias ; y desde que las tiene no ha contado entre sus secuaces ningún hombre de genio : ni un Agustín, ni un Tomás de Aquino, ni un Bossuet,

ni un Leibnitz, ni un Newton, ni un Dante, ni un Shakspeare. Sólo cuenta con inteligencias secundarias que no han inventado nada nuevo contra la fe de los siglos, salvo algunas opiniones peregrinas y gratuitas acerca del origen del hombre y del mundo.

Y viéndonos precedidos en nuestra fe por tantos grandes hombres y tantos esclarecidos ingenios, ¿podremos inquietarnos cuando la incredulidad nos acusa de ignorantes y de crédulos ? «Qué placer, decía La Bruyère, amar la religión y verla creída y sostenida por tan grandes ingenios y por entendimientos tan sólidos !» Y en verdad, aunque para creer en Jesucristo y en su divina obra nos basta considerar los fundamentos racionales en que se apoya esta fe ; sin embargo, es justo motivo de complacencia ver que el Señor y Dios en quien creemos y á quien adoramos es el mismo por quien murieron los mártires, por quien se inmolan los santos, por quien reinan los monarcas y combaten los guerreros ; el mismo que han adorado los sabios, que han cantado los poetas, que ha inspirado á los más grandes artistas y á quien han buscado como tabla salvadora los náufragos de la fe ; el mismo, en fin, cuya divinidad han confesado en sus momentos lúcidos los mismos corifeos de la incredulidad. ¡Y cómo no regocijarnos al pensar que nuestra fe no es de un pueblo ni de un siglo, sino de todos los pueblos y de todos los siglos ! Y el pasado y el presente nos aseguran que será también la fe del porvenir ; porque la virtud que la ha mantenido á flote hasta hoy sobre el piélago que devora todo lo humano, seguirá comunicándole la fuerza necesaria para sobrevivir á todas las catástrofes sociales. Sí, Señores, Jesucristo es de «ayer, de hoy y de siempre» ; y el último viviente en la hora en que el mundo se desquicie y caiga en ruinas, repetirá la palabra de nuestro símbolo : *Credo in Jesum Christum Dominum nostrum* : «Creo en Jesucristo, Señor nuestro ».



OCTAVA CONFERENCIA.

LA REDENCIÓN.

SEÑORES :

Hay en los anales del mundo un hecho de inmortal memoria, que no ha tenido semejante ni en la historia ni en la fábula. Un hecho que excede en grandeza á cuanto puede concebir el entendimiento humano y cuyo recuerdo se renueva sin cesar con un eterno aniversario. Un hecho, en fin, que, después de diecinueve siglos, tiene aún el poder de arrancar lágrimas á los ojos y gemidos al corazón. Este acontecimiento sin igual es el sacrificio de la Cruz.

Es la muerte de un Hombre-Dios ; y esto basta para que la imaginación se confunda y sienta el corazón latidos de espanto. Drama divino, á la vez doloroso y consolador, en que Dios es la víctima que se inmola por el hombre culpable y en que el hombre es el victimario del Dios que lo salva. ¡Misterio de infinita bondad que sobrecoge por su grandeza ! ¡misterio de dolor y de amor en que el alma que lo considera no sabe si gemir en vista de tanto dolor, ó regocijarse en presencia de tanto amor !

Con este sacrificio tocamos la cumbre de las obras divinas y llegamos al punto más culminante de la historia humana. En él han tenido cumplimiento las dos leyes que rigen á la humanidad : la ley de justicia que condena y la ley de misericordia que absuelve. Cúmplese la ley

de justicia, porque la expiación divina pagó la deuda del pecado: cúmplese la ley de misericordia, por el amplio perdón obtenido por la sangre redentora. Desde entonces quedó la humanidad dividida en dos mitades: del otro lado los que vivieron bajo el imperio de la justicia mantenidos con la esperanza de la redención; y de este lado los que vivimos bajo el dulce reinado de la clemencia, hartos con los frutos preciosos de la inmolación divina.

¿Y qué otro asunto pudiera presentaros, Señores, más digno de vuestra atenta consideración? La Redención del mundo es la más importante de las obras divinas y el fundamento en que descansa el edificio de nuestra fe. Este misterio de infinito amor será, pues, el objeto de la presente conferencia.

I

Cuando Dios crió al hombre estampó en él su divina imagen y lo regaló con todo género de magníficos bienes. Además de los dones propios de su naturaleza racional y corporal, lo hizo, por la gracia, participante de la naturaleza divina y heredero de la gloria eterna. Estableció entre sus facultades un orden y concierto perfectísimos, de modo que la razón, atenta á las inspiraciones divinas, mandaba como señora, á los sentidos y pasiones y éstos la obedecían como rendidos vasallos. Con un cuerpo incorruptible y exento de perturbaciones dolorosas vería pasar tranquila y dulcemente la sucesión de sus días, hasta que Dios se dignase ponerles término para continuarlos en otra vida inmortal en que gozaría de la visión intuitiva de la soberana Belleza. Y á fin de que nada faltase á la felicidad de tan privilegiada criatura, le dió por morada terrenal un lugar amenísimo, llamado el Paraíso, en que la mano omnipotente había acumulado todos los encantos y primores de la naturaleza física. Y para colmo de la perfección humana, le hizo el dón

de la libertad para que, pudiendo merecer, adquiriese por el mérito bienes que fuesen propios.

Adán y Eva, dueños de sus actos por la libertad, debían á Dios, su Criador, el homenaje natural y espontáneo de un amor sumo, de un agradecimiento sin límites y de una sumisión absoluta. Era lo menos que podían dar á Dios en correspondencia á los beneficios excelentes é innúmeros de que habían sido colmados. Era también lo menos que el Criador podía exigir de tan favorecidas criaturas. Mas, como la sinceridad del amor se manifiesta en las obras y se aquilata en la prueba, quiso Dios exigir del hombre un testimonio inequívoco de la verdad y excelencia del amor que por tantos títulos le debía, sometiéndole á una prueba fácil, pero decisiva, de su suerte futura y de la de su descendencia. Si salía triunfante de la prueba, conservarían él y su posteridad los dones gratuitos, no debidos á su naturaleza, con que lo había regalado. Pero, si sucumbía en ella, perdería para siempre la posesión de esos magníficos dones.

¿Y cuál sería esta prueba ? En la condición en que se hallaban nuestros progenitores, hartos de toda clase de bienes, la prueba no podía consistir sino en una limitación de los goces sensibles, es decir, en el sacrificio de la sensualidad por la privación de una complacencia sensible. Había en medio del Paraíso un árbol llamado simbólicamente del bien y del mal, que deleitaba á la vista por la lozanía de sus hojas y la hermosura de sus frutos. Dios dijo á Adán y á Eva : «De todos los árboles del Paraíso comeréis ; pero, de este árbol no comeréis, porque el día que comiereis, moriréis de muerte».

En virtud de su autoridad soberana, Dios les impuso un precepto, que en uso de su perfecta libertad podían cumplir ó no cumplir. Tal era la prueba á que sería sometida la fidelidad del hombre.

Se ha dicho, sin embargo, que no era digno de Dios hacer depender la suerte del género humano de un acto

de tan poca importancia, como es el de comer ó no comer del fruto de un árbol. Pero los que discurren de esta manera, no advierten que, si ese acto es de poca importancia materialmente considerado, su trascendencia es altísima, si se atiende á su significado. Ese acto envolvía un expreso mandato divino y eso bastaba para darle una importancia capital. El cumplimiento de ese precepto importaba el reconocimiento de la autoridad de Dios por medio de un acto explícito de sumisión y obediencia, á la vez que una prueba inequívoca del amor del hombre para con su Criador. Al contrario, la violación de ese precepto sería un acto de rebelión contra la soberanía de Dios y de menosprecio á sus leyes y, prefiriendo su propia satisfacción al cumplimiento de la voluntad divina, indicaría el hombre que más se amaba á sí mismo que al bienhechor soberano de quien había recibido la existencia con todos sus bienes.

Demasiado conocéis, Señores, el desenlace del triste drama del Paraíso ; demasiado conocéis aquel grande y fatal acontecimiento, que es como el prefacio de la serie interminable de nuestros dolores. La desgraciada madre del linaje humano puso oído temerariamente á la insidiosa tentación y sucumbió á la primera palabra del tentador. Quiso ser más que una mujer que llevaba en su frente la corona de reina ; quiso ser más que una madre de generaciones sin fin ; quiso ser una diosa, *eritis sicut dii* ; conocer el bien y el mal y hallar en sí misma la fuente de toda verdad y de todo bien. Y ante esta falaz promesa, en extremo halagadora para la vanidad de una mujer, olvidó el amor que debía á Dios, estimó en nada los beneficios de que había sido colmada, despreció las amenazas y la cólera divinas y, no pensando más que en su propia exaltación, alargó la mano, cogió el fruto prohibido y comió de él. Pero hasta ese momento la humanidad estaba salvada, porque no era Eva, sino Adán, el representante legítimo del género humano. ¿Qué hará, pues, Adán ?

¿Acompañará á la mujer en su desgracia ó salvará á su posteridad? ¿Triunfará en su corazón el amor á su esposa que lo induce á seguirla, ó el amor á Dios que le prohibe tocar el árbol de la prueba? ¡Ah! Señores, viendo á su compañera caída, Adán olvidó á Dios y á su posteridad y cayó también para no dejarla sola en su tremendo infortunio. Es el primer desastre causado por el amor humano.

Cayó Adán y con él la raza humana que llevaba en germen. Cayó y con su caída perdió la gracia santificante, que le daba derecho á la gloria eterna y todos los dones gratuitos que acompañaban al estado de santidad y justicia original. Los perdió, porque la conservación de esos dones debía ser el precio de su fidelidad y la corona de su victoria sobre la tentación.

¡Qué trastorno tan súbito y tan profundo! Cuándo el hombre era inocente, Dios venía á él sin obstáculos y lo hacía feliz con sus beneficios, con su gracia íntima, con su presencia sensible, con la luz de su mirada, con el atractivo de sus sonrisas y con el encanto indefinible de sus coloquios en aquellas tardes serenas y embalsamadas del Paraíso. Pero he aquí que un golpe como de espada corta aquellos lazos tan dulces y desaparece esa armonía que el amor y la inocencia mantenían entre el Criador y su criatura. Donde brillaba la luz se extiende una noche profunda y donde reinaba la felicidad establece su imperio el dolor. Y dando un eterno adiós á los días venturosos pasados en el Paraíso, nuestros progenitores se encuentran repentinamente solos con sus penas y sus recuerdos, sin apoyo, sin camino, sin puerto, sin patria.

¿Y no habrá conmiseración para los culpables? Dios, que castiga como juez, ama y perdona como padre; y por eso en el teatro mismo de la catástrofe brilla un rayo de esperanza que ilumina, como con luz de aurora, el horizonte ennegrecido por la culpa. «Una mujer, dijo Dios á la serpiente, quebrantará tu cabeza»; que es como si

le dijera: Tú has perdido á la humanidad, triunfando de la debilidad de una mujer; pero día llegará en que serás vencida y humillada por otra mujer de la cual procederá la salvación del mundo.

Los emigrados del Paraíso llevan consigo esta esperanza, como un tesoro escapado de las ruinas, y la trasmiten de generación en generación, como un secreto de familia. Esta tradición penetra de tal modo en la humanidad que se la encuentra en todos los pueblos antiguos bajo formas variadas, pero siempre idéntica en la sustancia. Por eso durante cuarenta siglos el género humano estuvo clamando por el *Deseado de las naciones*.

II

Pero, ¿cómo podría verificarse la salvación del mundo? Si la humanidad había perecido por uno solo, parecía natural que fuese rescatada por uno solo. Mas ¿dónde encontrar este ser único capaz de reparar la ofensa de Dios? ¿Sería el hombre? Pero ¿qué puede un muerto para reconquistar la vida? Incapaz de subir hasta Dios por sus propias fuerzas ¿cómo podría reparar el hombre finito un ultraje infinito?

La víctima destinada á satisfacer á la justicia divina y alcanzar misericordia para el hombre caído, debía tener especiales condiciones. Debía ser, en primer lugar, *humana y divina*: humana para que pudiese satisfacer por el hombre culpable; divina para que pudiese dar á sus satisfacciones un valor infinito.

Y efectivamente, el pecado puede considerarse en dos aspectos: en cuanto es culpa y en cuanto es ofensa. Considerado en el primer aspecto, el pecado original tuvo un valor finito, porque era obra del hombre. Considerado en el segundo aspecto, su valor era infinito, por cuanto era Dios el ofendido, ya que la gravedad de la ofensa se mide según la dignidad de la persona ofendida. El pecado es un desorden infinitamente injurioso á Dios, porque

es como el anonadamiento del ser infinito en la libre voluntad del hombre. Desterrado de los afectos del pecador, no es ya el Bien sumo y soberano al cual deben enderezarse como á su último fin los actos y aspiraciones del hombre. Derribado del altar interior del alma para ser reemplazado por pasiones viles, no es ya el rey y el dueño absoluto de su más noble criatura.

Ahora bien, debiendo existir una proporción adecuada entre la satisfacción y la ofensa, es evidente que á ofensa infinita correspondía satisfacción infinita. Pero ¿quién sería capaz de dar una satisfacción infinita? Sólo un hombre divino, ó sea, una persona que reuniese en sí la naturaleza humana y la naturaleza divina.

La víctima reparadora debía ser, en segundo lugar, *inocente* con inocencia absoluta para que pudiese transformar el castigo en expiación; debía ser *voluntaria*, porque sin la aceptación no hay sacrificio meritorio, como quiera que la muerte no aceptada puede ser un suplicio, pero no un sacrificio; y por último, debía presentarse como *fiadora* de los pecados del mundo para que pudiese ser castigada sin injusticia.

Pero ¿donde hallaremos una víctima en quien se reunan tan extraordinarias condiciones? Si no la encontramos en la tierra, busquémosla en el cielo y, subiendo con el Evangelista San Juan á lo más alto del empíreo, contemplemos al Verbo divino entre los esplendores de la gloria. «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto la gloria del Hijo de Dios».

He aquí, Señores, la víctima que buscábamos; he aquí la víctima en quien se reunen por manera maravillosa todas las cualidades necesarias para salvar á la humanidad caída. Es Dios y hombre al mismo tiempo; es el Verbo que, uniéndose hipostáticamente á un cuerpo pasible y mortal, pudo satisfacer como hombre y dar como Dios un valor infinito á sus satisfacciones. No era simplemente

un hombre que se sacrifica por otros hombres, sino un hombre divino, que asumiendo la representación jurídica del género humano, lo redimió con su sacrificio. Y así, la misma ley de solidaridad que nos perdió en Adán, nos salvó en Jesucristo. Sustituyéndose al hombre para satisfacer á la justicia divina, aparece á los ojos de Dios como el único deudor y el único culpable ; y todos los pecados del mundo pesan sobre El y lo cubren como con un manto de ignominia.

Y, sin embargo, era una víctima inocente con inocencia absoluta. El pecado estaba sobre El, pero no estaba en El. Y por eso es el único hombre que ha podido decir sin temor de ser desmentido : «¿Quién me convencerá de pecado ?» La antigüedad gentílica creyó aplacar la cólera divina con sacrificios humanos. Era una crueldad inútil : el humo de esos holocaustos no subía al cielo, porque eran víctimas manchadas. Sólo podría aplacar la justicia de Dios una víctima santa é inmaculada, y esa víctima no existía en la tierra ; era menester que bajase del cielo, adonde no había llegado el pecado.

Y esta víctima, sacrificándose *voluntariamente*, cumplió con la última condición que se necesitaba para la redención. Y en efecto, nadie, ni Dios ni los hombres, podían obligar á Jesucristo á entregarse en sacrificio por la humanidad, porque ningún deber se lo imponía.

Y por eso ha dicho en el Evangelio : «Yo sacrifico mi vida para volver á tomarla ; nadie me la puede arrebatar si yo no la doy». Llegada la hora de su sacrificio, se abraza con la cruz, porque quiere, como dice Isaías : *Oblatus est quia ipse voluit.* Habría podido impedir su condenación y confundir con una palabra á sus enemigos, porque ¿quién puede luchar contra la omnipotencia divina ? Y si sus verdugos aparecen como dueños de su vida, es porque obedecen sin saberlo á su voluntad.

Sigamos ahora á esa víctima al altar y contemplemos su inmolación.

III

Bella es la muerte del hombre justo que, cargado de méritos y de virtudes, se tiende tranquilamente en su lecho de agonía en la edad venerable en que los cabellos emblanquecen y se cubre de surcos la frente. Gloriosa es la muerte del héroe que, desdeñando el peligro, se lanza al combate y rinde la vida por salvar á la patria. Sublime es la muerte del mártir que, pudiendo elegir entre la apostasia y la muerte, alarga su cuello al hacha del verdugo, exclamando : Vale más la fe que la vida.

Pero hay en la historia una muerte más bella que la del justo, más gloriosa que la del héroe, más sublime que la del mártir : es la muerte de Jesucristo, Redentor del mundo. En todas esas muertes se revela la humanidad en su mayor altura ; pero, en la de Jesucristo brillan en grado altísimo el poder, la sabiduría y la bondad de Dios.

Transcurridos cuarenta siglos desde la creación del hombre, llegaba el día y la hora en que había de cumplirse la promesa de redención hecha en el Paraíso. Llegaba el día y la hora aguardada con ansias insaciables por la humanidad cautiva y enferma, y anunciada incesantemente por las profecías y los oráculos. Llegaba, en fin, el día y la hora en que habían de reconciliarse el cielo y la tierra y darse un ósculo de perpetua paz la justicia y la misericordia divinas.

En ese día y en esa hora llegaba Jesucristo á la cumbre del Calvario, arrastrando penosamente la cruz de su suplicio. Al mandato de verdugos sin entrañas, tiéndese en ella como en su lecho de agonía y es adherido á los brazos del madero con clavos que penetran en sus manos y en sus pies. Y luego la cruz es levantada en los aires y el divino ajusticiado queda suspendido entre el cielo airado y la tierra culpada.

Ahí está sobre el ara del sacrificio la víctima que ha de ser inmolada por la salud del mundo. De sus manos,

de sus pies, de su cabeza está cayendo hilo á hilo la sangre redentora. Olas de mortal tristeza sumergen su corazón en un piélago de amargura, y los pecados del mundo, presentes, pasados y venideros, gravitan sobre El con el peso de una montaña. Tendida está á sus pies la ciudad deicida, indiferente á sus dolores y rebelde á sus llamamientos; mientras que sus enemigos, ufanos de su fácil triunfo, lo miran aún con ojos insultantes y lo escarnecen en su agonía. Desamparado de los hombres, levanta su mirada al cielo en demanda de algún alivio y ve que el cielo se ha vuelto de bronce y que el Eterno Padre desvía su rostro airado de la víctima constituída en reo de toda culpa.

Entretanto, la víctima se consumía lentamente en el dolor; la sangre había abandonado las venas y aparecía en su rostro la lividez de una próxima muerte. Ansiosa espectación dominaba en esos momentos en el cielo y en la tierra: los ángeles, sobrecogidos de invencible terror al ver agonizante al autor de la vida, interrumpen sus cánticos celestiales y tienden sus tristes miradas al lugar en que se levanta la cruz. Lúgubre silencio comienza á dominar en el Calvario, y muchos bajan amedrentados al ver que las sombras precursoras de la noche van extendiéndose por el cielo y apagando la luz del día.

Entonces Jesucristo, irguiéndose sobre el lecho de sus dolores, lanza un último grito, diciendo: *Consummatum est*: todo está consumado. Consumada estaba, en verdad, la redención del mundo; y ampliamente satisfecha la justicia de Dios, comenzaba el reinado sin fin de la misericordia. Dios había muerto por el hombre y el hombre quedaba salvado.

IV

Se ha preguntado y se pregunta muchas veces: Si Jesucristo pudo redimirnos por medios más fáciles; si pudo redimirnos con una lágrima de sus ojos, con un gemido de su corazón, con una oración de sus labios,

puesto que todas sus acciones tenían un valor infinito, ¿por qué se sometió á tan duros sufrimientos y á una muerte tan dolorosa ?

Bien pudiera contestarse esta pregunta con una respuesta general. Jesucristo sufrió más de lo necesario para la salvación del mundo, porque tal fué su soberana voluntad. Pero no es tan tupido el velo que encubre este misterio que no nos sea dado rastrear algunos de los motivos de esta resolución.

Dios ama al hombre y quiere ser amado de él ; pero, la culpa había puesto tanta distancia entre el Criador y la criatura, que el corazón humano no sentía ya necesidad de Dios y se contentaba con adorar á los seres criados y con la fruición de los goces terrenos.

Para despertar el amor en ese corazón helado, era preciso calentarlo con el fuego de un amor extraordinario, semejante á una gran pasión. Por eso Jesucristo quiso llegar en su amor hasta lo más grande ; y lo más grande en el amor es padecer y morir por quien se ama.

Quiso que el hombre midiese la grandeza de este amor por la inmensidad de sus dolores y que en vista de ese amor se decidiese á darle el suyo en justa y debida correspondencia. Y vosotros sabéis que lo ha conseguido ; sabéis que Jesucristo crucificado ha sido y es amado con un amor que se sobrepone á todo otro amor y, que pidiendo á la humanidad, vírgenes, apóstoles, confesores y mártires, los encuentra á millares en todas partes y en todos los tiempos. Si no hubiera sufrido tanto, no sería tan amado.

Quiso Jesucristo expiar con sus sufrimientos aquellas tres grandes pasiones, que son como fuente y origen de todos los males que ha lamentado el mundo. Quiso expiar el orgullo con sus profundos abatimientos ; la sensualidad con sus inenarrables dolores ; la insaciable codicia humana con el despojo total de todos los bienes terrenales ; á fin de que la humanidad entendiese con su ejemplo el valor inapreciable de las virtudes opuestas, esto es, de la humildad, del sacrificio y del desprendimiento ; virtudes gene-

radoras de las cosas más grandes que se hacen en el mundo.

Vosotros sabéis que por la redención nos fué restituída la vida sobrenatural; pero no la integridad primitiva de nuestra naturaleza. Siempre hemos quedado sujetos, como pena del pecado, al sufrimiento y á la muerte. Por esta razón no hay alma que no sufra y que no tenga una cruz que arrastrar sobre sus hombros. Pero, si es imposible eximirnos de esta ley, en cambio tenemos el consuelo de no estar solos en nuestro dolor. Jesucristo, siendo Dios, sufrió y murió; por grandes que sean nuestras penas, nunca podrán igualarse en intensidad á las suyas. Su ejemplo nos anima á sufrir y nos enseña que en el sufrimiento resignado hay tesoros de méritos para el cielo. Si hubiese vivido en la tierra en la inalterable perfección de su vida gloriosa, habríamos podido decirle cuando nos exhorta á la resignación: ¡Ah! es que Vos no sabéis lo que es sufrir. Y á fin de prevenir esta queja de las almas que padecen, ha querido, como dice el Apóstol, «recibir de la prueba y del sufrimiento, el poder de animar y socorrer á los que son probados y afligidos». Y ved, Señores, la divina eficacia de este ejemplo: millares de almas doloridas enjugan sus lágrimas besando sus pies llagados; millares de almas crucifican voluntariamente su carne y hallan en el sufrimiento un gozo tan inefable que las obliga á exclamar como á Teresa de Jesús: «ó padecer ó morir».

Los abatimientos voluntarios de Jesucristo fueron en los primeros tiempos del cristianismo un obstáculo para la fe y en los tiempos modernos un pretexto para no creer en su divinidad. ¿Cómo puede ser Dios un judío crucificado? decían los paganos. Si es Dios ¿cómo ha podido someterse á tan extremas humillaciones? dice el racionalismo de nuestros días.

Es indudable que Dios no puede hacer nada indigno de su grandeza y de su gloria; por esta razón hemos de creer que los que piensan que su pasión fué indigna de la divinidad, no tienen una noción cabal de la ver-

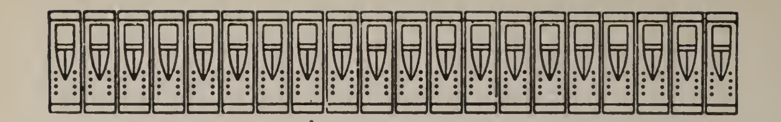
dadera grandeza. Y en efecto, la grandeza no consiste en lo que deslumbra por sus brillantes apariencias, sino en la renuncia de todo lo que halaga para sacrificarse en aras. de una idea grande ó de una gran virtud. Y si no, decidme ¿quiénes son los que han pasado á la posteridad con el nombre de grandes? ¿Son por ventura los que viven en el fausto y la opulencia, los que se hartan de placeres, los que conquistan deslumbrantes honores? No son esos los que el mundo llama grandes, porque ni la riqueza, ni los honores, ni el egoismo fastuoso aumentan el mérito de los hombres. Grande es el mártir que se sacrifica en aras de la fe; grande es el héroe que expone la vida en defensa de la patria; grande es el santo que con el más completo olvido de sí mismo se consagra á aliviar las miserias ajenas; grande es el sabio que gasta la vida en continuas y penosas vigilias; grandes son, en una palabra, los que se abrazan con el sacrificio para servir á una causa generosa y santa. Y por eso ha dicho con toda verdad el célebre Marqués de Valdegamas: «El dolor aceptado voluntariamente es la medida de toda grandeza, porque no hay grandeza sin sacrificio y el sacrificio no es otra cosa que el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes son aquellos que, traspasados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor con su cuchillo. Los que la Iglesia llama santos son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y de la carne juntamente. Por esta razón, agrega, en todos los tiempos y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje al infortunio».

Aplicad estos principios á Jesucristo y os convenceréis de que, si ha sido en todo divinamente grande como hombre, su grandeza sube á la mayor altura cuando padece y muere, porque entonces se revela en toda su plenitud lo que hay de más grande en el hombre: el amor llevado hasta el sacrificio y hasta la muerte. Grande es, sin duda, cuando resucita á Lazaro con una palabra

imperativa de sus labios y cuando serena las tempestades del mar con un signo de su mano omnipotente, porque en esos prodigios se revela la inmensidad de su poder. Pero yo le veo más grande cuando muere en la cruz, porque hay en esa muerte un abismo de incomprensible dolor y un sacrificio de inmensa caridad y, en consecuencia, una grandeza correspondiente á la magnitud del sufrimiento; ya que, como dice un poeta: «Nada nos hace más grandes que un gran dolor». Y luego ¿cómo no ver transparentarse la divinidad por entre el velo de sus abatimientos? ¡Qué majestad tan divina en medio de sus humillaciones! ¡Qué imperturbable serenidad en medio de sus acerbos dolores! ¡Qué posesión tan entera de sí mismo en medio de las mortales angustias que le afligen! Y ¿qué otra muerte que la de un Dios habría podido ser llorada por la naturaleza insensible? ¿Por cuál otra muerte habría escondido el sol sus rayos, temblado la tierra y hendídose de parte á parte las rocas seculares?

¿Qué queda del hombre cuando baja al sepulcro? El olvido y la nada. Raros son los que logran perpetuar su nombre en las páginas frías de la historia. Tal es la muerte aún de aquellos que han llevado muchas coronas en su frente. Y sin embargo, Jesucristo, que murió en un mar de humillaciones, ha sobrevivido diecinueve siglos en la memoria de los hombres y su recuerdo conmueve y agita aún los corazones como si hubiera muerto ayer. Despreciado de su pueblo, ha sido glorificado después de su muerte por la humanidad entera: el instrumento de su suplicio, que era instrumento de oprobio, se ha convertido desde que murió en sus brazos en signo adorado de gloria y de triunfo.

Después de admirar este misterio de infinita caridad, debemos regocijarnos al vernos tan amados de Dios, buscar en la cruz nuestra áncora de salvación en las tormentas de la vida y entonar un cántico de intenso amor y de eterna gratitud.



NOVENA CONFERENCIA.

EL CATOLICISMO Y LA CARIDAD.

EXCMO. SEÑOR : (1)

SEÑORES ILUSTRÍSIMOS : (2)


En mi última conferencia expuse ante vuestra atenta consideración el acontecimiento más grandioso de la historia y que ha producido consecuencias más trascendentales en el mundo : la redención del hombre por Jesucristo. Presentes con nuestra imaginación y con nuestros recuerdos al drama doloroso del Calvario, contemplamos llenos de asombro la manifestación del amor más intenso que se haya albergado en corazón humano. Un Dios, todo un Dios, revestido de carne mortal, padece y muere para devolver á la humanidad, condenada á eterna muerte, el derecho á la eterna vida.

Este amor heroico y sublime, este amor más fuerte que la muerte, este amor sin límites como lo infinito, produjo en el mundo un amor nuevo, enteramente desconocido de las edades pasadas : el amor á la humanidad. Muriendo por todos, «por el bárbaro y el gentil, por el judío y el griego, por el esclavo y el hombre libre », como

---

(1) El Excmo. señor Delegado Apostólico, Doctor Don Pedro Monti.

(2) El Iltmo. señor Doctor Don José Ramón Astorga, Obispo titular de Martyrópolis, y el Iltmo. señor Doctor Don Roberto M. del Pozo Obispo de Guayaquil.

se expresa San Pablo, nos enseñó á amar al hombre en su cualidad de hombre, sin distinción de razas y de condiciones sociales. Nos enseñó á amar á la humanidad cobijada toda entera bajo los brazos de su cruz. Y estampando con su sangre un nuevo sello de fraternidad en la raza humana, se constituyó padre de una gran familia, de la familia regenerada con su sacrificio.

Este amor nuevo tiene también un nombre nuevo, un nombre no inventado en la tierra, sino bajado del cielo : este amor se llama *Caridad*. Amor tan propio y exclusivo del catolicismo, que fuera de él no se encuentra en parte alguna, porque sólo arraiga y florece á la luz del sol divino de la fe ; y vive en el catolicismo como en su propio hogar, porque el primer precepto y la última palabra de esta religión es «amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo».

Esta es también una de las múltiples pruebas de su origen divino, como quiera que ninguna otra religión, ni sistema alguno filosófico ó social, han logrado realizar en el tiempo el más bello de los ideales : la unión del hombre con Dios y de los hombres entre sí, por medio del divino lazo de la caridad.

Al intentar demostraros esta verdad, me es particularmente grato presentaros al catolicismo en su aspecto más hermoso y atrayente, en lo que tiene de más divinamente suave ; en el amor, que constituye su fondo é inspira su acción y del cual nace como de su propia raíz aquella virtud que endulza con su celestial aliento las más hondas miserias de la humanidad.

I

Una de las tristes consecuencias del pecado original fué el haber roto los lazos de la fraternidad natural, que debía unir en comunidad de afectos á todos los hijos de un mismo padre. Cuando Adán despertó de su misterioso sueño y vió cerca de sí á un sér semejante al suyo, exclamó :

«Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos, por lo cual yo la llamaré mi compañera». Eva apareció ante sus ojos como una hermana, antes que como una esposa, y la amó porque vió en ella una imagen de sí mismo. Este amor llenó de encantos su soledad y añadió las dulzuras de un afecto recíproco á los goces de la inocencia.

Amar á Dios y amarse entre sí, debió haber sido la condición de la raza humana si el hombre no hubiera pecado. Pero vino el pecado y, desatando los vínculos de la fraternidad, dió entrada en el mundo al odio, á la crueldad, á los celos, á la envidia y nuestros infortunados progenitores pudieron ver en el atentado fratricida de Caín, que la fraternidad había desaparecido del mundo.

¡Qué espectáculo nos presenta la historia en los cuatro mil años que precedieron al nacimiento del cristianismo! Razas y pueblos que se combaten con feroz encarnizamiento; familias separadas por odios implacables; la mitad del género humano encorvada bajo el yugo de la esclavitud, sin más destino en la tierra que alimentar con su sudor y con su sangre el fausto y la molicie de sus señores; el desprecio de la vida humana llevado hasta el extremo increíble de que, para solaz y entretenimiento del pueblo-rey, millares de hombres morían luchando con las fieras ó en sangrientos pugilatos, al mismo tiempo que amos sin entrañas ensayaban en sus esclavos la eficacia de los venenos. Y el terrible «*vae victis!*» ¡ay de los vencidos! ¿no era la obligada consigna en las feroces guerras que de continuo ensangrentaban el suelo de las naciones?

La historia de la antigüedad pagana recuerda muchos tipos hermosos de virtudes naturales. La Grecia tiene un Arístides y un Leonidas, modelos de rectitud y de amor á la patria; Roma tiene á Fabricio, Paulo Emilio y Escipión, prodigios de pobreza, de desinterés y de valor; pero, no recuerda ningún héroe de la caridad. La suerte de los desgraciados era vivir y morir solos en su desgracia.

Tal era, Señores, el estado de la humanidad, cuando Jesucristo vino á restablecer los lazos de la fraternidad fundando el reino de la caridad. Sólo El podía atar lo que el pecado había desatado y poner el amor donde existía el odio, convenciendo á los esclavos que debían amar á sus amos y á los amos que debían amar y socorrer á sus esclavos.

Espartaco reunió un día algunos esclavos y les dijo: «Somos el número y la fuerza; levantémonos y recuperemos nuestros derechos, derribando á los señores que injustamente nos oprimen». Y poniéndose á la cabeza de cuarenta mil esclavos, hizo temblar á Roma. Espartaco fué vencido por Pompeyo; pero, aunque hubiera sido vencedor, no habría mejorado con su victoria la suerte de la humanidad: los esclavos hubieran ocupado el lugar de sus amos y éstos hubieran cargado las cadenas de los esclavos.

Jesucristo obró de otra manera: encendió el amor en el corazón humano, porque sabía que el amor produce amor. «Yo os doy, dijo, un mandamiento nuevo y es que os améis los unos á los otros, como yo os he amado; y todos conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros». «Sabéis que ha sido dicho: amaréis á vuestro prójimo y aborreceréis á vuestro enemigo; pero Yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian».

Jesucristo llamó nuevo este precepto, porque cuando vino á la tierra no había caridad en el mundo. El corazón humano sólo se inclinaba delante de la belleza y este raro presente concedido á muy pocos, es tan frágil y deleznable, que aun los pocos favorecidos con él, sólo gozan un día de sus favores. El corazón cautivado por la belleza pronto siente pesadas las cadenas que creyó de flores y á menudo la indiferencia y el olvido apagan los ardores del corazón desengañado.

Jesucristo quiso hacer brotar en el rebelde é inconstante corazón humano un amor más puro, más estable, más universal, dándole por fundamento el amor de Dios que no muere ni cambia. Quiso ablandar con la suave unción de su gracia el corazón petrificado por el egoismo, haciéndolo sensible á las miserias ajenas. Quiso que el amor á la humanidad no fuese un sentimiento egoísta y concupiscente, sino una virtud divina, es decir, un hábito permanente del alma, única tierra en que viven y florecen las virtudes bajo las miradas de Dios.

Y lo que enseñó con su palabra lo confirmó con su ejemplo. Jesucristo «ama á todos los hombres como su Padre lo ha amado á El mismo». Los ama sin distinción de edades ni condiciones y mientras vive en la tierra no hace otra cosa que manifestar su amor y prodigar beneficios. Ama á los niños, á quienes acaricia, declarando que el reino de Dios les pertenece ; ama á los publicanos, despreciados de todos, hospedándose en su casa ; se compadece del dolor de la viuda de Naín, resucitando al hijo que conducía al sepulcro ; atiende á los importunos clamores de la Cananea, cuya fe ensalza y admira ; se conduele de la multitud que lo sigue al desierto, multiplicando milagrosamente los panes y los peces para que no perezca de hambre ; perdona á la pecadora que derrama en silencio á sus pies un bálsamo precioso ; salva á la mujer adúltera de manos de los que intentaban lapidarla ; cura con una palabra á los ciegos, á los sordos, á los paralíticos, á los poseídos. Como ciudadano, ama á su patria y llora por las desgracias que habían de afligirla. Como Maestro, ama tiernamente á sus discípulos, los instruye y forma su espíritu con inalterable paciencia.

Como amigo, ama á Lázaro y se complace en dar expansión á las ternuras de la amistad bajo el techo hospitalario de la silenciosa casa de Betania ; y su amor llega hasta la intimidad, permitiendo al más joven de sus discípulos que aplique el oido á los latidos de su corazón.

Ama, en fin, con indecible amor á su Madre, para quien reserva la última mirada que dirige á la tierra en la hora de sus mortales angustias en la cruz.

Después de haber enseñado la caridad con su palabra y con su ejemplo, confía á sus discípulos la dilatación del reino del amor, haciendo de esta virtud el signo característico por el cual se han de distinguir siempre los verdaderos cristianos. De donde se sigue que, si Jesucristo es la caridad, el catolicismo es también la caridad, porque éste no es otra cosa que la doctrina y la acción de Cristo perpetuadas en el tiempo. Por eso veis, Señores, que en el seno del catolicismo la caridad nunca deja de derramar beneficios en número igual al de las dolencias humanas, corriendo paralelos el río de lágrimas que arranca el dolor y el río de consuelos que mitiga las penalidades de la vida.

Y si quisierais una prueba de hecho de que sólo el catolicismo posee esta virtud, yo os invitaría á considerar estos tres hechos históricos : antes del advenimiento del cristianismo, la caridad no existía en el mundo ; en las comarcas en que no alumbra el sol del Evangelio, la caridad no es conocida ; en las naciones en que el cristianismo ha sido desterrado, la caridad se ha extinguido.

Que la caridad no existía en el mundo pagano es un hecho que os he demostrado hace un momento ; que no es conocida aún hoy mismo en las comarcas de infieles, es un hecho que nadie ignora ; que ella ha desaparecido de los lugares en que el cristianismo ha sido proscrito, es una verdad de que tenemos un ejemplo no lejano en los memorables horrores de la Revolución Francesa en el siglo XVIII. Vosotros sabéis que ese siglo que comenzó con el grito de «¡Aplastemos al infame !», terminó con una explosión de odios y de sangre que aun recuerda la historia horrorizada. Entonces llegó á organizarse la muerte como un ramo de la administración pública y monstruos sin entrañas se gozaban en ver correr la sangre de ilustres ciudadanos y de clases enteras de la sociedad. Y á tal grado llegó el

horror de aquella sangrienta orgía, que el mismo Robespierre, queriendo ponerle término, dictó con la misma pluma con que había escrito tantas sentencias de muerte, el siguiente decreto : «El pueblo francés reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma ». Esto nos enseña que la mano impía que atenta contra el catolicismo, se vuelve cruel y sangrienta contra la humanidad.

II

Hemos visto el origen de la caridad ; veamos ahora su acción en el mundo.

El amor es un movimiento expansivo de dentro hacia fuera, que sale de sí mismo para comunicarse á los demás, á la manera de la fuente que se derrama en claros raudales para fertilizar la pradera.

En esto se diferencia del egoísmo, que se concentra en sí mismo, al modo de las fuentes estancadas que no se distribuyen en arroyos.

La caridad, que es amor, es también un movimiento expansivo que busca fuera de sí objetos en quienes derramarse. Y como todo verdadero amor, tiende invenciblemente á manifestarse en las obras, es un acto, más bien que un sentimiento. Por eso los que sienten los ardores de la caridad no se contentan con un amor especulativo, sino que aman prácticamente, haciendo todo el bien posible. Para ellos las palabras son nada y los actos ordinarios son poco : afrontan los mayores sufrimientos y llegan, si es necesario, hasta el sacrificio de la vida, porque el dolor es la suprema expresión del amor.

¡Qué cuadro tan vasto y tan sombrío es el que presentan los dolores humanos ! La humanidad, después de su caída, hace su tránsito por el mundo por un camino de sufrimientos ; y las lágrimas que estos sufrimientos arrancan forman un raudal de aguas amargas, que va corriendo y ensanchándose sin detenerse jamás.

¿Quién podrá reducir á guarismos las penas que ator-

mentan á la humanidad? Más fácil sería contar las gotas de la lluvia en una noche de tempestad. Castigo ó expiación del pecado, el hecho es que no hay alma que no sufra y para quien la tierra no sea propiamente un «valle de lágrimas».

Y bien, Señores: ¿no habrá alguna mano que enjugue tantas lágrimas? ¿no habrá algún corazón que se compadezca de tantos males? ¿no habrá algún samaritano que derrame bálsamo en tantas heridas? El Salvador del mundo había dicho á todos los que sufren: «venid á Mí y yo os aliviaré», y el Evangelio nos dice que salía de Él una virtud que aliviaba todos los dolores. Pues bien, el catolicismo sigue repitiendo esa compasiva invitación: para responder al clamor incesante de las miserias humanas, suscita de continuo falanjes de almas generosas que se consagran al alivio de las grandes miserias de la humanidad. Y si es vasto y sombrío el cuadro de los dolores humanos, vasto, inmenso, indescriptible es también el cuadro de los consuelos que prodiga la caridad.

No es mi intento descorrer el velo que oculta los tesoros de la caridad individual y privada; de esa caridad silenciosa cuyo secreto sólo Dios posee. Baste saber que ningún cristiano digno de este nombre deja de practicarla en alguna forma, porque sabe que el deber más vivamente inculcado en el Evangelio es el de la caridad, que los ricos son en la tierra los ecónomos de la Providencia, encargados de asistir á los pobres y á los débiles de la familia humana, y que el juicio último de cada alma que pasa á la eternidad se ha de fallar según el ejercicio de esta virtud.

Sólo quiero mencionar algunas de las obras de la caridad colectiva, es decir, de los institutos que han nacido, como oasis en el desierto, en el seno del catolicismo.

Hay en el mundo algunos seres especialmente desvalidos, condenados por la desgracia ó por la perversidad humana á encontrarse con la muerte al nacer á la vida.

Son los expósitos y los huérfanos, que vienen al mundo sin conocer á sus madres. ¡Pobres criaturas! carecen de los cuidados maternales en la edad en que la vida es una débil llama que cualquier soplo extingue; en la edad en que les falta todo y no pueden procurarse nada. ¿No habrá algunas almas generosas que quieran hacerse madres de esos seres desvalidos, para salvarlos de la miseria y de la muerte? Hijas de San Vicente de Paul, Hermanas de la Providencia, venid á recoger vuestra herencia, haciéndoos madres según la gracia, de los que no han conocido ni las ternuras ni los desvelos de sus madres según la naturaleza.

Hay otros seres no menos dignos de compasión que reclaman los socorros de la caridad con el derecho de la desgracia. Son los ancianos indigentes. Es esa edad triste, en que todo va cayendo en ruinas, como un edificio que se desploma; esa edad en que la inteligencia se obscurece, la voluntad se debilita y las fuerzas físicas se postran, en que el hombre vuelve á sentir las necesidades de la infancia, sin las naturales simpatías que inspira esta edad risueña de la vida. Es esa edad melancólica, como el día que se extingue, y fría, como la noche del sepulcro que se acerca, de la cual ya nada se espera, porque la ancianidad es estéril como la vieja encina que tiene carcomidas sus raíces. ¿Quién cuidará del anciano en el cual se juntan la invalidez y la pobreza? ¿Quién querrá sacrificarse, prodigándole cuidados filiales para hacer menos penosos sus últimos días? ¿Quién, si el anciano es una carga aun para aquellos que les deben la existencia? Hermanitas de los Pobres, venid; vosotras sois las hijas amantes de esos ancianos desvalidos; vosotras, que en la flor de la edad renunciasteis á los encantos del hogar para consagrar vuestra vida á mendigar el pan para los pobres ancianos, aliviar sus achaques, endulzar sus melancolías, asistirlos en su lecho de muerte y derramar las únicas lágrimas que caerán sobre su sepulcro.

¿Y los enfermos ? ¡Ah, Señores ! ¿quién ignora lo que es la enfermedad ? Es sin duda uno de los mayores males de la vida humana, aunque el que padece nade en riquezas y abunde en todo género de comodidades. ¿Qué será cuando á la enfermedad se junta la pobreza ? Sentir dolores en el cuerpo y no poder aliviarlos por falta de recursos, es una situación por todo extremo angustiosa. La beneficencia pública ha provisto en parte á la necesidad, construyendo hospitales ; pero ¿quién atenderá á esos enfermos pobres, quién velará día y noche al lado de su lecho de dolores, reemplazando la solicitud de las madres, de las esposas y de los hijos ? Ahí están las Hermanas de la Caridad, que lo han dejado todo para consagrarse al alivio y cuidado de los enfermos indigentes. Ahí están curando con sus manos delicadas las llagas cancerosas y restañando la sangre de las heridas más hondas. Ahí están esas tímidas doncellas en continuo contacto con las más repugnantes miserias de la humanidad, para servir á personas que nunca vieron antes ni verán después y de las cuales no pueden aguardar ni amor ni gratitud. Ahí las veréis firmes en su puesto, en las grandes epidemias, muriendo muchas de ellas con la sonrisa en los labios al lado de sus caros enfermos. Y cuando llega la ocasión, las veréis con la misma serenidad en medio de los horrores de la guerra, vendando las heridas de los que caen y alentando á los que mueren con las esperanzas del cielo.

Y como la caridad se diversifica según las necesidades, ved á las distinguidas señoras de la Hermandad de Dolores, llevando á domicilio la asistencia á los enfermos que por diversas circunstancias no pueden abandonar sus casas ; ved á los abnegados caballeros de las Conferencias de San Vicente de Paul, llevando por sí mismos el pan del cuerpo y el pan del alma al desmantelado tugurio del obrero inválido y de la viuda desolada ; ved á esa selecta porción de jóvenes de la alta sociedad, que emplean sus horas de descanso y de justo solaz en visitar á los encar-

celados, llevándoles con los socorros materiales los consuelos de la fe: ved á las Hermanas del Buen Pastor, curando con sus manos angelicales las llagas morales que abre el vicio, regenerando á la mujer culpable y preservando á la inocencia desvalida.

Pero donde la caridad católica se manifiesta en su mayor altura es en las misiones de infieles, campo fecundo en indecibles heroísmos en que rivalizan en celo y abnegación todos los institutos religiosos.

«La caridad va más lejos que el orgullo, ha dicho Fenelón: ni las arenas calcinadas, ni los desiertos, ni las montañas, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie de los climas, ni las flotas enemigas, ni las costas bárbaras detienen á los que Dios envía. Pueblos que los visteis llegar, ¡cuán grande debió ser vuestra sorpresa! He aquí unos hombres que vienen á buscaros sin ser atraídos por ningun interés, ni de comercio, ni de ambición, ni de codicia; hombres que sin haberos visto jamás, sin saber aún donde estáis, os aman tiernamente y os buscan á través de los mares, menospreciando peligros y trabajos para haceros participantes de la vida eterna!»

Y en verdad, no hay heroísmo comparable con el del misionero que, al abandonar patria y familia, sabe que su resolución es una sentencia de destierro y casi diría un decreto de muerte. Y, sin embargo, van alegremente al destierro ó á la muerte, como á una fiesta; y se creen felices si á costa de sufrimientos y aun de la vida logran salvar algunas almas.

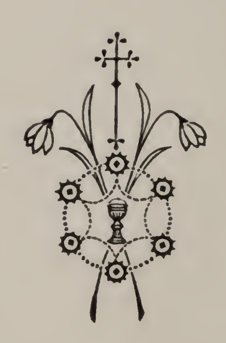
Y si remontásemos á las edades pasadas, ¡qué cuadro tan hermoso nos presentaría la acción de la caridad! Pero ya el tiempo nos falta y apenas bastaría un volumen para mencionar tantos actos de heroísmo inspirados por esta virtud.

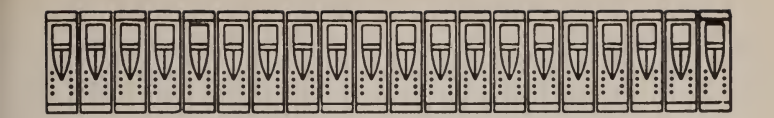
¿Qué pensar, Señores, de una religión que hace diecinueve siglos vive repartiendo beneficios en la duración del tiempo y en la extensión del espacio, sin que jamás

se agote su vitalidad bienhechora? ¿Es humana ó es divina? Algunos judíos se dirigieron un día á Jesucristo, diciéndole: «Maestro, á Ti nos envía Juan Bautista para preguntarte si eres Tú aquel que ha de venir ó si debemos esperar á otro. Y Jesús responde: «Id y contad á Juan Bautista lo que habéis visto y oído. Decidle que los ciegos ven, que los sordos oyen, que los cojos andan y que los pobres son evangelizados». Que es como si les dijera: juzgad por mis obras; si son divinas, no puede dejar de ser Dios el que las ejecuta.

Algo semejante pudiera responder el catolicismo á los que lo interrogasen acerca de su origen: «Ved mis obras: yo soy la abnegación, el sacrificio y la caridad, virtudes divinas; y no obstante el hálito helado del egoísmo que enfría las almas; no obstante la sed de goces y de comodidades que extingue el espíritu de sacrificio, yo suscito héroes de la caridad que llevan su amor hasta el sacrificio de todo lo que hace amable la vida; yo tengo la virtud de encontrar en todas partes corazones generosos que toman sobre sí los dolores humanos, como una herencia propia para curarlos; yo engendro mártires de la caridad, como he engendrado millares de mártires de la fe. Hace dos mil años que me ocupo en derramar beneficios y siempre salen de mi inagotable amor nuevos beneficios. Si fuese obra humana, harían lo mismo que yo hago las falsas religiones inventadas por los hombres, las sectas heréticas que han roto el manto de mi unidad, los sistemas filosóficos y sociales que tienen la pretensión de reformar el mundo, desquiciando las bases del orden establecido por Dios. Todos hablan de igualdad, de fraternidad, de filantropía; pero, todos se quedan en palabras y á menudo los hechos desmienten sus promesas. Ninguna religión, ninguna secta, ninguna institución puramente humana lleva la caridad en su seno; ninguna ha tenido poder bastante para producir á un Vicente de Paul, á un San Juan de Dios, á un San Francisco Javier, á una Isabel de Hungría, á un

Pedro Claver, esclavo de los negros; ninguna ha podido dar al mundo para su consuelo ni una Hermana de la Caridad, ni una Hermanita de los Pobres, ni una Hermana de la Providencia, ni un Redentor de Cautivos, ni un caballero de San Lázaro, enfermero de leprosos. Si nada de lo humano puede realizar estos milagros de abnegación, confesad que yo llevo en mi seno una virtud divina. Sólo en mí se reproducen las obras de Cristo; sólo en mí se manifiesta el espíritu de Cristo, sólo en mí palpita el amor de Cristo á la humanidad. Luego yo soy obra de Cristo, es decir, obra divina».





DECIMA CONFERENCIA.

BENEFICIOS DE LA FE.

ILTMO. Y RVDMO. SEÑOR : (1)

SEÑORES :

Dios ha querido agregar á las luces naturales de nuestro entendimiento, otras luces más puras y más altas que no estaban al alcance de nuestra débil razón. Habría podido limitar los conocimientos humanos al dominio de las cosas sensibles y hacer que nuestros ojos, ávidos de luz, se recreasen en la sola contemplación de las maravillas de la naturaleza y en la investigación de sus secretos y de sus leyes. Pero como Dios ama al hombre y cuando se ama no hay secretos, quiso darle á conocer también las maravillas del orden sobrenatural, abriendo ante sus ojos perspectivas que se extienden hasta lo infinito, como aquellas que describe el Dante, «que no tienen otros límites que la luz y el amor».

Sí, Señores, Dios ha hablado al hombre como Padre y como Maestro, revelándole verdades de la mayor importancia, y con el don magnífico de esta revelación se ha iluminado el obscuro valle en que habitamos y ya no marcheremos entre tinieblas en nuestro viaje á la eternidad.

---

(1) El Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo de Santiago, Doctor Don Mariano Casanova.

¿Y qué nos pide Dios en retorno de sus revelaciones? Lo que pide el Padre á sus hijos, el Maestro á sus discípulos, el hombre honrado á sus semejantes: que creamos en su palabra. Nos pide la fe, es decir, la firme adhesión de nuestra mente á las verdades que nos enseña. Mas, al pedirnos nuestro asentimiento, no nos exige que creamos á ciegas; quiere que nuestra adhesión sea libre, para que sea meritoria, y racional, para que esté exenta de toda duda. Y por eso nos permite investigar, por medio de la razón, la realidad de la revelación divina, sometiendo el hecho á las leyes de una sana crítica, á la manera que se comprueban todos los hechos históricos.

Mas la fe no es solamente una conclusión lógica; es, ante todo, un don de Dios que confiere un conocimiento más claro y una penetración más íntima de las verdades reveladas. Este don es tan precioso, que sin él es imposible salvarse; de modo que el que lo posee tiene, digámoslo así, la llave de oro de la beatitud eterna. Y por eso Dios ha querido que sobreviva al naufragio de la culpa, siendo como una tabla salvadora que nos permite volver á encontrar el camino del puerto después de nuestras fáciles caídas.

Sin embargo, muchos son los que menosprecian este don magnífico del cielo; los unos negando las verdades reveladas; los otros viviendo en la duda desoladora acerca de los destinos inmortales del hombre, y los más vejetando en una indiferencia práctica, como si no hubiese otros intereses dignos de atención que los intereses pasajeros de la tierra. Y los que niegan, los que dudan, los que prescinden, desertan á su manera de la fe, oponiendo á la firme adhesión que reclama de nuestra mente, la negación que la anula, la desconfianza que la ofende y la indiferencia que la esteriliza. Y no son pocos aún los que se exponen al peligro de perderla, ó abandonándola á las corrientes de las pasiones, ó prestando dócil oido á las inspiraciones del error.

Por eso, me permitiréis. Señores, traer hoy á vuestra consideración el valor inapreciable de la fe, manifestándoos: 1.º, que ella enriquece nuestro entendimiento con las grandes verdades que nos enseña; 2.º, que satisface una de las aspiraciones más acentuadas de la naturaleza humana; y 3.º, que prodiga el consuelo en los dolores inseparables de la vida terrenal.

I

Conocer la verdad es el objeto propio del entendimiento humano: por eso se afana el hombre por adquirir el conocimiento de todas las cosas. Con este fin sube al firmamento, baja á los abismos, trepa á las montañas, surca los mares, interroga las edades pasadas, investiga las leyes del pensamiento y escudriña la naturaleza de todos los seres. Luz busca el sabio en sus vigilias solitarias; luz buscan todos los que piden á las ciencias sus secretos, diciéndoles como el ciego del Evangelio: *fac ut videam*, haz que vea. Y será un eterno honor para la humanidad el haber desterrado del entendimiento las sombras de la ignorancia con las claridades de la ciencia.

Eterno honor será también para la fe el haber alumbrado nuestro entendimiento con luces más altas, más seguras y más importantes que las de la ciencia humana, enseñándole verdades que no habría podido descubrir por sus solas fuerzas.

Apenas se despierta en el hombre la conciencia de su propio ser, despiértase también en él la más legítima de las curiosidades. ¿Quién soy? ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy? ¿cuál es el objeto de la vida? ¿cuál es la ley que la rige? ¿cuál es su término? En vano ha interrogado á los filósofos, á los sabios, á los oráculos, porque nadie ha podido dar una solución satisfactoria á estos arduos problemas. Sólo Dios podía rasgar el velo de estos misterios impenetrables; y Dios se ha dignado satisfacer como Maestro la impaciente curiosidad humana, revelándole que

el hombre viene de Él para ir á Él, que Él lo crió á su imagen y semejanza, y que en el término de la jornada terrenal lo acogerá en el cielo para hacerlo participante de su propia felicidad.

Sabía el hombre cual era su origen y su destino ; pero, nada sabía del Sér que lo había creado : nada sabía de su naturaleza, de sus perfecciones, de su vida íntima. ¿Quién es, decía, el autor de mi vida ? ¿Quién es ese Ser benéfico, que me colma de tantos bienes, que me ama con tanta ternura y que me destina á la inmortalidad ? Y Dios vino de nuevo á satisfacer este legítimo anhelo del hijo que quiere conocer á su padre, revelándole la unidad de su esencia y la trinidad de sus personas, la variedad y armonía de sus atributos y las estupendas maravillas de amor, de bondad y de omnipotencia verificadas en favor de la humanidad : la creación, la redención, la Iglesia, todo el dogma católico, en fin, con su admirable encadenamiento.

Hay un libro que desde muchos siglos viene pasando de generación en generación como una herencia de familia, y que, pasando incesantemente por las manos más hábiles, ofrece siempre nuevo asunto para las meditaciones del sabio ; hay un libro, que escrito sin pretensiones literarias, encierra, sin embargo, bellezas no igualadas por las que se encuentran en los libros salidos de la pluma del hombre ; un libro que nos da á conocer á Dios y sus infinitas perfecciones, que manifiesta la acción de la Providencia en el gobierno del mundo, que nos cuenta los hechos más importantes de la historia de la humanidad, el origen del hombre y su lamentable caída, su rehabilitación por la cruz y sus destinos inmortales ; un libro en que se consigna el código moral más perfecto y en que se trazan los deberes que cumple llenar al hombre en las varias situaciones en que puede estar colocado, desde los que rigen los destinos de los pueblos hasta los que ocupan los últimos grados de la jerarquía social ; un libro, en fin, en que se destaca como

una aparición del cielo la divina figura de Cristo, Maestro y Salvador de la humanidad, de cuyos labios mana raudal inagotable de enseñanzas nunca oídas y de cuyas manos brotan prodigios que denuncian su poder divino y sus beneficios que atestiguan un amor de que es incapaz el corazón humano. Este libro, Señores, es la Biblia; es decir, el libro por excelencia, que contiene la palabra de Dios escrita, y en el cual, como en obra divina, se encierra la más alta sabiduría. Como historia, como ciencia, como arte, como legislación, como filosofía ha alcanzado ese libro una perfección á que ningún otro ha llegado jamás. Por eso el que conoce las verdades consignadas en sus páginas, es sabio, aunque ignore las ciencias humanas, porque ese hombre poseerá la ciencia más alta por su objeto, la más trascendental por sus resultados y la más vasta por la extensión de los dominios en que se espacia. Util es la ciencia que tiene por objeto el conocimiento de los seres creados; pero mucho más útil es el conocimiento del Creador de todos ellos. Importante es el conocimiento de los cuerpos; pero es más importante el conocimiento del alma y de sus destinos. Grande es la ciencia de los números; pero es más grande la ciencia que enseña los deberes morales. Y si justamente merece el nombre de sabio el que posee las ciencias humanas, con más razón merece ese honroso nombre el que posea la ciencia divina.

Y por eso habéis visto, Señores, á los genios más vastos y profundos de que se gloría la humanidad, consumir la vida en el estudio de esa ciencia, y cuyas obras inmortales demuestran que ninguna otra ciencia ha tenido ni tanta fecundidad ni tanto esplendor como la ciencia de los divinos misterios. Por eso también la Iglesia excita sin cesar al estudio de esa ciencia altísima y una de sus grandes tristezas en la hora presente es la ignorancia religiosa, origen de casi todos los errores con que se combaten las verdades de la fe. Y por eso, en fin, los que rechazan la palabra divina, lejos de honrar la inteligencia humana,

la perjudican privándola de luces y conocimientos que extienden el horizonte de nuestra vista intelectual. Porque, cuando la fe se va, no es la ciencia la que llega, sino las tinieblas.

La ciencia divina pudiera representarse bajo la forma de una cumbre altísima que confina con el cielo. En la base residen las ciencias humanas provocando los nobles esfuerzos del espíritu ; á medida que se asciende por los escarpados senderos, el horizonte se dilata y la luz se acrecienta, hasta que, subiendo de claridad en claridad, se llega á la cima, donde se oye la voz de Dios que enseña al hombre verdades que éste no habría podido descubrir con el solo esfuerzo de su entendimiento.

Y esta ampliación magnífica de conocimientos se verifica, Señores, sin menoscabo de los derechos de la razón, como quiera que la fe no le impide campear libremente en los dominios que le son propios. La fe comienza donde la razón acaba, ó como ha dicho el célebre Portalis : « la fe ocupa el sitio que la razón deja vacío». Llega, en efecto, un momento en que la razón plega sus alas porque no puede subir más ; entonces la fe despliega las suyas para remontarnos á las alturas inaccesibles para el entendimiento humano.

¿Y qué importa que algunas de las enseñanzas de la fe excedan el límite de nuestra capacidad natural, si no dejan por eso de ser verdades ? Acaso porque nuestros ojos no pueden penetrar en el fondo del sol, son sus rayos menos reales y luminosos ? ¿Y no es un absurdo pretender dar por límite á la verdad la estrecha dimensión de nuestro espíritu ? Y si, según la expresión de Pascal, «no sabemos el todo de nada » ¿no sería locura querer comprender el todo de Dios ?

II

La fe satisface, en segundo lugar, una de las aspiraciones más acentuadas de la naturaleza humana : la as-

piración á lo infinito. Esta tendencia es tan natural en el hombre como el pensar y el amar; y por eso el mayor filósofo de la antigüedad definió al hombre, diciendo que es «un animal religioso». Y por eso, también, uno de los más eminentes fisiólogos de nuestra época ha puesto en la religiosidad la diferencia esencial entre el hombre y el animal, demostrando que aun las razas humanas más degradadas sienten esta tendencia y que no la sienten ni los animales más perfectos. De modo que el hombre, en razón de esta excelsa prerrogativa, á él solo reservada, de conocer á Dios y de adorarlo, es verdaderamente el Rey y Soberano de la creación.

Esta aspiración es tan manifiesta, que no ha habido pueblo alguno de la tierra que no haya creído en la Divinidad y en la eficacia de la oración, del culto y del sacrificio, siendo rigorosamente histórica aquella conocida frase de Plutarco que «sería más fácil encontrar una ciudad fundada en el aire que un pueblo sin religión». Esta necesidad constante y universal de mantener con Dios relaciones reales y positivas, constituye una ley de la naturaleza humana; y como toda gran necesidad se traduce en una expresión pública y universal, tended, Señores, vuestra vista por el mundo, en este siglo y en los que le han precedido y en todas partes veréis templos que lanzan á la región del viento sus gallardas cúpulas, altares en que se celebran sacrificios, ojos que se levantan al cielo y labios que se abren para orar.

Y puesto que esta es una ley, no se eximen de ella ni aún aquellos que se alejan obstinadamente de Dios y resuelven vivir sin religión. Cuando el espíritu se va al libre pensamiento y la conciencia se extravía en una existencia libre, queda aún el corazón que protesta, clama y resiste como la última ciudadela en que se refugia la verdad. Y llegan ciertos momentos en la vida de esas almas en que la naturaleza recobra sus derechos y se escapan del corazón sentimientos íntimos con sabor á

lágrimas. «A pesar mío lo infinito me atormenta,» exclamaba Alfredo de Musset, poeta tan grande como escéptico. Desengañado del mundo, hastiado de los placeres, viendo desvanecidas una á una las ilusiones de su juventud, se consolaba en sus últimos días leyendo el Evangelio, cuyas páginas humedecía con sus lágrimas. «Las lágrimas y la oración, decía, son de esencia divina. Dios nos ha dado la facultad de llorar; y, puesto que las lágrimas vienen de El, es justo que vuelvan á El». ¿Qué decían esas lágrimas caídas en esas páginas de amor y de misericordia? Es el secreto de Dios; pero lo que pasaba en esa alma se revela en la más hermosa de sus poesías, en la que tiene por título: *Esperanza en Dios.*

Hegesipo Morau, poeta también escéptico, que había blasfemado de Dios, glorificado la orgía y cantado el sacrilegio, entró un día por curiosidad en un templo cristiano. El silencio, la nave sombría, el rumor de la plegaria, las notas graves del órgano que remedaban sollozos, le impresionaron de tal modo que cayó involuntariamente de rodillas en las frías baldosas, exclamando: «¡Señor, hazme creer!» «Y sentí, dice, que guardaba aún en el fondo de mi corazón un resto de mi antigua fe, ignorado de mí mismo».

«Cuando oigo discutir sobre la existencia de Dios, decía Enrique Heine, siento en mi alma una inquietud amarga y una opresión indefinible... Dudar de Dios es dudar de la vida misma: no es nada menos que la muerte». Y no hay espíritu tan esforzado que, cuando llega uno de esos terribles accidentes capaces de emblanquecer el cabello antes que los años, no olvide su incredulidad y exclame como el autor de *Las Ruinas de Palmira*: «Es posible ser filósofo en la tranquilidad del gabinete; pero no es posible dejar de ser cristiano en medio de una amenazante tempestad».

Pues bien, Señores, sólo la fe puede satisfacer esta invencible aspiración á lo infinito, porque sólo ella tiene

la virtud de establecer relaciones íntimas entre Dios y la humanidad.

La fe nos da á conocer las divinas perfecciones y, como del conocimiento de las perfecciones de un ser nace espontaneamente el amor, el Dios conocido llega á ser el Dios amado. ¿Y hay algo, decidme, que úna más íntimamente que el amor ? De aquí proviene la dulce paz de que disfruta el hombre de fe, ya que la paz es el resultado de una aspiración satisfecha. Nada iguala, en efecto, á la felicidad del hombre que reposa en la fe de un Dios poderoso y bueno que sabe que le ama, que desea su bien, que le ayuda con su gracia en su tránsito por la vida, que le perdona si delinque y que le coronará en el cielo si persevera en el bien. Ese hombre reposa, como San Juan, en el seno de la Verdad eterna, tranquilo con la posesión de todas las certidumbres necesarias para vivir en paz en orden á su porvenir.

Al contrario, esta paz, inseparable amiga de la felicidad, no es dada al hombre sin fe. La incredulidad no puede dar la paz, porque es imposible que el hombre permanezca tranquilo en la negación ó en la duda de su destino eterno.

¡Qué página tan sombría es aquella en que el filósofo Jouffroy nos cuenta su lucha final entre la fe de su infancia y su razón extraviada por el orgullo ! Había fluctuado largo tiempo, como barca rota, en el mar de la duda sin encontrar el camino del puerto, é iba al fin á pronunciar su última palabra sobre los problemas del destino humano, como él los llamaba.

Era una noche de invierno, tan fría y tan obscura como la duda que atormentaba la conciencia del filósofo. Sólo con sus pensamientos é inquietudes, paseábase agitado en una alcoba estrecha, iluminada á intervalos por la luz de la luna, medio velada por las nubes.

Pasaban una á una las horas de la triste noche y la lucha se enardecía por momentos. La razón sola, abando-

nada á su incurable debilidad, no podía dar solución satisfactoria á las dudas del filósofo y, á medida que su pensamiento ahondaba en el misterio, la negación invadía su espíritu á modo de ola devastadora, llevándose á su paso creencias, sentimientos, recuerdos de la infancia, tradiciones de familia, raíces humanas que retienen la verdad en el alma, sin dejar en su espíritu más que la aridez y desolación del desierto.

Y cuando al fin, rendido por la lucha, cae desfallecido en su lecho, «me pareció, dice, que se extinguía mi primera vida, tan risueña y tan llena, y que se abría otra obscura y despoblada... Era incrédulo y detestaba la incredulidad».

Después de esta terrible crisis, la paz huyó para siempre de aquella alma, ávida de la verdad, pero que se había extraviado del único camino que conduce á ella.

«Los días que siguieron, dice, á este descubrimiento, fueron los más tristes de mi vida... ¿Cómo vivir en paz cuando no se sabe de dónde se viene, ni á dónde se va, ni lo que es necesario hacer en la vida ? ¿Cómo vivir en paz cuando se ignora lo que significan el hombre, la especie, la creación, cuando todo es enigma, misterio, motivo de dudas y de alarmas ? Vivir en paz en esta ignorancia es imposible.... El desaliento y una incurable melancolía duermen con nosotros en la misma almohada ».

Las quejas é inquietudes de los grandes espíritus, desde Byron hasta Musset, desde Rousseau hasta Jouffroy, desde Leopardi hasta Enrique Heine, prueban que no es dable vivir feliz sin la fe, porque, como dice Edmundo Scherer, otra víctima de la duda, «lo sobrenatural es la esfera natural del alma ». Por eso se ha dicho con razón que nada demuestra mejor la necesidad de creer que la desgracia de no creer.

¿Y queréis, Señores, una contraprueba en confirmación de lo dicho ?

Si los que no creen sufren angustias íntimas, los que vuelven como el pródigo, al hogar abandonado de la fe,

experimentan una alegría semejante á la del desterrado que vuelve á respirar los aires embalsamados del suelo natal. Desaparecen entonces las inquietudes que hacían su vida tediosa y triste y una serenidad inexplicable, superior á los accidentes de la vida, desciende del entendimiento al corazón, del corazón á la conciencia, y de la conciencia á todo el sér.

Es lo que atestiguaba San Agustín cuando exclamaba, dando por perdidos todos los años de su disipación: «¡Oh belleza siempre antigua y siempre nueva! ¡qué tarde te he conocido, qué tarde te he amado!» Es lo que expresaba el célebre crítico La Harpe, que volvió á la fe leyendo el Evangelio y la *Imitación de Cristo*, cuando decía: «No he experimentado jamás una emoción más deliciosa que cuando repetía, anegado en dulces lágrimas, las palabras de la *Imitación*: «Hijo mío, yo vengo á ti porque me has invocado». Es, por fin, lo que declara Federico Bastiat cuando, después de reconciliarse con la religión, decía en su lecho de muerte: «¡Qué feliz me siento con la inefable tranquilidad de mi espíritu.... Ahora comprendo la verdad!» Acto sublime de fe de un hombre que amó y cultivó la ciencia durante la vida y que saluda al morir al Autor de toda luz con el nombre más bello que puede salir de la boca de un sabio: *la Verdad.*

III

No es menor, Señores, el beneficio que nos hace la fe, prodigándonos los únicos consuelos eficaces que pueden endulzar las penalidades inseparables de la vida humana.

Creyentes é incrédulos sufren, porque ningún hombre se exime de la rigurosa ley del sufrimiento; pero sufren con esta diferencia: que los unos encuentran el consuelo junto al dolor y los otros padecen sin atenuaciones ni esperanzas.

El creyente sabe por la fe que el dolor no es un mal en sí mismo y que si Dios, siendo infinitamente bueno, lo

ordena ó lo permite, es porque, como dice San Agustín, sabe sacar grandes bienes de los grandes males. El dolor es para algunos la condición necesaria para su felicidad, para otros es el tónico que conforta su debilidad, y para todos una fuente de grandes merecimientos para el cielo. Por eso el hombre de fe, cuando ve llegar esos días tenebrosos en que la tempestad del sufrimiento se desata sobre su cabeza, inclina la frente, coge el amargo cáliz y lo lleva á sus labios diciendo : «Hágase tu voluntad ».

Contemplad, Señores, la serenidad del pobre : es un obrero de frente tostada y de manos encallecidas, que habita en tugurio desmantelado, que come un pan escaso y que trabaja desde la aurora hasta el crepúsculo. Cualquiera diría que es desgraciado y que maldice su suerte ; y así fuera, efectivamente, si la fe no lo elevase más arriba de su miseria.

Pero él sabe por la fe, que hay un Dios providente y bueno que lo ama, que cuenta sus lágrimas, que pesa las gotas de sudor que caen de su frente, que bendice sus sacrificios y que los recompensará algún día, y ese obrero vive tranquilo en esta dulce persuasión.

Si los reveses de la fortuna despojan al hombre de fe del fruto de largos afanes, haciéndolo descender en un momento de la cumbre de la opulencia al abismo de la pobreza, la fe lo consuela diciéndole : Dios ha querido destruir el ídolo á que quemabas incienso en tu corazón, despojándote de bienes que valen poco para que pudieses asegurar bienes que valen mucho. Si la muerte arrebata de su lado á seres queridos, arrancándole el corazón á pedazos, la fe derrama en esas heridas el bálsamo de la esperanza, diciéndole : Espera, la separación es corta y la reunión en el cielo eterna : allá seguirás amándolos sin temor de perderlos. Si la enfermedad le postra en un lecho de dolor, quitándole todo goce, todo contento, toda tranquilidad, la fe, señalándole el crucifijo, le dice : ¿Crees que Jesucristo, siendo Dios, ha sufrido menos que tú ?

Podrá el soplo de la adversidad llevarse las ilusiones y esperanzas, al modo que los vientos otoñales despojan al árbol de sus hojas; podrá verse abandonado de sus amigos, traicionado en sus más caros afectos, calumniado hasta en sus más puras intenciones, contrariado en todas sus empresas; pero hay un tesoro que ninguna desgracia podrá arrebatarle y es la dulce seguridad de que Dios no le abandonará y que no estará jamás solo en sus infortunios, porque la fe le enseña que nunca está Dios más cerca del hombre que cuando padece. Sabe que no hay tempestades eternas ni en el orden físico ni en el orden moral y que, cuando Dios ve cumplida la misión salvadora del dolor, tiende el iris de paz en medio de las nubes sombrías. Y sabe, por fin, que algo de muy grande ha de ocultarse en el sufrimiento, ya que Dios no ha llamado bienaventurados á los que ríen, sino á los que lloran. Así es como el hombre de fe va pasando sin violencia del dolor á la resignación, de la resignación á la paz, y muchas veces de la paz al júbilo, como el Apóstol de las Gentes que exclamaba: «Abundo en gozo en medio de la tribulación».

El incrédulo carece de estos consuelos en las horas tristes de la vida. Creyéndose víctima de una fatalidad inexorable y ciega ¿á quién clamará en sus tristezas? Si para él no hay Dios, ni cielo, ni compensaciones eternas ¿qué consideración pudiera darle consuelo? ¿Podrá encontrarlo en los placeres? Pero quién ignora que en el fondo de la copa de las felicidades humanas se encuentra la amargura y el hastío? Muchos lo han intentado, creyendo que esos goces deleznables pudieran hacerles olvidar sus penas; pero, al fin, han debido confesar su desengaño, diciendo como Alfredo de Musset: «En el fondo de los vanos placeres que llamo en mi auxilio, encuentro un disgusto tal que me siento morir». Y no es raro ver que, hastiados de esos goces en que habían creído hallar la felicidad, concluyen por odiar la vida misma, cuyo término

apresuran á veces, persuadidos de que la nada del sepulcro es preferible á una vida que no ofrece sino amarguras y desencantos. ¿Hallarán el consuelo en las criaturas? ¡Ah, Señores! pedir consuelo á las criaturas es como pedir flores al desierto. ¿Qué consuelo pudieran darnos si son tan desgraciadas como nosotros? ¡Los hombres se cansan muy pronto de oir contar penas! Es cierto que no faltan en el mundo corazones que rebosan de ternura y compasión; pero son raros y no siempre los hallamos en nuestro camino en el momento en que los necesitamos. Si los ojos que lloran no se levantan al cielo, no habrá en la tierra quien reciba con amor sus lágrimas. Las lágrimas son como las aguas del mar que se endulzan subiendo; pero, cuando no hay fe, se quedan en la tierra y conservan toda su amargura.

Uno de los trances más dolorosos de la vida es la desaparición de los seres amados. Los que tienen fe sienten mitigado su dolor con la esperanza, diciendo á los que se van: «Hasta luego». Pero los que no creen sólo podrán decirles: «Adiós para siempre». A los ojos de los que no creen en la inmortalidad, ¿qué queda del hijo, de la esposa ó de la madre? Sólo un puñado de polvo en el sepulcro y un recuerdo que irá perdiéndose en el olvido.

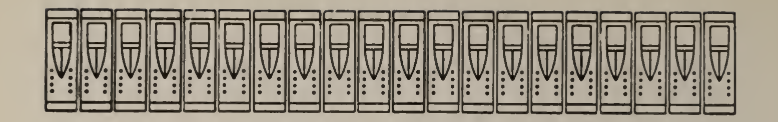
Llega, por fin, un día en que todo hombre debe dejar la tierra. Día de supremos adioses, pero también de inefables consuelos para el creyente. Cuando se miran tan de cerca las visiones de la eternidad, todo lo terreno va desapareciendo á nuestra vista y una mano invisible va cortando las ligaduras que nos atan al mundo. Las ilusiones se van, los sueños se desvanecen, todo lo falso y aparente cae del alma y una luz más viva disipa las últimas sombras. El alma tiende entonces naturalmente hacia su fin y la muerte aparece ante sus ojos como la cesación de un destierro ó como el arribo al puerto después de haber luchado largo tiempo con la tempestad.

Para el hombre de fe morir es ver á Dios y ver á Dios es

la suprema felicidad. Por eso no me asombro de oir al eximio Suárez exclamar en su última hora: «¡No creía que fuese tan dulce morir!»

La muerte serena del creyente contrasta tristemente con la del incrédulo. Morir es para él caer en la nada, es ver llegar una noche que no tendrá aurora y dormirse en un sueño que no tendrá despertar. Dejarlo todo y no esperar nada; dejar todo lo que se ama y no esperar más que la soledad del sepulcro, es ciertamente una situación bien triste. El viajero que atraviesa las arideces del desierto, se consuela con la idea de encontrar en el término de la jornada bienes que compensen sus penalidades. ¡Qué triste ha de ser para el viajero de la vida encontrar, después de haber sufrido y llorado mucho, por único término la nada y por única compensación de sus penas las frías lobregueces de una tumba!

Por lo expuesto comprenderéis, Señores, el valor inapreciable de la fe. El pequeño sacrificio impuesto á nuestro orgullo, obligándonos á creer verdades que no comprendemos, está ampliamente compensado con las luces que nos da en la vida y los consuelos que nos prodiga en el dolor y en la muerte. El necesario vasallaje de la razón creada á la Razón soberana, es tan agradable á Dios, que mientras vivió en la tierra sus más grandes beneficios fueron el premio de la fe. El premio de la nuestra será también un galardón magnífico, si unimos á la fe las buenas obras: será el galardón de una felicidad que nunca acaba. Y si en alas de la fe, de la esperanza y del amor, llegamos á tocar las puertas de la inmortalidad, oiremos de los labios de Jesucristo las palabras que dijo un día al ciego del Evangelio: *Tu fe te ha salvado.*



UNDECIMA CONFERENCIA.

EL ORIGEN DEL HOMBRE SEGÚN LA BIBLIA.

Señores :

El estudio del hombre, de su origen, de su naturaleza y de sus destinos, es un asunto que se impone naturalmente á nuestra atenta consideración, porque nada hay que interese tanto al hombre como el hombre mismo. Interesante es, sin duda, conocer el mundo y todos los seres que lo pueblan y embellecen ; interesante es investigar los secretos de la luz, del calor y de la electricidad, é interrogar con la voz escrudiñadora de la observación científica las leyes á que están sujetos los diversos reinos de la naturaleza. Pero todo eso está fuera del hombre y no tiene para él sino un valor limitado y relativo. Antes de saber lo que está fuera de su ser, ha de investigar lo que constituye su propio ser ; antes de conocer en todas sus partes el magnífico palacio en que vive como rey, ha de darse cuenta de los títulos de soberanía de que está investido y del lugar que ocupa en la obra compleja de la creación visible.

Por este motivo el hombre ha debido preguntarse en todo tiempo : ¿de dónde vengo ? Y para saberlo, ha interrogado á las poéticas leyendas, á la ciencia de la naturaleza, á la filosofía ; pero ninguna de ellas ha podido darle una respuesta satisfactoria.

Sólo la religión ha traído la luz para alumbrar este caos, disipando con claridades divinas los misterios que rodean la cuna de la humanidad, explicando la verdadera naturaleza del hombre, enseñando la posición que ocupa en el mundo respecto de Dios y de los demás seres criados y descubriendo la altura inefable de sus destinos. A la luz de la revelación todos los problemas quedan resueltos, todos los misterios disipados, todas las dudas desvanecidas, sin que la recta razón y la verdadera ciencia tengan nada, absolutamente nada, que oponer á las magníficas y consoladoras soluciones de la fe.

Pero los que pretenden sustraer todo el orden natural á las influencias del catolicismo y emancipar al hombre individual y socialmente de las relaciones que lo ligan con su Creador, no aceptan las soluciones de la fe, y haciendo un verdadero derroche de ingenio, inventan sistemas absurdos con apariencias científicas para explicar naturalmente y sin intervención divina el origen y naturaleza del hombre.

Deseoso de contribuir con mis débiles esfuerzos al triunfo de la verdad católica, me propongo, Señores, exponer y vindicar el dogma en lo que se refiere al hombre, demostrando que la razón y la ciencia, lejos de contradecirlo, le prestan la más amplia y completa confirmación.

Comenzaremos por el origen del hombre, cuestión que constituye la base de todas las disensiones que hoy día traen agitados los ánimos, y expondremos lo que enseña la revelación sobre este punto.

¿Cuál es el origen del hombre según la revelación? La manera como el hombre hizo su entrada en el teatro de este mundo nos la enseña el *Génesis* con admirable precisión. Referida la creación de los reinos mineral, vegetal y animal, prosigue el inspirado historiador con estas graves y solemnes palabras: «Y dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza y tenga dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y los ani-

males y sobre todos los reptiles que se mueven en la tierra. Dios, pues, crió al hombre á su imagen ; y crióle á imagen de Dios, y le formó varón y hembra...... El Señor formó al hombre del polvo de la tierra ; sopló en su rostro espíritu de vida, y le formó vivo y animado...... Y dijo no es bueno que el hombre esté solo : hagámosle compañera semejante á él. Envió sueño profundo á Adán, y estando dormido tomóle una costilla y puso carne en su lugar y fabricó la mujer ; y presentóla á Adán, quien al verla dijo : He aquí hueso de mis huesos y carne de mi carne».

Tal es, según el texto bíblico, el origen de los primeros padres del linaje humano : ellos han sido criados inmediatamente por Dios por modo de verdadera creación, es decir, sacándolos de la nada en virtud de su omnipotencia.

Veamos si esta narración concuerda con la razón y la ciencia, ó más bien, veamos si hay motivos racionales para rechazarla y sustituirla por otros sistemas.

Desde luego, en esta narración hay dos cosas que considerar : 1.º, el hecho de la creación del hombre por la mano de Dios ; y 2.º, la manera como el Criador verificó esta obra maravillosa.

En cuanto al hecho probaremos su realidad apoyándonos en razones históricas, filosóficas y teológicas. En cuanto al modo, manifestaremos que fue digno de Dios y digno del hombre.

I

El *Génesis* es un libro histórico y en esta virtud su veracidad puede demostrarse con los mismos argumentos con que se prueba la veracidad de todo lo que se apoya en el testimonio humano. Esa veracidad resulta de las condiciones personales del historiador y de la verosimilitud de los hechos narrados.

Nadie ignora que el *Pentateuco*, cuyo primer libro es el *Génesis*, tiene por autor á Moisés. ¿Y quién era Moisés ? Su majestuosa figura, respetada y admirada hoy mismo

hasta por los enemigos de la religión, es única en los anales del mundo. Su vida es familiar para todos los que algo saben de las antigüedades históricas. Todo es en ella prodigioso, desde su infancia hasta su muerte solemne en las cumbres del Nebo. Su cuna se balancea en las aguas del Nilo, como un nido confiado á las flexibles ramas de su ribera y, salvado por las manos de la hija de Faraón, es educado en la corte más sabia del mundo. A los cuarenta años huye al desierto y allí recibe la misión de libertar á la numerosa posteridad de Abrahám del férreo yugo de los Faraones, conduciéndola á través del desierto por un sendero sembrado de prodigios. Cincuenta dias después, ese pueblo recibe de sus manos la ley que ha de regirlo grabada en tablas de piedra ; y en medio del estallido del trueno y el fulgor del relámpago, Moisés baja del Sinaí con las tablas apoyadas en su pecho, con la faz resplandeciente y precedido del terror de Jehová. Bossuet saluda en él «al más antiguo de los poetas, al primero de los historiadores, al más sublime de los filósofos, al más sabio de los legisladores». Todo esto es en verdad Moisés ; y como historiador, no solamente es el más antiguo, puesto que escribió mil años antes que Herodoto, el primer historiador griego, sino que ningún otro posee en grado más excelente las cualidades que garantizan la veracidad de un historiador.

Moisés, considerado como simple historiador, tenía la ciencia y la probidad ; la primera de estas cualidades lo ponía á salvo de caer en el error por falta de conocimiento ó de recta apreciación de los hechos ; la segunda era una garantía de que no intentaba engañar á los demás, contando á sabiendas sucesos que no habían acontecido. Moisés, en efecto, tenía conocimiento cabal de los hechos. En cuanto á los que narra en los cuatro últimos libros del *Pentateuco*, él fué actor y testigo. En cuanto á los que se contienen en el *Génesis*, especialmente los relativos á la creación, los supo por la tradición. No se puede dudar

de que Adán conociese per revelación directa de Dios con quien hablaba familiarmente antes del pecado, la historia de la creación del mundo y de su propia creación. Esto se confirma con el hecho incontrovertible de que en las cosmogonías de todos los pueblos se encuentran en sustancia los hechos de la narración mosaica, aunque desfigurados por la fábula y mezclados con accesorios imaginarios. Los prolijos estudios que se han hecho de las cosmogonías paganas demuestran que esas noticias han derivado de una fuente común, porque es imposible concebir que á todos los pueblos se les haya ocurrido una misma manera de explicar el origen de las cosas. Esto permite asegurar que Adán comunicó á sus descendientes las noticias que él tuvo por revelación divina del maravilloso acontecimiento de la creación y que estas noticias impresas en la memoria de los hombres corrieron intactas de generación en generación, hasta que, por la dispersión de los pueblos y por el alejamiento del solar de esas tradiciones, se desfiguraron por obra del tiempo y de la imaginación, pero sin perder el fondo, que pudiéramos llamar original y solariego. Así piensa el docto Hettinger con muchos otros esclarecidos escritores: «Entre la Biblia y las cosmogonías, dice, hay tan maravillosa unidad, que forzosamente concluímos haber existido una fuente común de tradiciones, donde todos los pueblos bebieron las revelaciones primitivas comunicadas á la cabeza del linaje humano. Lo que ellas refieren del origen del mundo tomáronlo como herencia de su primera patria al separarse y desparramarse por la redondez de la tierra. Así, no son sino variantes, aunque desfiguradas y mal entendidas, de la tradición universal, que se perpetuó sin mácula en la tribu de que Moisés era descendiente (1).

Ahora bien, entre Adán, que supo el origen del mundo por comunicación divina, y el autor del *Génesis*, mediaron

(1) *Apología del cristianismo*, t. III, cap. IV.

pocas generaciones. Leví, su abuelo, con quien Moisés vivió mucho tiempo, había alcanzado treinta años de la vida de Isaac; Isaac vivió cincuenta años con Sem; y Sem noventa y ocho años con Matusalém, el cual había vivido ciento cuarenta años con Adán. De modo que cuanto se refiere en el *Génesis*, pudo saberlo Moisés de los labios de sus mismos padres.

Esta es la opinión de Bossuet, quien, viendo en el historiador genesíaco casi un testigo del origen de las cosas, agrega: «Y no necesitó traer de lejos las tradiciones de sus antepasados. Nació cien años después de la muerte de Jacob. Los ancianos de su tiempo habían podido conversar con este santo patriarca. La vida de tres ó cuatro hombres remontaba hasta Noé, que había visto á los hijos de Adán». (1)

Y no se diga que la noticia de los sucesos pudo llegar adulterada á oídos del historiador, pues, no es admisible que hechos de tan excelsa magnitud, transmitidos por hombres que cifraban en ellos la gloria de su raza, fueran desfigurados.

En consecuencia, Moisés no ha podido engañarse respecto de la verdad de los sucesos narrados en el *Génesis*, como quiera que le fueron transmitidos por la tradición oral y que, además habían sido conservados en antiguos manuscritos y monumentos populares. En este punto, no se diferencia Moisés de los demás historiadores concienzudos, que ordinariamente adquieren por los mismos medios conocimiento de los hechos que narran.

Tampoco puede suponerse racionalmente que Moisés tuviese el intento de engañar transmitiendo á la posteridad hechos falsos. Tal intento supondría una improbidad que no se armonizaría con sus nobles y gloriosos antecedentes. Era el primer hombre de su nación por su mérito personal y por su posición religiosa y política; y naturalmente

(1) Discurso sobre la Historia universal, 2.ª P., C. III.

con el intento de engaño habría renunciado neciamente al prestigio que le daba su puesto y al respeto y estimación á que tenia derecho por sus gloriosos antecedentes. Y luego, aunque hubiese tenido el propósito de engañar, no habría podido conseguirlo: los hechos contenidos en el *Génesis* eran conocidos de todo el pueblo, pues la tradición era patrimonio común. Y si estos grandes sucesos tradicionales hubiesen sido adulterados en la narración mosaica, no habrían faltado en el pueblo israelita, que guardaba como cosa sagrada la memoria de sus tradiciones, quiénes denunciasen y rectificasen las adulteraciones. Y esto no aconteció jamás.

A esto se agrega que el lenguaje de Moisés no es el que habría empleado un impostor. Sus frases cortas, cerradas, apodícticas, revelan la más completa sinceridad, al mismo tiempo que el más profundo convencimiento de la verdad de lo que cuenta. Su estilo es sencillo, desnudo de énfasis y reflexiones estudiadas. No diserta, sino que narra con la seguridad de no ser desmentido. No disimula sus propias faltas, ni trata de ganarse al pueblo con adulaciones y lisonjas. Al contrario, lo reprende por sus prevaricaciones y le recuerda sus desvíos con entereza magnánima.

El impostor teme parecerlo y su empeño más decidido es hacer creíble lo que cuenta con prolijas consideraciones. Moisés no toma tales precauciones: cuenta los hechos con las palabras indispensables para hacerlos inteligibles. No hay, pues, en el *Génesis* ningún signo de impostura, aun en el supuesto de que fuese posible alguna impostura.

Pero, para los católicos, Moisés no es sólo un historiador digno de fe considerado humananamente, sino un historiador revestido de una misión divina que da á su palabra el valor de un oráculo del cielo. Este carácter divino de Moisés se manifiesta de una manera inequívoca en los estupendos prodigios que ejecuta á la vista de todo el pueblo y que

revelaban en él un poder que sólo puede venir de Dios, porque sólo á Dios es dado suspender por sí ó por delegación las leyes inmutables de la naturaleza. Y los milagros eran familiares para Moisés : á su voz el mar Rojo divide sus aguas para dar paso al pueblo de Israel que huía de la cautividad y al contacto de su vara brotan de las rocas del desierto raudales cristalinos en que el pueblo apaga su sed.

Cuando Dios se digna hablar al hombre por el ministerio de otros hombres, nos da los medios de discernir á sus verdaderos enviados para que no se confundan con los impostores. El más seguro de estos medios es el dón de milagros que pone un sello divino irrecusable sobre la misión que Él confía. Es también el más expedito y popular, pues, para convencerse de la efectividad de la misión divina, no es menester raciocinar mucho ni entregarse á prolijas investigaciones ; basta tener ojos, ya que los milagros son hechos sensibles que caen bajo el dominio de los sentidos. Supongamos que un hombre se presenta ante nosotros asegurándonos que es enviado de Dios para hablarnos en su nombre. Y si ese hombre, para probar que su testimonio no es una impostura, invocando el nombre de Dios resucita un muerto, deberemos creerle, porque es imposible que Dios, siendo la santidad infinita, autorice con su poder una mentira.

Siendo infinitamente bueno, no podría, sin dejar de ser tal, concurrir con un acto de su omnipotencia al engaño de sus amadas criaturas.

Así, pues, cuando Moisés se presenta hablándonos en nombre de Dios y prueba su misión con estupendos prodigios, debemos creer que lo que ha escrito respecto de la creación del mundo y del hombre es la verdad y que lo que ha consignado en sus obras es la palabra de Dios.

Y en efecto, si se prescinde de la revelación, el origen del mundo y de la humanidad, tal como lo refiere Moisés, sería de todo punto inexplicable. ¿Cómo habría podido

saber el hombre lo que pasó antes de su existencia? ¿Cómo habría podido conocer el orden y sucesión en que fueron brotando los seres creados á la voz omnipotente del Creador? ¿Cómo habría podido conocer las particularidades maravillosas que concurrieron en la formación del hombre? Si El sólo presenció su obra en el silencio y soledad de la nada, sólo Él ha podido revelar cómo los seres existentes pasaron del no ser al ser.

¿Se dirá que todo eso es invención del hombre? Pero ¿cómo puede inventar el hombre lo que no comprende? Es cierto que el entendimiento por sus solas luces ha podido afirmar la existencia de una causa primera y soberana de las cosas, en virtud del principio de que todo efecto ha de tener una causa proporcionada. Pero la razón no habría alcanzado á descubrir por sí misma y, por consiguiente, inventar la manera maravillosa como se ejecutó esa obra ni las especiales circunstancias con que Dios se dignó formar al hombre. No pudiendo, pues, inventarse lo que es superior á la razón, ni Adán, ni Moisés, ni uno ó muchos hombres, han podido ser autores de los hechos narrados en el primero y segundo capítulo del *Génesis*. Y esto se confirma con una observación que nos suministra la historia de la Filosofía, á saber: que la razón filosófica antigua y moderna, al querer explicarse el origen de las cosas, prescindiendo de la revelación, sólo ha acertado á inventar sistemas como el *Atomismo*, el *Dualismo*, el *Panteísmo* y el *Darwinismo*, sistemas, no sólo diferentes, sino opuestos á la creación bíblica.

Al trazar Moisés el magnífico cuadro de la creación del mundo y del hombre, no parece ser un historiador sino un vidente; no parece contar lo que ha oído, sino lo que ve. Hay en él conceptos que no son humanos, no solamente por la alteza de las ideas que encierran, sino por el lenguaje en que están expresados. «Nunca el hombre pudo escribir así, dice el Padre Ventura de Ráulica, porque nunca pudo pensar así. ¿En qué libro humano

podrá encontrarse tanta filosofía con menos retórica, tantos elevados pensamientos en tan breves palabras, tanta gracia con tan poco artificio, tanta sublimidad con tanta sencillez, tanta ciencia con menos pretensiones ?... ¿Hubiera trazado en estos términos un historiador profano la historia de la creación ? Un historiador profano habría procurado apoyar su narración en documentos, demostrarla con razonamientos, confirmarla con testigos...... Pero el gran legislador de los hebreos procede de una manera muy diversa. Presenta á los ojos del lector una serie de hechos maravillosos sin apoyarlos en raciocinios, sin aducir pruebas, sin añadir comentarios ni invocar autoridades ; lo que prueba que escribe confiado en la luz celestial que lo alumbra, reposando tranquilo en la palabra divina que oye, seguro de la verdad que anuncia... Al leer á Virgilio, experimento placer ; al leer á Platón, admiro ; al leer á Moisés, adoro. En los autores profanos encuentro ingenio ; en Moisés descubro la verdadera sabiduría ; el lenguaje de aquellos es terrestre ; el de Moisés, celestial ; aquellos hablan como hombres ; Moisés, como enviado de Dios».

Ya sea que Moisés escribiese el *Génesis* por orden expresa de Dios ; ya sea que fuese movido por un impulso divino de que él no tuviese conciencia ; ya sea que las noticias que nos da de la creación las conociese por revelación directa ; ya sea que las recogiese de la tradición oral y de antiguos documentos, el hecho es que su libro tiene todos los caracteres de la inspiración divina ; y en consecuencia, debemos creer que, al componerlo, ha sido constantemente dirigido por el Espíritu Santo, quien en cierta manera dictaba á Moisés las palabras del magnífico capítulo de la Creación.

Así, pues, la obra que ha salido de su pluma merece la firme y completa adhesión que reclama un historiador fiel y concienzudo al par que un escritor divinamente inspirado.

II

Hemos dicho que al juzgar de la veracidad histórica se atiende á las cualidades personales del historiador y á la verosimilitud de los hechos que cuenta.

Creemos haber demostrado que el autor del *Génesis* es por sus cualidades digno de toda fe: sólo nos falta probar que los hechos referentes á la creación del hombre contenidos en el primero y segundo capítulo de este Libro son verosímiles, por más extraordinarios y maravillosos que sean. Para esto nos bastará demostrar que la creación del hombre, verificada inmediatamente por Dios, es *posible, racional y digna de Dios y del hombre.*

En primer lugar, es posible. La Filosofía reconoce dos clases de imposibilidad: la *absoluta* y la *relativa.* La imposibilidad *absoluta* es la que implica *contradicción*, es decir, repugnancia radical é insubsanable. De este género son las proposiciones siguientes: «que la materia piense; que exista un efecto sin causa; que una cosa pueda ser y no ser á un mismo tiempo»; porque hay contradicción en que la materia, que es compuesta de partes, pueda ejecutar una operación espiritual como es el pensar; porque repugna á la naturaleza del efecto el existir sin causa que lo produzca y porque contraviene en absoluto á la naturaleza del ser que una cosa exista y no exista al mismo tiempo.

La imposibilidad *relativa* implica falta de *poder*; así la resurrección de un muerto es imposible al hombre, porque ningún ser creado puede comunicar la vida á un muerto; pero, esto que es imposible al hombre, es posible á Dios en virtud de su omnipotencia.

La creación del mundo y del hombre hecha inmediatamente por Dios no es imposible de ninguna de estas dos maneras. No es imposible con imposibilidad *absoluta*, toda vez que no implica *contradicción* el tránsito del no ser al ser y el hecho de que una cosa que no existía comience

á existir. Y la creación no es otra cosa que la educción de un ser de la nada según toda su sustancia en virtud de un poder infinito. El hombre es creador en cierta manera, no en cuanto á la sustancia, pero sí en cuanto á la forma. El estatuario que transforma en figura de hombre un trozo de mármol es en algún modo creador y en el lenguaje ordinario se acostumbra dar este atributo al inspirado artista.

Tampoco hay imposibilidad relativa en la creación. Supuesto el verdadero concepto de Dios, no puede suponerse que haya en El falta de poder. Dios es el ser *infinito* y quien dice ser infinito dice ser ilimitado, sin privación de ningún género, sin negación de sustancia, como se expresa Santo Tomás de Aquino. Pues bien, repugnando á la idea de infinidad la limitación de poder, Dios es y debe ser necesariamente *omnipotente*. En virtud de esta omnipotencia, Dios puede crear, es decir, sacar de la nada á todos los seres posibles. ¿Qué significaría la omnipotencia, si no poseyese el poder de hacer las cosas según toda su integridad, en cuanto á la sustancia y en cuanto á la forma? La creación del hombre de la nada no es, por tanto, imposible por imposibilidad relativa, esto es, por falta de poder. Luego la creación es posible.

Es, además, *racional*. Y en efecto, no sólo no implica el dogma de la creación contradicción ni imposibilidad alguna, sino que, independientemente de la revelación divina, reposa en razones humanas y demostraciones filosóficas de la mayor trascendencia.

Llámase ser *contingente* el que puede existir ó no existir, esto es, un ser meramente posible; á diferencia del ser *necesario* que no puede dejar de existir, porque existe en virtud de su misma esencia.

Ahora bien, los seres contingentes no existen por sí mismos ó en razón de su propia esencia, porque, si así fuera, serían seres *necesarios*. En esta virtud los seres contingentes reciben de otro la existencia. Este otro no

puede ser sino el ser necesario, que es el único que existe por sí mismo, y este ser necesario es Dios. Y puesto que el hombre es un ser contingentes ólo á Dios debe su existencia. Y Dios no puede dar la existencia á los seres finitos, sino por vía de creación propiamente dicha, es decir, sacando de la nada toda la sustancia de su ser, pues todo en el ser finito es contingente.

Por otra parte, es un principio de la mayor evidencia que *no hay efecto sin causa* y causa *proporcionada* al efecto. En presencia del hombre nos encontramos con un efecto maravilloso. ¿Qué hay, en verdad, más admirable y magnífico que el organismo humano? Magnífico es el universo con los soles que pueblan el espacio, con los mares y ríos que se derraman en urnas anchurosas, con las montañas y verdes colinas que se levantan en el espacio como eternos vigías, con las flores y verduras que alfombran la tierra y perfuman el ambiente, con la variedad infinita de las aves de rico plumaje y de armoniosos cantos, con los animales, grandes y pequeños, que pueblan los campos; pero nada es comparable con la perfección, la armonía, la grandeza que admiramos en el hombre. ¡Qué asombrosa sabiduría resplandece en su organismo, en que todo, hasta la última fibra, está dispuesto para el funcionamiento de la vida! Una armadura sólida determina las proporciones y las formas del cuerpo y, no obstante de entrar en ella doscientos seis huesos, hay en el conjunto una unidad tan perfecta como la que existe entre las partes de un edificio; y están dispuestos de tal manera que sus conjunciones son á la vez firmes para mantener la unidad y flexibles para permitir el movimiento. Músculos delicados y resistentes envuelven esta armadura y sobre ellos se extiende, como una coraza protectora, una membrana dúctil é impenetrable. En el interior de este magnífico palacio se ocultan los órganos que dan movimiento y vida á la máquina humana: allí están los que transforman los alimentos en la substancia del cuerpo, saturan-

dolos y desagregándolos con sus secreciones, hasta convertirlos en el jugo de que nace la sangre que corre por las venas y las arterias, llevando la frescura como á través de otros tantos canales de irrigación, al organismo entero. Allí está el corazón, océano en perpetuo movimiento, que rechaza en oleaje acompasado la sangre impura que debe purificarse al contacto del aire y recibe la sangre purificada para lanzarla á las mil ramificaciones del organismo. Allí está, bajo la bóveda del cráneo y protegido por triple envoltura, el cerebro, atento á las impresiones de los sentidos y á los impulsos del alma. ¡Y con qué admirable sabiduría están constituídos los órganos que ponen al hombre en relación con el mundo externo ! Ved esos laberintos misteriosos que reproducen los sonidos y esos espejos transparentes que, protegidos por velos movibles, reflejan las imágenes de todos los objetos.

Y bien, este admirable organismo en cuya formación se advierte la más alta sabiduría ¿sería un efecto sin causa ? ¿Podría ser producto de la materia inerte puesta en movimiento ? ¿Sería obra del acaso ? Pero ni la materia, que es incapaz de inteligencia, ni el acaso, que no es más que una palabra sin realidad objetiva, han podido producir una obra que supone en su artífice una inteligencia soberana. El autor de esta maravilla debe ser necesariamente un ser *inteligente,* porque sólo á los seres inteligentes les es dado proporcionar los medios al fin y es sabido que hasta la última fibra del organismo humano está admirablemente dispuesta para producir y mantener la vida.

Pues bien, sólo conocemos tres seres inteligentes : el hombre, los ángeles y Dios. El hombre no ha podido ser el autor ó causa de sí mismo, porque para crear se necesita obrar y para obrar es preciso existir : además, si el hombre se hubiese dado á sí mismo la existencia, sería un ser *necesario,* y en este caso habría existido siempre. ¿Y quién podría afirmar con razón que el hombre ha existido siempre y que no ha podido dejar de existir ?

Los ángeles son seres inteligentes pero no pueden crear. Su oficio con relación á los hombres es el de cumplir las órdenes de Dios : *administratores Dei spiritus.* Y aun en el caso, como piensan algunos, de que los ángeles hubiesen intervenido en la formación del organismo humano, su intervención no habría sido en calidad de *creadores*, sino de *ministros é instrumentos* del Creador; lo cual no argüiría ciertamente en los espíritus puros potencia *natural* para crear.

Ahora bien, si fuera del hombre y del ángel, no existe otra causa inteligente que Dios, éste ha debido ser necesariamente el creador del hombre.

Descendamos á otra prueba de esta misma verdad. Es un hecho científicamente demostrado que todos los seres que existen tienen propiedades específicas que los diferencian unos de otros, por lo cual se los clasifica en categorías, géneros y especies. ¿A qué se deben estas clasificaciones ? Se deben á que existen en ellos propiedades que los caracterizan : así á la facultad de raciocinar, común á todos los hombres, se debe que éstos formen la especie humana ; á la facultad de sentir, común á todos los animales, se debe que éstos pertenezcan al reino animal ; la facultad vegetativa, común á todas las plantas, es debida al reino vegetal. Pero estas propiedades comunes que reunen en categorías á seres numéricamente distintos, no han podido ser comunicadas por uno de estos mismos individuos á los demás de su especie, porque cada uno de ellos sólo posee, como cosa propia, el principio de su individualización ; posee las cualidades que lo especifican ; pero no tienen en sí la causa de esas cualidades. Individuos numéricamente diversos no pueden comunicarse mutuamente una cualidad común á muchos ; porque un efecto no puede ser superior á su causa y lo sería si un efecto común á muchos seres fuese producido por uno de ellos. La causa, pues, de este principio común, que forma de muchos individuos una especie, debe ser

un agente distinto de todos ellos y superior á ellos. Este agente no puede ser la materia, que sólo produce efectos particulares é individuales, sino una causa general capaz de producir efectos generales, como son las propiedades específicas de todos los seres. Esta causa no puede ser otra que Dios. Por lo cual podemos afirmar que el hombre, que forma la más noble y perfecta de las categorías de los seres vivientes, es hechura inmediata de Dios.

Queda, pues, demostrado que el origen divino del hombre es *históricamente* verdadero y *filosóficamente* posible y racional y, en consecuencia, creíble.

III

Agregaremos ahora otra prueba no menos concluyente en apoyo de esta misma verdad : esta prueba es el testimonio del género humano. Siempre se han tenido en grande estima las tradiciones de los pueblos como argumento en favor de la verdad de un hecho ó de una creencia. Y con razón, porque apenas se concibe que un hecho falso ó una creencia infundada vivan largo tiempo en la conciencia de la humanidad. Todos los errores son arrastrados al fin en la corriente de los siglos para sepultarse en el descrédito y el olvido. Es lo que nos enseña la historia. Por lo mismo no puede dejar de ser verdadera una creencia que resiste al tiempo y vive en la conciencia de todos los pueblos cultos é incultos, á pesar del vaivén continuo de las opiniones y del incesante choque de las pasiones.

A este género de creencias universales en cuanto al tiempo y en cuanto al espacio, pertenece la del origen divino del hombre, ó sea, la de su creación inmediata por Dios. Ella ha sido profesada por la antigüedad pagana y proclamada por la tradición cristiana.

«¿Qué tradición hay más común y mejor establecida, dice el Padre Juan Mir, que la formación del primer hombre ? Los indios, los chinos, los griegos y romanos,

el oriente y el occidente, colocan en sus cosmogonías la creación del hombre en último lugar, después de animales y plantas, como el primor de las obras de Dios. Presentemos algunas muestras de tan universal aclamación. Los egipcios llamaban *Knef* al organizador del hombre, y en Elefantina poseían una figura que representaba á *Knef*, modelando al hombre en una rueda de alfarero, según refiere Eusebio en su *Preparación Evangélica*; y aun hoy en día se encuentran bajorelieves que simbolizan esta operación divina. Los caldeos profesaban en sus creencias que los hombres habían sido formados con sangre amasada con tierra. La mitología índica enseñaba que el primer hombre nació de la tierra por mandamiento divino. Los chinos creían que había sido fabricado de tierra amarilla. Los griegos tenían su imaginación tan acostumbrada á esta verdad, que daban á los titanes y hombres poderosos el título de *hijos de la tierra*, y enseñaban que Prometeo formó el primer hombre del lodo terrestre y Minerva le infundió el alma racional; á los cuales Lactancio con su poderosa elocuencia arguye de esta manera: «Erraron en los nombres de los autores, no en las cosas.» Llegaba á tales términos la fuerza de esta tradición, que Pausanias escribe haber visto él por sus propios ojos en su viaje por Grecia un pedazo de tierra, reliquia, según le dijeron, de la materia que se empleó en la formación del primer hombre.

«Y si del occidente pasamos á las Américas, hallaremos resplandores de esta verdad en Haití, donde se cree al hombre formado de tierra roja; en Norte-América, donde llaman á los hombres *hechos de tierra*; en Méjico, donde los llaman *tierra animada*; en el Brasil, donde se cuenta que fué formado el hombre primero de arcilla y después que un soplo le dió vida.» (1)

«La tradición, dice Luckn, sobre la formación del hombre,

(1) *La creación.*

se ha conservado tan vivamente impresa en la memoria de los pueblos, que no tan sólo ha sobrevivido por doquier, mas ha hecho que los paganos llamasen al hombre *nacido de la tierra, tierra animada* y otros apellidos semejantes.» (1)

Si de la tradición pagana pasamos á la tradición cristiana, veremos que esta verdad ha sido profesada en el transcurso de diecinueve siglos por todos los pueblos, enseñada por los padres y doctores de la Iglesia y definida como de fe por los Papas y los Concilios. Proclamada por Moisés en el primer capítulo del *Génesis*, es confirmada por los autores de otros libros de las Santas Escrituras. El *Eclesiástico* dice : « Dios crió al hombre de la tierra y le hizo según su imagen... y creó de él una ayudadora semejante á él.» «Tú hiciste á Adán, dice Job, del limo de la tierra y le diste á Eva por auxiliar. » «Adán fué creado el primero, dice San Pablo, Eva después. No el varón salió de la mujer, sino la mujer del varón.» Y hasta el mismo nombre de Adán (*Adamah*), que significa en lengua hebraica *tierra de labranza*, depone en favor del origen divino del hombre y confirma la verdad del relato genesíaco.

Del mismo sentir es la numerosa y brillante pléyade de los padres y doctores de la Iglesia, genuinos y autorizados representantes de la tradición católica. Esta misma verdad ha sido explícitamente comprendida en las siguientes palabras del Concilio cuarto de Letrán : «Dios, desde el principio de los tiempos, crió de la nada á entrambas criaturas, á saber, la corporal y la espiritual, la angélica y la mundana, y en seguida la *humana*, la cual consta de espíritu y de cuerpo.» Y el reciente Concilio Vaticano, reproduciendo y confirmando la misma creencia, declara y define «que Dios, único y verdadero, en su bondad y poder infinito, no para aumentar su felicidad ni para alcanzar su perfección, sino para revelarla por los dones que comunica á las criaturas por resolución libérrima,

(1) *Las tradiciones de la humanidad.*

ha evocado de la nada en el principio del tiempo á la vez los dos reinos de la creación, la criatura espiritual y la corpórea, á saber, la de los ángeles y la del mundo visible, y después *la humana*, la cual por participar de una y otra consta de espíritu y cuerpo.»

Y aun prescindiendo del valor teológico de estos testimonios, ellos son dignos de la mayor estima como motivo de credibilidad humana; pues, juzgamos por imposible, humanamente hablando, que un número tan crecido de hombres, doctísimos por su ciencia y eminentes por su santidad, se engañen en asunto de vital interés para la humanidad.

Si el origen divino de ésta no estribase en sólidos fundamentos, no habrían faltado uno ó muchos de tantos esclarecidos varones, que hubiesen protestado contra esta afirmación y descubierto la flaqueza de las razones en que se apoya.

Los filósofos afirman que la creencia del género humano ha de reputarse como consecuencia de una ley natural: *consensus omnium gentium lex naturæ putanda est*, ha dicho Cicerón; porque es universal lo que proviene de la naturaleza, como quiera que ésta es común á todos los hombres. Pues bien, aunque faltasen pruebas históricas, bastaría el hecho de la universalidad de la religión natural como una demostración palpable de la creencia en el origen divino del hombre; porque la religión, que consiste en las relaciones del hombre con Dios, supone la creencia en la creación inmediata. Y en efecto, la primera de las relaciones en que se funda toda religión es la de dependencia del hombre respecto de Dios. ¿Y en qué estribaría esta dependencia, si el hombre no hubiese sido creado por Dios? ¿Cuál otro podría ser el título por el cual exigiría Dios la sumisión, obediencia y amor del hombre? Si la humanidad hubiese tenido por origen el átomo de Epicuro, la mónera de Hoekel, ó el prototipo de Darwin, sin intervención del poder divino ¿por qué la humanidad

se reconocería obligada á obedecer, á amar, á adorar á Dios ? Puesto que nada le debía, puesto que su existencia no era un don gratuito de la divinidad, sino un acto de la materia ciega ó un producto del acaso imbécil ¿cómo se explicaría esta tendencia natural del hombre á la religiosidad, esta tendencia que, en el sentir del sabio Quatrefages, constituye uno de los caracteres específicos del reino humano ? Ciertamente, este sentimiento común en la humanidad sería un efecto sin causa, si no se fundase en la creencia de un Dios Criador.

Que no hay ni ha habido pueblo alguno sin principios religiosos es hoy un hecho comprobado. Los que están empeñados en negar este hecho, citaban á los negros australianos en quienes los viajeros no habían notado ningún rasgo de religiosidad.

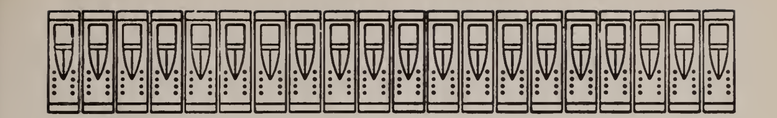
Este aserto está ya desmentido por las narraciones de Redley sobre las lenguas y tradiciones de Australia, en las cuales se refiere expresamente que ellos reconocen al Ser Supremo *Baima*, á quien atribuyen eternidad, omnipotencia y bondad infinita. El resultado actual de las ciencias en este punto lo expone Taylor en estas palabras : «La afirmación de que existen razas salvajes sin religión, aunque es teóricamente posible, no se puede hasta ahora apoyar en pruebas suficientes como tenemos derecho á exigir, tratándose de relaciones tan excepcionales.» Hellwald confiesa, asimismo, que «contra las afirmaciones de los viajeros que dicen de algún pueblo que no tiene religión, deben prevenirse todos con mucha prudencia.»

Por lo demás, bien pudiéramos notar que no se deduciría ninguna consecuencia importante contra nuestra tesis de que pudiera hallarse alguna raza salvaje en la cual no hubiese huellas de religiosidad. La excepción no destruye la regla. La naturaleza racional del hombre se manifiesta más claramente en la humanidad culta y no en las hordas de bárbaros en quienes la naturaleza está degenerada. Sin embargo, es un hecho que tan pronto

como los salvajes comienzan á ser instruídos, no hay verdad que comprendan más fácilmente y acepten más de su grado que la existencia de un Ser Sumo á quien debemos la existencia.

Así, pues, el origen divino del hombre es una verdad que descansa en todo género de pruebas: históricas, filosóficas, morales y religiosas. Y no hay verdad más consoladora para la humanidad. Nacida de Dios, su dignidad se acrecienta con la alteza de su origen. Nacida de Dios y reproduciendo en sí la imagen de su excelso Autor, se glorifica con tan noble filiación. Hija de Dios tiene derecho al amor del Padre altísimo que le dió la vida y este amor paternal le asegura la protección constante del Ser poderoso y bueno, que no ha podido crearla sino para hacerla feliz.





DUODECIMA CONFERENCIA.

GRANDEZA DEL HOMBRE.

SEÑORES :

Demostrado el origen divino del hombre con pruebas históricas, filosóficas, morales y religiosas, que no admiten réplica fundada, llega el momento de completar esta materia, examinando el lugar que ocupa el hombre en la creación. Los sabios, abandonados á sus propias luces, han fluctuado en un mar de contradicciones al calificar al hombre. Los unos le ensalzan hasta la divinidad asegurando que el universo entero es una irradiación del organismo humano ; los otros le abaten hasta el animal haciéndole descender de él, sin que haya entre el uno y el otro más que diferencias accidentales. Mientras unos le consideran como el más bello retoño de la creación ; otros sólo ven en él un conjunto de miserias y de flaquezas y un punto apenas perceptible en la universalidad de los seres. Quienes le rinden un culto idolátrico considerándole en sus facultades intelectuales ; quienes, mirando su organismo físico, le declaran indigno de empuñar el cetro del mundo.

La primera verdad que se desprende de la narración bíblica es la grandeza y dignidad del hombre. Dios había creado ya todos los seres del universo con el *fiat* omnipotente de sus labios. Estaba fabricado el palacio y era

menester darle un rey. Llegado este momento, Dios cambia de lenguaje y de procedimientos: no usa la fórmula simplemente imperativa con que había llamado á la existencia á todos los seres que poblaban el universo, sino que, entrando en deliberación consigo mismo, dice: *Hagamos al hombre.* Este lenguaje extraordinario, esta fórmula, empleada por primera vez en la producción de los seres sacados de la nada, indica que va á salir de su mano creadora un ser más excelente. Ese consejo deliberativo en que parece recogerse Aquel que no encuentra límite alguno en su poder, revela que la criatura llamada *hombre* era en los designios divinos un ser superior á todo lo creado, por su naturaleza y por sus destinos. Y, en efecto, en ella no va á resplandecer, como en todos los demás seres, un simple *vestigio* de su gloria, sino su propia divina imagen: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* Mas ¿de qué manera se reproduce en el hombre la imagen y semejanza de Dios? Esta semejanza es evidente, si se consideran la naturaleza y facultades del alma humana. Ella es, en efecto, *espiritual* y en este concepto se asemeja á Dios, que es espíritu purísimo que rechaza toda composición y división numérica de elementos materiales. Semejante en su naturaleza, lo es también en sus operaciones esenciales, es decir, en el entendimiento y en la voluntad. La inteligencia humana tiene por objeto propio de su actividad el conocimiento de la verdad; así como Dios, inteligencia infinita, conoce toda verdad en la contemplación de su propia esencia. Es cierto que Dios conoce la verdad por una intuición directa, inmediata, simple y total, al paso que el hombre debe investigarla subiendo penosamente de los efectos á las causas y deduciendo las consecuencias de los principios. Pero con todo, aunque entre la inteligencia divina y la humana exista el abismo que separa lo infinito de lo finito, una y otra tienen por fin y objeto el conocimiento de la verdad, una y otra encuentran su beatitud en ese conocimiento.

Por otra parte, el hombre á semejanza de Dios, tiene una voluntad capaz de amar y, aunque por razón de sus imperfecciones está expuesto á hacer al mal objeto de su amor, también es cierto que sólo en el amor al bien puede encontrar la perfección y el reposo de la voluntad ; lo que prueba que esta nobilísima facultad humana está naturalmente destinada á amar el bien, á imagen de Dios. Y la voluntad que, amando el bien, se asemeja á su Criador, posee en la *libertad* de sus determinaciones un nuevo reflejo de la naturaleza divina, que es soberanamente libre. De esta manera, el bien querido *libremente* asegura al hombre el mérito y la recompensa y querido *habitualmente*, lo reviste de la belleza incomparable de la virtud. Así, pues, el hombre, conociendo la verdad y amando el bien, en conformidad á la naturaleza del alma racional, es la viva y hermosa imagen de Dios. No ha mentido, pues, el *Génesis* cuando pone en los labios de Dios aquellas palabras de inefable amor : *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* En estas palabras se revela, dice Tertuliano, que la creación del hombre no es solamente la obra maravillosa de la omnipotencia, sino también de la bondad : en ellas se encuentra el secreto de la conducta de Dios para con el hombre en la historia de la religión : en ellas se encierra la razón de sus liberalidades, de sus misericordias, de la Ley y los Profetas, del Evangelio y la Redención.

A estas palabras : *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, el *Génesis* agrega : «*Y que domine sobre los peces, los pájaros, los animales terrestres, sobre los reptiles y toda la tierra*». Estas palabras constituyen al hombre rey de la creación, al cual deberán estar sujetas todas las cosas por ley de obediencia y por razón de inferioridad. Ellas enseñan que el hombre es la criatura más noble y excelente de la creación visible y que todos los demás seres han sido hechos para su utilidad y servicio, de todos los cuales puede usar como medios para la conservación de su vida.

Contra esta doctrina se sublevan el materialismo y el racionalismo, los cuales, no viendo en el hombre más que su parte corruptible, le consideran demasiado pequeño y bastante miserable para ocupar el primer puesto en el universo. Juzgan irrisorio que una parte tan mínima del mundo sea el fin y el centro del todo. El progreso de las ciencias ha anonadado la apariencia externa del hombre. ¿Qué es la tierra, morada del ser humano, en comparación con el sol? ¿Y qué es el sistema planetario todo entero, si se considera que hay estrellas cuya luz tarda millones de años en llegar hasta nosotros? ¿Y qué es el hombre en la tierra? Un punto imperceptible, casi un átomo en la universalidad de los seres. ¿Y este es el rey de la creación? «La vanidad y el orgullo del hombre, dice Hæckel, (1) se han complacido en considerar á la humanidad como objeto principal y fin supremo de toda vida terrestre, á cuyo servicio y utilidad todas las demás obras de la naturaleza han sido predestinadas desde el principio por una providencia sabia.»

Así discurren los que por odio á Dios y por contradecir la verdad del texto bíblico, rebajan al hombre hasta el punto de no ver en él más que un *animal bipes*, tan insignificante como cualquiera de los que pueblan el universo.

Para confirmar la verdad del texto bíblico, bástanos, Señores, resolver estas tres cuestiones: primera ¿el hombre es por su naturaleza superior á todos los demás seres del mundo visible? Segunda: ¿ejerce sobre el universo una dominación real y efectiva? Tercera: ¿qué lugar ocupa el hombre con respecto á los demás seres?

I

La superioridad natural del hombre sobre todos los demás seres visibles es una de aquellas verdades que no

(1) *Antropogenio*, pág. 389.

necesitan demostración. Es sabido que los naturalistas dividen á los diversos seres que existen en el universo en tres grandes reinos : el reino mineral, que comprende la materia inerte ; el reino vegetal, que encierra á todos los seres dotados de vida vegetativa ; el reino animal, en el cual se incluyen todos los que gozan de vida sensitiva. Todos convienen en que los seres que pertenecen á este último reino exceden en perfección á los que pertenecen al reino mineral y al reino vegetal, por cuanto el animal comprende á estos últimos y añade á sus cualidades la de la sensibilidad de que ellos carecen. Ahora bien, ya sea que el hombre se incluya en el reino animal, ya sea que constituya un reino aparte, el reino humano, siempre resulta de una superioridad incuestionable. Si se le incluye en el reino animal, es, en opinión de todos, el más perfecto de los animales en orden á su organismo. Si forma un reino aparte, este reino es superior á los demás.

Pero la superioridad humana no consiste principalmente en la excelencia y perfección de su organismo, sino en su naturaleza espiritual y racional. Y el hombre, considerado como ser racional, aventaja inmensamente á todos los demás seres de la creación visible. El hombre se eleva por la *razón* sobre todos los seres materiales, penetra en el mundo espiritual y llega hasta la fuente primera de todo orden, de todo bien, de toda hermosura, que es Dios, y postrado á los pies de la soberana majestad, ríndele el tributo de adoración, de alabanza y de amor que le es debido y que sólo él puede tributarle, porque á sólo él le es dado conocerle. El ser más perfecto del orden material es incapaz de subir tan alto, porque sus facultades, esencialmente ligadas á la materia, sólo pueden ejercitarse sobre objetos materiales. El hombre por su alma espiritual, dotada de inteligencia, voluntad y libertad, capaz de concebir ideas abstractas y universales, de amar y de querer el bien absoluto, de determinarse libremente

en sus actos, es superior á todos los demás seres, cuyo conocimiento no excede de lo material y en cuyas determinaciones sólo obran la necesidad y el ciego apetito. Con su inteligencia es capaz de conocer todas las cosas del orden natural y penetrar hasta sus últimas razones. La ciencia es exclusivo patrimonio del hombre ; y por grandes que sean los seres, él los abarca y los domina con su inteligencia ; por altos que estén colocados, los acerca con su imaginación. Su pensamiento es más vasto que el universo, y no hay distancias que limiten sus concepciones. «Más allá de los espacios reales, dice el Padre Monsabré, imagina espacios posibles ; más allá de los espacios posibles concibe mundos sin medida. ¿Creéis asombrarme y confundirme con vuestras perspectivas astronómicas ? Os engañáis ; yo soy más grande que vuestras inmensidades. Dad paso á mi espíritu : él recorre más de setenta y cinco mil leguas por segundo. En un instante imperceptible y sin dejar el cuerpo que anima, atraviesa la inmensidad en todos sentidos ; se lanza del mundo material al mundo de los espíritus, de las esferas sensibles á las esferas inteligibles, de lo finito á lo infinito». (1)

Es cierto que si se considera al hombre en su estatura física, aparece como un punto en presencia de los grandes mundos que voltean en el espacio. Pero, la mayor excelencia de los seres no consiste en su magnitud ni en su fuerza, sino en la perfección de su naturaleza. Nadie dirá que las inmensas rocas de granito que forman las montañas son más excelentes que la perla, el brillante y la esmeralda. Si el hombre es físicamente pequeño y débil, es grande y poderoso por su inteligencia y por su voluntad, mucho más grande que los mundos materiales que no tienen conciencia de sí mismos y que ruedan en el espacio en obedecimiento á leyes fatales. Por eso el sabio astrónomo Francisco Arago contesta á los menospreciadores

(1) *Conferencia*, XVII.

de la humanidad: «Al dar al hombre en el planeta que habita un lugar tan reducido en el mundo material ¿no parece que la astronomía quisiera humillarnos con sus mismos adelantos? Pero si mirando la creación bajo otro punto de vista se reflexiona en la suma debilidad de los medios materiales con los cuales han sido resueltos tantos grandes problemas; si se considera que para medir la mayor parte de las cantidades que hoy forman la base de los cálculos astronómicos, ha tenido el hombre que perfeccionar mucho el más delicado de sus órganos y aumentar desmedidamente el alcance de su vista; si se advierte que no le era menos necesario descubrir métodos propios para medir intervalos muy largos de tiempo hasta la precisión de un décimo; combatir los efectos microscópicos que producen las variaciones atmosféricas en los metales y en todos los instrumentos; librarse de las ilusiones innumerables que siembran la atmósfera en el camino de los rayos luminosos,...si se considera todo esto, repito, el ser débil recobra sus prerrogativas. ¿Qué importa al lado de las obras maravillosas del ingenio humano la fragilidad de nuestro cuerpo? ¿qué importan las dimensiones del planeta en que habitamos, del grano de arena en que nos ha sido dado padecer durante algunos instantes? (1)

Las grandes dimensiones de los astros no amenguan la excelencia de la naturaleza humana; porque, como dice Santo Tomás de Aquino, «toda criatura corporal, por grande que sea su magnitud, es, sin embargo, inferior al hombre en razón de su entendimiento.» «En sólo la facultad imaginativa del hombre, dice San Agustín, hay más que admirar que en todo el universo sensible.» «Muchas son las maravillas de que está llena la tierra, exclama Lotze; pero ninguna tan admirable como el hombre». Y el gran poeta Schiller, reparando en el error de los que

(1) *Noticias históricas*, t. II, pág. 278.

dan grande importancia á la extensión, decía, dirigiéndose á los astrónomos: «No me habléis tanto de estrellas y nebulosas; lo que vosotros contempláis es ciertamente lo más sublime en el espacio; pero, sabed, amigos míos, que no mora en el espacio lo sublime. Lo que reside en el espíritu humano es más sublime, más excelente que todo el cielo estrellado».

Es, por tanto, indiscutible la superioridad del hombre sobre los demás seres de la creación y esta superioridad es una consecuencia natural de su semejanza con Dios. Imagen viva de la esencia divina, «resplandor de la luz eterna é imagen de su bondad», en él se representa en cierta manera la inmensidad divina en el pensamiento humano y la eternidad divina en la inmortalidad del alma humana. Ahora debemos agregar que Dios ha hecho al hombre participante de su autoridad soberana, dándole un poder de dominación sobre las cosas creadas.

II

La dominación del hombre sobre los seres criados se deduce naturalmente de su superioridad. La inteligencia, que lo eleva sobre todas las criaturas materiales, constituye asimismo el título de su soberanía. Con su inteligencia lo domina todo, ora investigando la naturaleza y propiedades de todas las cosas, ora haciéndolas servir para su utilidad y provecho, ora sometiéndolas á su dominio con su habilidad é industria. Y aunque esta dominación no ha sido tan completa después del pecado original, sin embargo, en la que actualmente ejerce sobre el mundo se ve con toda evidencia confirmada la verdad del texto bíblico que asegura que el hombre fué criado por Dios con derecho de dominio sobre todas las cosas que existen sobre el haz de la tierra. *Subjicite eum.*

Esta dominación se ejerce, ante todo, sobre el reino animal: «tened señorío sobre los peces del mar, sobre

las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre ta tierra.» (1)

Es digno de notarse, Señores, que entre los seres de la creación, el hombre es el único á quien los animales rinden vasallaje y prestan sus servicios. La mayor parte de ellos se muestran dóciles á su voluntad, buscan su compañía, imploran su protección y se domestican con facilidad. Hay en los animales una inclinación, que pudiéramos llamar instintiva, á sujetarse al hombre aún en los servicios más penosos: los unos inclinan su cerviz al yugo; los otros se someten á llevar la carga; los otros se ufanan del freno que los doma y del jinete que llevan en sus espaldas; los demás ayudan al hombre á fertilizar los campos, le ofrecen sus lanas y pieles, le alimentan con sus carnes, le regalan con su miel, le regocijan con sus cantos, le acompañan en su soledad y defienden su persona y sus intereses.

Este instinto de fidelidad demuestra que la dominación del hombre no es usurpada é impuesta por la fuerza, como lo afirmaron los sofistas incrédulos del siglo pasado. La sujeción de los animales al hombre es espontanea, en cuanto es dable á un animal; pues, siendo muchos de ellos superiores al hombre en fuerza, no le oponen resistencia.

En cuanto á las bestias salvajes y á las fieras, que son, después del pecado, los súbditos rebeldes del reino animal, es indudable que reconocen implícitamente el dominio del hombre y su superioridad, huyendo de su presencia y buscando por morada los lugares más inaccesibles para el hombre y sólo le acometen cuando las impulsa el hambre ó las obliga la necesidad de su defensa ó la de sus hijuelos. Y la experiencia nos enseña que, aun las fieras, son domesticables. Y en vano citan los sofistas, con el intento de probar que es quimérico el imperio del hombre.

(1) *Gén.* I., v, 28.

los casos en que los animales feroces han atacado y devorado á seres humanos; porque nosotros podríamos citar millares de casos en que las fieras han perecido bajo el imperio y la destreza del hombre. Por un marinero devorado por los tiburones, mil tiburones han muerto en manos del hombre. En suma, Diso ha dado á éste habilidad é industria para sojuzgar á los más fuertes y sagacidad para utilizarlos á todos y esto basta para establecer como inconcuso el imperio del hombre sobre los animales en conformidad á lo que enseña el texto bíblico.

No es menos evidente el imperio que ejerce el hombre sobre la materia. Basta fijarse en las obras que ha ejecutado en la serie de los siglos con el poder de su inteligencia y con el esfuerzo de sus brazos. Condenado por la culpa primitiva á procurarse el alimento con su trabajo, no se ha contentado con obtener de la materia lo indispensable para la vida. Sintiéndose superior á ella, la ha hecho servir para su engrandecimiento, sujetándola al poder de su inteligencia. «Los continentes explorados, las islas lejanas descubiertas, los mares recorridos en todas direcciones y sus corrientes transformadas en grandes caminos, los abismos interrogados, los movimientos atmosféricos utilizados, los misterios del firmamento revelados, el curso de los astros medido, su constitución analizada, los elementos más temibles domados, la electricidad obligada á marchar sobre hilos y llevar nuestros pensamientos de un extremo á otro del mundo, los primeros habitantes del globo arrancados á sus sepulcros mil veces seculares, los géneros, las especies y razas de las reinos vegetal y animal conocidos, descritos y clasificados, las secretos de las combinaciones elementales y de las operaciones vitales públicamente enseñados y prácticamente explotados, y en fin, la naturaleza tributaria de nuestra magnificencia, de nuestros placeres sensibles, de nuestros goces artísticos, de nuestras fiestas intelectuales después

de haber servido á todas nuestras necesidades, he ahí, en compendio, la estadística de nuestro imperio actual ¿y quién podría decir hasta donde se extenderá en el porvenir ?» (1)

III

No es difícil deducir de estos hechos que pasan á nuestra vista, el lugar que ocupa el hombre en la creación. Este lugar es el centro, por cuanto todos los seres inferiores afluyen á él y están ordenados á su servicio. Esta doctrina llamada *antropocentrismo* es entendida de diverso modo por los panteístas, que divinizan al hombre, y por los católicos, que creemos que las cosas están ordenadas para él, no como fin último, sino como medios. El fin último de todo lo que existe es sólo Dios, pues, todo lo ha criado para su gloria ; pero eso no obsta para que el hombre sea fin secundario, en razón de que todos los seres inferiores deben servirle directa ó indirectamente para la conservación y perfeccionamiento de su vida, ó sea, como medios para la consecución del fin al cual Dios los ha destinado. El hombre no es fin de todas las cosas en el sentido de que todas conciernan exclusivamente á él, sino en el sentido de que le resulta utilidad de todas. Estas existirían aunque no existiese el hombre ; pero, supuesta su existencia, ellas le sirven de medios para el logro de su destino natural. Este es el sentido en que Santo Tomás de Aquino explica el *omnia propter homines*, principio que ha merecido injustas censuras de parte del racionalismo.

Los dos elementos que componen el hombre, el alma y el cuerpo, lo colocan en un lugar intermedio entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos, siendo á la vez miembro y vínculo de ambos. En esta constitución mixta del hombre se manifiesta por modo maravilloso

(1) MONSABRÉ. Conferencia XVII.

la sabiduría de Dios, pues, convenía á los intereses de su gloria que en la creación visible hubiese un ser dotado de entendimiento y de razón capaz de conocerlo y de amarlo; un ser que, poseyéndose á sí mismo mediante su propia conciencia y siendo dueño de su actividad, pudiera referirse á El con libre obediencia y santo amor; un ser que, en representación de la naturaleza sensible y en nombre dèl vasto y variado mundo de los cuerpos, le presentase el homenaje consciente de su respeto y sumisión; un ser que, en medio del eterno silencio de la materia inerte y muda, cantase con voz inteligente y expresiva el himno de la gratitud y de la alabanza, ensalzando sus infinitas perfecciones y glorificándole por sus inmensos beneficios. Este ser es el hombre, constituído por Dios rey y sacerdote de la creación. En los designios divinos la realeza humana, esto es, su dominación sobre todos los demás seres, no es un honor estéril; es rey á condición de ejercer, en nombre de la naturaleza entera, un oficio que acaba de engrandecerlo, el de sacerdote. No podía Dios considerarse bastante honrado con el tributo mudo, silencioso y material de sus criaturas, porque es débil y pequeña la gloria que se recibe de seres que ignoran su propia naturaleza y el valor de sus actos. Nosotros deseamos que nuestros méritos, fundamento de nuestra gloria, sean conocidos y estimados antes de ser elogiados. Un conquistador victorioso no se contenta con el despojo hecho al enemigo ni con la sumisión forzada de las comarcas conquistadas; anhela el homenaje inteligente de todo un pueblo que expresa su admiración y gratitud con el grito entusiasta del corazón, lanzado espontaneamente en loor suyo. Porque, como lo afirma Santo Tomás de Aquino, « la gloria es la alabanza que procede de la inteligencia ». Por esta misma razón Dios ha querido recibir el homenaje de sus criaturas por el conducto de un ser inteligente y libre, que ame, adore, y dé gracias por el mundo, y sea como un puente tendido entre lo finito y lo infinito. Y

por eso Dios «le ha colocado sobre todas las obras de sus manos». (1)

IV

Los impugnadores de las Santas Escrituras pretenden, Señores, reforzar sus argumentos contra el *antropocentrismo*, ó sea, contra la preeminencia que ellas asignan al hombre en el universo, alegando que las ciencias han demostrado que la tierra, morada del hombre, ocupa un lugar insignificante en el vasto sistema planetario. «En astronomía, dice Draper, queda completamente por el suelo el sistema *geocéntrico* (que asignaba á la tierra el centro del sistema planetario); luego, también en moral el antropocéntrico.»

Lo que primeramente se advierte en esta afirmación es una falta absoluta de lógica, deduciendo una consecuencia que no se deriva de las premisas. De que la tierra se mueva al rededor del sol, no se sigue, en efecto, que el mundo no haya sido hecho para el uso y beneficio del hombre; pues eso no impide que éste disfrute de las cosas que hay en la tierra y de la vista é influencias bienhechoras de los cuerpos celestes. El hecho de que la tierra no sea el centro del mundo planetario no priva al hombre de sus excelencias naturales y del dominio que ejerce sobre todos los demás seres. Por lo tanto es falsa la consecuencia que deducen los racionalistas del error geocéntrico.

Este error no se encuentra en la Biblia. En sus divinas páginas no se hallan doctrinas científicas, sino morales y religiosas, porque Moisés y los demás escritores sagrados no recibieron de Dios la misión de escribir tratados de astronomía ó de geología, sino la de instruir al pueblo y al mundo acerca de sus deberes morales y de enseñarles las verdades que atañen á la salvación del alma. Al revelar

(1) Salmo VIII.

á Moisés el origen de las cosas y del hombre, quiso Dios que conociese el género humano á su Criador y Señor y supiese los beneficios que había recibido de su mano, á fin de que le amase, le sirviese y adorase con sumisión, reverencia y agradecimiento y, mediante este conocimiento, se empeñase en la consecución de su alto destino. Y para esto no necesitaba el autor del *Génesis* hablar en el lenguaje de la ciencia : al contrario, este lenguaje habría estorbado el fin que se proponía, como quiera que el idioma científico es conocido de muy pocos y su objeto era hablar á todos para que todos le entendiesen. Por esta razón al tratar incidentalmente asuntos relacionados con la ciencia, lo hizo en lenguaje común y en términos acomodados á la generalidad del pueblo, de la misma manera que el más grande de los sabios se expresaría hoy si intentase hablar á la multitud ignorante y ruda. No quiso Dios formar sabios con las Santas Escrituras, sino hombres moralmente buenos y por eso entregó las ciencias naturales y de pura curiosidad á las disputas de los hombres y á la investigación privada de aquellos que quisiesen laudablemente examinarlas y escudriñarlas.

«La Astronomía, dice el ilustre sabio Kepler, enseña á conocer las causas que obran en la naturaleza y rectifica *ex professo* las ilusiones de óptica. La Santa Escritura, que enseña verdades más sublimes, se sirve de las locuciones usuales á fin de ser entendida ; ella no habla sino por incidencia de los fenómenos de la naturaleza y cuando lo hace, emplea los términos de que se sirve el común de los hombres. Y la Escritura no se hubiera expresado de otro modo, aun cuando todos los hombres conociesen la causa de las ilusiones de óptica. Porque nosotros los astrónomos no perfeccionamos la ciencia astronómica con la idea de modificar los usos del lenguaje, sino que intentamos abrir las puertas á la verdad sin atentar contra la lengua. Nosotros decimos como el pueblo : *los planetas se detienen, vuelven...el sol se levanta y se pone, sube hacia*

la mitad del cielo, etc... Nosotros hablamos como el pueblo ; expresamos lo que parece acaecer á nuestra vista. Debemos ser tanto menos exigentes en este punto con la Sagrada Escritura, cuanto que, abandonando el lenguaje ordinario para tomar el de la ciencia y hablar en términos obscuros é ininteligibles para aquellos á quienes intentaba instruír, hubiera desconcertado á los fieles sencillos y no hubiera conseguido el objeto que se proponía.»(1). «Si Moisés, advierte otro sabio escritor, hubiese hablado en el lenguaje científico de Copérnico, Newton, Laplace, no sólo no habría sido entendido de los coetáneos, sino de todos los que existieron en el transcurso de dos mil años, esto es, hasta que se comprobó científicamente el movimiento de la tierra en torno del sol.» Precisamente una de las circunstancias en que se manifiesta el carácter religioso de la Biblia es en su abstención de tratar cuestiones científicas y el de no discutir jamás problemas cuya solución pertenece de derecho á las ciencias experimentales. Mediante este procedimiento, no llegará jamás el caso de un conflicto entre la ciencia verdadera y las enseñanzas reveladas ; pues las Santas Escrituras dejan el campo abierto á las ciencias físicas sin decidirse por ninguna de las opiniones en que suelen dividirse los naturalistas.

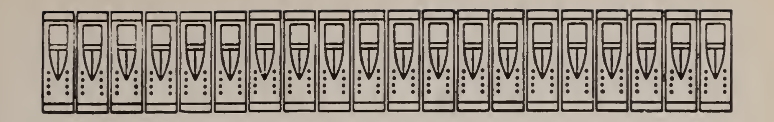
Si Draper, Strauss y Flammarión y demás racionalistas hubieran tomado en cuenta esta observación tan obvia como racional, no hubiesen atribuído á la Biblia el error geocéntrico, ni habrían censurado á Moisés por haberse ocupado de la tierra, como si este astro fuese el más importante del mundo planetario.

Moisés no ha tenido para qué ocuparse de los demás astros ni del lugar que ocupa la tierra en el mundo planetario. Su objeto era dar á conocer el planeta destinado á ser la morada del hombre. Y por eso pasa con rapidez por todo lo que está fuera de nuestro globo, y sólo se detie-

(1) Epítome de la astronomía copernicana.

ne en la enunciación de su parte sólida, de los mares que lo rodean, de la atmósfera que lo envuelve, de las nubes que lo fecundan, de los animales terrestres, volátiles y acuáticos, porque el lugar más importante para cada uno es la casa en que habita. Por esta misma razón habla del sol y de la luna, llamándolos *luminares mayor y menor*, por los servicios que prestan á los habitantes de la tierra, por cuanto el uno la vivifica y alumbra en el día, y la otra la esclarece y hermosea en las noches. Y aunque estos astros no sean en verdad los mayores del firmamento, ellos son, efectivamente, respecto de la tierra, muy superiores en importancia á las estrellas, ya porque aparecen mayores á la simple vista, ya porque desempeñan oficios más dignos de consideración en orden á la vida terrestre.

Aqui tenéis, Señores, confirmada por la razón y por la ciencia la exactitud de las enseñanzas de la Biblia en lo que se refiere á la naturaleza del hombre y del eminente lugar que ocupa en la creación. Y es triste ver el empeño del racionalismo por arrebatar al hombre el puesto de honor en que Dios quiso colocarlo. Con tal de desmentir las enseñanzas divinas, no le importa rebajar al hombre hasta el animal ; y mientras Dios lo eleva y enaltece, el racionalismo lo degrada y envilece. Esto es lo que debe la humanidad al orgullo insensato de los que se ufanan con el título usurpado de representantes de la razón.



DECIMATERCIA CONFERENCIA.

LA INMORTALIDAD DEL HOMBRE.

EXCMO. SEÑOR : (1)

SEÑORES :

CONSTRUÍDO estaba por la omnipotencia divina el magnífico palacio del universo : tendido el manto de los cielos, cavada la urna de los mares, alfombrados los valles de verdura, poblado el aire de aves y la tierra de animales de variada especie. Sólo faltaba el rey que había de habitarlo ; y Dios, tomando consejo de su poder, de su sabiduría y de su amor, dijo : «Hagamos al hombre». Y á la voz divina surgió el hombre como una aparición en las soledades perfumadas del Paraíso, con la frente alta para mirar al cielo, destellando sus ojos la luz de la inteligencia y con sus manos libres, como para empuñar el cetro del universo. Era la criatura predilecta de Dios, creada no por mandato sino por consejo ; la única entre todas las criaturas visibles capaz de conocerle, amarle y glorificarle, debiendo cantar perpetuamente el himno de la gratitud, del amor y de la alabanza en representación de todos los demás seres salidos de las manos divinas.

(1) El Excmo. Señor Delegado Apostólico, Doctor Don Pedro Monti.

¿Y en qué se distingue este rey visible del universo de las demás criaturas destinadas á rendirle vasallaje ? Yo veo en su cuerpo un organismo maravilloso ; pero veo también que este organismo, aunque más perfecto, es común á todo un reino. Lo que distingue al hombre de los demás seres, lo que le da la preeminencia y el señorío sobre todos ellos es que dentro de ese admirable organismo se hospeda un alma inteligente, libre é inmortal.

Sí, Señores, inmortal. Al paso que el cuerpo formado de arcilla, volverá al polvo de donde nació, el alma inspirada por un soplo divino, vivirá eternamente. Reflejada en ella la imagen de Dios, no habrá elemento destructor capaz de borrar esa adorable imagen. La obra más acabada del poder divino no puede tener la misma suerte que la hoja que arrastra el viento y la onda del río que se pierde en el mar. Más grande que el espacio por su pensamiento, debe ser también más grande que el tiempo por su duración ; porque el tiempo, que acumula polvo sobre polvo y ruinas sobre ruinas, no tiene poder para aniquilar el espíritu.

Sí, Señores : el hombre vivirá eternamente en la parte más noble de su ser y día llegará en que el cuerpo, inseparable compañero del alma en su peregrinación terrestre, se levantará también del polvo á la voz de Dios, para disfrutar juntos de una misma inmortalidad.

Esto es lo que nos enseña la fe ; esto es también lo que siente y presiente la humanidad, que alentada por esta esperanza, va atravesando las edades repitiendo con voz de júbilo el artículo del símbolo apostólico : *Credo in vitam æternam* ; creo en la vida perdurable.

Mas, al lado de los que cantan la inmortalidad, se oyen los lúgubres acentos del materialismo que condena al hombre á perecer todo entero, sin dejar tras de sí más que los elementos de un cuerpo que se disuelve en el sepulcro para alimentar la vida de otros seres en virtud de las perpetuas evoluciones de la materia.

Veamos, Señores, qué nos dice la razón y qué nos dice el corazón acerca de este asunto que tanto interesa á la humanidad.

I

Los seres criados pueden perecer de dos maneras : ó por descomposición ó por aniquilamiento. Perecen por descomposición todos aquellos que constan de partes divisibles, las cuales separadas las unas de las otras ocasionan la disolución y la muerte. Así concluye todo lo material ; así concluye, por lo mismo, la parte corporea y corruptible del compuesto humano, pasando á ser, por la disgregación de sus moléculas, una cosa que, como dice Bossuet, no tiene nombre en ninguna lengua.

¿Perecerá de la misma manera el alma ? No, Señores ; porque el alma no es compuesta de partes ; el alma es una substancia simple é indivisible por naturaleza que no lleva en sí ninguna causa de disolución. Es lo que nos enseña la filosofía demostrando que algo de inmaterial debe haber en nuestro ser, puesto que el hombre piensa y que la materia es absolutamente incapaz de producir un pensamiento.

Esa entidad espiritual, simple é indivisible que se alimenta del manjar incorruptible de la verdad, que concibe ideas abstractas y que se deleita en la contemplación de lo verdadero, de lo bueno, y de lo bello, es el alma humana, principio y origen de toda operación intelectual. ¿Y cómo podría perecer por descomposición una substancia que carece de partes y que es simple como el pensamiento é incorruptible como la verdad ?

Y bien, ¿podrá al menos perecer por aniquilamiento ? El aniquilamiento de un ser sólo puede efectuarse mediante el poder de Dios, porque sólo el que sacó los seres de la nada puede volverlos á la nada. Mas ¿tendrá Dios el designio de aniquilar á las almas ? Es ley general de la creación, reconocida como un dogma por los materialistas,

que ningún ser se aniquila. Los seres materiales se descomponen, se transforman, se desfiguran; pero subsisten sus elementos esenciales, no habiendo ejemplo desde el origen del mundo, del aniquilamiento del más mínimo de los átomos que vagan en el espacio. Y creéis que Dios, autor de esa ley, habría hecho una excepción única respecto del alma, dejando á la porción más excelente de nuestro ser en peor condición que el último de los átomos de la materia? Dios es un ser perfectísimo, y por lo mismo no puede obrar en contradicción con sus divinos atributos; y no obraría en conformidad á su infinita sabiduría si, habiendo dado al alma una naturaleza inmortal, la condenase á morir. Si así fuese, el alma pudiera quejarse justamente á Dios, diciéndole: Si era tu voluntad aniquilarme ¿por qué no me hiciste mortal y corruptible como la flor de los campos, como las aves del cielo y como los animales de la tierra? ¿Por qué me hiciste superior á este mundo visible por la alteza de la inteligencia, única capaz de elevarse hasta ti, si habías de igualar mi destino con el de los seres incapaces de conocerte y de amarte? ¿Por qué me inspiraste deseos y pensamientos inmortales; por qué me diste la invencible necesidad de una gloria sin fin, si habías de darme por término la nada? Por orden tuya he soportado el peso de este cuerpo mortal que me diste por compañero y el instante en que debía romper la cadena de mi esclavitud y cantar el himno de mi libertad, sería el que tú escogieses para anonadarme?

Dios es bueno y ama al hombre con una predilección manifestada de mil maneras. Le ha criado por amor, le ha sostenido en la vida, le ha protegido, le ha bendecido. ¿Y no es verdad que cuando se ama se desearía eternizar el objeto amado? ¿Qué padre no desearía, si le fuese posible, prolongar eternamente la vida de sus hijos? Y estos justos anhelos que se encuentran en los frágiles amores de la tierra ¿no se encontrarían en el amor infinito de Dios? ¿Creéis que Dios, siendo todo amor, anonadase á las cria-

turas nacidas de su corazón, contentándose con gozar durante su eternidad del raro placer de no tener hijos?

Dios ha impuesto al hombre una ley y toda ley debe tener una sanción que asegure su cumplimiento. Esta sanción no puede ser otra que decretar premios para el bien y castigos para el mal.

Pero la sanción de la ley divina no se cumple en este mundo. Reunid, Señores, todos los recuerdos del pasado y todos los conocimientos del presente y decidme si en este mundo toda maldad es castigada y toda virtud recompensada. Recorred la larga duración de las edades y decidme lo que ven vuestros ojos.

Veis al vicio ufano y altanero y á la virtud humillada, escarnecida, calumniada; veis á muchos que reniegan de Dios á quienes todo sonríe como si la fortuna fuese su esclava y á muchas almas santas vegetando en la obscuridad, padeciendo en silencio y mojando su pan con lágrimas; veis todas las pasiones correr desbordadas por el mundo, produciendo perturbaciones en las familias y quebrantando los fundamentos del orden social; al paso que las grandes virtudes, aquellas que constituyen la felicidad doméstica y la prosperidad pública, yacen en el olvido y muchas veces en el desprecio. ¿Qué más veis? Veis el egoísmo y los intereses materiales ocupando todas las energías del hombre, en tanto que los intereses morales del alma parecen absorvidos por la molicie y la sensualidad; veis la avaricia encerrada en sus arcas, sorda siempre al clamor dolorido del pobre que soporta el peso del trabajo y de la miseria; la codicia que arma el brazo del asesino; el orgullo que busca honores y grandezas por todos los caminos abiertos á la ambición; la perfidia, asechando en las sombras las víctimas de su engaño. ¿Qué más veis? Veis la religión combatida en muchos lugares; á Cristo arrojado de sus altares; el sacrilegio insultando á Dios en los misterios de su infinito amor; á los moradores del claustro proscriptos como malhechores.

Veis el crimen triunfante y la inocencia perseguida : á los Nerones en el trono y á los Pedros y Pablos en el cadalso ; á los verdugos honrados y glorificados y á los cristianos arrojados á las fieras ; á los Marat y Robespierre disponiendo de los destinos de la Francia y á Luis XVI muriendo en el patíbulo.

En presencia de este vasto y permanente cuadro de injusticias y de desórdenes, yo me pregunto : ¿Hay Dios ? ¿Hay en el cielo un Dios bueno, santo y justo ? Y si hay Dios ¿cómo puede mirar con indiferencia la inocencia y el crimen, la fe y la impiedad, el vicio y la virtud, la corrupción y la santidad ? ¿Cómo pueden valer lo mismo ante sus ojos Juliano y Pablo, Arrio y San Atanasio, Lutero y San Ignacio de Loyola, Isabel de Inglaterra y Santa Teresa de Jesús, Voltaire y San Vicente de Paul ? Si hay un Dios bueno, santo y justo ¿cómo se explica que conceda todas las facilidades al vicio y reserve todas las dificultades para la virtud ? Hombre mortal, ¿quieres ser malo ? Es fácil ; déjate arrastrar por tus inclinaciones perversas, suelta la brida á tus pasiones, abandona tu corazón á sus deseos culpables, anda, alentado por la fortuna, por esa senda de flores por donde cruza el vicio. ¿Quieres ser virtuoso ? Ah ! prepárate para atravesar por un camino erizado de espinas ; somete tus sentidos á la dura ley del sacrificio ; pon freno de hierro á tus pasiones ; reprime con mano severa tus inclinaciones culpables ; huye de los placeres que corrompen ; domina el orgullo que aleja de Dios ; abrázate con la Cruz ; niégate á ti mismo. ¡Ah ! ¡qué más pudiera hacerse para dar alas al vicio y hacer odiosa la virtud ? ¿Qué más pudiera hacerse para apartar al hombre del bien, que darle por único lote las espinas del sacrificio y confundir después en una misma nada al justo que ama á Dios y al impío que lo ultraja ?

Por lo cual, nuestra razón se encuentra entre los términos de esta disyuntiva : ó no hay Dios ó hay otra vida. Sabemos que Dios existe por la fe, por la razón, por el

sentimiento íntimo, por la creencia universal del género humano. Luego más allá de la vida presente hay otra superior y eterna en que toda injusticia será reparada, todo orden restablecido, todo delito castigado y toda virtud recompensada ; otra vida en que hay un tribunal que pesa en fiel balanza todas las acciones humanas, para premiarlas ó castigarlas en la proporción que reclama la más severa justicia ; otra vida en que las lágrimas del justo se cambiarán en perdurables goces, y en rosas inmarcesibles las espinas que horadaron su frente y desgarraron sus pies, y en que las pasajeras dichas del impío se convertirán en dolores inenarrables sin compensaciones ni esperanzas ; otra vida, en fin, en que las almas justas, anegadas en piélagos de gozo, exclamarán mirando á la tierra : Benditas lágrimas, benditas humillaciones, benditos sacrificios, perlas preciosas de mi inmortal corona y prendas queridas de mi felicidad ; y en que el impío, maldiciendo con tardío y estéril remordimiento sus culpables goces, dirá mirando al cielo, como el Satanás de Milton : «¿A dónde huiré de esa cólera sin fin y de esta infinita desesperación ?»

II

Hemos oído, Señores, la voz de la razón ; oigamos ahora la del corazón. Si la razón tiene luces para descubrir y demostrar la verdad, el corazón tiene intuiciones y presentimientos para confirmarla y, cuando la razón y el corazón están de acuerdo respecto de una misma verdad, toda duda carece de fundamento, porque es imposible que la razón y la naturaleza se engañen juntamente.

Y bien ¿qué nos dice el corazón en orden á la inmortalidad ? Preguntad, Señores, al vuestro qué es lo que desea ; preguntadle si desea vivir ó morir ; y al punto oiréis que os responde con sus más fuertes latidos : Quiero vivir ; amo entrañablemente la vida, la muerte me espanta, la nada me horroriza. ¿Y cuánto quieres vivir ? ¿Cincuenta años, cien años, doscientos años ? ¡Ah ! respon-

derá : los años pasan con la rapidez de la saeta disparada por el cazador y corren veloces como las aguas que arrastra la corriente : mi anhelo es vivir siempre.

Esta será, Señores, la respuesta que dará invariablemente el corazón humano. Y por eso todo lo que muere le produce un sentimiento de vaga melancolía : el día que se extingue, la flor que se marchita, el árbol que se despoja de sus hojas, la vejez que se inclina al sepulcro, las ruinas que el tiempo acumula ; y por eso le alegra y regocija todo lo que ostenta exuberancia de vida : el día que nace, la flor que se abre, el árbol que se carga de frutos, el ave que canta, la juventud que rebosa de frescura. Por eso el hombre desea eternizarse, aún en la tierra, viviendo en el recuerdo de la posteridad, en el amor de sus hijos, en el esplendor de sus obras, en la gratitud de los que recibieron sus beneficios. El viejo Homero, ciego y mendigo, se consolaba en su desgracia pensando en que la posteridad repetiría sus versos. Napoleón I, en el colmo de su grandeza, asomándose un día á las ventanas del Louvre con su hijo en los brazos, exclamaba : «El porvenir es mío». Por eso, en fin, el hombre ama la vida, aunque llegue á ser una carga de dolores y de angustias. Preguntad, si no, al reo condenado á muerte, si á trueque de conservar la vida se resigna á vivir en prisión perpetua y él os dirá sin vacilar : quitadme la libertad y dejadme la vida.

Y aunque el hombre está viendo que todo muere en torno suyo ; aunque sabe que anda sobre los despojos de la muerte y que, volviendo la vista hacia atrás, ve su camino sembrado de sepulcros ; lejos de familiarizarse con la idea de la muerte, sueña con la inmortalidad al borde mismo de la tumba. Y hasta en el instante en que la muerte le hiere, parece decirle con una voz que se asemeja á la ironía : *Non omnis moriar :* Nó, no moriré del todo. En vano te engríes, muerte, de tu victoria, porque hay algo en mí que resistirá á tu implacable guadaña ; y puesto que no encuentro en la tierra el término y satisfacción de mis

deseos, yo no soy de la tierra; puesto que mis aspiraciones me lanzan á lo infinito, mi patria es la eternidad.

Tales son, Señores, los sentimientos íntimos del corazón humano: el horror á la muerte y el amor á la vida. Es porque el hombre fué criado por Dios para la inmortalidad. Cuando el Criador formó con sus manos divinas el alma y el cuerpo del primer hombre, los unió con un lazo indisoluble. Si no te separas de mí, le dijo, jamás se separarán los dos elementos que componen tu ser; después de un tiempo de prueba, los elevaré juntos de la tierra al cielo, de la gracia á la gloria. Pero si te rebelas contra mi voluntad, se romperá el nudo que los ata y vendrá la muerte: *Morte morieris.* Vosotros sabéis lo que pasó: el hombre se rebeló contra Dios despreciando sus amenazas y al punto entró la muerte al mundo como vengadora de la culpa. La muerte no es, pues, la obra de Dios, sino el fruto natural del pecado. Desligando lo que según el plan divino debió estar siempre unido, la muerte violenta nuestra naturaleza y nos espanta con el siniestro cortejo de sufrimientos que la acompañan.

Y con todo, desde que Jesucristo hizo de la muerte el medio de nuestra redención, ha perdido una parte de sus horrores. Un reflejo divino desprendido del Calvario ilumina su faz austera y la hace menos temible. La muerte ya no es castigo, sino expiación; no es un mal, sino un remedio: expiación siempre dolorosa, remedio siempre amargo, es verdad; pero, sabiendo por la fe que el cáliz que nos presenta es cáliz de salud, nuestra mano se alarga con menos temblor para cogerlo y nuestros labios se abren con más valor para beberlo. Mirada con los ojos de la fe é iluminada con las suaves claridades de la esperanza, llega aún á ser dulce y apetecible.

Cuando se sabe que la vida presente no es la verdadera vida sino el camino que conduce á ella; cuando se sabe que la muerte es el último paso para llegar á las riberas embalsamadas de la patria; cuando se sabe que para

entrar en la inmortalidad es preciso pasar por los umbrales del sepulcro, yo comprendo los deseos de los santos y me explico el enigma de sus impaciencias. Ellos no miran la tumba, sino lo que hay más allá de la tumba ; y esa región que se extiende á su vista no es la región que el Dante llama «inconsolable», sino la región de las divinas felicidades. Por eso una santa mártir, apareciéndose á sus padres que velaban junto á su sepulcro, les dijo : «No me lloréis como si hubiera muerto, porque estoy viva en el cielo, cerca de Aquel á quién amé en la tierra con toda la vehemencia de mi alma ».

Mas, no creáis, Señores, que esta creencia en la inmortalidad sea el patrimonio de algunas almas privilegiadas : es el sentimiento unánime de todos los pueblos y de todos los tiempos. Por lo que mira á la antigüedad, Cicerón afirma como testigo irrecusable, que «todas las razas creen en la inmortalidad» ; y en cuanto á las afirmaciones de nuestra época, bástenos el testimonio de Quatrefages, cuya autoridad científica no es posible poner en duda : «Hay nociones, dice, que se encuentran en todas las sociedades humanas, aun en las más degradadas. En todas partes se cree en un mundo diferente del que nos rodea, en ciertos seres misteriosos de una naturaleza superior á quienes se debe temer ó reverenciar y en una existencia futura que aguarda á una parte de nuestro ser después de la destrucción del cuerpo». «La fe en la inmortalidad del alma, dice Robertson, se hallaba en el nuevo mundo antes que Cristóbal Colón abordase á él con sus carabelas ». ¿Y qué otra cosa que manifestaciones de esta creencia son las mismas supersticiones de los pueblos, las apoteosis, la trasmigración de las almas, el Elíseo y el Tártaro de la mitología, la evocación de las sombras y el temor de los muertos ?

¿Y cómo se explica esta uniformidad de creencia en pueblos tan diferentes por su carácter, por sus costumbres, por su educación, por sus aptitudes ? ¿Cómo se explica

esta uniformidad respecto de una verdad que no se apoya en la certidumbre de los sentidos, ya que nuestros ojos no ven en el hombre más que una materia que se descompone ? ¿Cómo, en medio de los estragos que causa el tiempo, en medio de las cenizas que amontona la muerte, ha podido resonar en todo el universo este grito de inmortalidad ? Una sola consideración puede explicar este acuerdo de los pueblos ; y es que todos oyen la voz y reciben las enseñanzas de una misma naturaleza.

Hay, Señores, otro testimonio universal y constante que confirma las reflexiones que hemos hecho acerca de la inmortalidad : me refiero al culto de los muertos. En todos los pueblos hallamos unido al dogma de la inmortalidad el culto de los sepulcros, culto tierno y conmovedor en que la vida se muestra inseparable de la muerte. Ved aquellas vastas necrópolis egipcias alumbradas por lámparas permanentes para que la ciudad de los muertos no fuese diferente de la de los vivos ; ved á los patriarcas llevando siempre consigo las cenizas de sus padres como si estuviesen vivos ; ved las grutas funerarias de los pueblos antiguos, en que se derramaba la sangre de los sacrificios para expiar las culpas de los muertos ; ved los árboles gigantescos, en que los salvajes americanos mecían suavemente á sus muertos para que fuese más blando su sueño al modo que una madre mece en sus brazos á un niño dormido ; ved las catacumbas, depósito venerable de los restos mutilados de los mártires, cuyo sueño era sin cesar arrullado por la flébil plegaria de los vivos ; ved esa serie de sepulcros erigidos á lo largo de los caminos, como para recordar al viajero que después del tránsito por el mundo queda todavía la jornada á la eternidad ; ved, por fin, esos soberbios mausoleos de mármol ó granito como si fuesen destinados á guardar un tesoro.

Visitad, señores, los cementerios cristianos, y allí veréis que todo os habla de inmortalidad : la cruz, que ha vencido á la muerte y es símbolo de la esperanza ; los ángeles

que coronan los sepulcros y que parecen estar atentos á la voz de la trompeta que ha de señalar la hora de la resurrección universal; las inscripciones tumulares que piden al que pasa un recuerdo y una plegaria para los que han emigrado de este mundo: las flores perfumadas con que manos filiales adornan la humilde tumba de una madre, como si quisieran decirle con ellas: Te amo siempre; los cipreses que se alzan enhiestos como señalando el camino del cielo, y hasta el lúgubre silencio que allí reina como para proteger el sueño del sepulcro. Todo allí parece estar diciéndonos: la carne del hombre se marchita como la yerba de los campos, pero el alma vive en la inmortalidad.

Esos homenajes tributados á los muertos son la expresión del sentimiento íntimo de que los que se van conservan con los que se quedan una especie de sociedad afectuosa que no destruye la muerte. Y si no ¿creéis que fuesen objeto digno de esos honores un puñado de vil polvo, unas osamentas áridas y un poco de estéril ceniza? No ciertamente, «si honramos las cenizas de nuestros antepasados, dice un autor célebre, es porque una voz secreta nos dice que no todo ha muerto en ellos».

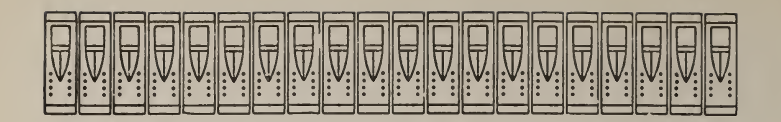
Por eso, Señores, no son pocos los que han comenzado á creer en la inmortalidad en el sitio en que se guardan los despojos de la muerte; no son pocas las almas que han visto la inmortalidad á través de las sombras del sepulcro. Llegaron allí colmadas de tristeza, necesitadas de consuelo y sintiendo que á la voz del dolor despertaban sus incertidumbres dormidas han exclamado con el poeta: «No es posible dudar sobre una tumba».

¡Qué grande y consolador aparece el dogma de la inmortalidad ante las doctrinas desoladoras del materialismo, que dan por término á la vida humana la soledad y el silencio de la nada! El hombre que apenas ocupa un punto en el espacio, participa, sin embargo, de la inmortalidad de Dios; el hombre que vive días cortos y malos en la tierra, está destinado á vivir días eternos y felices

en una vida mejor y, mientras que todo en el mundo se destruye, sólo el hombre en la parte más noble de su ser resistirá á toda destrucción, cerniéndose como el águila sobre las ruinas.

Abranse nuestros labios para bendecir á Dios por tan insigne beneficio y, cuando el infortunio nos haga sentir sus espinas, consolémonos pensando en la inmortalidad y repitiendo con el santo Job, el hombre de los grandes dolores : «Yo veré á mi Dios en la tierra de los vivientes.





DECIMACUARTA CONFERENCIA.

EL DESTINO SOBRENATURAL DEL HOMBRE.

Señores :

Dios ha señalado á cada uno de los seres salidos de su mano un destino que cumplir y una misión que llenar. No hubiera obrado como cumple á su infinita sabiduría, si al ejecutar el acto creador se hubiese vendado los ojos para no ver á donde se dirigía su acción ; y si al sacar los seres de la nada, los hubiese lanzado al acaso, diciéndoles: Gozad como podáis del don de la existencia, que yo no volveré á ocuparme en vosotros. Habría sido menos que el artista, que sabe á donde va, cuando arroja en el surco los fundamentos de un edificio, cuando anima la tela con los colores de su paleta ó imprime en la piedra las apariencias de la vida.

Sí, Señores : Dios ha ordenado todas las cosas á un fin y del cumplimiento de este fin resultan el orden, el concierto y la armonía que resplandecen en el universo. Y por eso se ha dicho con verdad que nada hay inútil en el mundo, porque todos los seres, los más grandes y los más pequeños, tienen un objeto final y los medios adecuados para alcanzarlo.

Y si todos los seres han sido criados con un fin ¿cuál será el fin con que ha sido criado el hombre ? ¿cuál será el objeto de su vida terrenal ? ¿cuál será el destino de la

más noble y excelente de las criaturas visibles ? Cuestión gravísima, Señores ; pero que es preciso resolver de una manera satisfactoria, porque el hombre no puede vivir en paz sin saber adonde va y si más allá del sepulcro habrá para él un día eterno ó una noche sin fin.

Mas ¿quién podrá revelarnos el secreto de nuestro destino ? Si interrogamos á la razón abandonada á sus propias luces, sólo oiremos respuestas evasivas ó doctrinas profundamente desconsoladoras. La filosofía natural, aun en los bellos días de la Grecia, vaciló como al borde de un abismo en presencia del problema del destino humano y sus ingenios más poderosos balbucearon algunas palabras y guardaron silencio. La filosofía racionalista, sintiéndose abrumada por las dificultades, declara que cuando se sondea el misterio humano, la razón no encuentra más que sombras. Y el frío y desolador materialismo, no viendo en el hombre más que un conjunto de materia organizada, no ha encontrado otra solución que el total aniquilamiento de nuestro ser, diciendo con el poeta escéptico Leopardi : «La fatalidad ha criado al hombre nó para vivir, sino para morir ».

Pero si la razón abandonada á sí misma, carece de luces para alumbrar este misterio, ¿quién nos dirá la última palabra acerca del destino humano ? Sólo la revelación ha podido decirnos esta última palabra, porque sólo Dios que nos ha criado puede saber cual fué su designio soberano al darnos la existencia.

Y Dios se ha dignado satisfacer este legítimo anhelo del hombre, revelándonos que el fin supremo de la humanidad es amarle y servirle en la tierra para gozarle después en el cielo. Hombre mortal, nos dice, tú que saliste de un soplo del Infinito, estás destinado á volver al Infinito ; el mismo que fué tu principio será también tu fin ; la misma voz que te llamó de la nada te convida á gozar de su propia felicidad ; hijo de la tierra, serás un día ciudadano del cielo, única y verdadera patria de las almas. Y mientras llega

con tu último sueño la hora de tu dichoso tránsito, vivirás como peregrino en viaje á la eternidad, donde yo mismo seré tu recompensa y tu corona.

Tal es, Señores, lo que nos enseña la fe acerca del destino humano; y aunque la razón no ha podido descubrir por sí sola esta verdad, porque el destino del hombre es sobrenatural y obra exclusiva de la gracia divina; sin embargo, no carece de luces para demostrarla y confirmarla, reconociendo que el hombre aspira invenciblemente á una felicidad completa y que esta felicidad no se consigue en la tierra, sino en la posesión eterna de Dios en el cielo. Y es lo que me permitiréis demostraros en esta conferencia.

I

La vida humana es un movimiento, porque es actividad, y todo movimiento supone una dirección y un término. Si en cada uno de nuestros actos ó en su conjunto no tendiésemos á un fin, nuestros movimientos irían al acaso, extraños á toda dirección racional. Pues bien, si la vida es un movimiento ¿hacia donde se mueve? Si debe tener un término ¿cuál es este término? Interrogad, Señores, á vuestra conciencia, y ella os dirá que la vida humana, en virtud de una ley imperiosa de la naturaleza, se mueve en busca de la felicidad y que no hallará reposo mientras no consiga la posesión de este tesoro. Y en verdad ¿cuál es el móvil secreto que nos impulsa en todas nuestras obras? Es la consecución de un bien que no poseemos y que deseamos poseer; de un bien que está lejos de nosotros, pero que queremos hacer nuestro á toda costa; es la realización de un ideal de felicidad que nace con la vida y que creemos ver realizado á cada paso que damos en nuestro camino. Es un sueño pero un sueño tan dulce que no se desvanece con las decepciones, que no se extingue con los años, que sólo se apaga con la vida. ¿Por qué es tan alegre la juventud? ¿por qué veis

siempre pintado el gozo en esas frentes de veinte años, que tienen todas las alegrías de la mañana y toda la frescura de la primavera ? Porque cree que la felicidad está cerca y que le basta alargar la mano para cogerla, como un fruto que ha madurado para ella. ¿Por qué se afana el hombre en la edad viril ? Se afana por conseguir la felicidad : si cree hallarla en las riquezas, consume la vida en adquirirlas ; si cree encontrarla en los honores, recorre todos los caminos abiertos á la ambición ; si cree que pueden dársela los placeres, pide goces á todos los sentidos ; si cree hallarla en la ciencia, se aisla del mundo y se entrega á vigilias solitarias ; si cree que puede dársela el amor, busca un corazón que se una con el suyo. Es el sueño de todas las edades, hasta de esa edad vecina del sepulcro, que debiera estar curada de engaños, porque ha visto muchas veces deshojarse las más bellas ilusiones. Es el sueño de todas las condiciones de la vida, del rico y del pobre, del sabio y del ignorante, del grande y del pequeño ; pues no hay un solo corazón de donde no salga el grito de Jesús en el Calvario : «Tengo sed.» No hay un solo corazón que en el sufrimiento no desee el fin de sus males y en el gozo la perpetuidad de sus bienes ; y hasta la misma desesperación, que rehusa todo consuelo, no es otra cosa que la manifestación del tormento que causa al alma la privación de la felicidad.

Y bien ¿qué es la felicidad ? ¿qué es este bien, este ideal, este sueño que el hombre busca como término de su vida ? La felicidad es el reposo de todas las facultades humanas con la posesión entera y perpetua de los bienes que les son propios. Según esto, la felicidad consiste en la satisfacción de todas las aspiraciones del hombre, en la realización de todos sus deseos, en la serena tranquilidad que produce en el ánimo la posesión de todos los bienes apetecibles. Por consiguiente, no hay felicidad si alguna de nuestras facultades no siente satisfechas sus aspiraciones; no hay felicidad si nos inquieta el temor de perder los bie-

nes que poseemos; no hay felicidad si los goces en que hallamos el bienestar son pasajeros y deleznables, ó si en la copa que acercamos á nuestros labios están mezclados dos licores, el uno dulce y el otro amargo. La felicidad, para que merezca este nombre, debe ser completa, permanente, inamisible.

Ahora bien, ¿se encuentra esta felicidad en la tierra? Preguntar si existe la felicidad en la tierra es como preguntar si brotan las flores en el desierto. La felicidad emigró de la tierra con la primitiva inocencia, en aquel día en que por mandato de Dios se cerraron las puertas del Paraíso á las espaldas de nuestros infortunados progenitores. Desde entonces huyó á otras regiones, porque no halló en la tierra morada digna de ella. Y si alguna vez viene á tocar á la puerta de nuestro hogar desolado, es su aparición tan rápida que apenas nos permite saborear la dulzura de sus dones.

Si la felicidad consiste en el reposo de nuestras facultades ¿cuál de ellas, decidme, disfruta del reposo mientras vivimos en la tierra? La primera de estas facultades es la inteligencia, es decir, la facultad de conocer. Su alimento propio es la verdad y su aspiración es poseerla toda entera. No se contenta con hojear el libro de la creación é interpretar penosamente sus misterios; quiere escudriñar las causas y los efectos de todas las cosas; quiere conocer la verdad en todas sus formas y aplicaciones; y, cuando impulsada por la sed de saber, descubre alguna verdad, siéntese poseída de la alegría delirante de Arquímedes que, después de resolver un problema de geometría, recorría las calles de Siracusa, exclamando: «Lo he encontrado».

Pues bien, esta noble facultad, tan ávida de conocimientos, nunca se siente saciada en este mundo. Interrogad, si no, á los que han llevado más lejos la audacia de sus investigaciones, y ellos os dirán, como Pascal, que no saben el todo de nada; y después de haber acumulado

ciencia sobre ciencia, después de haber rasgado el velo de muchos misterios, los oiréis exclamar como Gœthe moribundo : «Más luz, más luz», Porque cuanto más avanza la inteligencia en sus investigaciones, tanto más se ensancha el abismo y se alejan los límites de la ciencia. Cuando Cristóbal Colón se lanzó al mar desconocido en busca de un nuevo mundo, hubo de convencerse al fin de que el Atlántico tenía límites. Los exploradores del mar de las ciencias han sido menos afortunados que el atrevido Genovés ; en tantos siglos de exploraciones no ha habido aún un solo navegante que haya podido decir : «Tierra, tierra». Hasta hoy el piélago de las ciencias ha sido y seguirá siendo un mar sin riberas.

Si la inteligencia no se siente saciada en la tierra ¿qué diremos del corazón ? Dios al criar el corazón humano puso en él la inmensidad y ningún bien finito puede llenarlo. Juntad todos los grandes amores de la tierra, el amor maternal, el amor filial, el amor conyugal, el amor á la patria, el amor á la humanidad, y preguntadle si está satisfecho, y él os dirá mostrándoos el vacío : No estoy satisfecho. Ese vacío lo siente el corazón hasta en sus horas de mayor embriaguez, hasta en aquellos momentos en que una gran pasión lo abrasa entre sus ardientes llamas. En vano engalana á sus ídolos de un día con los encantos que imaginó en sus sueños ; en vano ha sido dotado del instinto de encontrar perfecto el objeto de su amor ; en vano, porque bien pronto el velo cae, la ilusión desaparece y se muestran las criaturas tales como son, incapaces de mantener el corazón en un éxtasis de amor sin límites. Desengañado, pero siempre atormentado de la sed de amar, pasa el corazón de un sueño á otro sueño, de una ilusión á otra ilusión, de una flor á otra flor, buscando un amor ideal é indefinible que no encuentra en ninguna parte. Para encontrar la felicidad en el amor es preciso tener la seguridad de amar siempre. ¿Y quién puede tener esta seguridad ? Cuando el corazón promete amar

siempre, promete mucho más de lo que puede cumplir, sobre todo si el amor se funda en las frágiles bellezas de la tierra, que sólo brillan en su mañana y que en la tarde se marchitan como la margarita de los campos.

El corazón es inconstante por naturaleza, porque no hay en el mundo ningún amor de extensión y profundidad suficientes para colmar el abismo abierto en su fondo.

¿Podrá el hombre encontrar el reposo en la posesión de los bienes materiales y sensibles ? No, Señores, porque existe una desproporción inmensa entre nuestros deseos y nuestros goces: nosotros deseamos bienes estables y los goces de los sentidos son pasajeros ; nosotros deseamos goces sin mezcla y los placeres producen en unos el hastío, en otros el remordimiento y en todos las decepciones ; nosotros deseamos la satisfacción de todas nuestras facultades y los placeres sólo halagan á los sentidos, es decir, á la parte menos apreciable de nuestro ser. Por eso los que seducidos por engañoso miraje, corren tras de esos goces, sienten al fin el desengaño, y dejando caer la copa que con ansia febril habían llevado á sus labios, dicen : No era eso lo que buscaba. ¿Y las riquezas ? Los bienes de fortuna, que están fuera del hombre, son inadecuados para satisfacer las aspiraciones del corazón humano. Con ellos, es verdad, pueden aumentarse los goces sensibles y libertar á los que los poseen de las privaciones de la pobreza ; pero eso no basta para la felicidad, porque, como dice Bossuet, la felicidad se compone de tantas piezas que nunca deja de fallar alguna. Hay hombres que nadan en la opulencia y que, atormentados por penas íntimas, llegan á envidiar la suerte del pobre labriego que abre cantando surcos en la tierra. ¿Y los honores ? Los honores, ambicionados por el orgullo, ocultan casi siempre bajo su manto de púrpura espinas que atormentan la vida y llevan consigo responsabilidades que alejan la paz y pertur-

ban el sueño. Las grandezas humanas son como las altas montañas en cuyas cimas estalla el rayo y se desencadenan las tempestades. Así se explica que el Rey Sabio, en quien se reunieron todas las grandezas, exclamase al fin con un acento de profunda decepción : «Todo es vanidad». Así se explica que Abderraman III, Califa de Córdoba, sintiéndose desdichado en medio de los esplendores de Zahara, escribiese en su diario estas palabras : «Cincuenta y tres años de reinado y catorce días de felicidad». ¿Y la gloria ? Ved, Señores, lo que ha sido la gloria en sus representantes más ilustres y os convenceréis de que la gloria es hermana inseparable del infortunio. Alejandro muere á los treinta años viendo desvanecidos sus sueños de dominación universal ; Escipión muere en el destierro dejando como epitafio de su sepulcro estas palabras : «Ingrata patria, no poseerás mis huesos » ; César muere apuñalado en el Senado Romano por la mano de su propio hijo ; Napoleón, después de hacer temblar la Europa entera, ve apagarse el sol de Jena y de Austerlitz en la roca solitaria en que halló su morada y su sepulcro ; Homero, ciego y pobre, mendigaba el sustento cantando sus versos inmortales ; Dante vive fugitivo y perseguido ; Tasso sucumbe de melancolía en la víspera de ser coronado en el Capitolio ; Camoens muere olvidado en un hospital sin haber visto despuntar la aurora de su gloria.

II

Y bien, si la felicidad no se halla en la tierra ¿dónde se encuentra ? Yo afirmo, Señores, que debe encontrarse en alguna parte, porque es imposible que Dios, siendo infinitamente bueno, se complazca en atormentarnos, poniendo en nuestra naturaleza un deseo que no se ha de realizar jamás. Dios no sería Padre, sino verdugo del hombre, si habiendo puesto en su corazón el invencible deseo de la felicidad, le hubiera dicho : Te condeno al suplicio de vivir deseando lo imposible. Y puesto que esta

suposición es tan injuriosa á Dios como contraria á la razón, hemos de creer que la felicidad existe y que el hombre puede alcanzarla. Pero ¿dónde y cuándo?

La humanidad tuvo su origen en un Paraíso, donde habría encontrado la felicidad, si no la hubiera perdido por su culpa. Pero, gracias á la divina misericordia, podrá encontrarla en otro paraíso que existe más allá de la vida presente. Este paraíso es la patria inmortal de nuestras almas: allí disfrutará el hombre de una felicidad tan grande como se necesita para satisfacer la inmensidad de sus aspiraciones; tan grande que no hay entendimiento que pueda comprenderla, ni lengua que pueda describirla; tan grande, que el apóstol, que pudo vislumbrarla por un momento, sólo pudo decir: «Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano es capaz de comprender lo que Dios reserva á los que le aman».

Bástenos saber que en el cielo veremos y poseeremos á Dios y que en esta visión y posesión se encierran todos los bienes imaginables. Sólo Dios, siendo infinito, puede colmar la infinidad de nuestros deseos; sólo El, siendo inmutable y eterno, puede darnos una felicidad sin término; sólo El, siendo la perfección absoluta, puede dar á todas nuestras facultades un dulce y completo reposo.

Sí, Señores, en el cielo veremos á Dios; le veremos, no ya en los esplendores y armonías del universo, ni á través de los velos de la fe, sino en El mismo, cara á cara, tal como es. Y viendo á Dios conoceremos toda verdad, penetraremos todo misterio y descubriremos sin esfuerzo todos esos secretos que parecieron insondables á los impacientes investigadores de las ciencias. Patentes aparecerán ante nuestros ojos iluminados con la visión intuitiva, las leyes del universo y la razón de todas las cosas; admiraremos extasiados los atributos divinos con sus inefables armonías, los designios de la Providencia con sus sabias y misericordiosas disposiciones, el plan ordenado y magnífico de la creación y de la redención. Y entonces nuestra

inteligencia, sedienta de luz, se sumergirá en un océano de luz y nuestra pasada ignorancia se disipará totalmente ante las claridades que emanan de la esencia divina. Imaginad cuál sería la sorpresa del ciego de nacimiento, cuyos ojos en perpetua noche se abrieran súbitamente á la claridad del día. Pues bien, mucho mayor ha de ser la nuestra al contemplar sin distancia y sin velo las magnificencias divinas.

Dios se presentará á nuestros ojos con su hermosura peregrina, de la cual son pálidos reflejos las bellezas de la tierra. Y en la contemplación de esa hermosura soberana nuestro corazón sentirá goces tan intensos y tan puros, que no quisiera cambiar un solo instante de esa felicidad por todas las dichas del mundo. Y como el corazón se va invenciblemente tras de la hermosura, nuestro corazón, cautivo de la hermosura divina, no podrá amar otra cosa, porque estará lleno, como un vaso que se desborda, de ese amor que le hace enteramente feliz, de ese amor que no atormenta, que no se amengua, que no cansa, como los amores de la tierra. Y amando con tal amor á un Ser infinitamente amable, los siglos le parecerán minutos y la eternidad un día.

Mas no sólo veremos á Dios en el cielo sino que le poseeremos. Poseer una cosa es el derecho de disponer de ella como de un bien propio, de manera que el alma bienaventurada, poseyendo á Dios, puede disponer de El y gozar de todos los bienes que en El se encierran.

Dios con su poder y majestad infinita, con su bondad inefable y su amor sin límites, se entregará á sus criaturas como un esposo á su esposa, según lo enseña El mismo por boca de su Profeta : «Me desposaré contigo para siempre». Y el alma, viéndose poseedora de Dios, podrá exclamar con la enamorada Esposa de los Cantares : «Mi amado es mío».

Tal es, Señores, el destino del hombre : la posesión entera y perpetua de Dios en el cielo. ¿Puede concebirse

un fin más noble, más alto, más glorioso ? Mientras que todas las demás criaturas visibles encuentran su fin aquí en la tierra, sólo el hombre lo encuentra más allá de la tierra, en una región alta y magnífica en que tiene su palacio el Ser infinito. Al paso que todas las demás criaturas tienen por límite el tiempo, sólo el hombre ve delante de sí la eternidad. Pero la humanidad no puede alcanzar este fin altísimo por sus solas fuerzas, porque es un fin sobrenatural, es decir, que excede á la capacidad de la naturaleza humana. Dios habría podido dar al hombre una felicidad puramente natural, como aquella de que disfrutaba Adán en el Paraiso antes de su pecado. Pero plugo á su bondad infinita hacer participante al hombre de su propia felicidad, elevando su naturaleza á un orden sobrenatural y divino y dándose Él mismo como fin de las criaturas racionales. Mas, como todo fin se alcanza por medios adecuados, esto es, de la misma naturaleza, el fin sobrenatural del hombre sólo se alcanza por medio de la gracia divina. Pero la fe nos enseña que Dios ofrece á todos este medio, porque su voluntad es que todos se salven.

Pero esto no basta : Dios, respetando la naturaleza libre que nos ha dado, quiere que nuestra salvación no sólo sea una gracia suya, sino también una gloria nuestra ; quiere que cooperemos á nuestra propia felicidad, de modo que no sea solamente un don gratuito, sino también una recompensa merecida por nuestras obras sobrenaturales, porque, como dice San Agustín, Dios que nos ha criado sin nosotros, no quiere salvarnos sin nosotros. El cielo será, pues, gloria y honor de los valientes que sujetan con mano viril sus pasiones al yugo de la ley divina y de los que suben á ese nido de águilas por caminos tallados en la roca en las vigorosas alas de la virtud.

Por eso veis, Señores, en todas las edades del mundo á legiones innumerables de almas que se han sometido á todo género de sacrificios por asegurar la felicidad del

cielo. El mártir, mirando al cielo, se arroja á las llamas de la hoguera que ha de devorar su cuerpo ; los anacoretas, pensando en el cielo, viven en perpetua penitencia en las soledades del desierto ; las vírgenes abandonan el mundo para vivir la vida de los ángeles en el silencio de los claustros ; los hombres apostólicos dejan hogar y patria para ir á buscar al otro lado de los mares almas que llevar al cielo juntamente con la suya ; todos los santos se abrazan con la cruz, porque ella es el camino más corto y más seguro para llegar al cielo.

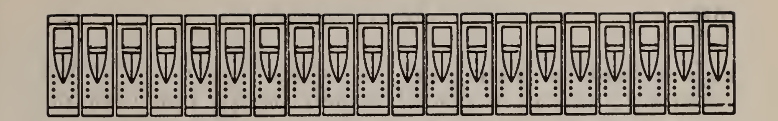
Cuéntase de un conquistador de la antigüedad que consentía en entregar todos sus reinos reservándose sólo la esperanza. La humanidad, semejante á ese conquistador, va haciendo su penoso tránsito por el mundo confortada con la esperanza del cielo. Víctima de las penalidades y miserias de que está llena la vida humana, se consuela diciendo con la vista en el cielo : Día llegará en que se secará la fuente de las lágrimas y se abrirán las del gozo ; día llegará en que se plegarán las sombras de esta triste noche y lucirá un sol que no tendrá ocaso ; día llegará en que nuestra barca navegará sin peligro ni zozobras en un mar sin tempestades. Esta esperanza, tesoro de los que lloran, alivia las miserias del pobre, mitiga los dolores del enfermo, hace más ligeras las cadenas del cautivo, suaviza los rigores de la muerte y los más grandes infortunios aparecen pequeños si se les compara con la dicha sin fin con que serán premiados en el cielo.

¡Cuán dignos de compasión son aquellos que viven sin esta esperanza y que no ven más allá de esta vida la aurora de la inmortalidad ! Agotada la copa de los pasajeros goces de la tierra ¿qué les queda ? Sólo el vacío y la nada del sepulcro. ¿Y qué es la vida para el que nada espera ? Un desierto que termina en un abismo. ¿ Puede ser tan triste y tan mezquino el destino del hombre ?

Todo en el mundo tiende hacia su fin : el átomo gravita

sin cesar hacia el centro que le da la fuerza, y la flor busca el rayo de sol que le da la vida. Así la humanidad gravita hacia Dios como á su centro y busca la luz del divino Sol que conserva su vida. Y convencida de que sólo en el cielo está su felicidad, atraviesa el tiempo y el espacio diciendo con San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará siempre inquieto mientras no descanse en Tí».





DECIMAQUINTA CONFERENCIA.

LA PROVIDENCIA DIVINA.

Señores:

Hay una doctrina, profesada por muchos de los que se arrogan hoy la representación de la ciencia, que enseña como verdad inconcusa que Dios, al crear el mundo, lo entregó á los azares de un destino ciego y á los rigores de leyes fatales é inexorables. Los adeptos de esta doctrina afirman que Dios, absorto en la contemplación de sí mismo, mira con desdén soberano esta cosa tan limitada y fugitiva que llamamos el mundo, y que, relegado á un aislamiento estéril, ve pasar los acontecimientos que se verifican en él como un espectador impasible ó como un monarca para quien es de todo punto indiferente la suerte de sus súbditos. Que sus criaturas sean felices ó desgraciadas, que le amen ó que le aborrezcan, que le sirvan ó que le combatan, nada le importa, porque ni el amor, ni el odio, ni la dicha, ni el infortunio de esos viles súbditos son parte á turbar la inefable felicidad de que goza. Es verdad, agregan, que Dios ha criado el mundo; pero ni lo dirige ni lo gobierna, entregando su corona de rey y su cetro de soberano á una fatalidad ciega que obra por medio de fuerzas también ciegas.

El catolicismo enseña, al contrario, que Dios, autor del mundo, es igualmente su Providencia; que el Dios que

crea es también el Dios que conserva y rige con autoridad soberana ; que es Padre al mismo tiempo que Creador, y que, como tal, ama á sus criaturas, vela por ellas con infinita y delicada ternura y las conduce con mano solícita á la consecución del fin que Él mismo les ha asignado.

¿Y qué hemos de pensar, Señores, de estas opuestas doctrinas ? ¿Hay una Providencia que gobierna el mundo, ó estamos condenados á hacer solos, tristes y desamparados del Cielo, nuestra penosa jornada por la vida, arrastrados por un destino ciego y sin entrañas ?

Yo creo, Señores, que aunque la razón y la fe no nos enseñasen cuál es la verdad en este punto, bastarían nuestros sentimientos de hombres, para rechazar sin vacilación la desoladora doctrina del deísmo contemporaneo que pretende separar al hombre de Dios, desatando las naturales relaciones que deben ligar al Creador con sus criaturas. Por lo mismo, yo sostengo que la doctrina que niega á la Providencia es injuriosa á Dios, contraria á la sana razón y opuesta á la creencia universal del género humano. Y tal será, Señores, el importante objeto de la presente Conferencia.

I.

Hubo un día en que Dios, saliendo de su solitaria eternidad, dijo al tiempo : «Comienza», y al Universo : «Sal de la nada ». Y al punto los rumores de la vida interrumpieron el eterno silencio de la nada : mundos innumerables poblaron las soledades del espacio ; la tierra se vistió de gala y de hermosura y en ella apareció el hombre cantando el himno de la gratitud y de la alabanza á nombre de todos los seres salidos de la nada.

Y bien ¿qué indujo á Dios á hacer esta magnífica ostentación de su omnipotencia ? Si ningún ser racional obra sin motivo ¿cuál habrá sido el que tuvo la voluntad divina para llamar á tantos seres del seno obscuro de la nada ? ¿Sería la necesidad ? Pero la necesidad supone

carencia de un bien que no se tiene y es preciso adquirir. ¿Qué podría faltar á Dios, teniendo en Sí la plenitud del ser y de la felicidad ? ¿Qué otros bienes, qué otros goces, qué otra perfección pudiera añadirse á lo infinito ? ¿Sería á lo menos el deber ? Pero el deber no existe sin una ley superior que obligue á obrar ; ¿y qué ley, qué autoridad, podía imponer al Legislador soberano la obligación de crear ? Esencialmente libre en sus actos, podía comunicar ó rehusar la existencia, sin lastimar ningún derecho, ni faltar á ningún deber.

Y si no ha sido ni la necesidad, ni el deber ¿qué otro móvil habrá podido inducir á Dios á crear ? Sin duda que el móvil más digno de Dios es el de su propia gloria ; pero no es el único.

Hay una virtud que es el más bello atributo de Dios y la más bella cualidad del hombre ; una virtud que no es egoísta como el interés, ni austera como el deber, ni transitoria como el amor ; una virtud que ha conquistado más triunfos que la fuerza, más glorias que el genio, más corazones que el amor ; una virtud que se deleita en derramar beneficios, como la fuente de aguas puras que se dilata en ondas cristalinas para fertilizar el valle ; una virtud que se inclina de preferencia á los tristes y menesterosos, que pone en comunicación los bienes y los males y que en todas partes, en el Cielo y en la tierra, es una insigne bienhechora que nunca se cansa de hacer el bien. Esta virtud se llama la bondad.

Cualidad tan hermosa reside en Dios en grado infinito, porque es parte de su misma esencia. Y como toda perfección necesita un objeto á que aplicarse, la bondad divina buscaba un objeto tan vasto como ella misma, si fuese posible. Y desde el seno de su plenitud vió á seres sin forma, sin vida, sin nombre, vagando en el seno de la nada. como sombras muertas y frías, que desde el fondo de su miseria clamaban pidiendo socorro á la bondad infinita. Y un día esta bondad, ávida de comunicar á otros seres

una parte de sus bienes, llamó á la Omnipotencia y le dijo : Ve á crear. Y la voluntad de Dios, cediendo á las inspiraciones de la bondad, produjo el Universo.

Y bien, Señores, si Dios creó el mundo por bondad ¿podría abandonarlo á su propia suerte, como una madre desnaturalizada que arroja á la calle el fruto de sus entrañas? ¿Qué bondad sería esa que no procura el bien de sus criaturas, que las desprecia, que las olvida, que las mira con soberano desvío, como si fuesen indiferentes y aún abominables ante sus ojos ?

Si así fuese, el hombre hubiera podido decir á Dios, en representación de los demás seres : ¿Para qué nos despertasteis del sueño de la nada, si habíais de entregarnos después á los caprichos de un destino inexorable y ciego ? Huérfanos sin padre, súbditos sin rey, criaturas sin amparo, ¿qué bien nos presta la vida ? ¿qué bien nos presta una vida sin amor y sin esperanza ; una vida pasada entre dolores y sin más expectativa que una noche sin fin ? ¡Ah ! ¡más nos hubiera valido no despertar jamás de nuestro sueño !

Señores, si esta suposición fuese posible, yo diría que ese Dios no es nuestro Dios, porque sería un Dios sin bondad. Un Dios ciego, insensible, indolente, avaro de todo bien, no es Dios : no es más que un ídolo fabricado por la mano helada de la impiedad. Contemplad los seres del Universo : todos se agitan en una actividad bienhechora : el sol nos da su luz, el árbol sus frutos, la oveja su lana, la flor su aroma. ¿Y Dios sería menos que todos esos seres ? ¿sería menos que el rayo de sol y la gota de rocío ? ¿sería el único padre que no cuida de sus hijos y el único artífice que no se interesa por la obra de sus manos ?

¿Y qué mayor injuria puede hacerse á Dios que despojarle de uno de sus atributos ? ¿Qué mayor injuria que atribuirle un corazón insensible, sin amor, sin compasión, sin ninguno de esos nobilísimos sentimientos que aun en el hombre atraen con irresistible encanto ? ¿Qué mayor

injuria que negar á Dios una perfección que existe en sus criaturas ? Porque ¿de quién tendría el hombre la bondad si no existiera en Dios, como en su fuente, y si al formar el corazón humano no hubiese derramado en él una gota de la suya ? Y si esta doctrina irroga á Dios una injuria tan grave ¿cómo pudiéramos aceptarla ?

II

Cuando vemos que un Estado es regido por leyes, decimos sin vacilar : aquí hay Gobierno. ¿ Por qué ? Porque la ley es acto propio y exclusivo de la soberanía. De lo cual deducimos, como un axioma, que donde hay leyes hay Gobierno.

Ahora bien ¿hay leyes en el Universo ? ó más bien, ¿el orden físico y el orden moral se rigen por leyes ? Sí, Señores ; y para convenceros de esta verdad, os basta observar que en el orden físico hay ciertos hechos que se repiten uniforme y constantemente ; veis que el sol aparece todos los días en nuestro horizonte derramando el calor y la luz ; veis que el mar se agita periódicamente ; que la piedra lanzada al espacio tiende á buscar su centro ; que las plantas se visten de follaje en cierta época del año ; que los animales obran siempre en conformidad á los instintos que les son propios. Pues bien, la sucesión constante de unos mismos fenómenos supone una causa también constante y esta causa constituye una ley, ó sea, un ordenamiento superior á que obedecen los seres del Universo. Por consiguiente, hay leyes que presiden á la conservación y dirección del mundo y mantienen el orden y la armonía en el Universo. Y puesto que donde hay leyes hay Gobierno, es evidente que en el mundo físico hay un Gobierno, es decir, una inteligencia ordenadora que ha dictado las leyes por las cuales se rige y un poder ejecutivo que las hace cumplir.

¿Cuál será esa inteligencia que ordena y ese poder soberano á que todos los seres rinden obediencia ? ¡Ah ! Seño-

res; ¿quién puede empuñar el cetro del mundo sino Aquel que lo ha creado? ¿Qué inteligencia que no sea infinita habría podido inventar esas leyes sapientísimas de donde proceden el orden, el concierto y la armonía que admiramos en el Universo? ¿qué poder, que no sea infinito, podría dirigir esa complicadísima máquina en que cada resorte y cada pieza tiene un fin que cumplir?

En vano buscaríamos fuera de Dios un ser capaz de ejecutar tan grandes maravillas; en vano, porque atribuir el gobierno del mundo á la materia inerte y ciega como lo hace el materialismo, es una pretensión que el buen sentido rechaza, porque, para gobernar y dictar leyes se requiere inteligencia y la materia es absolutamente incapaz de acto alguno de inteligencia. Y si es cierto que sólo Dios ha podido dar leyes al Universo, la lógica nos obliga á aceptar la siguiente conclusión: que hay en el mundo una Providencia que ejerce una acción continua sobre todos los seres para conservarlos y conducirlos á su fin.

Mas, si Dios ha dado leyes al Universo, no por eso se ha atado las manos haciéndose esclavo de sus propias obras.

Esas leyes son contingentes, porque pudieron ser distintas de lo que son y, en consecuencia, no son inmutables respecto de Dios. Sobre todas las leyes del Universo prevalece otra ley suprema, causa y principio de todas ellas, y es la voluntad divina. Por manera que, si Dios quiere alguna vez producir efectos fuera del orden que Él mismo ha establecido, nada ni nadie puede impedírselo. Libremente lo estableció y libremente puede modificarlo ó suspenderlo. Y por eso ha dicho con razón el naturalista Buffon: «que estando sujetas las leyes naturales al señorío del primer Ser, empezaron á obrar por su mandato y siguen obrando por su concurso y consentimiento».

Sí, Señores, Dios tiene siempre asidas las riendas del gobierno del mundo; y por eso, cuanto acontece en el or-

den físico, es efecto de su mandato ó de su consentimiento : de su mandato, cuando influye directamente sobre los agentes naturales ; de su consentimiento, cuando los deja obrar en conformidad á las leyes ordinarias.

Leemos en la Historia Evangélica que un día Jesucristo subió con sus discípulos á la barca de Pedro para atravesar el mar de Tiberiades. Tranquilo estaba el mar, sereno el día ; pero repentinamente, el cielo se obscurece, el viento sopla, el mar se agita y las olas azotan furiosamente la endeble nave. Los navegantes, amedrentados, claman á Jesucristo que dormía tranquilamente en la barca, y le dicen con voz de angustia : «Sálvanos, Señor, que perecemos». Jesucristo, levantando majestuosamente la cabeza, extendió su brazo sobre el mar, diciendo : «cálmate». Y al punto el viento calla, el mar se serena, las olas se duermen y el cielo se vuelve transparente. ¿Qué ha sucedido ? que un acto imperativo de Jesucristo hizo cesar los efectos de las leyes naturales, restableciendo la calma en un momento.

Un terrible sacudimiento de tierra acumula ruinas y estragos en una vasta región. Los que no creen en el gobierno divino, exclaman : Es un efecto de las leyes naturales.—Sin duda ; pero yo les preguntaría : ¿pudo Dios con su poder soberano impedir el cumplimiento de esas leyes ó atenuar sus efectos ? Si pudo impedirlo y no lo hizo, es porque quiso con voluntad permisiva que se produjese aquella catástrofe. Si decís que no pudo impedirla, entonces despojáis á Dios de su omnipotencia, reduciéndolo á la nada ; porque un Dios que no puede todo lo que quiere, no es Dios, puesto que sería limitado.

Pasemos ahora del orden físico al orden moral; pasemos de los seres sin vida y sin conciencia á los seres que piensan, que aman y que quieren, y ahí nos encontraremos de nuevo con la Providencia que gobierna los actos libres de los hombres con leyes más excelentes que aquellas con que gobierna el Universo.

Dios no se ha contentado con haber dado la vida á seres frágiles, señalándoles un fin inmenso: ha querido también guiarlos, iluminarlos, asistirlos, para impedir que por mal uso de su libertad se alejen de su fin y de su centro. Por eso ha dictado leyes que rijan los actos libres del hombre, haciendo depender su felicidad del cumplimiento de esas leyes.

Y no necesitamos ir muy lejos para cerciorarnos de la realidad de estas leyes: nuestra propia conciencia nos da testimonio de su existencia.

No hay hombre que no lleve grabado en lo íntimo de su ser la idea del bien y del mal; no hay hombre que no sienta dentro de sí mismo un consejero doméstico, una voz interior, un principio innato de justicia que le indica lo que debe hacer y lo que debe evitar; no hay hombre que, cuando ha practicado una buena acción, no sienta el dulce testimonio de su conciencia que le dice: «Alégrate, porque has obrado bien». Al contrario, no hay hombre que, habiendo hecho el mal, no sienta en el fondo del alma una espina que le recuerda á cada instante que ha violado libremente la ley de Dios. ¿Y qué es todo esto, S.-ñores, sino una ley impresa en nuestras almas por la mano de Dios, ley que no podremos borrar jamás de nuestra razón y de nuestra conciencia, porque es la voz de Dios que muestra el camino por donde debemos llegar á nuestro fin? Y si es verdad que, siendo libres, podemos rebelarnos contra esas leyes, también es cierto que nunca podremos sustraernos al gobierno divino, porque si no queremos sujetarnos al imperio de su bondad, tendremos que someternos forzosamente al imperio de su eterna justicia.

Ahora bien, si es verdad que hay leyes en el orden moral, es claro que hay también gobierno, es decir, una Providencia que dirige los actos libres del hombre.

Pero esta Providencia no se contenta con guiarnos, sino que, conociendo nuestra naturaleza, tiende amo-

rosamente la mano para apoyar nuestra debilidad, como el padre que lleva de la mano al niño débil y enfermo para que no desfallezca en las asperezas del camino. ¡Ah! Señores, ¿quién no ha sentido muchas veces en su vida una mano oculta, hábil, imprevista que lo salva del peligro, que lo alienta en el desfallecimiento y lo consuela en la adversidad? ¿Quién en la serie de malos días que forma el tejido de nuestra existencia; quién en la noche solitaria y triste de sus penas no ha sentido lo que llaman las Santas Escrituras «la visita de Dios»? Pocos son, es verdad, los que se detienen á considerar los hechos en que se manifiesta á cada paso la acción providencial; pero hay casos en que esa acción es tan patente que aún los menos atentos á la intervención divina en las cosas humanas, exclaman, como por instinto: «¡Esto es providencial!» Y cuando yo leo en el Evangelio que Dios cuida de que no falte á las avecillas del cielo ni el grano que las sustenta, ni el nido que las abriga, estoy cierto de que mucho menos olvidará al hombre hecho á su imagen y al cristiano purificado en su sangre. Por eso los que tenemos fe en la Providencia nos abandonamos tranquilos en sus brazos paternales y aunque nos viésemos cercados de sombras al parecer eternas, esperaríamos contra toda esperanza que en el horizonte cerrado y obscuro de nuestros males luciese la aurora de un día de paz.

Mas la acción de la Providencia no se manifiesta solamente en el teatro secreto de las almas, sino también en el teatro público de las naciones. Si Dios es provídente con el hombre individual, no hay razón para que no lo sea también con el hombre colectivo. Haciendo al hombre naturalmente sociable, Dios quiere que viva en comunidad con sus semejantes y por consiguiente, es autor de las naciones, lo mismo que de los individuos que las forman. Y siendo entidades creadas por Dios, deben estar necesariamente sujetas á su soberana autoridad, la cual se ejerce también

por medio de leyes. La primera de estas leyes es el reconocimiento público de su soberanía y el respeto á sus preceptos en el ordenamiento de la sociedad. La violación de esta ley fundamental es origen de grandes desgracias para las naciones, porque nada hay que ofenda tanto á Dios como el desprecio público y desvergonzado de sus santas leyes. Y por eso la apostasía de las naciones ha sido en todo tiempo presagio seguro de grandes calamidades para los pueblos.

Recorred la historia, Señores, y ella os dirá que las terribles catástrofes que han azotado al mundo se han producido después de grandes prevaricaciones: el diluvio en que se sumergió el Universo, vino después de la corrupción universal del linaje humano; el fuego que consumió á la Pentápolis, después de la más abyecta degradación moral que han visto los siglos; la ruina de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío después del deicidio; la estrepitosa caída del Imperio Romano dominador del mundo, después de la sangre de los mártires; la Revolución Francesa con todos sus horrores, después de las negaciones y blasfemias del filosofismo incrédulo del siglo XVIII.

Dios castiga en el tiempo á las naciones prevaricadoras, porque para ellas no hay más vida que la presente, y es tan visible su mano en estas tremendas catástrofes, que en vano se pretendería explicarlas por causas naturales. Estas obran ciegamente y, por lo mismo, son de todo punto incapaces de discernir el momento en que las grandes prevaricaciones reclaman condignos castigos. Esos cataclismos inesperados, que se escapan á las previsiones humanas y que los sabios no pueden explicar satisfactoriamente, sólo pueden producirse por disposición de Aquel, que en las Santas Escrituras es llamado «Rey y Señor de las Naciones», y que, teniendo en su mano los agentes naturales, los hace obrar en el día y la hora en que su justicia clama por la reparación. Entonces, á la voz

de su mandato, las aguas inundan los continentes, el fuego cae del cielo, las naciones son entregadas á la espada de implacables conquistadores ó se castigan á sí mismas, ahogándose en su propia sangre. Es la mano de Dios que, soltando la brida á los elementos destructores, les dice : id á vengar mi soberanía ultrajada.

El que estudia la historia sin pasión tendrá al fin que convencerse de que hay un Gobierno Providencial que dirige la marcha de la Humanidad á través de los siglos. Y cuando el genio de Bossuet trazaba el rumbo que ha seguido la humanidad desde su origen, no hacía más que confirmar el pensamiento de San Agustín que veía en la historia, «la realización en el tiempo del plan eterno de Dios».

Y no puede ser de otra manera; porque ¿cómo explicarse que Dios, que extiende su solicitud hasta el lirio del campo, deje á la humanidad, es decir, á lo más grande é interesante que hay en el mundo entregada sin dirección y sin defensa al torrente de las pasiones humanas ? No, Señores : Dios es providencia universal y su acción se extiende á todo, á lo más grande y á lo más pequeño, á los cielos más altos y á los abismos más profundos ; nada subsiste, nada se mueve, nada progresa sino en virtud de su asistencia providencial.

Esto es lo que nos enseña la razón. Veamos, por último, lo que nos dice la voz del género humano.

III.

La humanidad ha creído en todos los tiempos en la existencia del Gobierno Divino y esta creencia forma parte de sus más caras tradiciones.

Si preguntáis, Señores, á cualquier hombre, si se cree gobernado, dirigido, amparado por Dios, su respuesta no será ni larga ni dudosa ; su respuesta estará compendiada en una sola palabra que toda la tierra conoce, porque toda la tierra la repite siempre : la ¡Providencia !...

Palabra admirable, que expresa elocuentemente la fe de la conciencia universal, porque en ella están comprendidas las dos funciones de todo Gobierno : *prevèr y proveer*, prever las necesidades y remediarlas. Y por eso el hombre ora en todo lugar y en todo tiempo ; ora, porque está convencido de que ninguna de sus necesidades es extraña al corazón divino ; ora, porque cree con firme confianza que el oído de Dios está siempre atento al clamor de los necesitados. Se dirige á Él, como á la fuente de todo bien, como á la claridad que lo ve todo, como á la soberanía que lo puede todo, como á la bondad suma que quiere y reparto el bien. Y este clamor humano sube al cielo, no solamente en aquellas raras y solemnes circunstancias que cambian el curso de las cosas y de las naciones, sino también en las situaciones más comunes de la vida, hablando á Dios de un pedazo de pan, lo mismo que de la suerte de los imperios. Y ese clamor sube al cielo, lo mismo desde el techo de bálago del pobre, que de las gradas del trono de los reyes ; lo mismo de los labios inocentes de la niñez, que de los labios fríos de la edad que se aproxima al sepulcro; lo mismo desde el corazón de las madres que encomiendan la suerte de sus hijos, que desde el corazón del sacerdote que pide bendiciones para su rebaño. Y vosotros, Señores, ¿no oís con enternecimiento en vuestros hogares el rumor bendito de la plegaria, mientras consumís la vida en las agitaciones del siglo? ¿Y no os parece, entonces, que la mirada de Dios se inclina dulcemente sobre los seres que más amáis ?

Hay, sin duda, hombres que no oran, y los hay quizá en esta época en mayor número que en las edades pasadas. Pero esta apostasía de la oración, este olvido de la Providencia no disminuye la uniformidad del testimonio humano en favor del Gobierno divino ; porque aún esas almas que en los días de prosperidad no se acuerdan de Dios, levantan sus ojos al Cielo en los días de la adversidad. Cuando llega alguna de esas situaciones difíciles en que

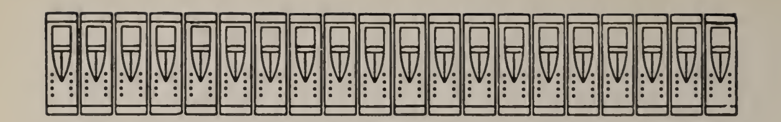
el hombre comprende por dolorosa experiencia su profunda debilidad ; cuando se encuentra solo y desarmado en presencia del infortunio, viene naturalmente á sus labios aquel grito de socorro que la fe en la Providencia pone en boca de los creyentes : ¡Sálvame, Dios mío !.......

Todo esto prueba que la humanidad ora por instinto, y que, al hacerlo, obedece á una necesidad imperiosa del corazón humano que, sintiéndose falto de todo, busca lo que le falta en el único Ser en que reside el bien en toda su plenitud.

Tal es, Señores, lo que la razón y la tradición nos dicen en confirmación del dogma de la Providencia divina.

Yo me imagino que, al ver rodeada de luz esta verdad tan consoladora, sentiréis acrecentarse en vuestras almas la confianza que inspira esa Providencia amante y bienhechora, que no deja sin amparo á ningún ser salido de su mano. Me imagino aún que será mayor vuestra tranquilidad cuando experimentéis alguno de esos contratiempos de que está llena la vida humana, en la persuasión de que nada acontece en el mundo sin que Dios lo ordene ó lo permita, y de que Dios, siendo Padre antes que Juez, no ordena ni permite cosa alguna que no sea para nuestro bien.

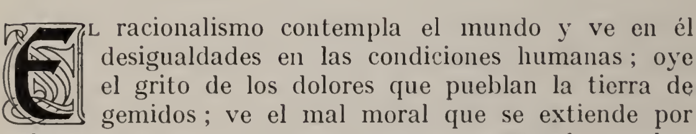
Convencidos de esta verdad, podréis mirar sin miedo el porvenir, esperando tranquilamente de la mano paternal, ó el castigo que salva, corrigiendo, ó la prueba que acrecienta el mérito y perfecciona la virtud.



DECIMASEXTA CONFERENCIA.

OBJECIONES CONTRA LA PROVIDENCIA DIVINA.

Señores :



El racionalismo contempla el mundo y ve en él desigualdades en las condiciones humanas ; oye el grito de los dolores que pueblan la tierra de gemidos ; ve el mal moral que se extiende por todas partes como un mar cenagoso, cantando muchas veces victoria en su perpetua lucha contra el bien. Y ante el espectáculo que presentan las desigualdades, los sufrimientos y los crímenes del mundo, exclama : ¡Ó no hay Providencia, ó Dios no es justo, bueno y santo ! Si Dios es justo, ¿por qué esa desigual distribución de bienes entre sus criaturas ? Si es bueno, ¿por qué se complace en atormentarlas con padecimientos que convierten la tierra en morada de llanto ? Si es santo, ¿por qué permite que tantas iniquidades manchen el mundo ? Por lo cual, ó Dios no gobierna el Universo, ó no es justo, bueno y santo. Elegid, adoradores de la Providencia.

Así discurre, Señores, el racionalismo al tratar de este dogma importantísimo, pretendiendo oscurecerlo con objeciones que se imaginan insolubles. Vosotros sabéis que aun las verdades más evidentes pueden ser puestas en duda por medio de insidiosos sofismas ; pero sabéis también que las dificultades con que se pretende obscurecer

una verdad bien demostrada, no resisten á la luz de una atenta consideración ; al modo que se disipan á la luz del sol las nieblas húmedas que suelen empañar la claridad del día.

Es lo que me propongo hacer en la presente conferencia, demostrando que no solamente no hay oposición entre los atributos divinos y la existencia de los males en la tierra, sino que en el orden actual resplandecen por manera maravillosa la sabiduría y la bondad de Dios. Y con este fin concretaré mis consideraciones á las tres siguientes proposiciones : Primera : La desigualdad de las condiciones humanas no se opone á la justicia de Dios. Segunda : Los sufrimientos inseparables de la vida terrenal no arguyen contra la Bondad Divina. Tercera : La existencia del mal moral en el mundo no afecta á la santidad de Dios.

I.

La humanidad ha sido constituída de manera que existen en ella igualdades y desigualdades en los individuos que la forman : hay igualdad en lo esencial y desigualdad en lo accidental. Todos los hombres son iguales en su naturaleza ; todos están dotados de un cuerpo mortal, de un alma inmortal, de una voluntad libre y de una inteligencia racional, dotes excelentes que distinguen al hombre de los demás seres inferiores. Pero no sucede lo mismo en cuanto á los bienes accidentales, es decir, en cuanto á aquellos dones que no son inherentes á la naturaleza humana, porque, poseyéndolos ó no, el hombre no deja de ser hombre. La mano de Dios no ha sido igualmente pródiga en la distribución de estos bienes, repartiendo en medida desigual el talento, la fortuna, la salud, la fuerza, la nobleza, la hermosura y las demás cualidades que son como un lote agregado á la condición natural del hombre.

Ahora bien. ¿habrá injusticia de parte de Dios en la desigual distribución de esta clase de bienes? Nó, Señores, porque sólo hay injusticia cuando no se da lo que se debe.

Habría injusticia si Dios estuviera obligado por algún motivo à darnos sus dones en igual medida. Pero, siendo Dios dueño absoluto de sus gracias, es soberanamente libre para distribuirlas en la medida que le plazca. Fué libre para darnos la existencia ; libre también para concederla en un grado más ó menos perfecto, limitando, según su beneplácito, las facultades del alma ó del cuerpo. Y si Dios no nos debe nada, ¿qué derecho podríamos alegar para exigirle que nos favoreciese, no en la medida de su voluntad, sino en la medida de nuestros insaciables deseos ? Si los dones gratuitos dependen enteramente de la liberalidad del donante, ¿en virtud de qué consideración privaríamos á Dios de la libertad de distribuir sus gracias en la forma y medida que mejor cumpla á sus sapientísimos designios ?

Suponed, Señores, que uno de vosotros concibe el propósito de distribuir entre los indigentes una parte de sus bienes y que, en cumplimiento de este designio, da á unos diez monedas, á otros veinte, á otros cincuenta y á otros ciento. Suponed que los que recibieron menos se presentasen ante su bienhechor, acusándolo de injusticia, porque en la distribución de esos bienes fueron menos favorecidos. ¿Qué les responderíais vosotros ?

Yo no os debo nada, les diríais, y por lo tanto no soy injusto ; el dinero con que he querido favoreceros era mío ; y en esta virtud he podido distribuirlo en la medida de mis deseos. Y puesto que pude no daros nada, lo que habéis recibido de mi mano, sea poco ó mucho, es un beneficio á que no estaba obligado y que debéis agradecerme. Y si es cierto que otros han recibido más, eso sólo significa que éstos están obligados á mayor gratitud, porque son deudores de mayor beneficio. ¿Y qué podrían responder los indigentes quejumbrosos á esta justísima observación ? Nada sino confesar su yerro. Es también lo único que cumple hacer á los que acusan de injusticia al soberano Dispensador de los bienes accidentales.

Mas ya me parece oir de vuestros labios esta observación : Es verdad, me diréis, que Dios sin dejar de ser justo puede distribuir desigualmente sus dones ; pero si es Padre de todos, ¿por qué su mano paternal ha sido menos pródiga con algunos de sus hijos ? ¿Por qué unos nadan en la abundancia y otros gimen en la miseria ? ¿Por qué unos ocupan altos puestos en la jerarquía social y otros consumen la vida abriendo surcos en la tierra ?

Aunque no es dado al hombre sondear el abismo de las intenciones divinas ; sin embargo, puede á veces nuestra razón vislumbrar el motivo de sus actos. Y cuando nos preguntamos por qué Dios, pudiendo repartir con igualdad sus dones, determinó distribuirlos en medida desigual, nuestro entendimiento descubre en esta determinación razones de altísima sabiduría.

Y efectivamente, siendo Dios el orden por excelencia, todo lo que sale de sus manos debe reposar en el orden. Y bien, ¿qué exige el orden ? El orden exige estas dos cosas : la unidad en lo esencial y la variedad en lo accidental. Observad el universo y veréis resplandecer estas dos condiciones en sus tres reinos, formando un conjunto magnífico de seres semejantes y diferentes, de donde resulta la armonía, primera y esencial condición de la belleza. ¿Qué vemos, por ejemplo, en el reino vegetal ? Vemos que todos los seres que lo pueblan se asemejan entre sí, por cuanto todos tienen raíces, tronco y follaje, y se diferencian en su forma, tamaño y colores. Y de ahí nace esa inmensa variedad en que se deleitan nuestros ojos sin cansarse jamás, porque la naturaleza nos presenta á cada paso espectáculos nuevos que mantienen siempre despierta nuestra atención.

Suprimid esta variedad, multiplicando sin medida en los tres reinos los seres que os parezcan más bellos. Suponed que todas las piedras son mármol, todos los árboles cedros, todos los animales leones y todas las flores rosas. ¿Qué sucedería ? Que desaparecería el mayor encanto de la

naturaleza; porque ¿qué deleite hallarían nuestros ojos en esos seres eternamente repetidos? Sería una nota siempre igual, de donde resultaría una uniformidad monótona en la cual no resplandecerían de una manera tan manifiesta el poder y la maravillosa fecundidad del Criador.

Aplicad, Señores, estos principios á las condiciones humanas y veréis que la desigualdad es el fundamento del orden y de la armonía social. Y en efecto, si todos los hombres fuesen iguales en fortuna, en talento, en fuerza, en salud, no existirían esas relaciones de mutuo auxilio y dependencia que forman los lazos que nos mantienen en sociedad. En el orden actual el rico necesita del pobre y el pobre del rico; y de esta necesidad recíproca nacen las relaciones entre patronos y obreros. El ignorante necesita del sabio para adquirir luces que ilustren su mente y el sabio necesita del ignorante para dar á sus luces una aplicación útil; y de aquí se derivan las relaciones entre maestros y discípulos. Los débiles necesitan de los fuertes y de ahí provienen las obras de protección y amparo, que establecen relaciones de amor y de gratitud entre bienhechores y beneficiados. Si el hombre se bastase á sí mismo para la satisfacción de sus necesidades y el perfeccionamiento de sus facultades, habría vivido en un aislamiento solitario, encerrado en un egoísmo helado y mezquino y extraño á estos actos de abnegación y de heroismo en beneficio de sus semejantes, que tanto realzan á la naturaleza humana. Sin la riqueza de unos y la miseria de otros no hubiéramos presenciado el hermoso espectáculo del desprendimiento del rico para aliviar las miserias del pobre. Sin la fuerza de una parte y la debilidad de la otra no hubiéramos visto al poderoso armarse en defensa del débil y sacrificarse por él sin esperar recompensa humana, ni hubiéramos visto á la caridad recorriendo el mundo, en busca de dolores que mitigar y de lágrimas que enjugar.

Y notad, Señores, que si bien no todos han recibido los mismos dones, en cambio nadie ha quedado sin parte

en la distribución de esos dones. Si no todos han recibido en igual proporción, todos han recibido lo bastante para estar ciertos de que Dios no los ha olvidado. Cualidades del cuerpo, cualidades de la inteligencia, cualidades del corazón, todos tienen algo que los hace apreciables y los habilita para ganarse honradamente la vida y ser útiles á sí mismos y á la sociedad. Y notad todavía que, mediante el buen uso de esos dones, los menos favorecidos pueden igualarse á los más favorecidos y aún aventajarlos en méritos y en gloria. ¡Cuántos que nacieron en la obscuridad han llegado á escalar por sus talentos los primeros puestos en la jerarquía social! ¡Cuántos que probaron las privaciones de la indigencia llegaron á ser por sus esfuerzos potentados de la fortuna!

¡Cuántos que pidieron de limosna el don de la inteligencia han brillado como astros en el cielo de las ciencias! ¡Cuántos, en fin, que vieron pasar los días de su juventud en los oficios más humildes han llegado á ser, por sus obras y virtudes, admiración de las edades, como Sixto V, gran Papa y gran Rey, como Vicente de Paul, providencia de un siglo y consejero de los reyes!

Yo debo agregar, Señores, que Dios atenúa las desigualdades con compensaciones que acortan y aún suprimen las distancias. Ni el genio, ni el nacimiento, ni la fortuna constituyen el valor real de los hombres: esos dones conducen indiferentemente al oprobio ó á la gloria. El valor real de los hombres se mide por sus buenas obras y virtudes y éstas son patrimonio de todos. No hay excluídos en el reino de la virtud y de la honradez; todos, grandes y pequeños, ricos y pobres pueden ocupar lugares de honor; las coronas de ese reino, no se compran con el oro, ni con las grandezas humanas, esas coronas ciñen de preferencia las frentes humildes y martirizadas. Hay ricos despreciables y pobres dignos de la mayor estimación; hay hombres que han vivido en las cumbres de la grandeza y que han legado á la historia un nombre execrado; y

hay hombres humildes que han dejado á la posteridad un nombre cargado de bendiciones. Y yo creo, Señores, que cualquiera de recto juicio preferirá en su estimación una virtud sin grandezas, antes que una grandeza sin virtud.

El mundo, que sólo estima lo que brilla, cree que la riqueza es condición necesaria para la felicidad. Vosotros sabéis que esta apreciación es injusta; vosotros sabéis que bajo los esplendores de la fortuna se ocultan comunmente penas íntimas, cuidados y zozobras que no permiten vivir en paz. El pobre, en cambio, tiene poco; pero de eso poco disfruta en paz. Mirad al obrero que vuelve de su trabajo al declinar el día: el gozo se pinta en su frente y la franca expansión de su alegría indica que no hay inquietudes, ni ambiciones que atormenten su corazón. Vuelve fatigado, pero contento, á comer el sabroso pan condimentado con el sudor de su frente y á reparar sus fuerzas en el sueño, que siempre es dulce para el que trabaja. Cuantas menos son las necesidades de la vida, más fácilmente se encuentra la felicidad.

El pobre, que se contenta con poco, necesita mucho menos para ser feliz que el sibarita que á las necesidades verdaderas añade necesidades ficticias. ¿Y no habéis visto, Señores, que el infortunio se mezcla de preferencia con las grandezas humanas? ¿No habéis visto que en el fondo de la copa que apuran los felices del mundo se encuentran siempre la amargura y el hastío? ¿Qué hombre, poseyendo todo lo que, según el mundo, constituye la felicidad, se ha creído feliz?

Luego, si todos sufren, si nadie se cree feliz con lo que tiene, no es tan grande la distancia que separa á las condiciones humanas.

II.

¿Por qué el dolor, si Dios es bueno? vuelve á preguntar el racionalismo. ¿Qué bondad es ésa que se complace en atormentar á sus criaturas?

El racionalismo culpa á Dios de los sufrimientos de la vida; y este es su mayor engaño. Dios hizo al hombre feliz y era su voluntad que lo fuese siempre y para eso lo colmó de dones extraordinarios superiores á su naturaleza; le dió un cuerpo inaccesible á los dolores y á la muerte; le dió un alma racional, que regiría como soberana los apetitos imperiosos de la naturaleza y mantendría en perpetua sujeción á las pasiones; le dió la integridad del alma y del cuerpo, que le preservaría de la corrupción y le mantendría en una juventud inalterable; y añadió á tantos dones excelentes la gracia santificante, que le daría derecho á la posesión inmediata de Dios, después de algunos días venturosos pasados en el mundo.

Y para que entendiese que era su voluntad que fuese enteramente feliz, lo colocó en un lugar de predilección que las Santas Escrituras llaman Paraíso de delicias, en donde había acumulado para deleite del hombre todo lo que la naturaleza produce de más hermoso. Y todavia, para que nada faltase á tanta felicidad, Dios le hacía oir su voz y conversaba con él, como con un amigo tiernamente amado, al declinar de aquellas tardes perfumadas del Paraíso. Y estos privilegios, según el pensamiento divino, debían ser la herencia de toda la humanidad nacida de Adán, que legaría á sus hijos la felicidad juntamente con la vida.

Pero vosotros sabéis que el pecado forzó un día las puertas de aquella mansión tranquila y deliciosa, y el hombre, libre dueño de sus actos, sucumbió á la tentación y desobedeció á Dios. Y al punto desaparecieron aquellas prerogativas que iban estrechamente unidas á la fidelidad del hombre, y caido éste de aquel dichosísimo estado, sintió que el dolor y la muerte llegaban para él juntamente con el pecado. Y abrióse entonces el cauce por donde corre el río de lágrimas en que cada ser que viene á la vida deposita las suyas. La felicidad, espantada del crimen, huyó de la tierra y fué á ocultarse en una región

muy alta á donde sólo por ahora alcanzan nuestras miradas y nuestros votos.

Así, pues, Dios no nos crió para sufrir, sino para gozar. Somos nosotros los autores de nuestra desdicha; nosotros, en la persona de nuestro primer padre, que habiéndose hecho por su culpa hombre de dolor, engendró también hijos del dolor; nosotros, que agravamos nuestra triste suerte con nuestras faltas personales y con el desborde desatentado de nuestras pasiones.

Pero Dios es tan bueno, que ha hecho del dolor un agente poderoso para reconquistar la felicidad perdida en el paraíso. El dolor expía, el dolor liberta, el dolor ilumina y por estos medios, el dolor salva.

El pecado es un desorden que provoca la justicia de Dios y la justicia no se satisface sino con la reparación. Toda culpa voluntaria lleva consigo una pena; y aunque la culpa se perdone, la pena subsiste, mientras no se borre por la expiación.

Pues bien, esta misión expiatoria ha sido confiada al dolor: al dolor interno que expía por medio del arrepentimiento, y á los sufrimientos de todo género que atormentan la vida humana. Esos sufrimientos cogen al hombre culpable y lo arrojan á sus llamas para purificarlo; y al contacto de esas llamas suelta el oro la escoria que lo afea y el diamante se despoja de la corteza de barro que oculta sus fulgores. La justicia de Dios, obligada á castigar, y el amor inclinado á perdonar, encuentran en el dolor un suplicio que expía, que rehabilita y que salva, satisfaciendo á la vez á la justicia que condena y al amor que absuelve. Es un cadalso que se convierte en un altar.

Y bien, ¿quién de nosotros podría afirmar que no tiene nada que expiar en la vida? Y si todos tenemos algo que expiar ¿por qué nos extrañamos de que el dolor nos haga sentir de cuando en cuando sus espinas? ¡Ah! Señores, hay en el mundo felicidades que espantan; y una de ellas es la felicidad de que disfrutan los pecadores impenitentes.

Esa felicidad es el castigo más temible, porque es el abandono de Dios: es Dios que enmudece y se retira, porque no quiere salvar. Al contrario, cuando después de nuestras fáciles caídas sentimos el peso de la mano de Dios, podemos consolarnos, porque el dolor es un emisario de su bondad para salvarnos. Es la madre que entrega al cirujano el cuerpo llagado de su hijo.

El dolor ejerce todavía otro saludable ministerio, el de cortar las ligaduras que atan el corazón á la tierra.

Tal es la condición humana que nos inclinamos fácilmente á las cosas visibles, creyendo que en su posesión vamos á encontrar la felicidad. El corazón se deja prender con abandono temerario en las redes de flores que le tiende el mundo, deseando permanecer siempre en su dulce cautiverio y bajo el imperio de esa irresistible fascinación llega á olvidar su destino eterno. ¿Qué hacer para librar á las almas de esa funesta cautividad? ¿No habrá algún libertador que rompa esas cadenas? ¡Oh dolor! ven y cumple tu misión. Penas interiores, desengaños del corazón, agonías del alma, esperanzas desvanecidas, traiciones en la amistad, fortunas caídas en ruina, enfermedades dolorosas, separaciones crueles causadas por la muerte, vosotras haréis palpar á esas almas engañadas cuán vanos é instables son los bienes que tanto aman!

El hombre se asemeja á un viajero que, yendo en dirección á su patria después de un largo destierro, se detiene en la mitad del camino atraído por los encantos del oasis que interrumpe las arideces del desierto. Los placeres, las riquezas, los honores son el oasis en que el viajero de la vida detiene su marcha hacia la eternidad. Viene entonces la tribulación para decirle en nombre de Dios: ¿Por qué te detienes? ¿No ves que el día declina y que tu patria está aún muy lejos? Te detienes en esos bienes engañosos y desprecias los que te ofrece la patria que te espera; te detienes cuando ya declina el breve día de tu vida y cuando te queda mucho que andar para llegar á la feli-

cidad del cielo. Apresúrate, que por larga que sea tu vida, siempre será corta para asegurar con tus méritos la posesión del reino que ha de ser tu morada por toda la eternidad.

El dolor es como un faro que nos señala el puerto cuando hemos perdido el rumbo que conduce á la eternitad. Hay muchos hombres que pierden la fe ó por una culpable ignorancia ó por el orgullo del espíritu ó por la corrupción del corazón ó por el ambiente malsano en que respiran ó por el frío mercantilismo que entumece las almas. Y sin embargo la fe es necesaria para salvarse : es la luz que Dios nos ha dado para alumbrar nuestro camino, y el que apaga voluntariamente esa luz marchará á obscuras y á tientas por el fragoso sendero, cayendo de abismo en abismo. ¿Y qué hacer para volver á encender en las almas esa antorcha que ya no alumbra ? Hé ahí, Señores, otro de los ministerios del dolor. El dolor tiene la virtud de despertar los sentimientos dormidos, abriendo la fuente de las lágrimas. Y vosotros sabéis que los ojos que lloran á impulso de un gran dolor se levantan naturalmente al cielo.

Permitidme recordaros, en confirmación de esta verdad lo que pasó al célebre crítico Laharpe, amigo íntimo de Voltaire, y como él, enemigo encarnizado de la Religión. Corría el año de 1794, época en que la Revolución entregaba á la guillotina todas las cabezas ilustres de Francia. Preso en Luxemburgo, aguardaba por momentos la sentencia que había de conducirlo al cadalso. Solo, abatido, desamparado, veía pasar los días en la tristeza y las noches en el insomnio, fluctuando entre dos abismos : el de una vida llena de horrores y de impiedades y la muerte que creía ver llegar cada instante. Pero Dios, que quería salvarle, puso en sus manos el *Evangelio* y la *Imitación de Cristo*. «Su lectura, dice, iluminó la noche de mi alma con una luz nueva. Hubiera querido seguir esa luz inmediatamente ; pero me espantaban cuarenta años de extravíos, de alejamiento de Dios y de olvido de la eter-

nidad. Veía todo el mal pasado y ningún remedio presente. Nadie podía ofrecerme los auxilios de la Religión, porque el sacerdote no aparecía ya ni en las prisiones ni en el cadalso para consolar á los que iban á morir : sólo aparecía para morir él mismo.

«Al fin, impulsado por ese instinto que se sobrepone á las más arraigadas preocupaciones, me dirigí tímidamente á Dios, diciéndole : Señor, ¿qué debo hacer? Tenía sobre mi mesa el libro de la *Imitación* ; lo abrí al acaso y leí estas palabras : «Héme aquí, hijo mío ; yo vengo á ti porque me has invocado». No leí más : la súbita impresión que experimenté es superior á toda expresión. Postrado en tierra y bañado en lágrimas, prorrumpí en gritos entrecortados, no sé si de dolor ó de júbilo. Lloré largo tiempo, sintiendo cada vez más dulces en mi oído aquellas palabras : «*Héme aquí, hijo mío*». Y esas lágrimas, que nada tenían de amargo, descargaron mi corazón del peso que lo oprimía y sentí inundada mi alma de una paz tan deliciosa que llegué á mirar con serenidad la muerte. Y como si una mano, que no era la mía, hubiese quitado una venda de mis ojos, vi con toda evidencia la divinidad de la Religión y me sentí avergonzado de haber dudado de ella. Dios se había apoderado de mí y yo poseía á Dios».

Señores : el dolor acababa de agregar á sus conquistas á otro Saulo y á otro Agustín.

III.

¿Por qué existe el mal moral en el mundo? ¿Por qué, si Dios es santo, permite que toda clase de crímenes inunden la tierra?

Dios, Señores, aborrece el mal : lo aborrece porque es un desorden, una desobediencia á sus leyes, un desconocimiento de su soberanía, una injuria á su bondad y una provocación insolente á su justicia.

La santidad divina, que es el amor infinito del bien, mira el mal con un horror infinito y lo prohibe, y lo condena,

lo persigue y lo rechaza de su presencia, y todas las calamidades que han azotado el mundo, son otras tantas manifestaciones de su odio al pecado.

Pero Dios hizo al hombre libre, es decir, puso en sus manos la facultad de elegir entre el bien y el mal. Y en esta virtud, dotado el hombre de una voluntad que escoge libremente, puede ser ó un santo ó un réprobo; puede edificar al mundo con sus virtudes ó espantarlo con sus crímenes.

Y así, libremente el asesino hunde el puñal en el pecho de sus víctimas; libremente se abisma el disoluto en el cieno de los vicios; libremente atenta el suicida contra su propia existencia. No hay fuerza irresistible que obligue al hombre á hacer el mal; no hay fatalidades ciegas que lo arrastren al crimen; si alguna vez fuese violentado por coacción externa invencible, siempre la libertad, asilada en el santuario íntimo é inviolable de la conciencia, puede dar ó rehusar su consentimiento. Siendo así, ¿á quién debemos culpar de los males morales que manchan la tierra? Sólo al hombre que, mediante la libertad, posee el peligroso don de ejecutar actos buenos y malos.

Es cierto, me diréis; pero ¿por qué Dios concedió á una naturaleza defectible el don peligroso de la libertad? ¿No será eso como poner un arma mortífera en manos de un niño?

Antes de contestar esta observación, yo debo preguntar: ¿La libertad es un bien ó es un mal? Si fuera un mal, el hombre no la amaría tanto; no la amaría con ese amor instintivo é irresistible que nace de la naturaleza misma. Por eso el esclavo nunca ama sus cadenas, ni el prisionero se resigna á la reclusión y los pueblos luchan hasta la muerte por ser libres; por eso el hombre rechaza todo yugo y detesta toda tiranía.

Sí, Señores, la libertad es un bien, es uno de los bienes inapreciables con que Dios ha favorecido á su criatura predilecta. Quiso que el hombre fuese el más grande

y excelente de los seres visibles y por eso le dió la libertad ; quiso que el ser en quien estampó su imagen fuese libre como es libre Él mismo, á fin de que, diferenciándose de los animales que obran ciega y fatalmente á impulso de sus instintos, pudiese rendir á su Criador un homenaje consciente y libre como cumple al verdadero amor ; quiso que el hombre, criado para un destino inmortal, labrase con sus propios méritos la corona de su inmortalidad y no fuese ella solamente una gracia de Dios, sino también una gloriosa conquista del hombre ; quiso que los actos humanos tuvieran un valor personal y que la sucesión de esos actos fuese una dote eterna y un patrimonio inalienable que le diese derecho á la felicidad, como á una justa recompensa. Para todo esto era necesaria la libertad, porque sin libertad no hay mérito y sin mérito no hay derecho á recompensa.

Y si la libertad es un bien, ¿por qué culparíamos á la mano generosa que lo otorga con fines tan altos y tan nobles ? ¿Es porque el hombre puede abusar de ese don ? Pero, Señores, ¿quién nos ha dicho que no puede hacerse un bien, si por culpa del que lo recibe, resulta un mal ? Si así fuese, Dios no debería habernos dado la vida, que es un bien, porque algunos la emplean en el mal ; no debiera habernos dado la inteligencia, porque algunos se abrazan con el error ; no debiera haber creado al género humano, porque su primer padre iba á ser infiel á la gracia de su origen. ¿Se querría que Dios privase al mundo de la gloriosa posteridad de los santos y de los justos, porque en la larga serie de las generaciones habría algunos prevaricadores ? ¿Con qué derecho exigiríamos á Dios que sacrificase la belleza de su obra en consideración á la voluntad rebelde de algunas de sus criaturas ?

Y notad, Señores, que el mal, como el dolor, tiene en manos de Dios una misión providencial. Ambos son obra del hombre ; pero Dios los utiliza en beneficio del hombre mismo. Los crímenes son como las sombras que realzan

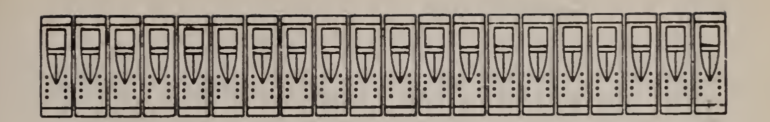
la hermosa figura de la virtud ; y si recorréis la historia de los grandes crímenes que han espantado al mundo, veréis que el mal está condenado á servir incesantemente la causa del bien.

Las persecuciones sangrientas han engendrado la gloriosa generación de los mártires ; las herejías han puesto en mayor evidencia la verdad y hermosura del dogma católico ; la invasión de los bárbaros rejuveneció la sangre y las virtudes de los pueblos ; las revoluciones corrigen con duras pero saludables lecciones los defectos de las leyes y la depravación de las costumbres ; y, en fin, el más grande de todos los crímenes, el deicidio, dió por resultado la redención y regeneración del mundo.

Después de estas consideraciones, creo, Señores, poder afirmar que Dios gobierna el mundo en conformidad á su justicia, á su bondad y á su santidad y que puede hoy y siempre lanzar á la faz de los injustos detractores de su Providencia el mismo desafío que dirigió un día á sus enemigos :

«¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado ?»





DECIMASEPTIMA CONFERENCIA.

INSTITUCIÓN DIVINA DE LA CONFESIÓN.

SEÑORES :

¡QUÉ triste sería la suerte del hombre si después de sus fáciles caídas no tuviese medio alguno de rehabilitarse ante Dios y su propia conciencia! ¡Qué triste sería su destino si después de una primera culpa fuese condenado, como los ángeles rebeldes, á un castigo sin remisión y sin fin! Pocas serían entonces las almas que llegasen al cielo, porque son pocas las que conservan siempre inmaculada la túnica de su inocencia bautismal. Solicitado de continuo por el incentivo del mal y de las pasiones y cargado con el fardo de incurables miserias, el hombre cae á cada paso en transgresiones culpables de la ley divina, que le cierran el camino de la felicidad. Por lo cual el Apóstol de las Gentes exclamaba con voz de angustia : «Siento en mis miembros una ley contraria á la ley de mi conciencia ; hago el mal que no quiero y no hago el bien que quiero».

Pero Dios que ama al hombre y se compadece de su debilidad, que ve su miseria y desea su salvación, ha puesto misericordiosamente en sus manos una tabla salvadora en el frecuente naufragio de su inocencia, instituyendo un sacramento que reconcilia con Dios al alma pecadora, que devuelve la vida de la gracia al alma muerta, que

fortifica en el bien al alma débil y hace gustar las dulzuras de la paz al alma atormentada por el remordimiento. Este sacramento es el de la penitencia.

Mas, como Dios es dueño de sus favores y por tanto puede imponer condiciones para concederlos, no dispensa la gracia del perdón sino á condición de que el hombre haga una sincera y completa declaración de sus faltas á los ministros á quienes ha conferido la facultad de perdonar los pecados en su nombre. Esta declaración es lo que se llama confesión sacramental, parte esencial del sacramento de la penitencia.

Pero, tal es, Señores, la malicia humana, y tal la ingratitud con que se reciben los más insignes beneficios de la bondad divina, que esta institución salvadora ha sido en estos últimos siglos objeto de los más rudos é injustificables ataques. El protestantismo y la incredulidad, unidos en un mismo sentimiento de odio encarnizado, la rechazan como una tiránica invención humana y se empeñan en desacreditarla á los ojos de las indoctas muchedumbres, abrumándola de acusaciones calumniosas.

En la exposición que vengo haciendo ante vosotros de los dogmas fundamentales de la religión, cúmpleme tratar hoy de este dogma importantísimo, demostrando que no es una invención humana, sino una de las más grandes instituciones divinas.

I

Es un hecho innegable que la confesión sacramental existe hoy y ha existido siempre en el mundo cristiano. Es un hecho que ella ha sido aceptada sin violencia por millones y millones de almas en el transcurso de veinte siglos, imponiéndose en todo tiempo á las pasiones más rebeldes y á las repugnancias del orgullo humano.

Y bien, Señores ¿quién ha podido dictar esta ley é imponerla al mundo ? ¿quién es el inventor de esta institución universal y permanente ? Si es un hombre, decidme

quién es, porque á todos nos interesa saberlo. La historia ha debido recoger su nombre, como recoge el de todos los hombres célebres en el bien ó en el mal. Ha debido recoger su nombre, porque el inventor de la confesión ha debido distinguirse entre todas las celebridades del mundo, ya que debió estar dotado de una gran inteligencia para concebirla y de un poder soberano para imponerla.

Pero yo he hojeado una á una las páginas de la historia y no lo encuentro en ninguna. Encuentro el nombre de todos los inventores de religiones, de Brama, de Confucio, de Mahoma, de Lutero ; encuentro el nombre de todos los inventores de sistemas filosóficos, de Platón, de Aristóteles, de Epicuro, de Descartes, de Espinosa, de Leibnitz, de Kant, de Augusto Conte ; encuentro el nombre de todos lo que han enriquecido las ciencias con algún descubrimiento, de Newton, de Galileo, de Leverrier, de Laplace, y de tantos otros ; encuentro el nombre de los inventores de la imprenta, de la brújula, de la pólvora, del vapor, de la electricidad y de todos los mil inventos que constituyen el rico patrimonio de la edad presente. Y si todos los inventores han dejado un nombre en la historia ¿por qué sólo el nombre del inventor de la confesión habría quedado envuelto en las sombras del misterio y del olvido ?

La Iglesia tiene también una historia, y es la más prolija de cuantas se han escrito en el mundo. En ella se encuentran los nombres y los hechos de todos los que han adquirido alguna celebridad, ya sea por los servicios con que la han favorecido, ya sea por los errores y persecuciones con que la han combatido. Allí se encuentra el nombre de todos los que en el curso de los tiempos han introducido modificaciones en la doctrina, en el régimen y disciplina. Y, sin embargo, tampoco encuentro en esas páginas el nombre del autor de la confesión.

Yo comprendo, Señores, que una institución sin importancia oculte sus humildes orígenes ; pero no me explico que un acontecimiento que ha cambiado la faz

del mundo se haya verificado en el más profundo silencio de los siglos y de la historia. Por lo cual yo deduzco de este silencio que el autor de la confesión no ha sido un hombre.

Pero la herejía, desconcertada por este argumento, ha hecho esfuerzos supremos por descubrir en la historia algún vestigio del origen humano de la confesión. Y hubo un día en que sus doctores anunciaron al mundo haber descubierto el gran secreto. El inventor de la confesión, dijeron, es el Concilio de Letrán celebrado en el siglo XIII bajo el pontificado de Inocencio III. Era, Señores, una impostura que se puso en transparencia con sólo hojear la historia. El Concilio de Letrán no estableció la confesión, sino que impuso á los cristianos el precepto de confesarse al menos una vez en el año. «Todo fiel, dice textualmente, de uno y otro sexo, desde que llega á la edad de la discreción, confiese exactamente sus pecados al propio sacerdote, al menos una vez en el año.» (Cánon 21). Esta disposición conciliar demuestra que la confesión existía con anterioridad, porque la fijación de un plazo para cumplir con este deber supone que antes se cumplía en un tiempo indeterminado. El Concilio no creó una ley nueva, sino que quiso asegurar el cumplimiento de una ley antigua.

Mas, como la pertinacia es el carácter propio de la herejía, lejos de desalentarse con el ruidoso desengaño, prosiguió con nuevo ahinco la investigación histórica en perseguimiento del inventor de la confesión. Y al llegar al siglo IV, dijo con aire de triunfo : «Nos hemos equivocado en cuanto á la fecha, pero no en cuanto al hecho : no fué el Concilio de Letrán el inventor de la Confesión, fué el Papa León I».—A esta nueva impostura siguió naturalmente un nuevo desengaño. Consultada la historia, se vió que el Papa no inventó la confesión, sino que prohibió la confesión pública, que estaba en uso desde los primeros siglos de la Iglesia. He aquí sus palabras : «Pro-

hibimos recitar en público la declaración que hubiesen hecho los pecadores de sus faltas: basta con manifestar al sacerdote por medio de una confesión secreta los pecados de que nos sintamos culpables». No se prohibe, Señores, lo que no existe; y si en tiempo de San León el Grande existía la confesión pública, es evidente que existía también la secreta, porque sabemos por la historia que la confesión secreta precedía á la publica, la cual no era más que una penitencia impuesta por el sacerdote.

Si la herejía discurriese de buena fe, habría aplicado el oido á la voz venerable de la tradición, que asegura por el órgano de los hombres más ilustres del catolicismo que la confesión ha estado en uso en todos los siglos desde la época de los Apóstoles. Habría visto en los *Hechos apostólicos*, escritos por San Lucas, que una multitud de creyentes iban al encuentro de los apóstoles á confesar sus pecados; habría leído en San Juan que «si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, los perdonará y nos purificará de toda injusticia»; habría visto que todos los Padres de la Iglesia atestiguan en sus obras la existencia de la confesión y que hablan de ella en los mismos términos en que se expresan hoy los doctores católicos. Todo lo cual ha hecho decir al protestante Gibbon que «un hombre instruido no puede resistir al peso de la evidencia histórica, la cual establece que la confesión ha sido uno de los principales puntos de la fe católica en todo el período de los cuatro primeros siglos».

Al silencio significativo de la historia y al testimonio unánime de la tradición, yo debo agregar una última consideración. Suponed, Señores, que en una época cualquiera de la historia, se hubiese levantado un hombre, fuese rey, pontífice, magistrado ó sacerdote, para decir al mundo: Si queréis salvaros, es forzoso que declaréis vuestros pecados á ciertos hombres revestidos de la misión de leer en el fondo de los corazones y de perdonarlos.

¿Qué habría contestado el mundo ; qué habríais contestado vosotros á una intimación semejante ? ¿Habríais aceptado sin protesta la humillante obligación impuesta por un hombre á vuestra conciencia ? ¿No le hubierais dicho que sólo Dios puede imponer condiciones á las almas que quiere salvar ?

Ciertamente, la humanidad, rebelde por naturaleza á todo yugo, le habría vuelto la espalda exclamando : Ese es un insensato. Y sin duda el autor y la obra habrían caído en el desprecio y en el olvido. Y sin embargo la confesión existe. Si fuese obra humana ¿cómo se explicaría que el mundo la haya aceptado y bendecido, á pesar de sus condiciones humillantes ? ¿Cómo se explicaría esa poderosa fuerza de expansión que la hace dilatarse en el tiempo y en el espacio, no obstante las repulsiones que encuentra en su camino ? ¿Cómo se explicaría que cada día y á cada hora olas de iniquidades y de tristezas vayan á derramarse en el corazón del sacerdote ? ¿Cómo se explicaría, en fin, su estabilidad en medio de la arena movediza de las opiniones humanas y de las oscilaciones contínuas de las instituciones nacidas de la mano del hombre ? A mi juicio, Señores, la prueba más decisiva de que la confesión no es obra humana es que vive, se impone y reina en el mundo.

II

Si el hombre no es el inventor de la confesión, llega el momento de preguntar : ¿quién la ha instituído ? Si no ha de ser un efecto sin causa, una institución sin autor, una ley sin legislador, alguien debe haberla inventado. ¿Queréis saber quién es su autor ? El autor de la confesión es Aquel que dijo : «Sabed que el Hijo del Hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados» ; (1) Aquel que extendiendo la mano sobre los pobres y los enfermos,

(1) San Mateo, IX, 6.

les decía : «Id en paz, vuestros pecados han sido perdonados » ; Aquel que viendo á sus pies á la pecadora del Evangelio, dijo : «Sus pecados han sido perdonados, porque amó mucho» ; Aquel que defendiendo del furor popular á la mujer adúltera, le dijo : «Ve en paz y no vuelvas á pecar » ; Aquel que estando en la cruz, premió el arrepentimiento del ladrón de su derecha prometiéndole un Paraíso. En una palabra, el autor de la confesión es Jesucristo, Salvador y Redentor del mundo, en quien reside todo poder en el cielo y en la tierra.

Era el día siguiente al de la resurrección. Los Apóstoles se habían congregado en el Cenáculo, esperando, llenos de temor y ansiedad, el desenlace de los grandes sucesos que acababan de verificarse. Repentinamente y sin que las puertas se abriesen, aparece en medio de ellos Jesucristo, revestido de majestad divina. Túrbanse los discípulos ante esta súbita aparición, y parecen dudar por un momento de la dichosa realidad de que sus ojos les dan testimonio. Pero, al oir que los saluda con aquella voz que les era tan conocida, diciéndoles : «Sea con vosotros la paz» ; al ver frescas aun las llagas de sus manos y de sus pies, tórnase en júbilo su primera turbación, viendo triunfante de la muerte al Señor y Maestro que habían llorado crucificado y muerto. Y sin dar lugar á las amorosas finezas de aquellos amantes corazones, les dice : «Como mi Padre me envió á mí, yo os envió á vosotros». —« Recibid el Espíritu Santo : los pecados que vosotros perdonareis serán perdonados, y los que retuviereis serán retenidos ». (1)

¡Cómo se siente, Señores, en esta escena evangélica la presencia de la divinidad ! ¡Qué autoridad y qué laconismo para comunicar á sus Apóstoles un poder que excede en grandeza al que llamó á los mundos de la nada ! ¡Cómo se ve que el que confiere ese poder es el mismo que crió

(1) Ev. de San Juan, XX. 23.

la luz con un *fiat* de sus labios! Sí, Señores: sólo de los labios de Dios podían salir estas palabras tan superiores al pensamiento y al lenguaje de los hombres: «Los pecados que perdonareis serán perdonados». Sólo Dios podía poner en manos de simples mortales las llaves de la eternidad, para que fuesen sus representantes y delegados en la grande obra de la reconciliación de los hombres: «Como mi Padre me ha enviado, yo os envío á vosotros».

Mas vosotros me diréis, que en las palabras del Evangelio se confiere indudablemente á los Apóstoles el poder de perdonar los pecados; pero, que nada se dice de la obligación de confesarlos. Es cierto, Señores, que en el texto sagrado no se nombra expresamente la confesión; pero es porque ésta se deduce del poder confiado á los Apóstoles, como una consecuencia de su premisa, como un efecto de su causa. Dios no acostumbra hacer declaraciones inútiles y habría sido inútil esta declaración desde que instituía á los Apóstoles jueces de las conciencias por el hecho de comunicarles la doble facultad de perdonar y retener, de atar y desatar. Si son jueces deben dictar sentencias en conformidad á la más estricta justicia; pero para juzgar en justicia es menester instruír proceso y oir declaraciones, porque el juez que condenase ó absolviese á ciegas ó por capricho, vulneraría gravemente los fueros sagrados de la justicia. Pero en el juicio que se instruye en el tribunal de la penitencia no se admiten ni testigos ni delatores extraños; el juez no puede emplear ningún recurso externo para averiguar el grado de culpabilidad del penitente que reclama su fallo. ¿Cómo podría, pues, conocer los hechos sobre los cuales ha de recaer su sentencia? ¿Cómo podría conocer las faltas secretas de que sólo Dios ha sido testigo? ¿Cómo podría sondear las disposiciones del reo para cerciorarse de que es digno del perdón? En ese tribunal no hay otro testigo ni otro delator que el penitente mismo; por consiguiente, no hay ni puede haber otro medio de ilustrar la conciencia

del juez que la confesión del culpable. La sentencia se dictará por la sola deposición del reo y si alguien pretendiese mezclarse en este juicio sería rechazado con horror. Fuera del sacerdote y del penitente, sólo Dios sabe lo que allí pasa; las palabras que allí se pronuncian no llegan á ningún otro oído humano; esas palabras se abisman en un silencio eterno, como si cayesen en uno de esos abismos sin fondo abiertos en las montañas, donde no repercute ningún ruido.

Pero los sacerdotes no sólo son jueces de las conciencias, sino también médicos de las almas. No sólo están obligados en virtud de su sagrada misión á perdonar los pecados, sino también á cegar la fuente de donde proceden. Mas ¿cómo podrían aplicar el remedio conveniente sin conocer el mal que aqueja á las almas? El médico aplica el oído á nuestro cuerpo para descubrir las perturbaciones íntimas de nuestro organismo. El médico de las almas necesita también aplicar el oído á nuestra conciencia para sondear los males de que somos víctimas.

Hay muchos que al oir esta doctrina, exclaman escandalizados: «Sólo Dios puede perdonar los pecados». Efectivamente, sólo Dios puede perdonar los pecados con autoridad absoluta y suprema; pero nada obsta para que delegue en ciertos hombres esa misma autoridad divina; y entonces éstos obran no con autoridad propia sino con autoridad delegada. «Sólo Dios, dice Santo Tomás, es quien produce el efecto interior del sacramento á manera de agente principal, porque la gracia procede únicamente de Dios; pero esto no impide que el hombre pueda concurrir también á producir este efecto á manera de instrumento, en cuanto que obra como ministro.» Asombra, en verdad, que un poder tan grande haya sido puesto en manos de hombres; pero esto sólo prueba que Dios, por un acto de su bondad infinita, ha querido obrar en esto, como en todo, en conformidad á la naturaleza humana que, siendo sensible, anhela tener la seguridad del perdón

divino por medio de un signo también sensible dado por una autoridad visible.

Por eso yerran profundamente los que dicen que se confiesan con Dios y que esto les basta. Ávida el alma pecadora de restablecer la paz en su corazón angustiado, se pregunta : ¿Quién me dará la certidumbre del perdón ? ¿quién me dará un signo cierto de haberlo obtenido ? Pero si el hombre se confesase con Dios, no podría obtener esa certidumbre, porque ningún signo sensible le daría la seguridad de que Dios le ha perdonado. Y en vano dejaría correr en silencio las lágrimas de su corazón ; porque Dios no descendería del cielo á darle el ósculo de paz. Ese signo sensible del perdón sólo se encuentra en ese tribunal en que se sienta un juez que habla y sentencia en nombre de Dios, y que después de oir la revelación sincera de nuestras culpas, nos dice : «Yo te absuelvo ; ve en paz ». El alma angustiada siente entonces la paz, la dulce paz de la conciencia, sin la cual no hay felicidad en la vida y no es tan feliz el cautivo que respira el aire de la libertad, ni el enfermo que recobra la fuerza y la salud, como el alma que levantando los ojos al cielo, puede exclamar : Estoy perdonada.

El hombre no es libre para elegir el medio de obtener la gracia del perdón. Dios es el único que puede determinar la manera de otorgar esta gracia ; y ya hemos visto que ha establecido en la tierra un tribunal que ha de juzgarnos, reservándose para sí el juicio solemne y público que ha de verificarse al fin de los tiempos. De modo que al que acudiese á El á confesar sus pecados, prescindiendo de sus ministros, podría decirle : Preséntate al sacerdote, que es el encargado de juzgarte en el tiempo ; pues yo sólo juzgo en la eternidad.

Y en verdad, Señores, si, como dice San Agustín, fuese suficiente confesar á Dios los pecados para obtener el perdón, en vano habría conferido á su Iglesia el poder de perdonarlos. ¿Quién acudiría al sacerdote si bastase mos-

trar las llagas del alma á aquel que todo lo sabe y que todo lo ve? Nadie, sin duda, porque nadie se resignaría á manifestar á un hombre los senos íntimos de su conciencia si hubiese otro medio más fácil de obtener la reconciliación. Y entonces, Dios habría hecho una òbra inútil y vana, instituyendo el sacramento de la penitencia; habría conferido á sus Apóstoles una autoridad ilusoria; les habría dado una facultad sin aplicación y un poder sin efecto; y en vez de instituir un gran sacramento, habría representado una comedia. ¿Y creéis, Señores, que esta conducta hubiera sido digna de Dios? No, ciertamente; y por lo mismo hemos de pensar que la facultad de perdonar dada á los sacerdotes corresponde á una obligación impuesta á los cristianos de presentarse á ellos en demanda de la reconciliación.

Afírmase, por último, que la confesión no puede ser obra de Dios, porque violenta la naturaleza. ¡Qué mal conocen la naturaleza humana los que creen que se violenta cuando un corazón se abre para depositar sus penas en otro corazón amigo! Cuando el alma rebosa busca naturalmente otra alma en quien derramar la abundancia de sus aguas, sobre todo si son amargas. ¡Ah! Señores, no somos dignos de compasión cuando el dolor nos oprime por todas partes, sino cuando nos vemos obligados á devorarlo á solas, en un aislamiento semejante al desierto, porque las penas concentradas redoblan su amargura. ¿Por qué un amigo fiel es comparado á un tesoro? Porque encontramos en él un corazón que suspende sus propios cuidados para interesarse por los nuestros.

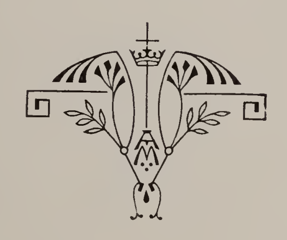
El pecador no es feliz: si conserva algún resto de fe, siente en el fondo del alma un pesar indefinible clavado como una espina; un pesar que derrama gotas de hiel en la copa de los más dulces placeres. Es la voz de la conciencia herida, de la conciencia que, según la expresión de un poeta, es «juez, delator y testigo», de nuestras faltas. El pecador sufre especialmente en esos momentos so-

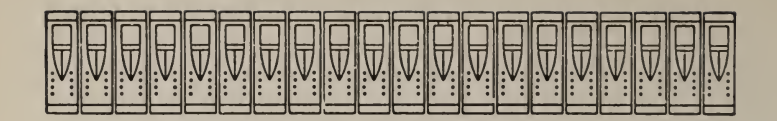
lemnes en que la soledad le rodea, en que la desgracia le despierta, en que la muerte le amenaza. Entonces siente una necesidad imperiosa de descargarse del peso que le oprime y libertarse de la angustia que le atormenta; quisiera la paz. ¿Pero dónde encontrarla?

Hay un hombre que espera á todas horas á las víctimas de la culpa, dispuesto siempre á recibir la confidencia de las penas íntimas del alma; hay un hombre que es á un mismo tiempo padre, amigo, médico, consejero, y en el cual se encuentran la experiencia, la abnegación y la caridad; hay un hombre que se complace en entrar sin cansarse jamás en los más vulgares detalles de nuestra situación; un hombre que siendo frágil y débil, como nosotros, no se admira de nuestros yerros, se compadece de nuestra debilidad y en cuyo corazón ha puesto Dios un fondo tal de ternura y de compasión que llega á amar con amor profundo al pecador que le hace depositario de sus penas; un hombre, en fin, que obligado á una fidelidad eterna, guardará nuestras confidencias en un secreto tan inviolable, que antes que revelarlas, daría mil veces la vida. Este hombre, Señores, es el sacerdote católico. En el seno de ese hombre, creación maravillosa del poder divino, hallará el pecador atormentado por el remordimiento la paz que busca, la paz que necesita para su felicidad. La fe y la experiencia nos enseñan que la confesión consuela y calma; es una operación dolorosa quizás, pero que salva; una conquista difícil tal vez para nuestro orgullo, pero dulce como el más bello triunfo; «un mal cuarto de hora», como dice un apologista, pero seguido de muchas horas y de muchos días de inefable dulzura.

Y después de la confesión ¿qué veis, Señores? Veis frentes inclinadas por el dolor que se levantan serenas y radiantes buscando el cielo; veis corazones convertidos en un montón de ruinas por el vicio, regenerados por la virtud; veis á hijos pródigos que, desengañados del

mundo y de sus falsos placeres, vuelven al abrigo de la casa paterna ; veis á Lázaros que á la voz de la gracia dejan la podredumbre del sepulcro ; á Magdalenas pecadoras convertidas en moradoras estáticas del desierto ; á Agustines que cambian en vida santa una vida culpable. Todo esto lo ven cada día nuestros ojos ; no son invenciones de la fantasía. Y bien, yo os pregunto, Señores: esas ruinas reparadas, esas resurrecciones morales, esas transformaciones súbitas ó lentas, esas lágrimas caídas de ojos que nunca han llorado, ¿pueden ser efecto de una institución humana ? ¡Ah, no ! Ahí está la mano de Dios que bendice por la mano del sacerdote ; ahí está la palabra de Dios que absuelve por los labios del sacerdote ; ahí está la acción regeneradora y santificadora de la gracia divina, que transforma las almas por medio del sacerdote ; ahí está, en una palabra, la obra de Dios.





DECIMAOCTAVA CONFERENCIA.

EL DOGMA EUCARISTICO.

Señores :

Hay en la vida de los grandes artistas ciertos momentos de especial inspiración, en que subiendo el genio á su mayor altura, produce obras maestras que son honra del arte y admiración de las edades.

Si nos fuese permitido comparar lo humano con lo divino, diríamos que hubo también en la vida de Jesucristo, una hora de suprema inspiración en que produjo una obra maestra de sabiduría y de amor, que excede en grandeza á cuantas salieron de su mano omnipotente ; una obra tan maravillosa que sólo ha podido ejecutarse suspendiendo las leyes de la naturaleza y acumulando milagros sobre milagros ; una obra que, aunque envuelta en las sombras de impenetrable misterio, se impone á nuestra creencia como el mas digno objeto de nuestra fé y abre una fuente de inefables satisfacciones á nuestro corazón, tan necesitado de consuelos y de esperanzas. Esta obra maravillosa, última palabra del amor de Dios para con los hombres, es la Eucaristia.

Quiso Jesucristo con esta obra realizar el sueño ideal del verdadero amor, la union íntima con el ser amado ; quiso satisfacer la aspiración más vehemente del corazón humano, la aspiración á lo infinito ; quiso salvar del olvido la manifestación más grande de su amor, dejándonos

un recuerdo permanente de su pasión y de su muerte; quiso sustituir los antiguos sacrificios expiatorios por un sacrificio incruento y universal en que sería El mismo el sacrificador y la víctima; quiso, en fin, establecer su morada en medio de su pueblo para vivir corporalmente cerca de sus amadas criaturas y acompañarlas en su penoso tránsito á la eternidad.

Estos fines son tan dignos de la bondad de Dios y tan conformes con el destino sobrenatural del hombre, que si no existiese la Eucaristía, diríamos que faltaba la nota más melodiosa en el concierto de las obras divinas en favor de la humanidad; diriamos que Jesucristo, después de redimirnos con su sangre, nos había abandonado, dejándonos solos entre las sombras y tristezas de este valle de lágrimas. Y entónces el corazón humano, viendo tan léjos al Dios por quien suspira, repetiría inconsolable en medio de sus penas las quejas de Jesús en el Calvario: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Pero el racionalismo, que cierra los ojos ante las maravillas del órden sobrenatural y que no acepta más verdades que las que alcanza á descubrir con la débil luz de la razón, rechaza el dogma eucarístico como un absurdo y, negando el hecho histórico de su institución, afirma que la Eucaristía es una institución humana.

Llega, Señores, el momento de vindicar el más augusto de nuestros dogmas de los ataques de la incredulidad. Y para esto, séame permitido demostrar que la Eucaristía, considerada ante la razón, es *posible*, y considerada ante la historia, es un *hecho*.

Mas, al emprender esta tarea, me siento dominado por dos contrarios sentimientos; por un sentimiento de dulcísima complacencia y por otro de profundo temor: de complacencia, porque nada hay más grato que hablar de lo que se ama, y para el corazón cristiano no hay objeto más amado que la Eucaristía: de profundo temor, porque nada hay más alto, nada más hondo, nada más

insondable que este augusto misterio. Y al pretender levantar siquiera sea una punta del misterioso velo que lo encubre, la razón desfallece y el pié vacila como al borde de un abismo.

I

¿ En qué consiste la Eucaristía? Consiste en la conversión de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, en virtud de las palabras sacramentales pronunciadas por el sacerdote. Según esto, después de la consagración, no existe ya el pan, porque ha desaparecido su sustancia : sólo existe el cuerpo íntegro de Jesucristo unido á su alma y á su divinidad. Es cierto que nuestros sentidos siguen viendo y palpando los accidentes del pan, es decir, su extensión, su color, su sabor y demas propiedades de los cuerpos ; pero esos accidentes, después de la consagración, no se apoyan en la sustancia del pan, sino que, sostenidos milagrosamente por virtud divina, no son más que el velo bajo el cual se ocultà el cuerpo de Cristo y el signo visible que denuncia la presencia real. Por lo cual, cuando buscamos á Jesucristo sacramentado en el tabernáculo ó en el altar, sabemos que donde están los accidentes del pan, allí está el Cuerpo de Cristo.

Así, pues, según el dogma católico, Jesucristo se encuentra corporalmente íntegro, vivo, glorioso en la hostia consagrada ; y se encuentra, no solamente en toda la hostia, sino también en cualquiera parte de ella por mínima que sea ; y está simultaneamente en todas las hostias consagradas que hay en el mundo.

He aquí, Señores, un cúmulo de prodigios ante los cuales nuestra razón desfallece y nuestro entendimiento se abisma en las sombras de impenetrable misterio. ¿Cómo la sustancia del pan puede cambiarse en un momento en la sustancia del cuerpo de Cristo ? Cómo puede encerrarse este mismo cuerpo en una mínima partícula de la hostia consagrada ?

¿Cómo puede hallarse Jesucristo á un mismo tiempo en el cielo y en millares de hostias en la tierra ?

En presencia de estas dificultades, el racionalismo exclama : ¡Eso es imposible ! Pero los católicos, en nombre de la razón lealmente consultada, respondemos : Incomprensible, pero no imposible. Si, Señores, incomprensible, porque Dios, que nos ha revelado el hecho de la transustanciación eucarística, ha querido ocultarnos el modo de realizarlo y la razón carece de las fuerzas necesarias para descubrir el procedimiento divino. Pero no basta que un hecho sea incomprensible para declararlo imposible ; porque si así fuese, deberíamos declarar falsos muchos hechos del órden natural, que nuestra inteligencia no puede explicar. La unión del cuerpo y del alma en el hombre, por ejemplo, es un hecho cuya realidad atestigua nuestro sentido íntimo, y sin embargo, nadie ha podido explicar la manera como el espíritu obra sobre la materia. Y por el hecho de ser incomprensible ¿negaríamos la realidad de esta unión ? A los que niegan el dogma eucarístico, porque es incomprensible, yo les diria : Ciegos, creéis en los fenómenos de la naturaleza sin comprenderlos ; no podéis dar un paso en la tierra, ni llevar vuestras miradas al cielo, ni descender al abismo de vuestro propio corazón sin encontraros con el misterio ¿y queréis andar sobre el órden sobrenatural como en un valle sin alturas ó en un mar sin abismos, como si la religión, por el hecho de establecer relaciones entre el ser limitado y el Ser infinito, no fuese esencialmente misteriosa ?

Dios ha puesto límites á la razón humana, como los puso al mar y al tocar esos límites, debe ella reconocer humildemente su impotencia, diciendo : «Venga otro sol á iluminar los dominios que no me pertenecen». Y ese otro sol es la palabra infalible de Dios que nos dice : Cree y adora.

Os he dicho que el misterio eucarístico es incomprensible, pero no imposible. Si, Señores, es posible para el poder

de Dios que no tiene límites. Y en efecto, si Dios, en virtud de su omnipotencia, pudo llamar á todos los seres de la nada por un mero acto de su voluntad soberana ¿no podrá cambiar una sustancia en otra sustancia ? ¿no podrá aniquilar la sustancia del pan y sustituirla por la sustancia del cuerpo de Cristo ? ¿Le será más difícil transformar lo que existe que crear lo que no existe ?

Si observais, Señores, la naturaleza, veréis á cada paso transformaciones análogas. Si abrís un surco en la tierra, y depositáis en él una semilla, en vano la buscaríais al cabo de poco tiempo ¿Qué se ha hecho ? Se ha transformado en lozana espiga ó en árbol de frondoso ramaje que se carga de flores y de frutos. Y el alimento que nutre y conserva el organismo humano ¿no se transforma en huesos, en carne y en sangre ? Y si estas transformaciones se efectúan mediante el poder de la naturaleza, ¿no podrá verificarse la transformación de la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo mediante el poder de Dios ? Por lo cual yo pregunto al racionalismo : ¿donde está el absurdo ?

Pero, si la *transustanciación* eucarística es posible ¿podrá afirmarse lo mismo de la permanencia del cuerpo íntegro de Cristo en cualquiera partícula de la hostia ? ¿Y por qué no ? Los que creen ver un absurdo en este nuevo prodigio se imaginan que el divino cuerpo se encuentra en la Eucaristía de un modo natural, es decir, á la manera que estuvo en la tierra ó que está en el cielo. Pero no es esto lo que enseña el dogma católico. El dogma católico enseña que Jesucristo se encuentra en la Eucaristía *sustancialmente*, esto es, *á modo de sustancia.* Y vosotros sabéis por la Filosofía que la sustancia de los cuerpos carece de dimensiones, y por consiguiente, no es ni grande ni pequeña : es «una simple unidad», como se expresa Santo Tomas de Aquino. Y así, por ejemplo, toda la sustancia del trigo se halla contenida en un solo grano ; toda la sustancia del agua en una gota de la lluvia ó del

rocio ; toda la sustancia del aire en una burbuja. Y por eso cuando vosotros cogéis un grano, decís sin vacilación : esto es trigo. Si ponéis una gota de la lluvia en el hueco de vuestra mano, decís con la misma seguridad : esto es agua. Y si dividieseis en cien partes ese grano y esa gota, siempre diríais : esto es trígo, esto es agua. ¿Por qué ? Porque la sustancia de los cuerpos no está sujeta á dimensiones ; es la misma en pequeñas ó en grandes proporciones. La sustancia del agua es la misma en la gota de rocio que se anida en el cáliz de una flor que en la inmensidad del océano.

Ahora bien, si la sustancia de los cuerpos carece de dimensiones y puede, por consiguiente, encerrarse en un pequeñísimo espacio ¿por qué la sustancia del cuerpo de Cristo no podría encontrarse íntegra en una mínima parte de la hostia ? Esto es tanto mas posible, cuanto que el divino cuerpo no se encuentra en la Eucaristía con las propiedades naturales de los demás cuerpos, sino á la manera de los espíritus, dotado de una sutileza superior á la de un rayo de luz. Y puesto que el cuerpo de Cristo se encuentra en la hostia á manera de *sustancia*, y no de *cantidad*, es evidente que no ocupa lugar y carece de extensión local, porque la sustancia, como tal, no tiene relación esencial con el lugar ni con los cuerpos que lo rodean.

Pero en la Eucaristia se verifica, además, otro prodigio mayor, á saber : la presencia real del cuerpo de Cristo en muchos lugares á la vez. ¿No habrá en esto un absurdo? No, Señores, porque el divino cuerpo no está en el sacramento al modo que están los demás cuerpos en el espacio, esto es, limitados por otros cuerpos. Está, como dice Santo Tomás, de una manera particular y característica, semejante á como se halla el alma en el cuerpo, esto es, toda entera en cualquiera parte del organismo humano. Este es, sin duda un gran prodigio, pero no un absurdo, ya que nada obsta para que Dios suprima las distancias

en virtud de su poder omnímodo, como en cierto modo las suprimen los maravillosos inventos que llevan la palabra humana á través de mares y continentes.

¿Y no vemos, aún en el órden natural portentos que tienen cierta analogía con el prodigio de la multiplicación del cuerpo de Cristo ? Yo hablo, Señores, y mi palabra llega toda entera á cada uno de vosotros. Suponed que yo poseyese una lengua que fuese comprendida de todos y una voz tan poderosa que pudiese ser oida por los millones de hombres que pueblan la tierra. ¿Qué sucedería ? Sucedería que mi pensamiento sin perder su unidad é integridad se multiplicaría en número igual al de los hombres que oyesen mi palabra. Y bien, lo que una simple criatura puede hacer con su pensamiento ¿no podrá hacerlo la omnipotencia divina con el cuerpo de Cristo ?

Recordad, Señores, el prodigio de la multiplicación de los panes en el desierto. Jesucristo, compadecido de la multitud quo le seguía y que en tres días no había tomado alimento, hizo traer á su presencia cinco panes, que con su bendición se multiplicaron en tal cantidad que bastaron para saciar hasta la hartura á doce mil personas. ¿Qué hizo Jesucristo ? ¿Creó nuevos panes ? No, Señores ; si hubiese querido criarlos, no habría tomado en sus manos los cinco panes, que le presentaron sus apóstoles. Lo que hizo fué multiplicarlos por manera que todos comieran de los cinco panes. Y si Dios, mediante su infinito poder pudo multiplicar el pan material ¿no podrá multiplicar el pan espiritual, es decir, la sustancia del cuerpo del Señor?

II

Mas si la razón nos dice que el dogma eucarístico es posible, porque no es un absurdo, la historia nos enseña que su institución es un hecho comprobado con los más fehacientes testimonios.

Abrid, Señores, el Evangelio, y os encontraréis con una página sublime. Era la víspera de aquel día memorable

en que Jesucristo subió á la cruz para redimir al mundo. Era esa hora, excepcionalmente solemne en la vida del hombre, en que la proximidad de la muerte redobla el amor en los que se van y en los que se quedan y en que el corazón se abre todo entero para derramar sin medida las efusiones de su ternura. Era la hora de los tristes adioses, de las donaciones generosas, de la última expresión de la voluntad ; hora en que ningún labio miente y en que todo corazón es sincero.

Jesucristo se encontraba en ese momento solemne de la vida humana : sólo unas cuantas horas le separaban de la muerte. Caían sobre Jerusalén las primeras sombras del crepúsculo, cuando el Salvador se congregaba con sus discípulos en el Cenáculo para celebrar por última vez la pascua judáica. Terminados los ritos de esta solemnidad legal, toma en sus venerables manos un pan, lo bendice, lo parte y lo distribuye entre sus discípulos, diciéndoles : *Tomad y comed : este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.* Toma en seguida el cáliz, lo bendice y lo da á sus discípulos, diciéndoles : *Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de sus pecados.*

He aquí, Señores, creado con una palabra el sacerdocio eterno y el eterno sacrificio. ¡Qué autoridad y qué simplicidad para instituir el más augusto de nuestros misterios ! La misma voz que dijo á Lázaro : «Sal de la tumba ;» la misma que dijo al paralítico : «Levántate y anda ;» la misma que dijo á la mujer que tocó la fimbria de su manto : «Estás sana,» dijo con la misma autoridad y con igual eficacia : «Este es mi cuerpo ; esta es mi sangre.»

¿Quién no palpa en esta escena la obra de Dios ? ¿quién no siente la autoridad soberana que manda con la seguridad de ser obedecida ? ¿quién no ve en ese laconismo maravilloso que el que habla es aquel mismo Señor omnipotente que iluminó el caos con esta palabra : «Sea la luz»?

Y en vano el protestantismo pretende desvirtuar esta maravilla del amor y del poder de Jesucristo, afirmando que no instituyó un sacramento, sino un signo, una imágen, un símbolo de su cuerpo y de su sangre. En vano porque si tal fué la intención de Jesucristo ¿por qué no lo dijo ? ¿Por qué, en vez de decir : este es un signo, una imágen, un símbolo de mi cuerpo, dijo sin explicación ni atenuación alguna : «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre »? Y como si hubiese querido alejar toda duda, agregó : «Este cuerpo es el mismo que va á ser entregado por vosotros ;» esta sangre es la misma que va á ser derramada por vosotros y por muchos.» Y luego ¿quién no comprende que Jesucristo hubiera obrado de un modo inconveniente si en un asunto de tanta trascendencia se hubiese expresado de una manera anfibológica, obscura y ocasionada á contrarias interpretaciones ? Sabía al instituir este augusto sacramento que vendría un tiempo en que la heregía había de empeñarse en tergiversar sus palabras y por eso en ninguna ocasión sus expresiones habían sido tan netas, tan claras, tan precisas, tan concordantes con los términos que había anunciado á sus apóstoles la institución de este sacramento : «Yo soy el verdadero pan bajado del cielo, les había dicho ; si alguno come de este pan vivirá eternamente.» «El pan que yo os daré es mi carne que será entregada por la vida del mundo.»

Son tan claras las palabras de la institución que Melanctón, uno de los corifeos de la Reforma, ha dicho : «Estas palabras tienen la claridad del relámpago y el espíritu aterrado no tiene nada que objetar.» Y por eso el mismo Lutero, después de haber hecho los mayores esfuerzos por dar otra interpretación al Evangelio, concluye por decir que para negar este dogma sería necesario negar la Escritura misma.

Señores : el Evangelio, la más verídica de las historias, atestigua que Jesucristo instituyó la Eucaristía en un día memorable ; y las demás historias afirman que la

humanidad ha creido en la Eucaristia con una fé invencible y profunda ; la historia nos atestigua que los primeros cristianos se ocultaron durante tres siglos en el silencio de las catacumbas para celebrar los divinos misterios y sustraerlos á las profanaciones del paganismo ; la historia nos enseña que los primeros Césares cristianos sacaron el pan eucarístico de las cavidades obscuras de la tierra para rendirle adoración á la luz del día en suntuosas basílicas edificadas sobre las ruinas de los templos paganos ; la historia nos dice que las artes han agotado sus primores para embellecer esos asilos hospitalarios levantados en cada pueblo para dar sombra y abrigo al Dios eucarístico ; que la arquitectura ha variado y regenerado sus estilos para dar expresión más adecuada á las inspiraciones de la fé en la Eucaristia ; que la pintura ha encontrado en su paleta colores desconocidos para reflejar en la tela los sentimientos que inspira este misterio ; que la poesía y la música han cantado á la par el amor eucarístico en notas que parecen emanadas del cielo.

Sí, Señores, la historia atestigua de mil maneras que la humanidad ha creido en ese pan divino, que ha hecho de él su alimento espiritual, que lo ha adorado, que lo ha llevado en triunfo y que le ha impreso con sus homenajes un sello tal de majestad que el incrédulo mismo se descubre en su presencia, y que el impío cree cometer el último de los crímenes cuando profana esa blanca hostia, porque cree cometer un atentado contra la persona misma de Dios.

Entrad, Señores, en un templo católico en la hora de la adoración ó del sacrificio, y ved esa multitud silenciosa y recogida, esas frentes que se inclinan, esas rodillas que se doblan, esos labios que murmuran plegarias, esos ojos clavados en el altar. ¿Quién inspira todo eso ? ¿quién hace inclinarse esas frentes, doblarse esas rodillas, abrirse esos labios ? La fé en la Eucaristia. Y los cirios que arden, los incensarios que humean, las flores arrancadas á los jardines, las campanas que lanzan al aire alegres tañidos,

los órganos, que derraman cascadas de armonía ¿no están diciendo en su lenguaje mudo. : *Ecce Deus ;* Dios está aquí ?

Y ¿cuál es esta humanidad que ha creido? ¿Son por ventura hordas de bárbaros perdidas en estepas desconocidas ? ¿Son sociedades degradadas por los vicios ó sepultadas en la ignorancia ? No, Señores : la humanidad que ha creido en la Eucaristia, es la humanidad cristiana, es decir, la más noble, la más fuerte, la más virtuosa, la más ilustrada. Son las naciones más cultas, los monarcas más grandes, los sabios más eminentes, los artistas más célebres ; son los millones de santos que han asombrado al mundo con sus virtudes heroicas ; los innumerables mártires que se lanzaban á los tormentos con los labios húmedos en la sangre eucarística ; los pobladores de los desiertos y de los claustros que han dado á la tierra el espectáculo de una vida de ángeles.

Y bien ¿cómo se explica que la humanidad haya creido en un misterio incomprensible? ¿Cómo se explica que tantas poderosas inteligencias, acostumbradas á investigar la razón de todas las cosas, se hayan inclinado reverentes delante de un dogma inaccesible á la razón humana ? Esta fé de la humanidad sólo tiene una explicación racional; y es que la Eucaristía es una institución divina, porque sólo Dios podía triunfar de la rebelde razón humana, induciéndola á aceptar una verdad incomprensible ; sólo Dios podía triunfar del corazón humano, que sólo ama lo que ve, haciéndose adorar y amar bajo los velos del misterio ; sólo Dios ha podido persuadir á la humanidad de que en la hostia consagrada se encierra el divino alimento que mantiene la vida del alma, al modo que el pan terrestre y corruptible mantiene la vida del cuerpo.

Por otra parte, si la Eucaristía fuese una invención humana, no sería, como es, un misterio incomprensible, porque el hombre es absolutamente incapaz de inventar lo que no comprende. Imaginad una obra humana cual-

quiera: si vosotros la comprendéis, otros la comprenderán también; y basta que algunos la comprendan para asegurar que es comprensible. Pero la Eucaristia es de todo punto incomprensible, aún para las inteligencias más privilegiadas; y en veinte siglos que se la estudia, no se ha presentado aún un solo hombre que haya podido decir: «He sondeado é iluminado el abismo.»

Por lo cual, si una obra existe apesar de las impenetrables sombras que la envuelven, hemos de creer que procede de una inteligencia superior á la del hombre; hemos de creer que Dios es su autor. Pues bien, la Eucaristía existe desde el origen del cristianismo; ha atravesado las edades agrupando en torno suyo á millares y millones de almas. Existe y es incomprensible. Rodeada de augustas tinieblas, la fé del mundo la proclama como un hecho tan evidente como la existencia del sol en el mundo planetario.

Si la Eucaristía no fuese una institución divina ¿cómo se explicaría que Dios hubiese permitido que la flor de la humanidad hubiese estado rindiendo culto idolátrico á un pedazo de pan? ¿Quién ignora que la idolatria es el crimen que más ofende su santidad y que más provoca su justicia? El, que castigaba con inusitado rigor la idolatría en el pueblo de Israel, su pueblo escogido; que abismó el mundo idólatra en aquel piélago de sangre y de lágrimas abierto por los bárbaros, destructores del imperio romano ¿habría soportado en silencio la universal idolatría del mundo cristiano? ¿Habría permitido que las almas que le son más fieles, que las almas que lo aman, que lo sirven, que se sacrifican por El, que los santos, los mártires, las vírgenes viviesen en un error perpetuo, haciéndole la injuria atroz de adorar como Dios á un pedazo de pan? Y lo que seria más inexplicable aun ¿consentiría que ese injurioso error, que esa perpetua idolatría, fuese origen fecundo é inagotable de las virtudes más heroicas? Si asi fuese, deberíamos creer que son igual-

mente aceptables ante sus ojos la verdad y el error, el crímen y la virtud, el amor y la injuria. Y puesto que esta suposición es absurda, porque anonadaría á Dios mismo, es forzoso convenir en que la Eucaristía es obra divina.

Dios ha querido, Señores, venir en auxilio de nuestra fé, confirmando con estupendos prodigios la verdad de la presencia real. Llenas están las vidas de los santos y los anales eclesiásticos de maravillas obradas por la Eucaristía : ya son curaciones milagrosas, ya almas santas que han vivido mucho tiempo sin más alimento que el pan eucarístico ; ya castigos palpables impuestos á los profanadores de los santos misterios ; ya apariciones de Jesucristo en forma visible en las especies sacramentales. Yo no pretendo, Señores, que estos hechos sean creidos con fé divina como verdades reveladas ; pero ellos están revestidos de tales caracteres de veracidad histórica, que para dudar de su efectividad sería necesario desconfiar de todo testimonio humano.

Permitidme terminar esta conferencia con el recuerdo de uno de esos hechos maravillosos, de un hecho confirmado por las bulas de tres Papas y que se conmemora hasta hoy en Francia con un aniversario solemne.

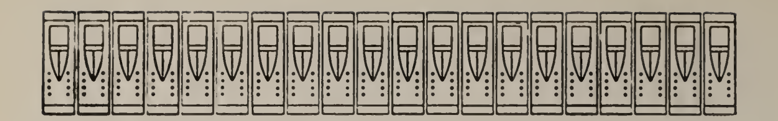
Era el año de 1290 bajo el reinado de Felipe el Hermoso. En esa época residía en Paris un judío llamado Jonatás, que vivía de la usura y se distinguía por un odio satánico á la Religión. Una pobre mujer apremiada por las deudas y como medio de librarse de la insaciable codicia del usurero, consintió en llevarle la hostia consagrada que debía recibir en la mesa santa. La mujer cumplió su palabra y puso en manos del judío una hostia consagrada.

El judío la contempla con ojos centellantes de ira : hubiera querido que se mostrase en ella la vida para quitársela con toda la inhumana crueldad que inspira el furor. Pero á lo menos siente la complacencia de poder destruirla y anonadarla y para eso la horada en varias partes con un instrumento cortante. Mas ¡ oh prodigio !

hilos de sangre fresca se desprenden de la sagrada hostia, como de una herida recien abierta. El sacrílego más y más enfurecido, la clava en el muro; á medida que redobla sus golpes, la sangre corre en mas abundancia. Arrójala al fuego, y la hostia revolotea en torno de las llamas. Sumérgela en una caldera de agua hirviente, y la hostia vuelve á subir tranquila al espacio. Mírala el judío con ojos enfurecidos, sintiendo la inutilidad de sus esfuerzos y ve estampada en ella la imagen de Jesús Crucificado el cual fija en el sacrílego una mirada á la vez triste y severa, como si quisiera decirle: ¡Desgraciado! ¿por qué me hieres? Y el judio, no pudiendo soportar esa mirada, huye aterrado como si sintiera sobre sí el peso de la cólera divina.

Uno de los hijos de éste, testigo ocular de aquella escena, sale á la calle diciendo á voces á las gentes que pasaban: «No vayáis á la iglesia, porque vuestro Dios no está allí: mi padre acaba de darle muerte.» Al oir tan extraña noticia, entran muchas personas en la casa, y ven á la hostia martirizada flotando en el aire y después de un momento, la ven descender lentamente para posarse en un vaso que una mujer llevaba en sus manos. Conducida á la iglesia más próxima, se conservó allí intacta durante cuatrocientos años.

Así acude Dios, á veces, en auxilio de nuestra fé; así nos hace palpar la realidad del más grande prodigio con que su amor nos ha favorecido. Nos manda que creamos en su palabra, aunque nos revele misterios incomprensibles; pero al mismo tiempo ayuda nuestra incredulidad, premia el acto humilde de nuestra fé y nos hacer sentir en este inefable sacramento las dulzuras de su real presencia.



DECIMANOVENA CONFERENCIA.

EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO.

Señores :

Todas las religiones que han existido en el mundo han sentido la necesidad de la *expiación* y han creido que era el *sacrificio* la mejor manera de satisfacer esta necesidad. Consultad á la historia, y ella os dirá que desde el Edén hasta el Calvario las inmolaciones sangrientas se han sucedido sin interrupción en todos los altares del mundo ; que en todas partes se han sacrificado víctimas inocentes para obtener el perdón de los culpables; que en todos los lugares de la tierra las hecatombes se multiplican al filo del cuchillo sacerdotal. La historia nos dice que esta necesidad de la expiación por medio del sacrificio llegó en el mundo antiguo hasta el increible extravio de sustituir la sangre de los animales por la sangre humana, pidiendo su sangre inmaculada á la juventud, á la belleza, á todas las gracias de la edad y de la vida para que fuese un rescate más completo de la culpa. La poesía ha cantado el sacrificio de Ifigenia y la historia recuerda á los tres Decios, inmolados en los altares de los dioses por salvar á la patria.

Y bien ¿qué dice á nuestra razón este hecho universal y perpetuo del sacrificio? ¿Qué nos dicen esos sollozos sin fin, esos estertores de agonía que claman misericordia, prolongados durante cuatro mil años en todos los altares de la

tierra ? Ese hecho nos dice, hasta en sus condenables extravíos, que el sacrificio es una necesidad del alma humana, que sintiéndose culpable, quiere alejar de sí la cólera del cielo por medio de la efusión de la sangre. Ese hecho nos dice que la humanidad ha recorrido su penosa jornada desde el Edén hasta el Calvario agitada por un gran temor y alentada por una consoladora esperanza : el temor del castigo y la esperanza de su rehabilitación. Y á fin de aplacar la justicia y atraer la clemencia, ha levantado incesantemente al cielo el clamor dolorido de la sangre derramada á torrentes en el ara del sacrificio. Y por eso el mismo Voltaire, abrumado por la evidencia del hecho, ha debido confesar, que « entre tantas y tan distintas religiones, no hay ninguna que no haya tenido por objeto principal la expiación ; porque el hombre ha reconocido siempre que tenía necesidad de la clemencia. »

Siendo la expiación el carácter común de todas las religiones, ¿podría faltarle á la verdadera ? La religión por excelencia, la religión divina ¿podría carecer del sacrificio, forma universal de la expiación, base y esencia del culto rendido á la Divinidad y expresión magnífica de la dependencia del hombre y de la soberanía de Dios ? No, Señores, no podía faltar á la religión de Jesucristo el medio de satisfacer cumplidamente una de las aspiraciones más vehementes de la conciencia humana, la expiación por el sacrificio. Y puesto que en esta religión todo es divino, ella tiene un sacrificio también divino ; un sacrificio que corresponde maravillosamente á la doble idea de la caida del hombre y de su rehabilitación por el dolor ; un sacrificio que, entre todas las formas de expiación, presenta la única conforme á la miseria del hombre culpable y á la grandeza de Dios ofendido. Este sacrificio es el sacrificio eucarístico, renovación incesante del sacrificio de la cruz, de donde procede la salvación del mundo. Permitidme, Señores, presentar á vuestra consideración esta obra maravillosa de amor y de misericordia.

I.

El pecado del primer hombre abrió entre Dios y la humanidad un abismo casi infinito. ¿Y quién podrá salvar ese abismo ? ¿El hombre ? Privado de la gracia y de la amistad divina, el hombre era como un muerto, incapaz de recobrar la vida por sí mismo. Y por eso al sentirse culpable, su primer movimiento es ocultarse, como si quisiera sustraerse á la vista del Dios ofendido. Ve en torno suyo un cúmulo de ruinas, espera por momentos que estalle sobre su cabeza la cólera del cielo, siente que su pasada felicidad se ha desvanecido como una sombra y sabe que siendo su culpa infinita como la Majestad ofendida, es absolutamente impotente para desagraviar á Dios y librarse de los rayos de su justicia.

Mas, á la vista de tanta desgracia, brota en el seno de la bondad divina un sentimiento de infinita compasión y, más tierna que el corazón de una madre, se inclina la misericordia hacia la miseria del hombre, y una esperanza de redención ilumina con luz de aurora el horizonte obscurecido por la culpa.

¿Y de dónde venía esa esperanza ? Venía de un sacrificio que había de consumarse en la plenitud de los tiempos ; de un sacrificio en que el Hijo de Dios, revestido de carne pasible y mortal, se inmolaría por el hombre culpable y pagaría con su sangre la deuda contraida con la justicia divina. Y llegó un día en que ese sacrificio se consumó en el Calvario, corriendo á torrentes la sangre redentora. El hombre suspiraba por su reconciliación con Dios ; buscaba el perdón de sus pecados, la devolución del cielo perdido y los santos goces de la amistad divina que le habían sido arrebatados. Y todo le fué devuelto por este sacrificio : no habría ni más cólera en el cielo, ni pecados irremisibles en la tierra. La santa víctima no excluyó á nadie de su sacrificio : con sus brazos extendidos en la cruz abrazó á la humanidad entera, desde el viejo Adán hasta el último descendiente de su raza.

Y bien, Señores, este gran sacrificio, este sacrificio que ha salvado y regenerado al mundo, ¿quedaría condenado á vivir sólo como un recuerdo en las páginas indiferentes y frías de la historia ? Vosotros sabéis que una de las más grandes miserias del corazón humano es la facilidad con que olvida ; vosotros sabéis que hasta los afectos que el corazón cree eternos se desvanecen con los años. Otras impresiones, otros amores, otros goces ocupan el lugar de los primeros, y al fin se extingue hasta el recuerdo.Los pueblos mismos parecen tener conciencia de esta debilidad humana y por eso, cuando son actores ó testigos de algún gran acontecimiento nacional, se apresuran á perpetuar su memoria en algún monumento que resista á los estragos del olvido.

Pues bien, por prodigioso que haya sido el sacrificio de la cruz, por trascendentales que hayan sido sus resultados ¿habría estado exento de esta triste ley del olvido ? ¿Hubiera resistido su memoria á la indiferencia de los siglos ? Á juzgar por lo que pasa hoy mismo á un gran número, la respuesta no puede ser dudosa. Y sin embargo, el vivo y perenne recuerdo de ese sacrificio de valor infinito era necesario para la gloria de Dios y para la salud de las almas.

Dios, Señores, no trabaja para un día : sus obras son perpetuas. ¿Y sería razonable que la más excelente de las obras divinas hubiese tenido por duración un día? Es verdad que la Víctima del Calvario no necesitó morir más que una vez, porque el precio de una sola muerte era bastante para satisfacer á la justicia infinita. Pero si los sufrimientos de Jesucristo tuvieron un término, el amor que aceptó esos sufrimientos no tiene límites. Ese amor vive y subsiste de continuo en el corazón divino con el mismo ardor con que se sacrificó en la cruz ; y es grato al verdadero amor sacrificarse por quien ama.

¿Qué hará, pues, Jesucristo ? Hizo lo que más cumplía á su infinita sabiduría y á su infinito amor : instituyó el sacrificio eucarístico, reproducción perpetua y universal del sa-

crificio de la cruz. En la noche de la última Cena, en los momentos en que iba á entregarse en poder de sus enemigos para morir, toma en sus manos el pan y dice á sus discípulos : *Este es mi cuerpo, el mismo que será entregado por vosotros ;* y tomando el cáliz, agrega : *Esta es mi sangre, la misma que será derramada por vosotros y por muchos.* Y con un ademán de imperioso mandato, añade : *Esto, que yo acabo de hacer, hacedlo también vosotros en memoria mía ; y cada vez que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, representaréis la muerte de vuestro Señor hasta que venga.* Que es como si dijese : Este sacrificio verificado por mí, será continuado por vosotros y por vuestros sucesores hasta la consumación de los siglos, como una representación sensible de mi muerte.

Hé aquí, Señores, instituido el augusto sacrificio del altar. Es un verdadero sacrificio, porque consagrando separadamente el pan y el vino, y poniendo directamente su cuerpo bajo los accidentes del pan, y su sangre bajo las accidentes del vino, Jesucristo separa su sangre de su cuerpo ; y vosotros sabéis que la inmolación no es otra cosa que la separación de la sangre del cuerpo de la víctima. Este sacrificio es sustancialmente el mismo de la cruz, porque en la cruz y en el altar el mismo sacerdote sacrifica la misma víctima. En la cruz y en el altar Jesucristo, Sumo Sacerdote, se ofrece á Sí mismo como víctima á su Eterno Padre. Y por eso, al instituir este sacrificio, dijo á sus apóstoles : « Esto es mi cuerpo, el mismo que será entregado por vosotros ; esta es mi sangre, la misma que será derramada por vosotros. » En el Calvario y en el altar se inmola, pues, un mismo cuerpo y se derrama una misma sangre.

Estos dos sacrificios sólo difieren en cuanto al modo : en el Calvario, Jesucristo murió naturalmente, es decir, por la separación del cuerpo y del alma; en el altar Jesucristo, impasible y glorioso, se ofrece por una muerte mística y no sangrienta. En la Cruz ofreció su muerte presente ; en el altar ofrece su muerte pasada. En la cruz Jesucristo se ofreció directamente ; en el altar se ofrece por medio de

sus ministros. En el Calvario mereció por su sacrificio todas las gracias que quería conceder á los hombres en toda la duración de los siglos ; en el altar aplica á cada uno de los hombres los méritos y satisfacciones de su muerte.

Este sacrificio es, pues, sustancialmente el mismo sacrificio de la cruz, sin cesar renovado y perpetuado. Cuando asistimos á este sacrificio se reproduce ante nuestros ojos aquella inmolación del Calvario que consternó al mundo, que produjo tinieblas en el cielo y desmayos en la tierra. Jesucristo está ahí ; ahí está su cuerpo ; ahí está su sangre ; ahí está humillado y anonadado más que en la cruz. En la cruz conservaba, al menos, su forma humana ; en el altar oculta hasta su humanidad. En la cruz era víctima visible, se contaban sus llagas, se veía destilar su sangre y al morir lanza un grito que denunciaba la cercanía de la hora suprema ; pero en la Hostía no hay ni apariencia de vida, ni acción, ni llagas, ni gemidos; sólo ven nuestros ojos corporales el pan y el vino, que una palabra creadora ha convertido en el cuerpo y sangre de la Víctima divina.

Y ¿por qué tanta humillación ? Porque es víctima, y lo propio del estado de víctima es la humillación y el sufrimiento; porque, como tal, debe confesar el soberano dominio de Dios y la absoluta dependencia de toda criatura, y porque por medio de este anonadamiento se realiza de una manera perfecta la idea del sacrificio. La gloria y la magnificencia no nos darían la idea de una víctima que se sacrifica y muere, porque á la idea de víctima va siempre unida la idea del dolor y el dolor es siempre triste. Por eso Aquel que ilumina el cielo con su presencia ; Aquel que ocupa allí un trono de incomprensible gloria ; Aquel que es la inefable delicia de los ángeles y de los santos, se humilla y anonada en el altar. Es la Luz y nuestros ojos no ven mas que tinieblas ; es la Belleza suma y aparece menos bello que la flor del campo ; es la inmensidad y se encierra en una partícula de pan ; es Rey omnipotente y se entrega cautivo y sin defensa en manos de sus propias criaturas ; es la Vida, en fin.

y ahí está como un muerto envuelto en el sudario de las especies sacramentales.

Entraba en los designios de la Providencia que los frutos de su muerte fuesen aplicados hasta el fin de los siglos á las necesidades de cada pueblo, de cada familia, de cada hombre ; y para eso instituyó el sacrificio del altar como una última y suprema prueba de su ternura. ¡Qué grande, qué augusto es este sacrificio! Pero al mismo tiempo ¡qué divina simplicidad ! Un pan, un poco de vino y unas cuantas palabras pronunciadas en secreto por un hombre revestido de divinos poderes : hé ahí todo. ¿Y cómo dudar de este prodigio, aunque se envuelva en las sombras de impenetrable misterio? Sabemos que el que lo ejecuta es el mismo que dijo un día : Hágase la luz y la luz derramó sus claridades en el caos ; el mismo que dijo á las criaturas salidas de su mano : « Creced y multiplicaos » y se han multiplicado hasta llenar la tierra ; el mismo que mandó tantas veces á la muerte que abandonase su presa y la muerte obedeció á su mandato. Esa misma palabra omnipotente es la que transforma el pan en su cuerpo y el vino en su sangre. ¿Quién hubiera podido inventar este prodigio ? ¿Quién, si no Dios mismo, habría podido dar tanta eficacia á la palabra humana ? Y si el sacrificio existe, si ese sacrificio ha llegado á ser el centro de la Iglesia y el objeto preferido de la adoración del mundo , ¿cómo se explicaría su realidad inefable, si no fuese obra de Dios ? ¿De dónde procedería ? ¿Del hombre ? Pero el hombre es incapaz de inventar lo que no comprende. Si su autor no fuese Dios, se vería en el mundo un efecto sin causa.

II.

Todo sacrificio tiene por su naturaleza cuatro fines, á saber: la adoración que honra á Dios como á soberano Señor ; la acción de gracias como á Bienhechor universal ; la expiación que apacigua su cólera, y la súplica que implora de su bondad los favores que nuestras necesidades reclaman.

Estos cuatro fines se cumplen de una manera perfecta en el adorable sacrificio del altar.

El primer deber de toda criatura es el reconocimiento de Dios como principio de donde todo emana, como Soberano absoluto á quien todo pertenece, y como fin último al cual todo se endereza. Este reconocimiento de nuestra entera dependencia y de nuestra profunda miseria honra á la Majestad divina y constituye la adoración. Pero, ¿cómo podria el hombre pequeño y miserable cumplir dignamente con este deber ? ¿Qué valen los homenajes de las simples criaturas con relación á la grandeza infinita de Dios ? Nosotros, que en comparación con la Majestad soberana somos menos que polvo, ¿podríamos procurarle una gloria correspondiente á sus perfecciones infinitas ? No, Señores : á un Ser infinito corresponde una gloria infinita. ¿Y quién pudiera darle esa gloria ? ¡Angeles y hombres, cielo y tierra, animales y plantas, mares, ríos y montañas, caed de rodillas y entonad todos juntos el himno de la alabanza ! ¡Grato y melodioso llegará vuestro cántico á los oidos de Dios ; pero sois criaturas finitas y Él merece una alabanza que modulen los labios de un Ser infinito ! ¿Quién será, pues, ese Ser que rinda á Dios una adoración de valor infinito ? ¡Oh Jesús, Dios y Hombre juntamente, Vos sois el único que podéis tributar á Dios homenajes dignos de Él ; homenajes del hombre valorados por los méritos de Dios ! Venid, pues, y sacrificaos y la sangre que ha de regar el ara del altar dará á Dios toda la gloria que exige su grandeza ! En el altar el Ser que adora es tan grande como el Ser adorado.

La Iglesia, por su parte, se empeña en añadir á este sacrificio de alabanza la gloria externa que es posible dentro de nuestros recursos. Y por eso el altar es el punto céntrico á donde todo converge en nuestros templos : para darle sombra y abrigo se levanta en el espacio la imponente nave ; para iluminarlo se le forma un cortejo de cirios de ondulante llama que parecen llevar al cielo los ardores de las almas amantes ; para embellecerlo se piden flores á los verjeles,

para perfumarlo se quena el incienso que sube en espirales esparciendo aromas ; y la campana anuncia la hora del sacrificio y millares de almas vienen á unir sus adoraciones á la de la santa Víctima. Y un hombre revestido de simbólicas vestiduras sube recogido y silencioso las gradas del altar para sacrificar con la espada de la palabra la Víctima que se entrega en sus manos como manso é indefenso Cordero, en tanto que toda frente se inclina, toda rodilla se dobla y los labios modulan plegarias y el órgano se derrama en ondas de armonía.

La Iglesia procura por todos los medios posibles corresponder á los abatimientos voluntarios de Jesús Hostia con homenajes de glorificación. Quiere que el sepulcro de la Hostia, semejante al de la Resurrección, sea un sepulcro glorioso ; y ya que el Rey del cielo quiere vivir oculto bajo la tumba de las especies sacramentales, ella procura que se le reconozca por medio de las magnificencias del culto externo. Y si Jesucristo ha multiplicado los milagros para hacerse pequeño, las almas amantes multiplican los homenajes para proclamar su grandeza.

Con este fin la Iglesia ha impuesto á todos sus hijos la grave obligación de asistir al augusto sacrificio los días festivos consagrados á Dios. Y en esos días benditos resuenan las campanas de los templos llamando á los fieles á congregarse al pie de los altares y aquellos alegres tañidos se oyen á lo lejos como la voz de la Religión que llama en nombre del cielo. Y las ciudades y los campos se regocijan y animados grupos recorren los senderos solitarios, luciendo sus trajes de fiesta y con la alegria pintada en sus semblantes. Van en alas de la fe y del amor á cumplir con el más grato deber del corazón agradecido, el de glorificar á su insigne Bienhechor.

El segundo fin del sacrificio es la acción de gracias. Todo lo que hay en el hombre lo ha recibido de Dios. Su mano ha sido tan pródiga de beneficios que sería imposible contar su número y apreciar su valor. No existimos sino por Él, no vi-

vimos sino por Él, no somos felices sino por Él, no nos salvaremos sino por Él. Y todo beneficio impone como un deber sagrado la gratitud y la acción de gracias ; y nada hay tan abominable en el mundo como el corazón ingrato que no reconoce el beneficio ni sabe agradecerlo. Esos corazones alejan de sí la mano bienhechora y pierden el derecho á ser socorridos.

Y bien, ¿cómo podrémos dar á Dios acciones de gracias correspondientes al número y grandeza de sus beneficios? Aunque nuestro corazón no hiciese otra cosa que agradecer y amar, nunca nuestra gratitud estaría á la altura de los beneficios divinos. Pero Jesucristo, sacrificándose en el altar, suple á nuestra insuficiencia con sus acciones de gracias, que por ser suyas tienen un valor correspondiente á las divinas larguezas. Ofreciendo á Dios el cáliz de salud y la víctima de la cruz, podemos pagarle la deuda inmensa contraida con nuestro Bienhechor. No preguntemos ya como el Salmista : « ¿Qué daré á Dios por todo lo que me ha dado ? » Dándole á su propio Hijo, le damos tanto cuanto hemos recibido de su mano. Y puesto que todos los bienes nos han venido del cielo por Jesús, es justo que la gratitud suba al cielo por el mismo camino.

Si la infinita liberalidad de Dios nos impone el deber del reconocimiento, la justicia de Dios nos impone el deber de la expiación. ¿Quién hay que no se reconozca culpable de muchas ofensas contra la Majestad divina ? Cuando volvemos los ojos á los años trascurridos de nuestra vida, vemos con espanto la triste historia de nuestros mortales desfallecimientos. Nuestros pecados están ahí en la presencia de Dios, provocando su eterna cólera. ¿Bastarán nuestras satisfacciones, tan pobres y mesquinas, para aplacarla ? ¡Ah ! no, Señores ; pero ahí está el Cordero sin mancha que borra los pecados del mundo ; ahí está la Víctima que ha echado sobre sí el fardo de nuestras culpas y que se ofrece de nuevo en sacrificio para expiarlas con su sangre. Y Dios, en vista de esa sangre expiatoria ; en vista de los méritos infinitos

del sacrificador y de la víctima, apaga el rayo de su justicia ; su cólera se apacigua y vuelve á asomar en sus labios la sonrisa de la clemencia.

Hé ahí el secreto de la misericordia de Dios para con el mundo bajo el imperio de la ley de gracia. En los tiempos que precedieron á la inmolación del Calvario, el castigo seguía á la culpa y la justicia pesaba con mano de hierro sobre los culpables. Hoy la justicia se deja desarmar fácilmente por la misericordia y cae más blanda sobre los culpables. Y sin embargo, la tierra está hoy tan manchada de iniquidades como en los días en que fué anegada en las aguas del diluvio. Desde aquella noche de la Cena, el torrente cenagoso va atravesando los siglos, engrosado sin cesar por las prevaricaciones de los hombres y de los pueblos. Muchos diluvios hubieran podido anegar al mundo en sus aguas ; pero hay una fuerza oculta que detiene el brazo de la justicia ; hay una voz que puede más que los ecos de la blasfemia : es la fuerza propiciatoria del sacrificio eucarístico ; es la voz suplicante de la Víctima santa que sube cada día desde millones de altares, repitiendo en el silencio de nuestros santuarios : *Ecce venio :* héme aquí, Padre mío ; héme aquí para desarmar vuestra justicia.

Es verdad que el sacrificio de la Misa no perdona directamente los pecados, como lo hacen el bautismo y la penitencia ; pero es cierto también que obtiene gracias actuales que preparan á las almas para la reconciliación y que remite la pena debida por los pecados ya perdonados y este fruto de satisfacción es inherente al sacrificio.

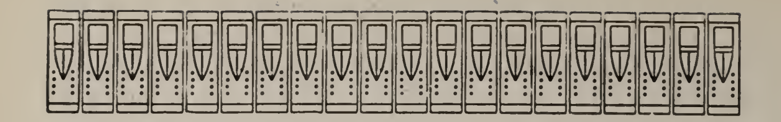
Este sacrificio abre, por último, la fuente inagotable de las liberalidades divinas. Es la grande oración de la Iglesia, soberanamente eficaz, ya se la considere en Jesucristo que ora por nosotros, ya en nosotros mismos que oramos unidos á Jesucristo. Vosotros sabéis que Jesus será siempre oído ; y nosotros seremos también oidos, porque en el altar nuestra oración pasa por los labios de Jesucristo, y es una misma oración. Dios contempla á su Hijo abatido y anonadado

para reparar su gloria ; y nosotros, presentándole la más agradable ofrenda, adquirimos el derecho de ser mirados con complacencia por el dueño soberano de todos los bienes.

Pidamos, pues, al pie del altar todo lo que nos interesa en el tiempo y en la eternidad ; pidamos sin medida, porque el sacrificio es de un valor infinito ; es un tesoro tan grande como el mismo Dios. Por lo mismo, asistamos á él con frecuencia y con fervor, porque, aunque su mérito es infinito, su aplicación á nosotros es proporcionada á nuestras disposiciones interiores. Cuanto más purificadas estén nuestras almas por la penitencia y desprendidas de sí mismas por la abnegación, ennoblecidas por el sacrificio y dilatadas por el amor, tanto más abundantes serán los bienes que obtendremos del incruento sacrificio. Los que necesitan luz, los que se sienten faltos de fuerza, los que buscan consuelos, los que gimen bajo el peso de sus culpas, al pie del altar lo hallarán todo.

Tal es, Señores, el augusto sacrificio de nuestros altares : memoria perpetua y renovación incesante del sacrificio de la cruz : un Dios que adora, un Dios que da gracias, un Dios que apacigua, un Dios que implora.





VIGESIMA CONFERENCIA.

LA IGLESIA CATOLICA.

Iltmo. Señor (1).

Señores :

Hay en la historia del mundo un hecho tan culminante que se impone necesariamente á la consideración de todo observador atento. Este hecho es la existencia de esa sociedad espiritual, que cuenta ya con veinte siglos de fecunda vida, en que se congregan mi lones de hombres unidos por la misma fe, alentados por unas mismas esperanzas y obedientes á una misma autoridad ; de esa sociedad que carece de límites en el espacio, que se ríe del tiempo y sus estragos, que tiene adeptos en todas las comarcas de la tierra, que reune en su seno á todas las clases sociales, desde el poderoso monarca cuya voz obedecen las naciones, hasta el humilde aldeano que vive y muere en el olvido ; de esa sociedad, en fin, que va extendiéndose por el mundo á través de los pueblos que desaparecen, de las edades que se renuevan, de los imperios que se derrumban, sin darse cuenta, al parecer, del movimiento de los siglos y del torbellino de las revoluciones que cambian la faz del universo.

¡Qué asunto tan digno de las meditaciones del sabio, contemplar esa nave que en marcha augusta y solemne, va

(1) El Ilmo. y Rdvmo. señor Don Juan Ignacio González, Arzobispo de Santiago de Chile.

atravesando el mar de los tiempos por entre escollos y tempestades sin naufragar jamás !

¿Y qué sociedad es esa, que no tiene semejante en los anales del mundo ?

Esa sociedad tiene un nombre: se llama la Iglesia Católica.

Cuando nos encontramos en presencia de alguna grande obra, de esas que arrebatan nuestra admiración por su magnitud ó por su hermosura, lo primero que ocurre á nuestra mente es preguntar: ¿quién es su autor? Es también lo primero que ocurre investigar cuando se considera la Iglesia Católica : ¿es obra humana ó es obra divina ?

Cuestión gravísima, Señores, porque si la Iglesia es una institución humana, podemos prescindir de ella en nuestro viaje á la eternidad. Pero si es una obra divina, debemos entrar en ella como en la única arca salvadora en que podemos arribar á las playas eternas.

Si interrogamos al racionalismo, oiremos de sus labios esta respuesta : La Iglesia Católica es una institución puramente humana, que ha nacido, que se ha desarrollado y que se mantiene en virtud de las leyes naturales por las cuales se rigen todas las sociedades humanas. Yo vengo á demostrar que el racionalismo se engaña profundamente ; vengo á demostrar que la Iglesia es una institución fundada por Dios : primeramente, porque su creación es un hecho histórico que consta en el Evangelio ; segundo, porque su institución era reclamada como una necesidad según el plan de la Divina Providencia en orden á la salvación de los hombres y; finalmente, porque ostenta el sello divino del milagro en su nacimiento, en su desarrollo y en su subsistencia.

I.

El carácter propio de las obras divinas es la perpetuidad, porque Dios, eterno por esencia, no acostumbra trabajar para un día. Mirad la creación : siempre igual en sus elementos constitutivos, se presenta incesamente á nuestros

ojos adornada de eterna juventud. Y bien, ¿faltaría esta perpetuidad á las obras ejecutadas en favor de la humanidad? ¿Faltaría especialmente á la obra importantísima que tiene por objeto facilitar al hombre la consecución de sus inmortales destinos?

Jesucristo vino al mundo á enseñarnos verdades que no podía descubrir nuestro entendimiento, á dictar leyes morales por las cuales debían regirse los actos humanos, á instituir sacramentos que fuesen como otros tantos canales por donde se derramase la gracia en el mundo de las almas. ¿Y sería justo que con estos medios necesarios de salvación sólo hubiese favorecido á unos cuantos hombres privilegiados, á una nación predestinada, á una época pasajera de la historia? No, Señores: la razón nos dice que, habiendo muerto por todos, Jesucristo no podía excluir de los frutos de la redención á ningún hombre, á ningún pueblo, á ninguna época, sino que sus beneficios debían extenderse de pueblo en pueblo, de siglo en siglo hasta la consumación del tiempo, corriendo su divina sangre por el mundo como el caudal de los grandes ríos que llevan á todas partes la fertilidad, la abundancia y el gozo.

Por lo cual, si trajo á la tierra una doctrina nueva, que los hombres debían creer y profesar para salvarse, era menester que esa doctrina llegara al conocimiento de todos y fuese como un faro inmortal que ninguna tempestad extinguiese.

Si impuso una ley que todos debían cumplir so pena de condenación eterna, era necesario que esta ley fuera conocida y promulgada en todos los tiempos. Si instituyó sacramentos necesarios para la santificación, era preciso que nunca faltasen en el mundo quienes los confiriesen á las almas.

Y bien, ¿cómo podría verificarse todo esto, si Jesucristo debía ausentarse de la tierra? Y si Él se ausentaba, ¿quién propagaría el Evangelio? ¿Quién guardaría el depósito sagrado de su doctrina para preservarlo de errores y de falsas interpretaciones? ¿Quién juzgaría á los infractores

de su ley y dispensaría el perdón á los culpables ? El hombre necesita un maestro que le enseñe, un guía que le conduzca, una fuerza divina que le sostenga en su eterna lucha contra el mal. Y si Aquel que dijo : « Yo soy la verdad, el camino y la vida », desaparecía del mundo ¿dónde iríamos á buscar un maestro, un guía, una fuente de vida ?

Ah Señores, Dios habría dejado de ser Providencia infinita, si no hubiese provisto á esta necesidad. Habría procedido como los artífices humanos, que después de estampar en su obra el sello de su genio, la abandonan á su propia suerte.

No, eso no era digno de Dios ; y por eso, al ausentarse de la tierra, deja asegurada la perpetuidad de su obra. Y ¿cómo ? Escoge doce apóstoles, y delega en ellos su propia autoridad. « Como mi Padre me envió á mí, les dice, yo os envío á vosotros ; » « el que os oye, á mí me oye ; el que os desprecia, á mí me desprecia.» Y les encarga continuar en el tiempo su misión salvadora. « Id, les dice, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo » ; « predicad el Evangelio á toda criatura, enseñándoles á cumplir todo lo que os he mandado ; » « todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis, será desatado. »

Y á fin de que el mundo no dude de la misión divina que os confío « sanaréis á los enfermos, resucitaréis á los muertos, purificaréis á los leprosos y ejecutaréis prodigios más grandes que los que yo he ejecutado. »

¿Y qué es todo esto, Señores ? ¿Qué son esos hombres á quienes Jesucristo confirió su divino poder ? Son la piedra fundamental y las columnas del vasto monumento de la Iglesia ; piedra y columnas de eterna duración, porque cuando los apóstoles desaparezcan del mundo por la muerte, otros con la misma misión y con los mismos poderes vendrán á reemplazarlos, hasta el día en que entre las ruinas del mundo desquiciado desaparezca de la tierra el último viviente : « Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. »

Hé aquí perpetuada en el tiempo la acción santificadora de Jesucristo. Se fué al cielo ; pero seguirá hablando y enseñando por boca de la Iglesia, juzgando por medio de la Iglesia, derramando la gracia por medio de la Iglesia, absolviendo los pecados por conducto de la Iglesia. Y por tanto, la Iglesia puede decir con la misma propiedad que Jesucristo : « Yo soy la verdad, el camino y la vida. »

Sí, Señores : hace veinte siglos que Jesucristo, Salvador del mundo, fundó en el seno de las sociedades políticas una sociedad nueva, espiritual, religiosa y universal en que se congregan todos los que creen en sus enseñanzas, practican su ley y obedecen á la autoridad que estableció en la tierra. ¡Y qué admirable sabiduría resplandece en esta obra ! Cómo se palpa que su fundador es el mismo que ha criado la naturaleza humana, instituyendo una sociedad visible que viene á colmar una de las necesidades más sentidas de la naturaleza humana ! El hombre es por su naturaleza un ser sociable : la soledad le espanta, el aislamiento le entristece y le hace insoportable la vida. Por eso busca instintivamente la compañía de sus semejantes ; la busca porque solo se siente debil ; la busca para descargarse del peso de sus dolores ; la busca para el perfeccionamiento de sus facultades ; la busca, en fin, para darse la complacencia de comunicar á otros el bien que posee. Y por eso Bossuet ha podido decir con toda verdad : « que el más noble placer del hombre es el hombre mismo. »

Fuera de la sociedad todo languidece y muere ; el hombre es como una rama separada del tronco, falta de apoyo y de alimento. Y si esto sucede en todos los órdenes de la actividad humana, acontece con más razón en las relaciones que nos ligan con Dios, porque esas relaciones nos imponen deberes más sagrados y más difíciles. El hombre solo es débil : débil contra sí mismo, débil contra sus pasiones, débil contra los poderosos enemigos de la verdad y de la virtud. Necesita luz, ejemplos, estímulos, consejos para no desmayar en la dura jornada que debe hacer para llegar al término de

su destino inmortal. Esos bienes sólo podrá hallarlos en la sociedad religiosa, es decir, en la unión de los esfuerzos de muchas almas que tienden por los mismos medios á un mismo fin. La sociedad es la unión ; y todo la reclama en la naturaleza humana.

Y Dios, que conoce la naturaleza humana, no podía dejar de atender á sus exigencias al establecer las condiciones en que el hombre debía salvarse. Y por eso constituyó una sociedad religiosa en que las almas unidas en la fe y en el amor, caminasen juntas por el sendero del cielo. Esta sociedad es la Iglesia ; la sociedad más alta por su objeto y más vasta por su extensión, porque debía encerrar en su seno á los individuos, á las familias, á los imperios y á los mundos.

Sí, Señores; es la sociedad más vasta por su extensión, porque es universal : y notad que sólo la Iglesia ha podido fundar en el mundo una sociedad universal, bello, pero vano sueño de algunas almas generosas. Porque mientras haya hombres en el mundo, los veréis divididos por opiniones, por intereses, por antagonismos de todo género. Mirad al mundo antiguo : ¿qué veis ? Rivalidades sangrientas, guerras implacables, exterminio de hombres y de naciones, ruinas que se amontonan. Mirad al mundo moderno : á pesar de su civilización, de sus hilos eléctricos, de sus carros de fuego, de sus veloces naves que surcan todos los mares, cuántas naciones se despedazan en guerras atroces por adquirir la preponderancia ó por ensanchar sus dominios y consumen su savia en ejércitos permanentes.

Sólo la Iglesia de Cristo ha podido formar un cuerpo único, cuyos miembros viven de la misma vida, se mueven por unos mismos sentimientos, se agitan por unos mismos peligros y sienten los mismos dolores y las mismas alegrías. Sólo ella ha podido inspirar á millones de almas unas mismas virtudes y conducirlas por un mismo camino á la conquista de una misma felicidad. Sólo ella ha podido realizar el raro prodigio de que todos los que viven en su seno se amen sin

conocerse, se socorran sin haberse visto jamás, y como los hijos de una misma madre, se agrupen en un mismo hogar. Sólo ella ha podido conseguir que una incontable multitud de seres humanos, desde todos los confines del mundo la saluden con un mismo amoroso acento, llamándola : « Madre mía ! »

¡Ah ! Señores : si es bello el espectáculo que presenta el mundo planetario en que millones de astros giran en perfecta armonía en torno de su centro, obedientes á las leyes de la atracción ; mucho más bello es el espectáculo que presenta el mundo de las almas, en que millones y millones giran en armonía perfecta en torno de Jesucristo, sol esplendoroso en el cielo de la Iglesia.

En presencia de este espectáculo, que no tiene semejante en las obras humanas, los labios se abren espontaneamente para exclamar: esto es divino. Sí, esto es divino, porque el hombre es de todo punto inhábil para verificarlo. Puede el hombre crear sociedades circunscritas en los estrechos límites de un territorio y compuestas de algunos millares ó millones de almas ; pero no ha podido ni podrá crear jamás sociedades sin límites en el espacio, que se extienden por el mundo como un mar sin riberas. Puede el hombre fundar sociedades políticas que permanezcan durante algunos siglos sin cambios sustanciales en su constitución, en sus leyes, en su forma de gobierno ; pero jamás podrá fundar una sociedad que en el transcurso de veinte siglos permanezca siempre la misma en su constitución, en sus leyes, en su jerarquía, en su doctrina, y que pueda asegurar á la faz del mundo y de la historia que no cambiará jamás. Y bien, si el hombre es radicalmente incapaz de fundar sociedades con estas condiciones, la razón nos dice que la Iglesia Católica no ha podido ser obra del hombre.

II.

El milagro es, Señores, el sello inequívoco de las obras divinas ; de modo que cuando vemos una obra marcada con

este sello, podemos decir con entera seguridad : esta es obra de Dios. Porque, siendo Dios infinitamente sabio é infinitamente veraz, no puede hacer uso de su poder extraordinario en favor de una obra que no es suya, permitiendo que el mundo se engañe, teniendo por divina una obra puramente humana.

Por eso Jesucristo, queriendo convencer al mundo de la divinidad de su misión, la acreditó con hechos milagrosos. Y cuando los discípulos de Juan Bautista fueron á preguntarle quién era, les dió esta sola respuesta : « Decid á Juan lo que habeis visto : los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos andan, los muertos resucitan. »

La Iglesia Católica puede dar la misma respuesta á los que deseen conocer su origen. « He nacido entre milagros y vivo por el milagro; juzgad por esto de donde procedo. » Y efectivamente, la Iglesia es un perpetuo milagro ; no solamente porque el milagro estalla de continuo en su seno por obra de sus santos, sino porque ella misma es un milagro en su nacimiento, en su desarrollo y en su subsistencia.

Es un milagro en su nacimiento, porque en él no ha intervenido ningún poder humano. Nació en el día memorable de Pentecostés al soplo creador del Espíritu Divino, que se hizo visible, no solamente en los signos que aparecieron en la cabeza de los apóstoles, sino en la súbita y maravillosa transformación verificada en ellos. Eran tímidos y se transforman en héroes ; eran ignorantes y se convierten en sabios ; sólo hablaban la lengua de su nación y salen del Cenáculo hablando todas las lenguas ; nada sabían del arte de la elocuencia y Pedro en sus dos primeros discursos convierte á ocho mil almas ; eran débiles y se hacen invencibles; se les manda callar y hablan ; se les amenaza, se les encadena, se les hiere y siguen atestiguando la divinidad de su Maestro y predicando su doctrina.

Y bien, ¿qué fuerza humana ha podido cambiar en un momento la condición natural de esos hombres ? ¿Quién ha podido convertir en héroes, en sabios, en oradores elocuen-

tes á pescadores que no conocieron más arte que el de arrebatar los peces al océano ? Vosotros sabéis cuánto cuesta transformar la naturaleza y si alguna vez llega á conseguirse, esa es la obra lenta de una voluntad inquebrantable. Pero una transformación súbita, inmediata, sin esfuerzo de parte del hombre, eso sólo es dado al poder de Dios : es un milagro.

¿Y qué se proponen esos hombres de nada, como se expresa San Pablo ? ¿Van á fundar algún reino terrestre en alguna parte del mundo ? Mucho más que eso : van á regenerar á la humanidad entera ; es decir, van á cambiar sus ideas y sentimientos; á declarar la guerra á todos los errores y á todos los vicios ; á crear un mundo cristiano en medio de un mundo idólatra ; á reemplazar la impiedad por la religión, la corrupción por la pureza, la opresión universal por la caridad universal. ¡Qué empresa para tan débiles instrumentos ! ¿Por qué no escogerlos entre los príncipes, entre los sabios, entre los hombres de genio, entre los dignatarios de la fortuna ? ¿Por qué no confiar esa misión á la espada de César, á la pluma de Tácito, á la palabra de Cicerón ? ¿Por qué confiarla á doce hombres sin nacimiento, sin fortuna, sin letras, deshecho de un pueblo que era á la vez deshecho de las naciones ?

Porque si Dios hubiese confiado á los grandes de la tierra la empresa de regenerar el mundo, se hubiera dicho que el éxito era obra de los hombres y no de Dios. Por eso Jesucristo llama y elige á los débiles, porque la obra aparecería tanto más grande cuanto más humildes eran los obreros. Que doce pescadores hayan conquistado y regenerado el mundo, es un prodigio que no tiene explicación humana ; y que sus sucesores, después de veinte siglos, sean todavía los maestros del universo, es otro nuevo prodigio del poder de Dios.

¿Y con qué elementos llevan á cabo esa empresa gigantesca ? ¿Serán la espada, la riqueza, el genio, la política ?

No, señores : esos hombres no cuentan con ninguno de los

elementos que triunfan en las empresas humanas. No cuentan con la fuerza, porque el apóstol no es un guerrero, sino un cordero : « Yo os envío, les dijo Jesucristo, como corderos en medio de lobos. » No cuentan con la riqueza, porque su Maestro les manda que no lleven consigo ni oro, ni plata, ni moneda alguna ; no con la política, porque Jesucristo les predijo que serían arrastrados por su causa delante de los reyes y delante de los jueces y serían flagelados, perseguidos y muertos. Al contrario, todos los elementos humanos se vuelven contra ellos, y todos unidos les salen al pasar, exclamando con voz de ira : « Deteneos. » La fuerza que avasalla, la ciencia que arrastra, las riquezas que seducen, las pasiones que subyugan, los vicios que corrompen, todo clama con la misma voz : « Deteneos. » Y sin embargo, ellos pasan por sobre todos los obstáculos y con ellos el Evangelio que anuncian, las verdades que proclaman, las leyes que promulgan; pasan y llegan hasta los confines del mundo conocido. Y apenas han transcurrido dos siglos, una gran parte de la humanidad se postra de rodillas delante de la Cruz.

Es, sin duda, un espectáculo asombroso ver á una institución desarmada recorrer un largo camino de triunfos y extenderse por el mundo como un mar que salva toda valla, sin otra arma que la persuación : una institución que toma posesión absoluta de los espíritus y de los corazones, exigiéndoles la misma obediencia que á los mandatos de Dios ; que pide á todos en nombre de un derecho soberano sumisión á sus dogmas, á sus preceptos y á su jerarquía ; que realiza por su sola fuerza moral lo que en vano han intentado los conquistadores y legisladores humanos ; que reune bajo sus alas á los romanos, á los bárbaros, á los europeos, á los asiáticos, á los americanos, no obstante las diferencias de razas y de costumbres, siendo la única institución que puede decir con verdad que el sol no se pone en sus dominios.

Analizad como queráis estos hechos y estoy cierto de que, después de una consideración atenta y desapasionada, tendréis que confesar que esto no es humano.

Pero no es esto todo : lo que más asombra en la Iglesia Católica es su estabilidad en medio de las convulsiones que trastornan las obras humanas. Este es un hecho que no puede ser desmentido : toda la historia está ahí para atestiguarlo y nuestros mismos ojos pueden dar testimonio de su efectividad.

Y bien, ¿cómo se explica este hecho ? ¿Será el efecto de causas naturales ? Si la estabilidad de la Iglesia fuese efecto de causas naturales, otras muchas instituciones tendrían la misma estabilidad, porque una misma causa produce los mismos efectos, como lo enseña la Filosofía. ¿Y dónde están, decidme, las instituciones que hayan durado veinte siglos sin cambios ni alteraciones y sin resentirse de esas vicisitudes que conducen á la muerte, triste pero inevitable condición de las obras humanas ? Vosotros conocéis la historia y, si existiese alguna, podríais señalarla. ¡Ah! Señores : débiles mortales, somos incapaces de dar la inmortalidad. Podemos dar la vida á nuestras obras, pero todas nuestras previsiones no pueden salvarlas del decreto de muerte que las condena á perecer juntamente con sus autores.

Sólo la Iglesia de Cristo, dotada de una vitalidad inextinguible, va andando sobre sepulcros, segura de sobrevivir á todo lo que muere. Sólo ella está exenta de las decadencias de la vejez y del desgaste de los años ; sólo ella ve pasar los siglos y los imperios sin ser arrastrada por el torbellino que todo lo destroza y pulveriza y, mientras todo perece, ella queda en pie, contemplando con mirada serena las ruinas acumuladas en torno suyo.

Pero este prodigio no sería tan admirable si la Iglesia fuese una institución inerte, pasiva é inmoble, como las pirámides egipcias, que ven pasar los siglos en medio de la calma y del eterno silencio del desierto, ó como las religiones del Oriente, que viven en perpetuo letargo al amparo de un despotismo omnipotente. La Iglesia, al contrario, es una institución esencialmente activa, como la llama, que se mueve y agita para difundir su doctrina, para condenar el

error, para impulsar el progreso, es una institución que vive en medio del choque de las ideas, del fuego de las pasiones y de la marcha avasalladora de las revoluciones. Y viviendo en ese medio tormentoso que agota las fuerzas,conserva toda su vitalidad y se la ve atravesar con una calma divina por entre las convulsiones políticas, sociales y religiosas.

Si al menos pudiese contar, si no con el amparo, siquiera con la neutralidad de los poderes humanos. Pero no : su grandeza moral ha excitado siempre la envidia y desconfianza de los despotismos, que ven en ella un poder que se escapa á su omnipotencia. De ahí proviene la lucha que tantas veces ha debido sostener contra el poder civil, que, ó ha intentado dominarla por la fuerza, ó ha favorecido las herejías que han desgarrado el manto de su unidad doctrinal. Y en esta conspiración no han sido extraños ni aún los gobiernos de naciones católicas, desde los Emperadores griegos hasta los del Santo Imperio Romano ; desde los monarcas que la abandonaron por la Reforma, hasta los soberanos regalistas que, so capa de protección, han intentado poner su mano en el santuario. Y he aquí, Señores, un hecho único en la historia de las ideas y de las religiones. Jamás Roma pagana persiguió á sus pontífices y sacerdotes ; jamás los musulmanes han perseguido á sus « ulemas » y á sus « muftis » ; jamás los gobiernos protestantes han tratado mal á sus pastores. Sólo la Iglesia ha tenido que soportar muchas veces la guerra y el abandono de sus propios hijos. Acaso lo ha permitido así la Providencia á fin de que el mundo se persuada de que su Iglesia no necesita para vivir del favor de ningún poder humano.

¿Y cómo se explica, Señores, ese odio, esas repulsiones violentas, esos bramidos de cólera que despierta el solo nombre de la Iglesia en los políticos, en los racionalistas, en los herejes, en los revolucionarios de toda especie ? ¿Por qué esa inquina contra una institución cuya ternura maternal lleva en sus brazos á la humanidad como una madre á su hijo ? ¿Cómo explicar esa hostilidad permanente á una insti-

tución que, materialmente considerada, es tan débil ; que por la injuria de los tiempos ha sido reducida á no tener más ascendiente que el de su doctrina, de sus virtudes y de sus beneficios y que no puede presentar á los que quieren maltratarla más que un pecho sin defensa y una mano desarmada ?

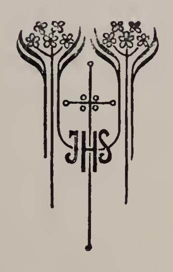
Esto no tiene más que una explicación racional y es lo que un apologísta célebre ha llamado « el miedo á lo divino ». Es porque los políticos y los hombres sin fe ven en la Iglesía Católica algo de sobrenatural y sobrehumano que denuncia la obra de Dios, y los que odian á Dios y no quieren verle en ninguna parte, se levantan airados contra todo lo que lleva el sello divino. Y por eso los mismos que persiguen á la Iglesia dejan vivir y morir en paz á las falsas religiones, porque saben que son creaciones puramente humanas. Y si no, decidme, ¿cuáles son los políticos, los racionalistas, los revolucionarios que se inquietan por las decisiones de los sínodos protestantes ó cismáticos ?

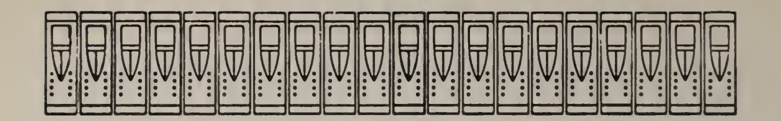
En cambio, ved la conmoción que produce en el campo de la incredulidad la reunión de un Concilio ecuménico. Tal vez algunos de vosotros podrán dar testimonio de la destemplada grita que se levantó en ese campo con ocasión del Concilio Vaticano de 1870. ¿Por qué se conmovieron los poderosos de la tierra y los adeptos de la incredulidad ? ¿Qué podían temer de una asamblea de ochocientos ancianos que se reunían para tratar de asuntos relativos á la fe ? Y sin embargo, la incredulidad se agita como herida en el corazón, denunciando ante el mundo que aquella pacífica reunión era un peligro para la paz universal y un reto audaz contra la soberanía de las naciones. Era que la Iglesia afirmaba con más brillo que nunca su divina soberanía sobre las almas en aquellos días calamitosos en que se la creía en trance de muerte.

En esta conducta de la incredulidad yo veo una confesión implícita del origen divino de la Iglesia. No se la odiaría si fuese institución humana; luego se la odia porque es divina.

El hecho es, Señores, que la grande é innegable realidad que se desprende de la historia es que la Iglesia Católica ha vivido siempre amenazada, agitada, perseguida por enemigos internos ó por enemigos externos y que siempre ha permanecido invulnerable contra los errores y la corrupción, contra la autoridad de los reyes y los trastornos de las revoluciones, contra las ideas nuevas y las preocupaciones antiguas, contra los esfuerzos aislados y las coaliciones más poderosas, y que el éxito final y definitivo ha sido siempre suyo.

Y bien, yo pregunto á vuestra razón imparcial: una institución que nace, que crece, que vive en estas condiciones ¿puede ser una obra puramente humana ? No, Señores : la razón nos dice que si la Iglesia vive, que si la Iglesia triunfa, que si la Iglesia se perpetúa, es porque es divina. Esta es la única explicación de su vida, el único secreto de su fuerza, la única garantía de su inmortalidad.





VIGESIMAPRIMERA CONFERENCIA.

EL PAPADO.

Señores :

Al fundar Jesucristo en la tierra una sociedad universal encargada de continuar y perpetuar su misión salvadora, distribuyendo en el mundo de las almas la vida sobrenatural, debió dotarla de los elementos que necesita todo organismo social para vivir, crecer y perfeccionarse. No acostumbra Dios hacer obras imperfectas, incapaces de cumplir el destino que El mismo les encomienda. Y nadie ignora que toda sociedad, cualquiera que sea su naturaleza, necesita de un principio inteligente que coordine las inteligencias asociadas y dirija á un fin común sus tendencias ó voluntades. Este principio esencial, condición de vida de todo organismo social, es la *autoridad*.

La Iglesia católica, como sociedad perfectísima fundada directamente por Dios, no puede carecer de este elemento indispensable ; y por lo mismo, debe existir en ella una autoridad que mantenga la unidad social y encamine las voluntades humanas al conseguimiento del fin altísimo á que Dios la destinó al crearla.

Y bien ¿dónde reside la autoridad en la Iglesia y quién la ejerce en la tierra ?

Allá, en el centro geográfico de Europa, hay una ciudad histórica que fué en un tiempo dominadora del mundo.

En esa ciudad se levanta un trono muchas veces secular y en ese trono se sienta un hombre que ejerce un imperio soberano sobre trescientos millones de almas esparcidas en las cinco partes del mundo. Ningún monarca ha regido un reino mas dilatado ni ha tenido bajo su autoridad mayor número de súbditos. Y sin embargo, ese soberano no impera con la fuerza que esclaviza y la espada que hiere, como los antiguos Césares, dominadores del mundo : impera con la palabra que ilumina, con el amor que cautiva dulcemente y con leyes santas que salvan y regeneran.

Ora lleve en su frente la corona de los reyes ó las espinas del mártir; ora se envuelva en resplandores de gloria ó gima en los abatimientos de la proscripción ó el cautiverio, sus mandatos hallan siempre y en todas partes muchedumbres obedientes que se inclinan ante su palabra. Es un hombre único en el mundo ; único en la historia ; único por la naturaleza y extensión de su poder ; único que, renovándose en estirpe inextinguible, ve pasar por delante de su trono con serenidad imperturbable el tiempo con sus estragos, las revoluciones con sus trastornos, los errores con sus soberbias negaciones y á los poderosos de la tierra con sus ejércitos. Ese hombre único es aquel augusto Anciano, á quien el orbe católico designa con el nombre más dulce, con el nombre de Papa, es decir, *Padre de los Padres*.

Tal es el hombre, Señores, en quien reside la autoridad de la Iglesia.

Pero ¿quién le ha confiado esa autoridad? ¿Quién ha puesto en sus manos el cetro espiritual de las almas? Quién sino Aquel que habiendo fundado una sociedad *visible*, porque es compuesta de hombres, dispuso sabiamente que fuese regida por una autoridad también visible, y que debiendo ausentarse de la tierra, quiso delegar en un hombre sus divinos poderes para que los ejerciese en su nombre. Jesucristo, creador de la Iglesia, es también el creador del Papa.

Mas yo oigo voces de protesta contra esta afirmación : oigo la voz del protestantismo que atribuye á los obispos la autoridad suprema de la Iglesia; oigo la voz del cisma griego que la coloca en el poder civil ; oigo la voz del racionalismo que proclama un cristianismo independiente en que cada individuo es maestro, legislador y juez de sí mismo.

Hé aquí una cuestión de alta trascendencia en el orden de las verdades de la fé. Es una cuestión de hecho que se reduce á averiguar si el Papado es de institución divina como la Iglesia, ó es una creación puramente humana. Para resolverla basta abrir el Evangelio y consultar á la historia y es lo que me propongo hacer en esta Conferencia.

I

Cuando queremos conocer el orígen de las instituciones seculares que han influido en los destinos de la humanidad, consultamos á la historia y á la tradición, porque son ellas las que guardan el recuerdo de los hechos pasados. A ellas acudimos para conocer el génesis de las grandes naciones que han poblado el mundo ; á ellas interrogamos para rastrear el origen de las grandes dinastías que se han sucedido en el gobierno de los pueblos. Por la misma razón, á ellas debemos acudir también para descubrir el orígen del Papado.

Pero ¿cuál será la historia que puede revelarnos el orígen de esta secular institución ?

Hay, Señores, una historia que, aun considerada humanamente, ofrece los más irrecusables caracteres de veracidad y que, después del examen riguroso y á veces prevenido de un gran número de hombres, conserva intacto su valor histórico. Esta historia es el Evangelio, que al decir de Rousseau, tiene «signos evidentes de verdad absolutamente inimitables» ; y del cual decia un distinguido publicista moderno, M. de Laboula e : «Cansado y abatido como un hombre abrumado por un penoso

sueño, abro el Evangelio y me parece que salgo del imperio de las tinieblas para entrar en el reino de la verdad.» En esa historia cuéntase el génesis del Papado en frases sencillas y rápidas como todo lo sublime.

Jesucristo acababa de dejar la obscuridad en que había vivido durante treinta años, para dar principio á su ministerio público. No tenía aún discípulos; y un día vió llegar á su presencia á un pescador de Galilea de manos encallecidas por el remo y de frente tostada por el sol; y fijando en él una de esas miradas que penetran hasta el fondo del alma, le dice: «Hasta ahora te has llamado Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Pedro».

Y bien ¿qué puede significar esa mirada? Jesucristo había visto llegar á su presencia á Juan, el de corazón virginal, y á Andrés, el de alma intrépida y generosa, que serían también sus discípulos, y no los había mirado con la misma atención. ¿Por qué reserva solo para Simón esa mirada contemplativa, semejante á la del artista que contempla con avidez el trozo de mármol en que su genio ha de imprimir las apariencias de la vida?

¿Y por qué ese cambio de nombre? ¿Por qué en adelante Simón se llamaría Pedro, es decir, piedra? Señores, Dios no hace nada en vano: no sería sabiduría infinita si en ese cambio de nombre no se ocultase algún designio digno de El. Ese nombre debe tener algún significado; ese nombre debe corresponder á una misión especial. Si recibe un nombre derivado de *piedra*, es, sin duda, porque ese humilde pescador ha de asemejarse en sus futuros destinos á la piedra que sirve de fundamento á un edificio ó á la roca inquebrantable que en vano azotan las olas del océano.

Mucho tiempo pasó desde aquel primer encuentro, sin que se esclareciese el secreto de aquella mirada y de aquel cambio de nombre. Pero al fin llegó un día en que Jesucristo, departiendo familiarmente con sus discípulos en el desierto de Cesarea les preguntó: «¿Quién dicen que

soy yo? —«Unos creen que eres Elías, otros que Juan Bautista ó alguno de los profetas,» respondieron los Apóstoles. «¿Y vosotros qué pensáis de mí?» replicó Jesús. Y Simón adelantándose á todos, le dijo con un acento de vivísima convicción: «Vos, Señor, sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Y el Salvador, mirándole enternecido, le dijo con la misma voz creadora con que un día iluminó el caos: «Y yo te declaro que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y que las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.»

Ved, Señores, descifrado el misterio de aquella honda mirada y de aquel cambio de nombre. Jesucristo desde su primer encuentro no vió en Simón al pescador de Galilea, sino al futuro Jefe de la Iglesia y Dios que acostumbra unir el nombre á la realidad, le llamó Pedro, porque Simón sería el fundamento en que se levantaría el edificio inmortal en que habría de congregarse la sociedad de las almas. Esta sociedad universal y eterna reposaría en ese hombre, como reposa el edificio en su cimiento. Y esa piedra sería tan durable, tan sólida, tan inconmovible, como el monumento que ha de sustentar; y en vano todas las fuerzas del infierno se unirán para derribarla.

Pedro debía ser el fundamento del edificio; pero eso no era bastante y Jesucristo agrega: «Te entrego las llaves del reino de los cielos». ¿Y qué significa esto? Se entregan las llaves de una ciudad al rey en reconocimiento de su soberania; se entregan las llaves de una casa al propietario en reconocimiento de su dominio; porque en las poéticas costumbres del Oriente, las llaves eran el símbolo del poder de los príncipes y de los reyes. Jesucristo, al entregar á Pedro las llaves del reino de los cielos, patria inmortal de los elegidos, declara que á ese reino no se entrará sino por Pedro, es decir, que no entrarán en él sino los que se sometan á la autoridad soberana de Pedro; los que vivan con él en comunidad de fé y reciban las gracias que llegan á las almas por su conducto.

Constituido fundamento vivo de la Iglesia y depositario de las llaves del cielo que abren y cierran por acto soberano, Jesucristo añade aun otra atribución maravillosa : «Todo lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desligares será también desligado en el cielo.» Ved aquí, Señores, otra atribución soberana : se liga ó se desliga por las leyes, por los juicios ó por las penas ; y sólo á la soberanía corresponde dictar leyes, pronunciar sentencias de absolución ó de condenación é imponer penas á los culpables.

Y á fin de alejar toda duda acerca del designio de constituir á Pedro cabeza de su Iglesia, le constituye pastor universal del rebaño espiritual, diciéndole : «Apacienta mis corderos ; apacienta mis ovejas.»

¿No recordáis aquellos tiernos versos de Homero en que los reyes de los pueblos son llamados pastores y los pueblos rebaños ? El adorable Salvador se daba este nombre á sí mismo, para indicar que su soberanía se ejerce principalmente por el amor. Pues bien, al dejar la tierra, entrega el cayado en manos de Pedro, el cual continuará apacentando el rebaño de las almas como Pastor supremo. El rebaño se apacienta con la doctrina que es alimento de la inteligencia, y con la gracia divina que fortalece á las almas. Pedro es, por consiguiente, Maestro universal de la fé y dispensador supremo de los sacramentos, canales misteriosos por donde se derrama la gracia en el mundo de las almas.

Después de esto compréndese, Señores, el pensamiento de Jesucristo : establecer en la Iglesia un centro de unidad y una autoridad soberana, á la cual estén sometidos por la dependencia todos los que quieran pertenecer á la Iglesia. Jesucristo será el Jefe invisible de este vasto reino y Pedro su Jefe visible. Y con esto el plan magnífico del catolicismo aparece en todo su divino esplendor de orden, de unidad y de armonía.

La razón se desconcierta en presencia de este hecho

que no tiene nada de semejante con las obras puramente humanas. Un obrero de Galilea, proclamado Hijo de Dios por un pescador de Betsaida, anuncia que va á fundar un reino que resistirá á la acción de la muerte en una tierra en que todo pasa, en que el tiempo lo sepulta todo, en que ninguna obra tiene asegurada la perpetuidad, y que ese reino tendrá por fundamento á un hombre débil y frágil. Y ese reino se funda y después de veinte siglos ese reino subsiste con todo el vigor de la juventud ; y el hombre que le dió por base, reproduciéndose continuamente en sus sucesores, vive con vida inmortal ; porque al paso que las dinastías y los imperios perecen como todas las creaciones humanas, el reino y la dinastía de Pedro resisten al tiempo y se burlan de sus estragos. Y cuando se considera la audacia del intento, la magnitud de la obra, la grandeza de los obstáculos y la debilidad de los medios, no es posible dejar de ver en el obrero el poder y la sabiduría de Dios.

He aquí, Señores, lo que nos dice el Evangelio : veamos ahora lo que nos enseña la historia.

II

La historia nos dice que cuando el Salvador del mundo desapareció de la tierra, el apóstol Pedro comenzó á ejercer los poderes que había recibido de Jesucristo. Desde ese momento fué el Príncipe de los apóstoles y el Jefe de la Iglesia naciente : es el primero que predica á los judíos y á los gentiles ; el primero que confirma con milagros la doctrina que enseñaba ; el primero que se levanta en la reunión de los apóstoles para reintegrar el apostolado ; el primero que habla en el concilio de Jerusalén. Desde ese momento ocupa el lugar de Jesucristo, y apóstoles, discípulos y fieles se dirigen á él para recibir sus instrucciones y sus mandatos.

Pero este Jefe de la Iglesia, este Vicario de Jesucrist debía residir en alguna parte : centro de la unidad de

Iglesia, debía fijar su sede en algún lugar que fuese el centro geográfico del universo. Y un día toma su bordón de peregrino y deja el Asia, pasa á la Europa y llega á Roma, sede de los dominadores del mundo, sin llevar consigo más que aquella palabra que le había dicho en su lejana tierra un obrero de Galilea : «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» En obedecimiento á esta palabra soberana va á establecer su cátedra en las gradas mismas del trono de los Césares, de esos déspotas sanguinarios que con un gesto hacían temblar á millones de hombres. Es un pobre peregrino que, solo y desarmado, llega á la capital del mundo para tomar posesión de esa ciudad, que había de ser en adelante la metrópoli del mundo católico.

No preguntéis, Señores, cuáles eran los elementos humanos con que contaba para esta conquista. Va á predicar á Cristo crucificado á esa ciudad en que todos los dioses del paganismo tenían un altar ; va á enseñar una doctrina de abnegación y sacrificio en un lugar en que se buscaba el placer hasta en el derramamiento de la sangre humana ; para esta gran revolución no cuenta ni con armas, ni con dinero, ni con la elocuencia que avasalla, ni con el genio que deslumbra. Humilde, paciente y desnudo de todo bien terreno, congrega en torno suyo á las almas bien dispuestas y las instruye y alienta, pidiendo á la noche sus sombras y su silencio á las cavidades de la tierra, hasta que un día muere crucificado como su Maestro, dando testimonio con su sangre de la fé que enseñaba con su palabra. Este fué el fin de sus trabajos y el principio de su gloria que durará tanto como la humanidad. Su tumba, más gloriosa y venerada que la de los hombres más poderosos de la tierra, se levanta bajo las bóvedas del templo más suntuoso del universo, y ante ella han ido á postrarse millones de almas con la plegaria en los labios y el amor en el corazón.

Mas Pedro no ha cesado de vivir y de reinar allí. Des-

pués de su muerte otros han recogido su báculo y siguen hasta hoy mismo viviendo y reinando como sucesores suyos. Y no pasaron muchos siglos sin que aquella soberbia Roma, cabeza del mundo por las armas, viese extinguirse la raza de los Césares para convertirse en la Roma de los Papas; y viuda del pueblo-rey, ha continuado siendo la reina del mundo por la fé y por el amor. En esa ciudad levanta todavía su frente el sucesor de Pedro, ceñida de la triple diadema; es el único soberano que desde las alturas de su palacio ve extenderse ante sus ojos un horizonte sin límites, porque su imperio espiritual no tiene otros límites que los del universo.

Desde que Constantino, el primer césar cristiano, trasladó el trono del imperio á las orillas del Bósforo por respeto á la majestad pontificia, ningún monarca pretendió en el transcurso de quince siglos establecer su sede en la vieja Roma. Cuando Teodosio dividió el imperio entre sus dos hijos, el emperador de Occidente fijó en Milán la sede imperial. Cuando los Hérulos y Ostrogodos fundaron en Italia, un nuevo reino, le dieron por capital á Ravena y cuando los Lombardos se apoderaron de una parte de la Italia, fijaron su residencia en Pavía. Los reyes no habían estado en Roma sino como viajeros, hasta aquel día en que, con violación de toda justicia y con desconocimiento de todo derecho, el rey del Piamonte se apoderó de Roma á viva fuerza en 1870, para asentar su trono en el Quirinal, el palacio de los Papas. Pero si el Papa ha dejado de hecho de ser Rey, continúa siendo el Jefe de la Iglesia, el Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro; y Roma, antes que la capital del reino de Italia, continúa siendo la capital del mundo católico.

Y bien, Señores, ¿cómo explicar estas maravillas sin la intervención directa y continua de una especial providencia de Dios? Si el Papado no fuese una institución divina ¿cómo se explicaría que sin recursos humanos haya podido imponerse al mundo, inspirando en todo tiempo respeto

y amor? ¿Como se explicaría su perpetuidad en medio de la vorágine de los acontecimientos que arrastran á su ruina á las más poderosas instituciones?

El hecho de la subsistencia de un poder durante muchos siglos cumpliendo una misma misión y persiguiendo por idénticos medios un mismo fin, es por sí solo un gran prodigio. Pero este prodigio es aún mayor si se considera que el Papado es un poder que obra, que resiste, que lucha, que es combatido y que triunfa siempre.

Y en efecto, el Papado es un poder que obra. No sería tan grande el prodigio de su subsistencia, si el Papado fuese uno de esos poderes que se duermen en la inacción, indiferentes á todo lo que pasa en el mundo y extraños al movimiento de las ideas y revoluciones que producen cambios y trastornos en las naciones. Por eso no me asombra la subsistencia de las falsas religiones que viven tranquilas al amparo de los gobiernos, contentas con ser instrumentos ciegos en manos de los que las mantienen.

Pero el Papado, al contrario, es un poder independiente, que puede ser aliado, pero nunca súbdito, de los poderes de la tierra; que llena su misión á despecho de todas las tiranías; que aun perseguido por la fuerza, conserva siempre aquella independencia que da la muerte á quien la desprecia, la independencia del martirio.

El Papado vive en una actividad incesante como el océano, á veces en medio de la calma, á veces en medio de las tempestades; pero tomando parte en los acontecimientos que conmueven á las sociedades. Seguid su marcha á traves de la historia, y le veréis siempre obrando. Ya se apodera de los bárbaros que invadieron la Europa para civilizarlos; ya á su voz la Europa cristiana lleva al Asia la flor de sus ejércitos para rescatar el sepulcro de Cristo del poder de los infieles; ya convoca á los príncipes católicos para rechazar á las huestes musulmanas que tantas veces amenazaron á la Italia y á Europa, hasta que la Media Luna encontró su tumba en las aguas de Lepanto.

Regulador incorruptible de la justicia, se inclina al lado de la autoridad cuando ésta vacila, y al lado de los pueblos cuando son oprimidos por la tiranía. Dice á Enrique IV de Alemania: «Destruís el imperio;» á Felipe I: «Dejáis perecer el reino de Francia;» enrostra al emperador de Rusia el crimen de oprimir las conciencias y condena el asesinato de Luis XVI con acentos que aun resuenan en el fondo del alma. Alienta y mantiene esa milicia sagrada que con la cruz en la mano lleva á los pueblos infieles la civilización juntamente con la fé. Promueve esas admirables obras de la caridad católica que procuran aliviar todos los dolores humanos; da á las ciencias vigorosos impulsos fundando escuelas, colegios, universidades, bibliotecas; ciñe con lauro de oro la frente de los más insignes poetas; llena á Roma de monumentos que la convierten en relicario del mundo y reune en su propio palacio las obras más primorosas del arte.

Y si el papado es un poder que obra, es también un poder que resiste. Resiste á toda injusticia, á todo error, á toda iniquidad, á todo lo que se apone á la ley de Dios, de la cual es guardián incorruptible é intérprete infalible. Y no hay halagos, ni promesas, ni amenazas que doblеguen su voluntad de acero cuando se le exige que suscriba con su mano una injusticia. Antes que permitir la disolución del vínculo conyugal que unía á Enrique VIII con Catalina de Aragón, deja que todo un reino se separe de la fé. Salvaguardia de la santidad del matrimonio, condena á Valdrada por su comercio ilícito con Lotario y á Felipe I por su matrimonio adúltero con Inés de Merania, impidiendo con su energía que las cortes europeas se convirtiesen en harenes musulmanes. Resiste á Luis XIV, que no contento con ser rey omnipotente de Francia, pretendía ser también rey de la Iglesia, constituyendo una iglesia galicana independiente de la de Roma. Resiste á Felipe II de España, en cuyos dominios no se ponía el sol, que intentaba impedir las apelaciones á la Santa

Sede. Resiste al genio de la victoria, á Napoleón I, que en el colmo de su ambición triunfante quiso arrancar de manos de un Papa anciano y enfermo la renuncia de la soberanía temporal del Papado para añadir á sus títulos el de rey de Roma. Resiste Pío IX á la invasion de Roma, protestando ante el mundo de aquel despojo inícuo consumado por la fuerza ; ¿y no véis cómo en nuestros mismos días Pio X, revestido de la misma entereza, resiste á las leyes con que la República Francesa intenta esclavizar á la Iglesia de Francia ?

El Papado es también un poder que lucha. Lucha con las innumerables heregías que en el curso de los tiempos han desgarrado el manto inconsútil de la fé católica, lanzando contra sus autores y secuaces los rayos ardientes del Vaticano. Ha luchado en defensa de la libertad de la Iglesia contra las pretenciones avasalladoras de los príncipes temporales. Luchó Gregorio VII y sus sucesores durante cincuenta años para arrancar de manos de los reyes aquel famoso derecho de las *investiduras*, que no era otra cosa que la venta en subasta pública de las dignidades eclesiásticas, como hubiera podido hacerse con una vil mercancía. El Papado ha combatido en larga y generosa lid contra todos los vicios coronados ; contra los cismas que han intentado separar á las naciones católicas de la obediencia á los sucesores de Pedro ; contra las sociedades ateas que maquinan en secreto la ruina de la Religión ; contra las audaces invenciones de la falsa ciencia, que se empeña por convencer de falsedad á la revelación divina. Y puesto que el espíritu del mal no descansa jamás en su intento de suscitar enemigos contra la Iglesia de Cristo, la lucha de los Papas no cesará jamás.

El Papado es un poder perseguido. Su primera corona fué la del martirio. Durante los tres primeros siglos todos los Papas, menos dos, dieron su sangre para probar con este irrecusable testimonio que no engañaban al mundo cuando afirmaban que eran portadores de una

palabra del cielo. Dios lo dispuso así á fin de que todos entendiesen que el poder de los Papas era de orígen divino, puesto que nada debía á la protección de los Césares, ni podía esperar de los dueños de la fuerza otra cosa que la persecución y la muerte.

Y no ha sido ménos penosa la condición del Papado en los siglos posteriores. Muchos Papas han muerto en el destierro ó en la cautividad ; otros han sido maltratados, abofeteados, escarnecidos ; no pocos, expulsados de Roma, han ido á pedir un asilo en tierra extranjera. Otros han visto desconocida y atropellada su autoridad espiritual por soberanos ambiciosos ó por hombres perversos conocidos por el nombre de antipapas.

Pero ¿para qué seguir en este largo martirologio ? Leed la historia, Señores, y os convenceréis de que el Papado ha sido perpetuo Calvario en que todos los que han subido á él han experimentado, de un modo ó de otro, los dolores de una pasión interminable.

El Papado es, por último, un poder que triunfa. En sus grandes luchas por la verdad y por la justicia, suya ha sido al fin la victoria definitiva á pesar de que su poder es simplemente moral y de que sus adversarios han podido disponer de todos los elementos humanos que aseguran el triunfo. Ha vencido á las heregías : ¿qué son al presente el arrianismo, el nestorianismo, el pelagianismo y tantas otras heregías que nacieron en los primeros siglos de la Iglesia ? Nada más que fósiles de la historia. ¿Qué es el cisma griego ? Envilecido bajo el yugo de los Czares de Rusia, carece de vida propia y duerme en inacción indolente. El jansenismo no es más que un triste recuerdo en la historia de la Iglesia ; el protestantismo se inclina cada vez más á su ruina y el filosofismo incrédulo del siglo XVIII, que se creyó bastante fuerte, no solamente para atacar al Vicario de Cristo, sino á la persona misma de Cristo, pasó con sus audaces negaciones. El papado triunfó del feudalismo, y Gregorio VII, muriendo

en el destierro «por haber amado la justicia y odiado la iniquidad», devolvió á la Iglesia la libertad que fué el fin de su vida y la causa de su muerte.

El imperio de Oriente y el imperio de Occidente no existen ya ; pereció el primero de un modo inglorioso á los golpes de la cimitarra musulmana, expiando en la humillación el orgullo de aquellos emperadores que equipaban ejércitos para descolgar las imágenes de los muros de los templos y dejaban que los enemigos invadiesen su territorio. Un guerrero afortunado destruyó en los campos de Wagrán hasta el nombre del imperio de Occidente ; de aquel «santo imperio romano», que había sido el más tenaz adversario del Papado.

Hace un siglo que en Francia solo podían celebrarse los santos misterios en el fondo de los subterraneos ó de los sepulcros ; y los impíos victoriosos, viendo sus filas guarnecidas de sacerdotes apóstatas, cercaban en Valence el ataud de un cautivo que era *el último Papa.* Se engañaban: ese ataud encerraba las cenizas de un Papa mártir ; pero el Papado estaba vivo. De esas cenizas nacieron todos los Papas que desde entonces hasta hoy han gobernado gloriosamente la Iglesia.

Observa el conde De Maistre que todo soberano que, nacido en la fé, atenta contra el Papado, experimenta algún castigo temporal y visible : reinado corto, desastres humillantes, muerte súbita ó vergonzosa, mal renombre en la vida ó memoria infamada después de la muerte. La historia confirma la exactitud de esta observación con innumerables ejemplos.

Enrique IV, emperador de Alemania, después de visitar á Gregorio VII en Canosa y de obtener la reconciliación con fingidas muestras de arrepentimiento, se vió combatido por uno de sus hijos, depuesto por el otro, vendido por su mujer y abandonado de todos, hasta el extremo de morir de hambre á las puertas de un templo, donde le fué negado hasta el pedazo de pan que no se rehusa al último mendigo.

Federico Barbaroja, vencido por la poderosa liga lombarda, se vió obligado á prosternarse en Venecia ante Adriano IV, á tenerle el estribo y á conducir por el diestro su cabalgadura.

Federico II de Alemania vió extinguirse trágicamente toda su raza y disiparse el esplendor de la Casa de Suavia, como la luz de la antorcha que Inocencio IV apagó en las baldosas del templo al pronunciar la excomunión contra el emperador.

Luis de Baviera, después de treinta años de crímenes y de felonías, muere repentinamente sin dejar más posteridad que una hija digna de tal padre.

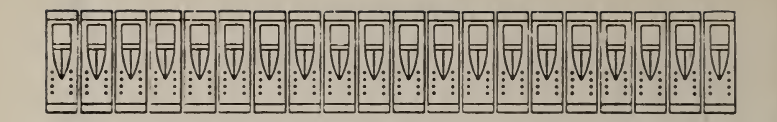
Felipe el Hermoso de Francia, que intentaba hacer del Papado una dependencia de su corona, sale un día de caza ; un puerco se enreda en las piernas de su caballo, cae derribado en tierra, y muere instantaneamente sin dejar posteridad que recogiese su cetro.

Napoleón I vió declinar rápidamente su prodigiosa fortuna desde que se apoderó de los Estados Pontificios y tuvo cautivo á Pío VII en Savona y Fontainebleau. Aquel coloso que había hecho temblar la Europa con su audacia y con su genio ; que estando en el colmo de su grandeza, había dicho al saber la excomunión del Papa : «No caerán por eso las armas de las manos de mis soldados ;» hubo de ver, al cabo de poco tiempo, que en la infortunada campaña de Rusia las armas caian materialmente de las manos yertas de sus soldados, y que también cayeron de las suyas el cetro y la espada, Y mientras que el desvalido prisionero de Fontainebleau volvía á Roma entre las aclamaciones de su pueblo, su carcelero iba á concluir sus días en una lejana y desierta roca del Atlántico. Y para que fuese más visible el contraste, el único soberano de Europa que acompañó en su infortunio al augusto desterrado de Santa Elena y que trató de mitigar los rigores de su desventura enviándole un sacerdote que le prodigase los consuelos de la religión, fué el anciano

Pontífice á quien hizo beber durante cinco años un cáliz tan amargo.

Ved, por último, á Napoleón III, que entregó al Papa y Roma á sus enemigos, como Pilatos entregó á Jesucristo, vencido, prisionero y prófugo, morir sin gloria en tierra extranjera, después de ver á Francia humillada y abatida por una nación que en su orgullo había mirado con desprecio.

Después de lo dicho, yo me creo, Señores, con derecho para afirmar que el Papado es una institución divina. No se explica humanamente que un poder que obra, que resiste, que lucha, que es combatido, triunfe siempre y se perpetúe á través de las edades. Y este prodigio no es obra del acaso ó de las circunstancias: estaba pronosticado desde aquel día en que Jesucristo dijo á Pedro en las soledades de Cesarea: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia, y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella.» Veinte siglos son testigos del cumplimiento de esta profecía; y á medida que el tiempo pasa, más se confirma la verdad de aquella predicción, que no pudo ser hecha sino por Aquel ante cuya mirada el porvenir es como el día presente. Por eso el Papado jamás pierde su serenidad en medio de las borrascas que azotan su barca y á cada ola brava que ve alzarse amenazante, el Papado, mirando al cielo, repite lleno de confianza las palabras de Jesucristo: *Et portæ inferi non prevalebunt:* Las potestades del infierno no prevalecerán.



VIGESIMASEGUNDA CONFERENCIA.

EL PAPA INFALIBLE.

SEÑORES :

El hombre por su condición natural necesita de maestros que le enseñen. Viene á la vida con capacidad para conocer la verdad y enriquecer su mente con variados conocimientos ; pero estos no los produce él mismo : le vienen de afuera, al modo que le vienen de afuera los alimentos que mantienen su vida física. En la aurora de su vida recibe esos conocimientos en el regazo de la madre ; en la juventud de la palabra viva del maestro y en el resto de la vida de la palabra muda del libro.

Y si el hombre necesita de un maestro para enriquecer su entendimiento con las verdades del orden natural, con mucha mayor razón necesita del magisterio para conocer las verdades del orden sobrenatural, que exceden por su alteza á la capacidad limitada de la inteligencia humana.

Dios ha provisto á esta necesidad, haciéndose maestro del hombre y revelándole las altísimas verdades del orden sobrenatural, que no habría podido adquirir con el esfuerzo de su débil razón. Pero la revelación de estas verdades no la ha hecho de una manera súbita, sino lenta y sucesiva ; no la ha hecho de un modo directo hablando á cada alma en particular, sino por el conducto de ciertos

hombres privilegiados. Adán, Moisés, los Profetas y últimamente Jesucristo, el Hijo de Dios, han sido en los diversos tiempos los portavoces de las doctrinas que el hombre necesitaba saber para el conseguimiento de su destino eterno. Esto es lo que afirma el Apóstol San Pablo en su Epístola á los Hebreos : «En diversas circunstancias y de distintas maneras Dios ha hablado en otro tiempo á nuestros padres por el ministerio de los profetas y en estos últimos tiempos por medio de su propio Hijo.»

Pues bien, lo que Dios ha revelado al mundo por medio de esos hombres constituye el depósito de la fé y este depósito se contiene en la Tradición y en las Sagradas Escrituras : en la tradición que ha trasmidido oralmente á la posteridad la palabra de Dios ; y en las Sagradas Escrituras en que esa misma palabra ha sido consignada por escrito por los autores inspirados. Su misión era hablar ; pero convenía conservar en un libro las enseñanzas divinas para evitar que cayesen en el olvido y para que pudiesen llegar intactas al conocimiento de la posteridad.

Pero no era bastante dar á conocer al mundo esas verdades importantísimas : era menester, además, conservar íntegro el precioso depósito, salvándolo de las adulteraciones de la ignorancia ó de la malicia humana. La humanidad es inconstante : desdeña hoy lo que adoraba ayer ; y á menudo se inclina á rechazar las verdades que ponen freno á sus pasiones ó que abaten su orgullo.

¿Y qué hacer para conservar íntegro este depósito ? No había otro medio que confiarlo á una institución tutelar ; á una autoridad visible, viva y presente, que se encargase de trasmitirlo á la posteridad sin variaciones ni mutilaciones y que pudiese interpretar fielmente el pensamiento divino. Pero esta autoridad debía ser incorruptible para que pudiese resistir siempre al influjo de las pasiones, é infalible para no incurrir en error al explicar ó interpretar las verdades contenidas en la revelación divina.

Pero ¿ dónde encontrar en el orden puramente humano

una autoridad infalible é incorruptible? ¿Quién es el hombre individual ó colectivo que esté seguro de no engañarse jamás y de resistir siempre á la voz insidiosa de las pasiones? ¿Qué hará la Providencia para proveer á esta apremiante necesidad?

Dios había establecido en la tierra una sociedad espiritual encargada de continuar su misión; y ella será la autoridad tutelar del depósito de la revelación. «Id, dijo Jesucristo á los Apóstoles, id á predicar el Evangelio á todas las naciones, enseñándoles á guardar todo lo que yo os he enseñado.» Mas, como el espíritu humano sujeto al error é inclinado á las novedades, puede extraviarse, he aquí que yo estaré con vosotros asistiéndoos con mi gracia hasta el fin de los tiempos.

Se comprende, Señores, el pensamiento divino: durante cuatro mil años había formado el depósito de las verdades reveladas por medio de la inspiración; una vez formado el depósito y constituido el hogar de luz, lo ha entregado á la Iglesia para que lo guarde.

Pero la Iglesia católica tiene un jefe en quien por disposición divina reside la plenitud de la soberanía espiritual; este Jefe es, por lo mismo, el órgano ordinario de la infalibilidad doctrinal.

Esta afirmación parece dura á los oidos de aquellos que tienen en vista la fragilidad humana y la triste experiencia de nuestros frecuentes errores. Se resisten á creer que Dios haya participado á hombres naturalmente falibles uno de sus más bellos atributos, el de no poder errar. Pero yo confío en que después de considerar maduramente este asunto, habéis de persuadiros de que la existencia de un guía infalible en el camino que conduce á la salvación eterna, es á la vez una necesidad y uno de los más grandes beneficios del cielo; y que si no existiese, deberíamos reclamarlo con nuestros más ardientes votos.

Es lo que me propongo demostraros en esta conferencia: para hacerlo con orden y con fruto, me permitiréis ex-

poneros : 1º el verdadero concepto de la infalibilidad ; 2º la institución divina de la infalibilidad ; y 3º la razón de este insigne privilegio.

I

La infalibilidad en sentido genérico es la exención de todo error. En sentido concreto es el privilegio concedido al Papa de no errar, cuando define *ex-catedra* que una doctrina acerca de la fé ó de la moral está comprendida en el depósito de la revelación. Oid las palabras del Concilio del Vaticano : «Enseñamos y definimos que el Pontífice Romano, cuando habla *ex-catedra*, es decir, cuando ejerciendo el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fé ó las costumbres debe ser creida por la Iglesia universal, goza plenamente, en virtud de la asistencia divina que le ha sido prometida en la persona del Bienaventurado Pedro, de la infalibilidad de que el divino Redentor ha provisto á su Iglesia cuando define alguna doctrina referente al dogma ó á las costumbres.»

Aquí tenéis expuesto, Señores, con toda precisión y claridad lo que constituye el privilegio de la infalibilidad. De esta solemne definición del Concilio se deduce, ante todo, que la infalibilidad es un don sobrenatural concedido por Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, don que consiste en una asistencia especial de Dios para que no incurran en ningún error en lo referente á la fé y á las costumbres. Lo que quiere decir que el Papa no es infalible en virtud de una fuerza inherente á la naturaleza humana, sino en razón de una gracia divina. Y es indudable que sin esta especialísima asistencia los Romanos Pontífices habrían podido como hombres incidir en algún error doctrinal en tantas difíciles cuestiones propuestas á su resolución ó caer en alguno de los lazos tendidos por las heregías, que han pretendido siempre fundar sus

errores en algún texto ó pasaje de las Santas Escrituras falsamente interpretado.

Dedúcese, en segundo lugar, que el privilegio de la infalibilidad no ha sido otorgado á la persona del Papa, sino á una sola de sus funciones, á la función de Doctor Supremo de la Iglesia. Para ser infalible, es necesario que el Papa suba sobre su cátedra y desde esa altura hable á la Iglesia universal, declarando que tal ó cual doctrina referente á fé ó á las costumbres ha sido revelada por Dios.

Segun esto el Papa no es infalible como escritor, aunque tenga la erudición de Benedicto XIV ó la profundidad de León XIII. No es infalible como *predicador*, aunque esté dotado de la elocuencia de San Agustín ó de Bossuet. No es infalible como *juez*, aunque sus sentencias sean definitivas en las causas eclesiásticas y sus fallos obligatorios. No es infalible como *legislador* y aunque sus leyes obligan en conciencia á todos los cristianos, no sería hereje el que estimase que esas leyes no son ni las más sabias ni las más oportunas.

Así, pues, lo único que en el Papado goza de la infalibilidad es el *Doctor*; y esto no siempre, sino cuando se dirige á la Iglesia entera. No sería infalible si se dirigiese á un particular ó á una institución religiosa, por más que en todo caso fuese su palabra digna del mayor acatamiento.

Permítasenos confirmar esta doctrina con lo que enseñaron los obispos suizos en una célebre Instrucción Pastoral publicada en 1871 con motivo de la definición dogmática del Concilio Vaticano: «El Papa no es infalible ni como hombre, ni como sabio, ni como sacerdote, ni como obispo, ni como príncipe temporal, ni como juez, ni como legislador. No es ni infalible ni impecable en su vida y en su conducta, en sus miras políticas, ni en sus relaciones con los príncipes, ni aún en el gobierno de la Iglesia: lo es única y exclusivamente cuando en su cualidad de Doctor Supremo de la Iglesia pronuncia en materia de fé ó de

costumbres una decisión que debe ser aceptada y tenida como obligatoria por todos los fieles.»

Síguese, por último, de la definición del Concilio que la infalibilidad está restringida á cierto orden de verdades, al orden de las verdades dogmáticas y morales, es decir, á lo que el hombre debe creer y hacer para salvarse. La verdad sobrenatural y la santidad sobrenatural; tal es la órbita en que se ejerce la infalibilidad pontificia.

Según esto, ¿qué diremos de aquellos que rechazan este dogma, porque les repugna que un hombre pueda ser infalible en todo, hasta en las órdenes que dé á su ayuda de cámara? ¿Qué diremos sino que hay un gran número que ignoran el alcance, la naturaleza y la razón de la infalibilidad y que no es raro que, siendo este dogma tan mal comprendido, sea tan mal apreciado?

Por este mismo motivo no faltan quienes confundiendo la infalibilidad con la impecabilidad, exclaman con cierto espanto: ¿cómo puede ser infalible un hombre pecador? No comprenden que la verdad divina puede irradiar á través de los corazones puros, lo mismo que á través de los corazones culpables, á la manera que el sol penetra á través de los cristales diáfanos y de los que el polvo empaña. El don de la infalibilidad no priva de la libertad personal al favorecido con él; y por consiguiente, de la posibilidad de pecar. La infalibilidad se refiere al entendimiento y el pecado es obra de la voluntad. Y aunque por disposición de la divina Providencia y para gloria del catolicismo, en la casi totalidad de los Papas se une la santidad á la infalibilidad, es lo cierto que para ser infalibles no necesitan ser impecables.

Se dice que la Iglesia inventa dogmas nuevos para aumentar las ligaduras que atan á la inteligencia humana. En esta afirmación se encierra un grande error: la Iglesia no inventa dogmas nuevos; ella no crea la verdad, porque la verdad está en Dios y se manifiesta en su palabra. La Iglesia no hace otra cosa que enseñar esa misma palabra,

esclarecerla, divulgarla é impedir que se transforme en error y declarar que una doctrina está incluida en el depósito sagrado de la revelación.

Tal es, Señores, el verdadero concepto del gran privilegio de la infalibilidad doctrinal, sin el cual no se concibe una religión divina. Veamos si este importantísimo privilegio está fundado en derecho.

II

Se dice que una institución está fundada en derecho cuando su existencia emana de una ley. La ley fundamental de la Iglesia es el Evangelio, del cual se derivan todos sus derechos. De modo que para convencerse de la legitimidad del privilegio de la infalibilidad, basta investigar si se encuentra en el Evangelio y si es, por consiguiente, de derecho divino.

Cuando un día Simón Pedro confesó solemnemente la divinidad de su Maestro, este le dijo estas palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella.» Según esta declaración, Pedro fué constituido fundamento de la Iglesia, al modo que un edificio descansa todo entero en las piedras de su cimiento. Y bién ¿qué sucedaría si flaquease la fé de Pedro? Sucedería que caería en ruina el edificio que lo tiene por fundamento; sucedería que la Iglesia, que vive por la fé, siendo el lazo que mantiene á todos sus miembros en la unidad, sería arrastrada al error; y no sería ya la Iglesia de Cristo desde que no profesaba la doctrina de Cristo, tal como había salido de sus divinos labios; sucedería, en fin, que si la Iglesia pudiese caer en el error arrastrada por la flaqueza de su Jefe, los poderes del infierno prevalecerían contra ella, quedando sin cumplimiento la formal promesa de Jesucristo; *Et portæ inferi non prævalebunt.* Lo que quiere decir que la infalibilidad de Pedro y de sus sucesores es una condición indispensable para la subsistencia de la Iglesia.

Jesucristo entregó á Pedro las llaves del cielo, pudiendo atar ó desatar, es decir, obligar á las almas por medio de definiciones concernientes á la fé ó á las costumbres. Pero ¿quién no vé que esta amplísima facultad podría redundar en perjuicio de las almas hasta impedirles su salvación, si el Sumo Pontífice pudiese ligarlas con definiciones contrarias á las enseñanzas de Jesucristo ?

Pero oid todavía una declaración más explícita : «Simón, dijo Jesucristo á Pedro, yo he rogado por ti, á fin de que tu fé no desfallezca; y una vez afirmado en la fé, confirma en ella á tus hermanos.»

Jesucristo, cuya oración es omnipotente, declara en estas palabras que ha rogado por Pedro, á fin de que su fé sea firme, constante, inquebrantable. Y bien ¿cómo podría ser indefectible la fé de Pedro sin el don de la infalibilidad ? ¿No habría podido desfallecer su fé á causa de la flaqueza humana ? Y si Pedro recibió el encargo de confirmar la fé de sus hermanos ¿cómo podría afianzar la fé de otros si pudiese desfallecer la suya ?

En otra ocasión Jesucristo confirió á su discípulo, después de una triple protesta de amor, el cargo de Pastor universal : *Pasce agnos meos, pasce oves meas.* Es oficio del Pastor conducir á sus ovejas adonde halla pastos saludables y fuentes puras. Y si tal es la misión de Pedro respecto de los fieles, ¿no podría, sin la infalibilidad, dar á su rebaño como pasto el error y como agua la mentira ? ¿No podría llegar el caso de que el rebaño dijese al que le guiaba : Pastor extraviado, me llevas al abismo ? ¿Serían entonces las ovejas las que señalasen al Pastor el camino que conduce á la verdad ?

Dando á su Vicario la infalibilidad en orden á las doctrinas referentes á la salvación eterna, cumple Jesucristo aquella solemne promesa que hizo á la Iglesia en la persona de sus discípulos : «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Y en efecto ¿qué significan estas palabras ? Significan que Dios dispensa

á un hombre una protección especial, que vela sobre él, que le asiste en sus difíciles empresas y le asegura el éxito. Cuando Moisés recibe la orden de libertar al pueblo de Israel del yugo de los Faraones, el elegido se asombra, se turba y vacila considerando la magnitud de la empresa ; y Dios lo tranquiliza con una palabra : «Yo estaré contigo». En medio de los dolores de la cautividad, Jeremías recibe la misión de hablar á su pueblo ; y cuando el Profeta se declara incapaz de cumplir tan alta misión, Dios lo alienta con la misma promesa : «Yo estaré contigo». Cada vez que la Providencia confía al hombre una misión superior á sus fuerzas le asegura el éxito con la promesa de su asistencia. Si Moisés liberta á su pueblo, si Jeremías predice los acontecimientos futuros, si los apóstoles convierten el mundo, si Pedro y sus sucesores son infalibles en su enseñanza doctrinal, todo es obra de Dios, que los elige como instrumentos de su Providencia, haciendo resaltar en la debilidad de estos el poder de la mano que los maneja. La majestad divina resplandece en estos casos detrás de la nada del hombre.

Así, pues, de todas las prodigiosas palabras que acabo de recordar, salta como un rayo de luz el don de la infalibilidad conferido á Pedro por Jesucristo.

III.

Veamos, por último, lo que nos dice la razón. La Iglesia, como toda sociedad, tiene un principio constitutivo, es decir, una ley que deben cumplir todos los que quieran pertenecer á ella. Esta ley es la obligación de creer firmemente todo lo que Dios ha revelado y que la Iglesia propone á nuestra creencia. Esta adhesión de nuestra mente á las verdades reveladas debe ser interna y absoluta, porque no puede excluirse del acto de fé ninguna verdad desde que nos consta que ha sido revelada.

Ahora bien, toda ley debe ser intimada, determinada, interpretada y aplicada por una autoridad soberana

viva y presente. Y esto porque la ley puede no ser conocida, puede ser burlada y puede ser mal interpretada, y sólo una autoridad soberana tiene el derecho de promulgar, interpretar y hacer cumplir una ley.

En consecuencia, si la fé es una ley obligatoria para todos los cristianos, de manera que nadie puede salvarse sin ella; y si, como lo declara el Evangelio, «El que no creyere será condenado,» es evidente que debe haber en la Iglesia una autoridad encargada de determinar el objeto de la fé, esto es, lo que se ha de creer, de interpretar el sentido verdadero de las verdades reveladas y de condenar á los que pretenden enseñar doctrinas diferentes de las enseñadas por Dios.

Esta autoridad, por el hecho de serlo, tiene derecho á la obediencia de sus súbditos y, por lo mismo, éstos están obligados á profesar como verdad lo que ella define como tal. De lo cual se deduce que la autoridad doctrinal debe ser necesariamente infalible, porque ninguna autoridad puede obligar al entendimiento á creer lo falso ó á tener por verdad un error. Y esto podría suceder si esa autoridad fuese falible; y en tal caso, Dios habría ejecutado un acto tiránico imponiendo al hombre la obligación de creer todo lo que enseñase una autoridad que puede errar.

En una palabra, si la Iglesia es una sociedad constituida por la fé, la autoridad que la rige debe ser soberana en la fé; y una autoridad soberana en la fé ó es infalible ó no es autoridad.

Por otra parte, si la autoridad doctrinal no fuese infalible, los súbditos tendrían derecho para investigar en cada caso si la doctrina enseñada por el Papa es verdadera ó falsa ¿Y quiénes serían los jueces de esta enseñanza? Serían los niños, las mujeres, el pueblo, los hombres ilustrados, pero sin tiempo para entregarse á la investigación profunda de la verdad. ¿Y habría en tales jueces la competencia necesaria para discernir la verdad y el error

en cuestiones arduas y en asuntos que exceden comunmente á la comprensión humana ?

¿Qué sucedería, Señores, si el Papa hubiera de dirigirse á cada individuo en particular, diciéndole : «Hé aquí como yo entiendo tal ó cual punto de dogma ó de moral ; ve si tu razón está conforme con la mía ?» Sucedería que, desapareciendo toda autoridad docente, se caería en el absurdo sistema protestante en que los ministros, no siendo más que lectores de la Biblia, dejan á cada individuo, cualquiera que sea su condición, en la más completa libertad para entenderla é interpretarla como le plazca. De donde ha resultado que cada uno da á la palabra divina el sentido que conviene á sus intereses y pasiones, y que en el seno del protestantismo, dividido y anarquizado, hay tantas sectas como individuos. ¿Y podrá ser esta la voluntad de Dios ? ¿Sería sabiduría infinita si hubiese entregado su palabra á la interpretación caprichosa de los hombres, y si hubiese dejado en el seno de su Iglesia un motivo permanente de divisiones y de anarquía en la inteligencia de la verdad, que es necesariamente una ?

No puede exigirse la fé del género humano sin estar en posesión del don de la infalibilidad ; por lo cual, toda religión que no se llame infalible es forzosamente falsa ; porque declarar que no es infalible es lo mismo que declarar que puede engañarse ; y esto no es admisible en una autoridad que enseña en nombre de Dios. Toda religión falsa es obra del hombre ¿y cuál es el hombre que puede afirmar que sus ideas, sus pensamientos, sus doctrinas son infalibles ? Y si algún inventor de dogmas tuviese esta audaz pretensión, no tardaría en ser el escarnio del universo. Por eso ninguna falsa religión ha pretendido poseer el privilegio de la infalibilidad. Y no se han atrevido á tanto, porque saben que sólo Dios tiene el derecho de establecer una religión y que sólo la religión fundada por El puede gozar de una atribución enteramente divina.

Dios en su infinita bondad, no puede permitir que la hu-

manidad fluctúe, como las olas del mar, en el conocimiento de las verdades que se relacionan con sus destinos inmortales. Si su mano ordenadora señala á cada ser el camino que le conduce á su fin, debe señalar también á la inteligencia el medio seguro de llegar al conocimiento y posesión de la verdad. Este medio seguro es un magisterio infalible, siempre presente y siempre vivo, como la humanidad que busca la verdad. Sin ese maestro infalible, el hombre fluctuaría sin rumbo y sin brújula en medio de las incertidumbres y variables opiniones del espíritu humano. Por consiguiente, la existencia de un poder espiritual que gobierne al hombre interior, su corazón, su conciencia, su fé, para impedir sus extravíos, es lo más conforme con las necesidades del hombre y con la bondad de Dios.

Vosotros sabéis que la unidad es uno de los caracteres esenciales de la Iglesia católica y que nada hay más bello en el orden intelectual que el espectáculo de millones de almas que cantan un mismo *Credo*. Pues bien, la fé es el lazo más fuerte que mantiene esta admirable unidad, sin la cual desaparecería la sociedad católica por la disgregación de sus miembros. Esta unidad se conserva en la Iglesia porque hay una cátedra á la cual todos escuchan, una autoridad doctrinal á la cual todos obedecen. Esa cátedra soberana es la cátedra de Pedro, juez supremo en toda controversia, y en la cual encuentran todos los fieles una solución en sus dudas, una regla en su conducta, un término en las discordias, un puerto en las tempestades. De ahí proviene la palabra de verdad y de vida que une todas las inteligencias, obedeciendo á la ley de una gravitación intelectual, girando en torno de esa cátedra infalible.

Y si alguna vez podemos decir que el hecho confirma el derecho, es, sin duda, en la ocasión presente. El hecho es que esa cátedra no ha errado jamás en el largo transcurso de veinte siglos. En esa cátedra se han sentado doscientos sesenta Pontífices, sujetos como hombres á las naturales

flaquezas del espíritu humano; pero ninguno ha enseñado un error hablando *ex-cátedra.* Ha podido encontrarse entre ellos uno que otro que haya pagado algún triste tributo á las debilidades humanas; pero ninguno, absolutamente ninguno, se ha desviado de la verdad. El bulario de Alejandro VI es tan irreprochable como el de San León y el de San Gregorio Magno. Y en vano los enemigos de la Iglesia han agotado sus esfuerzos para descubrir en la historia alguna defección; en vano, porque la crítica histórica ha demostrado victoriosamente la falsedad de los dos ó tres casos en que han creido descubrir algún error doctrinal.

A los que se resisten á aceptar esta infalibilidad, yo les diría con el ilustre Conde De Maistre: ¿No queréis reconocer la infalibilidad en el Papa; y sin embargo, reconocéis sin escrúpulo una infalibilidad de hecho en la soberanía temporal. Hay en el órden civil tribunales sin apelación cuyas sentencias son irreformables; aunque los perjudicados puedan tenerlas por injustas, el derecho las declara en todo caso como la última expresión de la verdad y de la justicia: *Res judicata pro veritate habetur*: «La cosa juzgada se ha de tener como verdad.»

El Estado dicta leyes en virtud de su poder soberano y, aunque á veces esas leyes no sean las más justas y convenientes para el bien público, todos los ciudadanos están obligados á cumplirlas, como si fuesen dictadas por una autoridad que no yerra.

Y esto ¿por qué? Porque si fuese lícito resistir á las sentencias de término y á las leyes del Estado bajo el pretexto de error ó de injusticia, se destruiría la base esencial del orden social, que es el respeto y obediencia á la autoridad soberana.

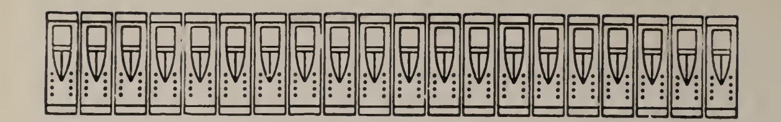
Hé aquí, Señores, una infalibilidad humana aceptada por todos, aunque ella no sea más que presunta é imaginaria ¿Por qué no aceptar la infalibilidad divina, que es real y positiva? A la infalibilidad humana debo sumi-

sión y obediencia, pero con la reserva de mi juicio interno, porque sé que el hombre puede engañarse y se engaña muchas veces. Pero á la infalibilidad divina comunicada á la Iglesia debo, no solamente sumisión y obediencia, sino también mi fé sin reserva, porque sé que Dios no puede engañarse ni engañarme.

He dicho, Señores, que la infalibilidad pontificia es uno de los más grandes beneficios que Dios ha otorgado á los hombres. Lo es especialmente para esa multitud innúmera que carece del tiempo, de la capacidad y aun de la voluntad de entregarse á la investigación penosa de la verdad católica. Si esas multitudes, absorbidas por los intereses materiales de la vida y encorvadas de continuo hacia la tierra que riegan con sus sudores para arrancarle el sustento, necesitasen de largos estudios y de un examen prolijo para salir de su ignorancia, se diría que la verdad y el bien no se habrían hecho para ellas. Esas multitudes necesitan para adquirir este valioso patrimonio de una enseñanza fácil y segura, que sea suministrada por una autoridad que pueda exigir con pleno derecho su asentimiento.

El campesino que deja su choza al despuntar el día, se encuentra con el sol que lo baña con sus tibios rayos y con la naturaleza que lo embriaga con sus armonías. ¿Por qué no ha de encontrar con la misma facilidad ese otro sol de la verdad que disipa su ignorancia, que le da á conocer á Dios, que alumbra el camino que conduce al cielo, que le enseña sus deberes y derrama en sus penas la suave claridad de la esperanza, que le promete días mejores ?

Bendigamos á esa Providencia hienhechora que así como ha puesto en el firmamento un astro que alumbra nuestros días, ha puesto también en el orden de las verdades que más nos interesa conocer, un conductor que nunca se extravía, una luz que nunca se apaga y un faro que siempre está señalando el puerto de la verdad.



VIGESIMATERCERA CONFERENCIA.

EL ESPIRITISMO.

SEÑORES :

Hace más de un siglo que va extendiéndose por el mundo una práctica que la razón y la fe condenan como engendradora de muchos males. Una práctica que sorprende por las inexplicables maravillas que produce y que excita vivamente la curiosidad por la novedad de los fenómenos que presenta ; una práctica que aparece á los ojos de las almas incautas como inocente pasatiempo ; pero que poco á poco va infiltrando traidoramente en los espíritus un veneno sutil que concluye por extinguir la fe, por corromper las costumbres y por causar en los que la frecuentan daños á veces irreparables.

Esta práctica, que en toda la antigüedad gentílica fué conocida con el nombre de *magia*, se atavía hoy con el nombre de *espiritismo*. Y así como la antigua magia dominó en el mundo pagano y domina aun en las regiones no alumbradas por la luz del Evangelio ; así también la magia moderna, disfrazada bajo un nombre menos repugnante para las ideas de la edad presente, se esfuerza hoy por restablecer su dominación antigua, conquistando prosélitos aun en las naciones más cultas. Y con una habilidad reveladora de su origen, cambia de fisonomía según el carácter y temperamento de los pueblos, á fin de conquistarse más fácil acogida.

Y por eso, el espiritismo es positivo y dogmático en América ; escéptico y discursivo en Inglaterra ; místico y trascendental en Alemania ; alegre y generoso en Francia.

Por las condiciones especiales de nuestra época, en que la decadencia moral nos va acercando al antiguo paganismo y en que se siente una ansia insaciable de novedades y de emociones extraordinarias, el espiritismo constituye al presente un grave peligro para las almas. Y este peligro es tanto más temible cuanto que el enemigo que las acecha, es un enemigo insidioso y oculto, que fingiéndose muchas veces ángel de luz, consigue abrir los ánimos á la confianza y llevar los hombres á su ruina por fácil é inadvertido sendero.

Creo, Señores, llegado el momento de denunciar este peligro, arrancando el antifaz al pérfido seductor que avanza entre las sombras. Y por eso me permitiréis interrumpir la exposición del dogma católico que vengo hacien do en estas conferencias, para dedicar la presente á manifestar cuál es la causa y origen de los fenómenos espiritistas y las consecuencias morales que fluyen naturalmente de esta demostración.

I

¿Y qué es el espiritismo ? El espiritismo, como lo indica su nombre, es la comunicación con los espíritus, verificada mediante la intervención de ciertos agentes que desempeñan el oficio de mediadores entre el mundo visible y el invisible. Esta comunicación se efectúa de varios modos : ya por vía de *interpretación* de ciertos signos convencionales que consisten en golpes ó movimientos de trípodes parlantes ó giratorias ; ya por vía de *escritura*, cuando la mano de una persona se ve obligada por fuerza irresistible á escribir las respuestas de los espíritus ; ya por medio de *audición*, cada vez que los espíritus hablan en lenguaje ordinario y sensible ; ya, en fin, por vía

de *visión*, cuando aparecen en forma humana para conversar con sus evocadores.

Preceden y acompañan á estas comunicaciones ciertos hechos maravillosos que anuncian y certifican la presencia de los espíritus; ora moviendo, levantando y deteniendo en el espacio cuerpos de gran peso; ora produciendo esplendores de forma y colores diferentes en lugares obscuros; ora causando ruidos de toda especie, desde el fragoroso estrépito del trueno, hasta las armoniosas modulaciones de instrumentos musicales.

En presencia de estos extraños fenómenos, ocurre naturalmente preguntar: ¿quién los produce? Si, como lo enseña la razón, no puede haber efecto sin causa, ¿cuál es la causa de esos efectos maravillosos?

Entre los muchos que han tratado de investigar el secreto de esos fenómenos, hay unos que los atribuyen á impostura, otros á alucinación mental y no pocos á causas puramente naturales.

Pero basta un momento de atenta consideración para persuadirse de que ninguna de esas hipótesis es racionalmente admisible.

No pueden atribuirse á impostura, porque el tiempo, que es el leal amigo de la verdad y enemigo implacable de la falsedad, descubre al cabo la falsificación. Y un siglo es tiempo suficiente para ponerla en transparencia, especialmente cuando los hechos caen bajo el dominio de los sentidos y pueden ser constatados por un gran número de testigos. Los fenómenos del espiritismo se encuentran en este caso: son hechos visibles y públicos y centenares de testigos aseguran su efectividad á la faz del mundo; siendo digno de notarse que muchos de ellos declaran haber entrado en la investigación de esos fenómenos con un espíritu verdaderamente escéptico y que han debido rendirse al fin ante la evidencia de la realidad.

No es menos inaceptable la hipótesis de Littré, que

explica esos hechos atribuyéndolos á un mero efecto de alucinación, es decir, á esa enfermedad de la fantasía, por la cual el que la padece toma por realidades sus propias imaginaciones. Y en verdad, es imposible suponer que los millares de espectadores que asisten á las sesiones espiritistas, pertenecientes á todas las nacionalidades del mundo y de edad y condiciones diferentes, hayan sido víctimas de esa extraña forma de delirio, creyendo ver trípodes en movimiento y oir estruendos en el aire, sin que en realidad haya habido nada que turbe la quietud y el silencio.

Pero á lo menos, ¿no serán esos hechos extraordinarios producidos por causas naturales ? ¿No habrá entre las fuerzas físicas algunas que produzcan naturalmente esas traslocaciones de cuerpos pesados, esos ruidos, esos esplendores, esas apariciones aéreas y vaporosas, esas mesas que hablan y escriben ?

No, Señores : porque los fenómenos espiritistas tienen tales caracteres que no solamente excluyen toda causa natural, sino que á menudo se verifican contrariando las leyes más conocidas de la naturaleza física. Es propio de las causas naturales obrar constante y uniformemente : el fuego siempre quema, la luz siempre alumbra, la piedra lanzada al espacio vuelve siempre á su centro. No sucede lo mismo con los efectos del espiritismo : la experiencia enseña que nada hay más inconstante, nada más incierto, nada más indefinido. Unas veces se producen con la intervención de los mediums ; otras con prescindencia de todo intermediario. A veces los espíritus se comunican por medio de golpes y á veces por lenguaje articulado ó escrito. Aplicadas las mismas circunstancias y en las mismas condiciones, no siempre se producen los mismos efectos. Lo que prueba que esos fenómenos no están sujetos, ccmo las causas naturales, á leyes invariables y permanentes.

Y todavía esos efectos contrarían las leyes de la naturaleza. Contrarían, por ejemplo, la ley de la gravedad,

manteniendo cuerpos pesados en el aire y haciendo que un hombre suba á una alta columna sin auxilio de las manos ni de otro agente. ¿Será naturalmente posible que una persona hable idiomas que no ha aprendido jamás ? De ningún modo ; porque según su condición natural, el hombre no puede tener otros conocimientos que los que adquiere por la observación y el estudio. ¿Será naturalmente posible que un hombre anuncie lo que está pasando en un lugar distante ? Tampoco, porque el hombre en su actual condición sólo puede saber lo que está al alcance de sus sentidos externos.

Por otra parte, en las escenas espiritistas las mesas entran en conversación con los espectadores, dando respuestas adecuadas por medio de golpes convencionales ó de palabras escritas con un lápiz adherido al pie de esas trípodes. Ahora bien, esa conversación supone necesariamente facultades intelectuales entre los interlocutores; y vosotros sabéis, Señores, que las mesas, siendo compuestas de materia pura, son absolutamente incapaces de todo acto de inteligencia.

Y bien, si la causa eficiente de los hechos espiritistas no se encuentra en el orden natural ; si la naturaleza física es de todo punto inhábil para producirlos ; aún más, si esos hechos contrarían frecuentemente las leyes naturales, ¿dónde iremos á buscar la causa de esas extraordinarias maravillas ?

Hay, señores, más allá del mundo corporeo, otro mundo invisible, pero real : este otro mundo es el de los espíritus, es decir, de los seres incorporeos que residen fuera del universo visible ; pero que mantienen con él continuas y estrechas relaciones.

La existencia de este mundo invisible es una verdad de fe contenida en las Santas Escrituras y confirmada por las decisiones dogmáticas de la Iglesia. Esto bastaría hablando á los católicos ; pero si hubiese de dirigirme á los racionalistas, añadiría que la realidad del mundo

angélico no sólo es enseñada por la fe, sino también aceptada por la razón y confirmada por la creencia universal del género humano.

La razón nos dice que la creación no habría sido completa, si Dios se hubiese limitado á dar la existencia á la materia pura y á la naturaleza mixta del hombre, dejando en el seno obscuro de la nada á los espíritus puros, es decir, á los seres en que resplandecen de un modo más completo las perfecciones divinas. No se concibe racionalmente que la omnipotencia creadora hubiese preferido para la manifestación de sus atributos á los seres menos perfectos, pudiendo crear para tan noble fin á seres más perfectos.

Se diría entonces que Dios había tenido más empeño en multiplicar el vil polvo de la tierra que en poblar el mundo de inteligencias purísimas y nobilísimas. Se diría que más estimación le ha merecido el gusano que se arrastra ignorado y obscuro en el polvo, que las criaturas espirituales capaces de conocerle y de amarle. Esto no es posible, porque no es racional ; y por lo mismo, debemos creer que si Dios fué fecundísimo en la producción de los seres materiales, ha debido ser mucho más fecundo en la producción de las gloriosas sustancias que piensan y quieren.

La creencia tradicional del género humano confirma esta misma verdad. Y para no citar más que un testimonio de esta tradición, oíd, señores, lo que pensaban los más bellos ingenios de la Grecia en los días más bellos de su historia. «Orfeo, dice un apologista célebre, canta á los espíritus en sus versos ; Pitagoras los coloca en el vestíbulo del mundo divino ; Platón llena con ellos los espacios ; Sócrates conversa familiarmente con uno de ellos ; Aristóteles los considera como los motores de los mundos celestes ; y todos los pueblos salvajes los adoran y temen su poder».

Y esta creencia está de tal modo encarnada en la hu-

manidad que trasciende al lenguaje popular, el cual aplica el nombre de ángel á todo lo que se distingue por su perfección, por su bondad y por su gracia. Angel es el niño que duerme en los brazos de su madre ; ángel es la doncella en cuyos ojos se transparenta la inocencia ; ángel es el hombre que consume la vida en llevar consuelos al infortunio y socorros á la miseria.

II

Existe, pues, el mundo de los espíritus y sólo allí podremos encontrar la causa de los prodigios espiritistas. En ese mundo hay tres clases de espíritus : las almas de los muertos, los ángeles y los demonios. Y bién : ¿cuál de estas clases de espíritus será la que actúa en las escenas del espiritismo ?

Hace más de un siglo que surgió en la mente de algunos espiritistas la idea de atribuir á las almas de los muertos intervención directa y eficaz en esas escenas. En su concepto son ellas las que dan vida é inteligencia á las mesas parlantes ; ellas las que se ponen en comunicación con quien quiera evocarlas ; ellas las que dan solución á las cuestiones de hechos y de doctrinas que se les proponen.

¿Y qué hemos de pensar, Señores, de esta opinión ? Hemos de pensar que es inadmisible á los ojos de la razón y del buen sentido humano ; porque las almas de los muertos, en su condición natural, son absolutamente impotentes para producir los fenómenos espiritistas. Y, efectivamente, las almas separadas del cuerpo no adquieren fuerzas y virtudes que no tuvieron en su unión con el cuerpo. Al contrario, con la separación del cuerpo pierden el único medio de que podían valerse para obrar sobre la materia y ponerse en contacto con el mundo corporeo. Privadas, pues, de este único medio, se encuentran absolutamente imposibilitadas para actuar con las fuerzas materiales y producir efectos sobre la naturaleza física. Falta, por consiguiente, á las almas humanas una condición natural

indispensable para ser causa productora de los fenómenos espiritistas. Y si es verdad que Dios puede concederles por gracia virtudes que no tienen por su naturaleza; si es verdad que Dios puede permitirles que se comuniquen con los vivos y aún que obren sobre las fuerzas materiales; también es verdad que Dios no permite la suspensión de las leyes ordinarias de la naturaleza, sino por motivos dignos de su infinita bondad y sabiduría, como serían los intereses de su gloria y la salvación de las almas, la confirmación de alguna verdad revelada ó la recomendación de alguna virtud moral. Y por lo mismo, sería manifiestamente indigno de Dios que suspendiese la condición natural de las almas, permitiéndoles que concurran á las escenas espiritistas para entretener á los vivos con prodigios que sirven á menudo para propagar errores contra la fe y fomentar el desahogo ilícito de las pasiones. ¿Y no veis, Señores, que según esta doctrina, Dios estaría siempre á la disposición de los *mediums*, concurriendo con su poder extraordinario cada vez que á éstos se les ocurriese dar un espectáculo de espiritismo? ¿Creéis posible que las almas que gozan en el Cielo, que se purifican en el Purgatorio y que padecen en el Infierno estén de continuo atentas á la evocación de esos agentes que las llaman para satisfacer la vana curiosidad de unos cuantos espectadores? ¿Creéis que, aún siéndoles posible, estén dispuestas á abandonar en cualquier momento el lugar en que cumplen su destino, para venir á la tierra á divertir á los vivos con frívolos y extravagantes pasatiempos? El buen sentido rechaza una suposición tan absurda.

¿Y qué diremos de la hipótesis que atribuye á los ángeles los efectos del espiritismo? Diremos, ante todo, que entre la hipótesis de las almas humanas y la de los ángeles hay esta diferencia: que la primera atribuye los fenómenos espiritistas á una causa impotente y la segunda á una causa eficaz. En verdad, los ángeles tienen verdadero y natural poder para obrar sobre la naturaleza

material; y en virtud de esta, pueden mover los objetos localmente con sólo el imperio de su voluntad; pueden valerse de los agentes naturales para producir instantaneamente efectos físicos; pueden ver, mediante su extrema agilidad, lo que pasa en lugares lejanos; en razón de su habilidad y penetración, pueden conjeturar lo que está por venir; y en virtud de su ciencia altísima, conocen todos los secretos de la naturaleza y pueden comunicarse en cualquier idioma.

Los ángeles podrían ser, por consiguiente, causa eficaz de los fenómenos espiritistas, si sólo se atendiese á su poder y ciencias naturales. Pero sabemos por la fe que la acción de los ángeles está enteramente subordinada á la voluntad de Dios, á quien sirven como delegados, emisarios é instrumentos de su Providencia. No dependiendo sino de Dios, sólo de El reciben la misión que han de desempeñar en el mundo en favor de los hombres. Abrid las Santas Escrituras, y en todos sus libros hallaréis á los ángeles desempeñando ministerios de bondad, de misericordia y de justicia para salvar, dirigir y corregir á los hombres. Por lo tanto, si el ministerio angélico procede de Dios como de su principio y conduce á Dios como á su fin, no puede ser obra de los ángeles lo que no sea conforme á tan augusto principio ó se oponga á tan alto fin. Por lo cual, de tan nobles y santos espíritus no puede proceder sino lo que se enderece á la gloria del Criador ó conduzca á la salvación de los hombres.

Y bien, ¿os imagináis, Señores, que Dios pueda confiar á esos espíritus la misión de producir golpes en las mesas parlantes, causar espanto con ruidos estrepitosos y contestar por medios exóticos á preguntas vanas y pueriles? ¿Os imagináis que esos insignes príncipes de la Corte Celestial puedan envilecer su dignidad hasta el punto de convertirse en espíritus golpeadores, petulantes, malignos y mentirosos, como son los que intervienen en las sesiones espiritistas? ¿Os imagináis, en fin, que esos espí-

ritus santísimos vengan á enseñar á los hombres falsedades ante la ciencia, herejías ante las enseñanzas de la fe y deformidades ante la moral cristiana ?

Y bien, preguntamos de nuevo : ¿quién puede ser el autor de los fenómenos del espíritismo ? Examinados esos fenómenos en su naturaleza interna, la razón nos obliga á admitir una causa extraña á la naturaleza corporea y humana ; una causa dotada de inteligencia, poderosísima en su acción y malvada en sus intentos. Estos caracteres se reunen en los demonios. Son extraños á la naturaleza corporea y humana, porque son espíritus puros. Son poderosísimos en su acción, porque no han perdido por su caída el poder y la ciencia propios de la naturaleza angélica. Son malvados en sus intentos, porque con el pecado se depravó de tal manera su voluntad que su único placer es el mal y su única aspiración hacer guerra á Dios y arrastrar á los hombres á su irremediable desdicha. Es lo que nos enseña la revelación y la creencia universal del género humano. En las dos extremidades de la Biblia, en el Génesis y en el Apocalipsis, en el principio y en el fin del drama gigantesco de la humanidad, encontramos al demonio seduciendo al hombre para apartarlo del camino de la felicidad. Como la serpiente que se oculta en parajes obscuros y se lanza silbando sobre el viajero desprevenido, el corruptor invisible de las almas les tiende lazos llenos de artificios para perderlas. «Padre de la mentira », según el Evangelio, cubriéndose de apariencias falaces, afecta un fin que no es el suyo y sólo descubre sus intentos cuando ha conseguido habituar á sus víctimas á las tinieblas y al oprobio.

Esta es también la creencia universal y por eso la antigüedad gentílica tributaba culto y ofrecía ofrendas á los demonios para librarse de su malevolencia, haciéndolos propicios. Y Milton no es más que un eco de esta creencia, cuando pone en los labios de Luzbel, caído al abismo del eterno dolor, estas palabras : «Mal, sé tú en adelante mi único bien».

Y puesto que toda obra refleja la fisonomía de su autor y todo efecto sigue la naturaleza de su causa, no es posible dejar de ver en el espiritismo la fisonomía del demonio y en sus efectos la perversidad del espíritu del mal. El espiritismo es, en verdad, herético en sus doctrinas y desastroso en sus efectos. Léanse las obras espiritistas y en ellas se verá negada la revelación, rechazada la autoridad de la Iglesia y ridiculizado el uso de los Sacramentos. Sus prácticas conducen al restablecimiento del antiguo paganismo, persuadiendo al hombre de que el placer es el único fin de la vida humana y que, cuando éste falta, la vida es una carga inútil y penosa de que es preciso libertarse por la muerte. Sus efectos son no menos desastrosos : las revelaciones de cosas ocultas, verdaderas ó engañosas, hechas por los espíritus, han producido muchas veces las más dolorosas consecuencias : separaciones de tálamos, enemistades sangrientas, demencias incurables y funestos suicidios.

Básteme citar un solo hecho en confirmación de esta verdad. Es la historia lamentable de un padre de familia que, habiendo perdido á su esposa, en quien idolatraba, quiso buscar algún consuelo en su dolor, interrogando á los espíritus acerca de la condición en que se encontraba en la eternidad ese ser tan amado. Y cuando él creía confirmarse en la persuasión de que allá era tan feliz como lo merecía su virtud, oyó la horrible declaración de que su esposa le había sido infiel toda la vida.

No hay cómo expresar la impresión que produjo en el infortunado esposo una noticia tan terrible como inesperada. Presa de la desesperación, maldice una y mil veces la memoria de aquélla á quien tanto amaba, deshereda y arroja de su casa á sus inocentes hijos y muere al poco tiempo víctima de incurable tristeza.

Y bien, ¿cómo no ver en estos efectos la mano de aquél de quien se ha dicho que «fué homicida desde un principio ?» ¿Quién si no el «padre de la mentira » puede

hacer del engaño el medio de conquistarse prosélitos? Esa fué la táctica empleada para seducir á los progenitores del linaje humano; éste es el arte con que ha logrado esparcir en los pueblos errores y supersticiones culpables; éste el artificio de que se vale al presente para arrastrar á muchas almas incautas á su ruina. ¿Y para qué añadir más reflexiones en confirmación de esta verdad, ya que los mismos espíritus, interrogados acerca de su condición, han declarado más de una vez que son los espíritus del mal?

III

De los antecedentes expuestos se deduce una consecuencia ineludible: la obligación para los cristianos de abstenerse de toda práctica espiritista. Por derecho natural debemos abstenernos de todo acto intrínsecamente malo; y es indudable que es intrínsecamente malo entrar en comunicación voluntaria con los demonios, enemigos jurados de Dios y de las almas. Por eso en el antiguo y en el nuevo Testamento se prohibe, como práctica gravemente perniciosa, invocar é interrogar á los demonios. Por eso la Iglesia ha renovado, por su parte, la misma prohibición, declarando que en las prácticas espiritistas hay intervención diabólica. Por lo cual, si se preguntase si es lícito asistir á los experimentos magnéticos ó espiritistas, aunque sea por mera curiosidad y sin tomar parte activa ó directa en ellos, responderíamos que, según los principios de la moral, no es lícita la asistencia á esos experimentos, porque la curiosidad de ver operaciones diabólicas es de suyo mala y peligrosa; y porque esa asistencia es una cooperación, á lo menos indirecta, á aquellos experimentos, y no es lícito cooperar, ni aún indirectamente, á una obra intrínsicamente mala.

Estas conclusiones prácticas son, Señores, el resultado necesario á que nos conduce la investigación que hemos hecho de las causas del espiritismo, investigación que ha

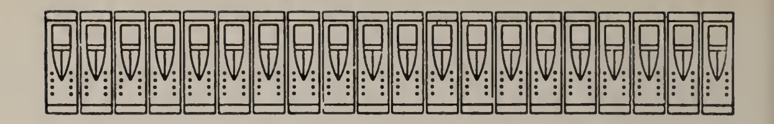
puesto en transparencia la verdad tristísima de que el gran adversario de Dios, aunque mil veces vencido, no desmaya en su intento de arrebatar almas al cielo para hacerlas participantes de su propia desdicha. A pesar de sus derrotas, sigue probando la suerte de las batallas, convencido de que, si nada puede contra Dios y su obra, puede mucho con aquellos que, como la primera mujer, se acercan á él para oir sus palabras engañosas. Renovando sin cesar la antigua tentación, convida á los hombres á acercarse al árbol prohibido para comer de sus frutos, persuadiéndoles de que, comiendo de ese fruto, no tendrán necesidad de Dios, porque serán como dioses. Y así, halagando el orgullo humano, ha conseguido que muchos hombres, creyéndose luz y maestros de sí mismos, excluyan a Dios de su razón, de la moral, de la legislación, de la familia, de la educación y hasta de la tumba. Halagando la sensualidad, triste herencia del primer pecado, muestra la belleza del fruto prohibido é induce á los hombres á buscar en el placer el fin de la vida y en el oro el secreto de la felicidad. Y fingiéndose á veces verdadero amigo del hombre, le presenta el mal bajo las apariencias del bien para ganar su confianza, como aquellas ninfas del mar de que habla la fábula, que con la dulzura de su canto atraían los navegantes á los escollos.

Pero el tentador no arroja á Dios de las almas, sino para sustituirse á Él en la adoración del mundo. Quiere una iglesia, quiere un culto, quiere apóstoles y ya los tiene. Tiene su iglesia en la Francmasonería; tiene su culto en el espiritismo y su apóstol en el racionalismo. Unos y otros trabajan á su modo para extender el reino de Satanás y destruír el de Cristo. Y aunque jamás conseguirán su intento porque el reino de Cristo es inmortal, es el caso de repetir las palabras de Pío IX, de gloriosa memoria: «Yo no temo por la nave; pero no respondo de sus tripulantes».

Dios deja á los espíritus del mal una libertad limitada

para dar interés y grandeza á la lucha entre el bien y el mal, que constituye la vida humana. Sin lucha no hay méritos ni gloria ; y Dios quiere que las coronas que reserva en la eternidad sean el premio de los vencedores en su lucha contra el mal. Pero el hombre no está solo en estos combates : Dios le ayuda, le alienta y le estimula con su gracia, á condición de que se aleje del astuto y pérfido enemigo y no entre jamás en capitulaciones con él ; porque el que voluntariamente se expone al peligro, en él perecerá.





VIGESIMA CUARTA CONFERENCIA.

EL ESPIRITISMO Y SUS DEFENSORES.

Señores :

En virtud de poderosas consideraciones he debido entrar en el examen del espiritismo moderno, para investigar su origen y sus causas. He entrado en este examen con el criterio frío del filósofo que investiga á la luz de la razón los fundamentos de un sistema y deduce las consecuencias que fluyen por sí mismas de los principios. Cierto de la realidad de los fenómenos que presenta el espiritismo á la vista asombrada de los que lo practican, mi primera investigación debió consistir en averiguar si entre las causas naturales había alguna capaz de producir esas maravillas. Y no encontrándola ni en la naturaleza corporea ni en la naturaleza humana, debí buscarla en un mundo más alto, habitado por seres más poderosos que la materia y que el hombre. En ese mundo invisible, pero real, existen almas humanas, ángeles y demonios ; y procediendo por el método de exclusión, adquirí la certidumbre de que ni las almas, ni los ángeles podían ser autores de esos fenómenos. Y examinando estos hechos en su naturaleza íntima, hube de llegar á la conclusión de que sólo en los espíritus del mal se reunen todas las condiciones necesarias para producirlos. Y así, arrastrado por la fuerza imperiosa de la

lógica, hube de afirmar que ó no existe el espiritismo, ó tiene al demonio por autor.

Esta conclusión ha levantado protestas en el campo espiritista rechazando con indignación la poco envidiable honra de ser discípulos del pérfido enemigo del género humano. Pero yo debo decir, en descargo mío, que no soy el culpable de este irreverente desacato, sino la lógica con sus implacables rigores. Yo he deducido de premisas ciertas una consecuencia legítima; y, si de esto resulta algún agravio para alguien, siento declarar que la reparación es imposible, porque la razón es inflexible en sus fallos.

Por deber y por cortesía, debo tomar en cuenta las observaciones que se han hecho en público y en privado acerca de la doctrina expuesta en mi última conferencia. Y con esto me será dado esclarecer con nuevas consideraciones este interesante asunto.

Las observaciones de carácter doctrinal pueden resumirse en las siguientes: 1ª.— Hay causas naturales ocultas que explican los fenómenos espiritistas; 2ª. — Los demonios no existen; y en consecuencia, no pueden ser autores de esos hechos maravillosos.

I

Séame permitido, ante todo, hacer notar en mis contradictores un procedimiento inaceptable en las discusiones de principios; es el de afirmar ó negar sin aducir pruebas sólidas y convincentes de sus afirmaciones ó negaciones. Y vosotros sabéis, Señores, que los razonamientos fundados en principios ciertos son los únicos que pueden demostrar una verdad y llevar el convencimiento á la razón.

La primera de estas afirmaciones gratuitas es aquella trivial inculpación de que el catolicismo es enemigo de las ciencias y un estorbo para el progreso científico. Hace más de un siglo que esta inculpación calumniosa salió de los labios de Voltaire: desde entonces viene repi-

tiéndose como un eco por todos los enemigos de la Iglesia. Y, aunque ha sido mil veces pulverizada, sigue esgrimiéndose como arma de descrédito ante las indoctas muchedumbres. Pero en vano, porque ante los hechos nada valen las palabras; y el hecho palpable, manifiesto, indiscutible, es que el catolicismo es y ha sido el hogar más vasto de las ciencias; hogar en que abundan los sabios de primer orden, como abundan las estrellas en el cielo y las perlas en el mar. ¿Será necesario citar sus nombres? Un volumen no bastaría para contenerlos. Pero, ¿quién no los conoce? ¿quién que haya hojeado la historia de las ciencias no conoce á Copérnico, Keplero y Newton, padres de la astronomía moderna? ¿quién no conoce á Leibnitz, Descartes y Balmes, filósofos insignes? ¿quién no conoce á Cuvier y Marcel de Serres y á Elías de Beaumont, geólogos eminentes; á Cauchy, el primer matemático del mundo; al P. Secchi, el más célebre explorador del cielo en los últimos tiempos; á Biot, Quatrefages y Pasteur? Pero no necesitamos ir muy lejos, ni remontarnos á otros siglos para encontrar á sabios distinguidos en quienes la ciencia y la fe se unen con lazada de oro. En estos mismos días, un jesuíta ilustre, el P. Ricardo Cirera, representante de España en el Congreso Internacional de estudios solares, acaba de recibir en Francia una brillante ovación por sus trabajos científicos, los cuales han sido ensalzados con entusiasmo por hombres tan doctos como Deslandres y Flammarion.

Nadie se empeña, Señores, por difundir lo que no ama; y vosotros sabéis por la historia que la Iglesia ha sido en todos los tiempos la propagadora incansable de las ciencias, de las letras y de las artes. Jesucristo hizo un precepto de la enseñanza; y la Iglesia, obediente á este mandato, no ha cesado de enseñar, aún en medio de las persecuciones. En aquella larga noche de cinco siglos que sucedió á la invasión de los bárbaros, fué ella el único faro encendido en la costa solitaria y la única arca salvadora de

los restos de la sabiduría antigua. Obra suya han sido las más célebres universidades del mundo; y ella fué la primera á quien le cupo la gloria, como dice Ozanam, «de haber abierto de par en par las puertas de las escuelas para que entrasen en ellas, como en el festín del Evangelio, los ciegos, los cojos y los mendigos». Obra suya son las más grandes bibliotecas del mundo; de las cuales una sola, la Vaticana, bastaría para demostrar el amor y solicitud con que guarda la Iglesia los tesoros del saber humano. Colocada junto á la morada del Papa y vecina del santuario, está diciendo á todas las edades que los Jerarcas de la Iglesia extienden una de sus alas sobre la religión y la otra sobre la ciencia. Ved, Señores, á esas innumerables órdenes religiosas que hacen de la enseñanza la profesión de su vida y de los sacrificios que ella impone su única herencia. Y, cuando la ola de la impiedad las arroja de un país, porque enseñan á amar á Dios, juntamente con el amor á la ciencia, emigran, como las aves, á otras regiones más benignas, llevando el grano fecundo de la ciencia que arraiga y fructifica en todas partes. ¿Y para qué ir á buscar á larga distancia testimonios del amor de la Iglesia á las ciencias, si aquí mismo, sin salir de los términos de nuestra patria, los encontramos á millares? Y para no hacerme interminable, ¿qué es, decidme, este establecimiento en que os hablo sino un plantel lozano, nacido del amor de la Iglesia y mantenido con las larguezas de los católicos chilenos?

¿Queréis todavía otro testimonio? Hace treinta y siete años que se reunió en Roma un Concilio á que concurrieron setecientos obispos de todas las comarcas del mundo. De esa augusta asamblea emanó un documento importantísimo, en el cual se leen estas palabras:

«Tan lejos está la Iglesia de oponerse á la cultura de las artes y disciplinas humanas, que antes bien las ayuda y promueve, pues no ignora las ventajas que de ellas dimanan... crezcan, pues, y adelanten mucho y con grande

ardor la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de todos y de cada uno de los hombres, y de todas las edades y en todos los grados».

Tal es, Señores, el voto y el anhelo de la Iglesia. ¿Sabéis cuál es la ciencia que la Iglesia rechaza? La Iglesia rechaza la falsa ciencia y á los falsos sabios; es decir, aquella ciencia que no se funda en principios ciertos y demostrados, sino en hipótesis, en sofismas, en calumnias, en simples opiniones; y la rechaza, porque el que posee la moneda legítima no puede aceptar la falsa. Y ya esta ciencia está juzgada.

No hace muchos años que un hombre de clarísimo ingenio, después de examinar maduramente los ataques dirigidos á la Iglesia á nombre de la ciencia, escribió una obra con un título que equivalía á un epitafio sepulcral: *La Bancarrota de la Ciencia.* Este hombre ilustre era Brunetière, que salido de las filas del racionalismo y atraído por la evidencia de la divinidad del catolicismo, acaba de dormir su último sueño en el blando regazo de la fe cristiana.

Ahora, entremos en materia.

II

Grandes y constantes esfuerzos se han hecho hasta hoy para encontrar entre las fuerzas naturales, alguna que explique los fenómenos principales del espiritismo. Muchas hipótesis, más ó menos ingeniosas, se han inventado con este fin; pero ninguna ha resistido al diligente examen de la crítica. Ni la hipótesis *espontanea* de Littré, ni la hipótesis *mecánica* de Faraday, ni la hipótesis *eléctrica* de Caupont, ni la hipótesis *hipnótica* de Braid, ni la *fluídica* de Garcin, examinadas atentamente, explican el conjunto de los fenómenos espiritistas. Su eficacia alcanza, á lo más, á dar razón de uno que otro de los hechos que se producen, quedando sin explicación los más sorprendentes.

Pero, si hasta ahora no se han encontrado entre las fuerzas físicas ninguna que descubra el secreto de esas maravillas, ¿no podremos esperar que se encuentre más tarde, mediante el continuo progreso de las ciencias? ¿No habrá en la naturaleza alguna causa oculta que se haya escapado á las investigaciones de los sabios?

Hubo un tiempo, Señores, en que se hacía mofa de los sabios, porque recurrían á las fuerzas ocultas de la naturaleza, cada vez que no podían explicar algún efecto físico. Y hoy los sabios del espiritismo, los que se ufanan de volar con alas de águila en las ascensiones del progreso y tildan á sus adversarios de andar con pies de plomo en el camino de las ciencias modernas, recurren hoy al expediente de las causas ignotas, lo mismo que los sabios que vivieron hace cinco siglos.

Lo cierto es, Señores, que no hay ni puede haber causas ocultas que expliquen los fenómenos espiritistas. Nadie ignora, en efecto, que la naturaleza se rige por leyes constantes é inmutables: leyes que no pueden modificarse ó suspenderse sino por disposición expresa del Soberano Legislador. Y siendo dictadas por una sabiduría infinita, no puede llegar el caso de que unas leyes contraríen ó destruyan otras leyes, porque se produciría el desconcierto en el orden del Universo. Pues bien, si no hay en el mundo físico leyes contrarias á otras leyes, es evidente que no pueden ser efectos de causas naturales los fenómenos que se producen contrariando las leyes más conocidas del orden físico. Y esto es lo que acontece en un gran número de los hechos del espiritismo.

Hay una ley que se llama de la *gravedad*, por la cual todo cuerpo pesado tiende á buscar su centro, que es la tierra. Ahora bien, en las escenas espiritistas se ve frecuentemente contrariada esta ley: mesas y muebles de gran peso, y aún cuerpos humanos, se mantienen en el espacio sin ningún agente visible; y no han faltado ocasiones en que una mesa sujeta por hombres robustos, se ha lan-

zado al espacio con tal violencia que sus sostenedores han caído en tierra. En presencia de este extraordinario fenómeno cabe preguntar: ¿podrá haber alguna causa oculta contraria á la ley de la gravedad? Si la hubiese, diríamos que existen en el universo leyes destructoras de otras leyes.

Hay otra ley, la de la *inercia*, por la cual los cuerpos inorgánicos necesitan para moverse de una fuerza motriz extrínseca. Esta ley es contrariada con mucha frecuencia en las sesiones espiritistas, en que los muebles y demás objetos se mueven por sí mismos, cambian de lugar y aún danzan á compás de la música. Y bien, yo pregunto de nuevo: ¿podrá existir en la naturaleza alguna causa oculta que destruya la ley de la inercia?

Es una verdad indiscutible que los seres materiales son absolutamente incapaces de ejercer operaciones intelectuales. ¿Quién ha visto alguna vez pensar á las piedras ó á las mesas? Y sin embargo, en las reuniones espiritistas las mesas hablan por medio de golpes, contestando con toda exactitud á las preguntas que se les dirigen. Y bien, ¿podrá haber alguna causa oculta que comunique inteligencia á los objetos puramente materiales, convirtiéndolos en seres espirituales?

Las causas físicas no obran voluntariamente, sino fatalmente: acercad el fuego á la pólvora y no habrá medio de impedir que se inflame. En el espiritismo sucede lo contrario: ahí la causa productora de los hechos obra libremente y esta voluntad tiene tal predominio sobre los hechos, que los suspende y modifica sin sujeción á ninguna regla. Y los mismos espiritistas están tan convencidos de esta arbitrariedad, que cuando no consiguen que se aparezcan los espíritus, exclaman: «Por hoy los espíritus están mal dispuestos». Pues bien, ¿habrá en la naturaleza alguna causa oculta que, trastornando la condición natural de los seres, comunique voluntad y libertad á la materia pura?

Pero aún hay más. Los hechos del espiritismo se han clasificado en cuatro grupos : los *mecánicos* que se refieren al movimiento ; los *físicos*, que se relacionan con la luz, el calórico, el magnetismo ; los *fisiológicos*, que comprenden todos los hechos que afectan al organismo humano; y los *psicológicos*, en que se incluyen las operaciones intelectuales. Vosotros sabéis, Señores, que la Filosofía establece como principio inconcuso que «la acción del ser sigue al ser», es decir, que las operaciones de los seres son siempre conformes á su naturaleza. Así el fuego produce la combustión, pero no humedece como el agua ; el agua humedece, pero no alumbra como la luz ; la luz ilumina, pero no sopla como el aire. Según este principio, debería haber una causa especial para cada uno de los diferentes grupos de fenómenos que hemos enumerado : debería haber una causa para los hechos mecánicos ; otra distinta para los físicos ; otra para los fisiológicos; y otra, finalmente, para los psicológicos.

Sin embargo, vemos en la práctica que todos esos fenómenos se producen muchas veces simultaneamente y sin ninguno de los agentes naturales que producen el movimiento, la luz, el sonido, el calor. Esta simultaneidad indica que hay una causa única y común á todos y que esta causa única no es natural, porque entre las causas naturales no hay ninguna que produzca á la vez tantos y tan variados efectos.

Pero, ¿no podrá el hombre producir esos efectos ? Así lo creen algunos, atribuyéndolos á engaños ó artificios de los *mediums*. Mas si esto pudiera ser verdad en cuanto á los hechos menudos del espiritismo, como los golpes y movimientos de las mesas giratorias, no es admisible respecto de los grandes fenómenos, porque éstos exceden manifiestamente el poder de las facultades humanas. Fijémonos en algunos de los fenómenos psicológicos. ¿Podrá un hombre en su condición natural ver á enormes distancias, penetrar en el pensamiento ajeno, prever

acontecimientos futuros, disertar sobre ciencias que no ha aprendido y hablar idiomas desconocidos ?

Todo esto es naturalmente imposible, aunque se suponga á los *mediums* bajo la acción de todos los fluidos del mundo, porque ningún fluido puede tener la virtud de cambiar la naturaleza humana. Agréguese á esto que los fenómenos no se producen por voluntad de los *mediums*, pues en muchos casos sus esfuerzos resultan inútiles y falsas sus previsiones. Lo que prueba que la fuerza que obra no les pertenece de derecho, sino que se vale de ellos como de un instrumento.

III

He dicho, Señores, que la causa productora de las maravillas del espiritismo ha de buscarse en el mundo de los espíritus ; y en esto convienen los espiritistas, ya que han dado á su sistema el nombre de *espiritismo.* La divergencia comienza en la designación de los espíritus : ellos dicen que son las almas de los muertos ; nosotros sostenemos que son los espíritus del mal. Pero los espiritistas rechazan esta doctrina y llegan en sus protestas á negar la existencia misma de los espíritus del mal.

¿Y en qué se fundan ? En una simple negación. Y ya que una negación se contesta con una afirmación, yo voy á oponer á la negación espiritista una afirmación solemne, grandiosa y digna de todo respeto y de entera fe : la afirmación del género humano.

Consultad la historia, Señores, y ella os dirá que la humanidad entera, así la gentílica como la cristiana, ha creído en la existencia de los espíritus del mal. En todos los pueblos de la antigüedad gentílica encontraréis templos, altares, sacrificios, sacerdotes, invocaciones y ofrendas en homenaje á los demonios. En la teogonía de los pueblos medo-persos hallaréis á los malos genios procedentes de *Ahriman*, raza perversa que hacía guerra á *Ormuzd* y esparcía toda clase de males en la tierra. En

Grecia y Roma era común la creencia en los buenos y malos genios: Esquilo, el padre de la tragedia griega, reproduce en su *Prometeo* la tradición de la caída de los ángeles; Platón en su diálogo el *Banquete*, cree que los demonios ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los mortales; Plinio, el primer naturalista entre los romanos, atribuía á los demonios los ruidos estrepitosos que se sentían en el monte Atlas. En la China se veneraba con ritos diversos á los *Scin*, genios buenos, y á los *Kue y*, genios malos. En los *Vedas*, libros sagrados de la India, se menciona á los ángeles y á los demonios, y se establecen ritos litúrgicos para librarse de los *asourás*, pertenecientes á una raza maldita. Los mahometanos creen que un gran número de ángeles fueron condenados por su rebelión á castigo sin fin y atribuyen á ciertos genios subalternos las enfermedades y padecimientos de los hombres.

¿Necesitaré probar que la humanidad cristiana profesa esta misma creencia? Esta humanidad, por el hecho de ser cristiana, cree en la revelación divina; y esta verdad se encuentra claramente expresada en los Libros Santos.

Y bien, Señores, ¿qué es la humanidad cristiana? Es la más numerosa, la más ilustrada, la más inteligente, la más virtuosa; es el hogar en que se han formado los santos, los doctores, los mártires, los cenobitas; es el vergel en que florecen las más grandes virtudes y todos los heroísmos de abnegación, de caridad, de amor á Dios y á los hombres; es la tierra fecunda en que han brotado á centenares los más inspirados poetas, los más célebres artistas, los más insignes guerreros, los más grandes monarcas, los más profundos filósofos, y los más ilustres exploradores de la tierra y el cielo; es la noble Francia, centro de la civilización; la risueña Italia, patria acariciada de las artes; la hidalga y altiva España, cuna de héroes y de santos, y la joven América, que nació á la vida

de la civilización en brazos de la fe cristiana ; es la docta Alemania, la industriosa Inglaterra, y el poderoso imperio moscovita, que aunque separadas de la Iglesia Católica, no han abdicado del Evangelio.

Ved, Señores, á estas dos grandes humanidades profesando en este punto una misma creencia, á pesar de sus profundas diferencias. Ved á San Pablo de acuerdo con Platón y Aristóteles cuando enseña que «nuestra lucha no es únicamente contra la carne y la sangre, sino también contra los espíritus de iniquidad extendidos por el mundo».

En medio de este concierto universal de testimonios se dejan oir algunas voces de negación y de protesta ; pero, ¿qué valor pueden tener esas voces ? El de unas cuantas gotas en la inmensidad del océano ; el de unos cuantos girones de nubes en el azul sereno del firmamento ; el de unos cuantos ecos en el silencio augusto del desierto. Por lo cual pudiera decir con un autor célebre : « Hay alguien que tiene más razón y más talento que los sabios obstinados en no creer sino lo que ven ; y este alguien es todo el mundo.»

Y bien, ¿cómo se explica esta maravillosa uniformidad ? Esta uniformidad supone dos cosas : una revelación primitiva trasmitida por la tradición y una serie de manifestaciones visibles del mundo invisible. Y en verdad, no es posible dejar de ver la acción de los espíritus del mal en los horrores de los cultos gentílicos, cuyo recuerdo conserva la historia. El culto de Moloch, que exigía á los padres el sacrificio de sus hijos ; los execrables misterios del buey Apis en Egipto ; las donisíacas en Grecia ; las bacanales en Italia ; las orgías y torrentes de sangre en los pueblos salvajes ; son otros tantos indicios de la acción demoniaca. La perversidad humana no puede llegar á tanto ; hay en nuestra naturaleza sentimientos innatos que nos inclinan al bien y nos apartan del mal y que contrarrestan el imperio de las pasiones. Para explicarse

tales horrores, es preciso admitir la existencia de otros seres más perversos que el hombre, que le arrastran hasta las extremidades del mal.

Y luego ¿qué repugnancia puede encontrar la razón para aceptar la existencia de esos seres malvados ? Si es conforme á la razón que Dios haya creado espíritus puros, en quienes resplandeciesen de un modo más excelente sus divinos atributos ; conforme es también á ella que esos espíritus fuesen dotados de libertad, por lo mismo que eran los seres más perfectos de la creación. Y si fueron creados libres, pudieron caer y convertirse, por su caída sin rehabilitación, en seres reprobados ; ¿y por qué extrañarse de que seres reprobados obren el mal ?

Pero, ¿por qué Dios, siendo justo y bueno, objetan los espiritistas, habría concedido á los demonios una libertad de que hacen uso tan perverso en detrimento de los hombres ? Nada más fácil de explicar : los demonios no disponen de una libertad omnímoda ; sólo disponen de una libertad limitada y relativa, que Dios mide en atención á los fines altísimos de su Providencia. Los demonios son por su naturaleza capaces de mucho ; pero, no siendo ellos los que gobiernan el mundo, nada pueden hacer en detrimento del hombre, sino en la justa y sabia medida en que lo permita el Rey Soberano que dirige los destinos y la marcha de la humanidad.

Los demonios son súbditos rebeldes del soberano Rey ; pero su rebelión no les da derecho para obrar á su antojo, ni los exime del deber de la obediencia que cumple á todas las creaturas respecto del Creador. Su misión en el mundo es contribuir á dar valor y grandeza á la lucha entre el bien y el mal, á que está sometido el hombre durante su peregrinación terrenal.

En esta disposición resplandece, como en todo, la sabiduría de Dios. ¿Por qué, decidme, nos ha hecho libres ? Nos ha hecho libres para engrandecernos ; es decir, para que podamos adquirir con méritos propios la felicidad

á que nos destina ; nos ha hecho libres para que tengamos parte en la obra de salvación que Dios ha comenzado solo, pero que quiere concluir con nuestro concurso. Sin libertad habríamos sido estrellas, sin duda, las más bellas del firmamento ; pero no habríamos tenido ni otra belleza, ni otra claridad que la que Dios se dignó concedernos por gracia, el cual no vería en nosotros otra cosa que su propia obra, sin ningún engrandecimiento de nuestra parte.

Siendo libres, podemos elegir entre el bien y el mal : si elegimos el bien, habremos ejecutado un acto de cordura ; pero no habríamos adquirido un mérito propio si esta elección no nos impusiese algún sacrificio ; esto es, si no tuviésemos que inmolar ó el interés, ó la pasión, ó las inclinaciones que nos inducen al mal. De aquí resulta la necesidad de la prueba que aquilate el valo de un hombre ó la firmeza de una resolución. ¿Cómo se prueba la viril energía del soldado ? En el combate. ¿Cómo se conoce la sinceridad del amor ? En el sacrificio. ¿Cómo se prueba la fidelidad de un amigo ? En la adversidad. ¿Cómo se demuestra la verdadera y sólida virtud ? En la lucha contra el mal.

Y bien, ¿contra quiénes debemos luchar para conquistar los méritos del combate y las coronas del triunfo ? Vosotros lo sabéis, Señores, desde que fuisteis iniciados en la vida cristiana : debemos luchar con la carne, rebelada contra el espíritu ; con el mundo, que nos incita á amar los bienes perecederos con olvido de los eternos ; y con el demonio, que induce al mal con secretas y pérfidas insinuaciones.

Esta es la misión que Dios confía á los espíritus del mal : para esto les concede en cierta medida la libertad. Ellos, apesar suyo, glorifican á Dios, haciendo merecer á los justos y hacen brillar la divina justicia, castigando á los prevaricadores. Y así como la Providencia se valió un día de los bárbaros para castigar al mundo idólatra ; así también suele valerse de los demonios para castigar á los violadores de sus santas leyes.

No es, pues, el demonio «un rival afortunado de Dios», como se expresan en son de ironía nuestros contradictores: es un súbdito rebelde que contribuye sin quererlo al cumplimiento de los designios providenciales sobre los hombres y las naciones.

Pero en esta lucha podemos contar con dos cosas: con la asistencia divina, y con la seguridad de no ser tentados más allá de nuestras propias fuerzas. De manera que por grandes que sean las seducciones del mal, siempre nuestra libertad, dueña de sí misma, podrá alcanzar la victoria. Sólo serán vencidos los cobardes que huyen del combate ó que se entregan inermes y maniatados en poder de sus enemigos.

Se comprende, alegan los espiritistas, que los espíritus del mal se empeñen en seducir á los que van por buen camino, á fin de apartarlos de él; pero no se comprende que ejerzan su acción malhechora sobre los que ya les pertenecen. Esta observación puede contestarse con una palabra.

Si los malos espíritus tientan á los justos para apartarlos del buen camino, ejercen también su acción sobre los pecadores, para retenerlos en el mal camino. Es un conquistador que sabe por experiencia que ninguna presa está segura mientras el hombre vive en la tierra y puede disponer de su libertad. Sabe que aún los más empecatados en el mal pueden en cualquier día volver á Dios por el arrepentimiento, obtener el perdón y salvarse. Sabe, en fin, que muchos de los que fueron en un tiempo sus esclavos, ciñen hoy en el Cielo coronas de gloria inextinguible.

Es un hecho notorio, agregan los partidarios del espiritismo, que, á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, muchos incrédulos vuelven á Dios y gentes viciosas trabajan por su mejoramiento. Pretender que esto sea obra de los demonios, es suponer que ellos trabajan contra sus propios intereses.

Esta observación tendría algún valor si los ateos convertidos pasasen del ateísmo al catolicismo; pero si su

conversión es al espiritismo, este hecho sólo probaría que para los espíritus del mal es indiferente que los hombres se pierdan en el ateísmo, en el materialismo ó en el espiritismo. Sabe muy bien el demonio que el catolicismo es la única religión revelada por Dios y que sólo en ella es posible salvarse. Y por eso todo su empeño consiste en apartar á los hombres de esta única nave salvadora, dejándoles en libertad para profesar cualquiera falsa religión ó adoptar cualquier sistema opuesto á las verdades reveladas. Y aunque es cierto que el tránsito del materialismo al espiritualismo es un paso hacia la verdad ; también es cierto que ese paso dista mucho de la posesión entera de la verdad que se encierra en el dogma católico ; verdad que, siendo una é inmutable, no puede dividirse en fracciones.

Y luego, si hay, como se asegura, ateos que vuelven á Dios por el espiritismo, en cambio, hay un gran número de católicos que desertan de la fe cristiana por el espiritismo. La experiencia de cada día nos enseña que donde entra el espiritismo, desaparece el catolicismo con sus dogmas venerandos, con sus prácticas moralizadoras, con sus sacramentos que santifican todas las situaciones de la vida, con el culto rendido á Dios, con sus esperanzas inmortales, con sus consuelos en el dolor y en la muerte. En esto se trasparenta sensiblemente la acción de los espíritus del mal, que odiando á Dios, odian también al catolicismo que es su obra. Y si no, ¿por qué el espiritismo rechaza y combate al catolicismo ? ¿Será porque se cree más perfecto ? Eso sería mucha ceguedad ó mucha audacia. Lo combate porque el autor del espiritismo ve en él á un formidable enemigo que cruza sus planes y pone obstáculos á su dominación.

Por último, los espiritistas niegan la existencia de los espíritus del mal, porque es una creencia añeja, incompatible con los actuales progresos de la ciencia. — Pero, Señores, si hemos de rechazar por vieja la creencia en la

realidad de los espíritus malos, debemos renunciar por la misma razón á todas las verdades, á todas las tradiciones, á todas las creencias que cuentan con la consagración de los siglos y con el veredicto del género humano. Vieja es la creencia en Dios, y, sin embargo, los espiritistas la aceptan; vieja es la creencia en la espiritualidad del alma, y los espiritistas no la rechazan; vieja es la razón humana, y los espiritistas no han renunciado á ella; viejas son las matemáticas, y los espiritistas siguen creyendo en los axiomas geométricos. ¿Por qué sólo la creencia en los malos espíritus se ha de condenar por vieja? Lo cierto es, Señores, que toda verdad es vieja, porque los principios en que se funda son eternos; y por lo mismo, no depende de las opiniones de los hombres ni de los caprichos de la moda.

El espiritismo es también muy antiguo. Por más que se atavía hoy con traje moderno, en sustancia es la magia que dominó en todos los pueblos de la antigüedad. Casi no hay fenómeno que el espiritismo se atribuya como producto propio, que no sea viejo en el mundo, como lo demuestra la historia de la magia. Básteme citar en confirmación de lo que hay de más característico en el espiritismo actual, esto es, de la evocación de los espíritus, las severas prohibiciones contenidas en el Antiguo Testamento de evocar las almas de los muertos para saber de ellos los sucesos del porvenir. ¿Y no nos cuenta el Libro de los Reyes la visita de Saúl á la pitonisa de Endor para pedirle que emplease su arte á fin de conseguir el aparecimiento del profeta Samuel?

Por lo demás es, sin duda, una idea peregrina pretender negar una verdad tradicional en nombre del progreso de las ciencias. Y, en efecto, ¿cuál de las ciencias físicas serviría para condenar como un error la existencia de los demonios? ¿Será la astronomía, la química, la geodesia? Es lastimoso ver cómo se confunden las cosas cuando no se observan las reglas del raciocinio. Las verdades tradicionales no pertenecen á las ciencias, sino á la historia.

Decir, pues, que la ciencias rechazan la existencia de los espíritus, es como querer probar por la astronomía la existencia histórica de César ó Carlomagno.

Después de las observaciones que se han dirigido á la doctrina expuesta en mi última conferencia, he debido confirmarme, Señores, en la íntima persuasión de que el espiritismo es obra diabólica. Y por lo mismo, lamento con toda la amargura de mi alma que personas por muchos títulos apreciables abandonen el hogar cariñoso de la fe cristiana en que se meció su cuna, para entregarse á prácticas supersticiosas que pueden causarles daños irreparables.

IV.

El espiritismo tiene también una doctrina moral, y sus partidarios nos advierten que nada hay tan excelente como « la rígida solidez y la pureza de la filosofia espiritista. »

Para los que creemos que el verdadero y único autor del espiritismo es el espíritu del mal, está afirmación nos desconcierta, porque sería la primera vez que un árbol malo produjese buenos frutos y que de una fuente de aguas pútridas emanasen aguas puras y saludables.

Pero supongamos por un momento que no sean los demonios los autores de la doctrina espiritista, sino las almas de los muertos, como lo pretenden los defensores de esa doctrina. Desde luego salta á la vista una inexplicable impropiedad, y es que la doctrina moral que debe reglar la conducta de todos los hombres como condición para llegar á la felicidad, no sea dictada por Dios, sino por las almas de los muertos. Sería entonces el caso de preguntar : ¿Con qué derecho nos impondrían esas almas deberes y obligaciones y nos trazarían las reglas de conducta que debemos cumplir en la tierra ? Si esas almas son seres iguales á nosotros, y muchas de ellas inferiores á nosotros en méritos y buenas obras, ¿por qué estaríamos obligados á regirnos por las leyes que quisiesen imponernos ? Dios es el único que

tiene el derecho soberano de señalar al hombre el camino y las condiciones necesarias para llegar á la felicidad sobrenatural. Y cuando se ha valido de otros hombres para intimarnos sus mandatos, ha provisto á esos hombres de los medios necesarios para probar que ejercen una misión divina, dándoles la virtud de hacer milagros, es decir, de suspender las leyes de la naturaleza, que sólo es dado al poder de Dios. Pero las almas de los muertos que evocan los espiritistas, ni hablan en nombre de Dios, ni prueban su misión divina con hechos que excedan á las fuerzas naturales de los espíritus. Y puesto que la ley moral debe ser una misma para todos, cumple á la sabiduría divina promulgarla en condiciones que pueda llegar á conocimiento de todos. Y bien, si Dios hubiese confiado á las almas de los muertos la promulgación de esa ley, sólo podrían conocerla los pocos evocadores de los espíritus, esto es, una mínima parte de los obligados á cumplirla ; y en consecuencia, éstos serían los únicos que pudiesen llegar á la felicidad.

Por otra parte, si Dios hubiese querido confiar á las almas esta misión importantísima, lo habría advertido á los hombres, diciéndoles : « Creed todo lo que os digan las almas de los muertos ; creed todo lo que os digan Judas, Nerón, Voltaire, acerca de vuestros destinos eternos, porque ellos son los encargados de manifestar mi voluntad al mundo y de indicaros cuáles son los medios necesarios para salvarse. » Y creo, Señores, que esta notificación no ha llegado aún á vuestro conocimiento.

Para apreciar el valor de la doctrina espiritista, basta tomar en consideración su dogma fundamental, que constituye, al decir de sus autores, « la finalidad espiritualista. » Este dogma es la *metempsicosis* ó transmigración de las almas ; doctrina originaria del antiguo Egipto y de la India. Esta consiste en suponer que las almas separadas del cuerpo se purifican en una serie indefinida de existencias corporeas como la nuestra, transmigraciones que sólo terminan cuando las almas llegan á la purificación ó perfección moral.

El primer defecto de esta doctrina se impone á la vista del menos perspicaz. La transmigración delas almas no es, en efecto, un medio adecuado para obtener la purificación de las faltas cometidas en una existencia anterior ; porque la emigración de un ser á otro no tiene la virtud de cambiar la condición de la primera existencia. ¿Por qué el alma que ha rehusado amar y obedecer á Dios en la primera existencia cambiaría de sentimientos y de conducta en la segunda ? En esta segunda existencia, lo mismo que en la primera, el alma es libre y está expuesta á ceder á las seducciones del mal. El alma no cambia de naturaleza por el hecho de emigrar á otros seres ó á otros mundos : lleva interiormente las cicatrices de sus caidas y puede volver á caer y morir una segunda, una tercera, una cuarta vez en la separación voluntaria de Dios ; de manera que en vez de purificarse, pueden las almas viajeras agravar sus culpas y alejarse más y más de la beatitud.

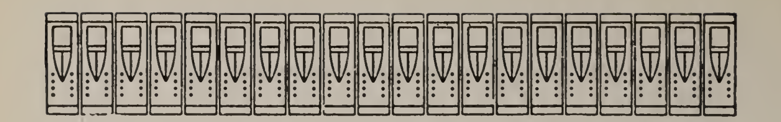
En la doctrina espiritista de la transmigración se destruye la justicia de Dios y desaparece la distinción del bien y del mal. La justicia reclama una pena proporcionada á la gravedad de la culpa y una recompensa proporcionada á la excelencia de los actos virtuosos. Pero en la teoría espiritista, Dios dejaría de ser el Juez soberano que pesa en balanza de severa justicia las obras de los hombres : sería un Dios que miraría con igual complacencia á los santos que han llevado en la tierra vida de ángeles y á los monstruos de maldad que han sido oprobio y vergüenza de la especie humana. Y en efecto, después de esta vida terrenal no habría ni premios ni castigos : solo habría una supervivencia en que todos, buenos y malos, irían viajando á través del espacio en encarnaciones sucesivas para llegar á un mismo término. Según esto, Judas y Nerón tendrían sustancialmente igual destino que santa Teresa de Jesús y San Vicente de Paul, con la única diferencia de que aquellos llegarían con un poco de más lentitud al término del viaje. Dios habría dicho á los hombres : Encenagaos, si os place, en sangre y

lodo ; que yo en castigo de vuestros crímenes, me contento con alargaros un poco el camino del paraiso : tardaréis más tiempo en llegar á la perfección, pero al fin llegaréis á la eterna beatitud sin necesidad ni de arrepentimiento, ni de perdón, ni de expiación. Toda cuenta queda saldada, toda culpa perdonada, todo crimen expiado con unas cuantas reencarnaciones que os permitirán romper la monotonía de una misma existencia.

Y bien, Señores, ¿qué freno quedaría para contener al hombre, débil y defectible, en el desbordamiento de las pasiones ? ¿Qué temor podría detener al que está dispuesto á abandonarse á la corriente de los vicios ? ¿Un plazo más ó menos largo para llegar á la felicidad ? ¿Y eso qué importa si ha de llegar al fin ?

Lo que quiere decir que en la doctrina espiritista no hay distinción sustancial entre el bien y el mal, ya que no existe sanción proporcionada. La conclusión del bien sería idéntica á la conclusión del mal, puesto que toda criatura reposaría finalmente en Dios. Cualesquiera que hayan sido los méritos y deméritos de las almas, todas disfrutarán de una igual é inenarrable felicidad. Y si el malvado tiene los mismos derechos que el justo ¿dónde estaría la diferencia entre el bien y el mal ? Dios, el Dios tres veces santo, sería el patrimonio inalienable de todo pecador, sin necesidad de arrepentimiento ni de expiación voluntaria. Nerón y San Luis entrarían en el cielo con igual derecho para disfrutar de una misma felicidad. ¿Dónde estaría la justicia eterna ?

Tal es, Señores, el dogma fundamental del espiritismo. Creo que basta exponerlo para que el buen sentido humano lo rechace con justa indignación ; y por lo mismo, no se explica el hecho de que los espiritistas se manifiesten tan ufanos de su doctrina y miren con tan sultánico desdén la doctrina católica de la justificación, que resuelve todas las dudas, que satisface á la razón y es el más sólido fundamento de la moral.



VIGESIMA QUINTA CONFERENCIA.

EL MATERIALISMO Y EL ORIGEN DE LAS COSAS.

ILTMO. Y REVMO. SEÑOR:

SEÑORES:

En la exposición que vengo haciendo ante vosotros del dogma católico, ha llegado el momento de tomar en cuenta uno de los errores más perniciosos de nuestra época: aquel error que, en nombre de la ciencia, intenta arrebatar á Dios su título de Creador y suprimir el alma en el organismo humano. Este error es el materialismo, que altanero y jactancioso, se arroga la representación de las ciencias y pretende deslumbrar á las indoctas muchedumbres con el vano aparato de fórmulas científicas. Por las especiales circunstancias de nuestro tiempo, el materialismo es un error peligroso para muchas almas. A causa del visible predominio de los intereses materiales sobre los del espíritu, no estamos muy distantes del estado en que se encontraba la sociedad romana, cuando el filósofo Epicuro enseñaba el materialismo como doctrina, y el poeta Lucrecio lo ensalzaba en primorosos versos en su poema *De rerum natura*. Hoy, como entonces, se apura con ansiedad la copa de los goces sensuales, y hay un gran número de hombres que viven como sumergidos en la materia, sin más espectativas que las que les ofrece la vida presente.

A este materialismo de hecho, agrégase hoy, como en

los tiempos de la decadencia romana, la enseñanza del materialismo como doctrina en cátedras universitarias y en libros y revistas de vasta circulación, con peligro gravísimo para la juventud que estudia el organismo humano para curar sus dolencias y para todos aquellos que, faltos de sólida instrucción religiosa y filosófica, se dejan seducir fácilmente por un sistema que se les presenta como la última palabra de la ciencia, como el fruto maduro y sabroso de la razón contemporanea y término supremo de las evoluciones científicas.

Y es digno de notarse, Señores, que los sabios del materialismo no se distinguen por aquella modestia encantadora, que fué siempre el más bello atributo de los verdaderos sabios. Al oirlos, se diría que sólo ellos poseen los secretos de la ciencia, ó que ésta es un patrimonio exclusivamente suyo. Y si alguna vez se dignan bajar de las alturas luminosas en que viven, es sólo para compadecer á los que creemos en Dios y en el alma humana, porque no subimos con ellos á las alturas del progreso y no quebramos los hierros en que nos mantienen atados nuestras creencias.

Y, sin embargo, yo veo que los más grandes genios de la ciencia, los que la han enriquecido con adelantos más positivos y que sin pretensiones soberbias han pronunciado oráculos que no han sido reformados todavía, no han dejado de ser sabios, porque han creído en Dios y en el alma inmortal. Yo veo á Klepero y á Copérnico, que daban gracias á Dios, como á fuente de las luces, por los descubrimientos que hacían en los dominios de las ciencias ; yo veo á Newton, que á través de los espacios en que ruedan los mundos descubría la huella luminosa del poder y de la sabiduría infinita ; veo á Lineo, explorador insigne de los reinos de la naturaleza, exclamar en transportes de religiosa admiración : «He seguido por todas partes sus pasos en medio de los seres de la creación y en todas esas obras, aún en las pequeñas é

imperceptibles, he visto la fuerza, la sabiduría, y la indefinible perfección de Dios».

Eran sabios y cristianos; y el ser sabios no les impidió ser cristianos y el ser cristianos no apagó en sus frentes la aureola de la ciencia.

A juicio de estos grandes exploradores del mundo corresponde á Dios la suprema paternidad de las cosas: el mundo es su obra y todos los seres que lo pueblan han salido de su mano omnipotente. Pero á juicio de los sabios del materialismo, Dios no existe; es una mera abstracción, una quimera, ó á lo más, una hipótesis que la ciencia declara inútil, porque todo se explica sin El. Todo se explica sin El, porque no hay en el mundo, dicen, más que materia; y este ser único es el origen de todo lo que ven nuestros ojos y palpan nuestras manos.

¿Y qué deberemos hacer, Señores, en presencia de esta extravagante afirmación? ¿Deberé detenerme á demostrar la existencia de Dios? Sería una tarea inútil hablando á católicos, porque no se demuestra á los hijos la existencia de su padre. Mi tarea debe ser otra: debo arrebatar de las manos yertas del ídolo del materialismo el cetro de la usurpada paternidad del mundo que han puesto en ellas sus adoradores, demostrando que la materia inerte y ciega es radicalmente inhábil para ser el primer principio de las cosas, porque carece de las condiciones necesarias para esta función altísima.

Perdonadme, Señores, si al tratar de esta materia, os llevo á navegar por un mar de hielo. Debo tomar en cuenta las doctrinas del materialismo, y estas son áridas y frías, como esas regiones de eterna nieve en que falta el calor y la luz.

I

¿Cuál es el origen de los innumerables seres que pueblan el universo? El origen ó primera causa de esos seres no es un secreto para los católicos. Abrimos el libro de

las divinas revelaciones, y leemos en su primera página estas palabras: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra». Dios, ser infinito, eterno, subsistente por sí mismo, es el Autor de todas las cosas, el cual las crió libremente llamándolas á la vida desde el seno de la nada.

He aquí, Señores, una explicación neta, contundente, luminosa, que resuelve todas las cuestiones, que disipa todas las dudas, que satisface á todo entendimiento.

Pero el materialismo no acepta esta explicación, porque no quiere depender de Dios, reconociéndole como Creador; y á fin de sustraerse á esta gloriosa dependencia, adjudica á la materia vil, que carece de inteligencia y que obedece á leyes fatales, la honra insigne de primera causa. ¿Queréis conocer las razones de esta sustitución del Ser infinito por la materia ciega? ¡Ah! Señores, no pidáis pruebas á los materialistas: ellos afirman pero no prueban. Sostienen con audacia increíble que el universo se ha creado á sí mismo, pero si les pedís pruebas pasarán sin oiros. Si les preguntáis por qué no creen en Dios, os darán razones tan peregrinas como la siguiente: «Los sentidos no perciben á Dios; luego no existe». Señores, si alguno se presentase ante vosotros diciéndoos que no cree en la existencia de la luz, porque no la percibe con el oído, ¿qué le diríais? ¡Necio! le diríais ¿cómo queréis percibir la luz con el oído? Abrid los ojos y os convenceréis de la realidad de la luz. Lo mismo pudiéramos decir á los materialistas: Afirmáis que Dios no existe, porque no lo veis con vuestros ojos; pero ¿cómo queréis ver á Dios con los ojos de vuestro cuerpo, siendo como es un espíritu purísimo? Pero si en vez de los ojos aplicáis la razón, ella os convencerá de que Dios existe con la fuerza invencible del raciocinio y estaréis tan ciertos de esta verdad como lo estáis de la existencia de la luz cuando la veis con vuestros ojos. ¿Ignoráis que los seres espirituales no caen bajo el dominio de los sentidos? ¿Ignoráis que donde concluye el domino de los

sentidos comienza el de la razón, que nos conduce al conocimiento de las realidades suprasensibles ? Y si no admitís otras realidades que las que os muestran los sentidos, arrojad por la borda á la razón, porque dentro de vuestro sistema es un bagaje completamente inútil. Y si sois lógicos, debéis renunciar también á las matemáticas, á las ideas absolutas, á los primeros principios de las ciencias, porque no están sujetos al dominio de los sentidos.

Es fácil decir que no hay Dios ; tan fácil que el labriego más rústico puede hacer la misma afirmación : para esto no se necesita ser sabio. Pero con esto la cuestión no ha terminado : al contrario, la cuestión comienza ; porque para resolverla es necesario aducir argumentos tanto más sólidos y decisivos cuanto que se trata de una creencia profesada en todos los tiempos por el género humano y confirmada por los más grandes ingenios que han honrado á la humanidad.

El universo está ahí delante de nuestros ojos : está ahí con la muchedumbre de seres que encierra en su seno, con el orden y la armonía que lo rigen, con las bellezas sin fin que lo engalanan. Y bien, si no hay Dios ¿quién lo ha creado ? ¿de dónde procede ? ¿cómo subsiste ?

Oigamos cómo responden los sabios materialistas á estas graves interrogaciones. Oigamos á M. Renán : « Todo empieza, dice, por un período atómico que contiene en sí el germen de cuanto ha de venir después... Al período atómico sucede el período molecular : ¿y por qué no habíamos de admitir que las moléculas pudiesen ser, como todas las cosas, fruto del tiempo ?»

He aquí, Señores, cómo resuelve el problema una de las lumbreras del materialismo. Me imagino que la ciencia no puede quedar satisfecha con esta solución. «Todo empieza, dice, por el átomo» ; pero si todo empieza por el átomo, éste ha debido tener principio ; y si ha tenido principio, no es eterno ; y si no es eterno, alguien ha debido crearlo. Decidnos, pues, ¿quién hizo el átomo ? ¿Di-

réis que se hizo á sí mismo ? Pero ¿cómo pudo crearse, si antes no existía ? Es sabido que para crear se necesita obrar, y para obrar se necesita existir; y si el átomo no existía ¿cómo pudo crearse ? Diréis que el átomo es eterno ; pero acabáis de decir que todo *empieza* por el átomo ; pues bien, lo que empieza ha tenido principio, y lo que tiene principio no es eterno.

Pero no es esto todo : ese átomo, cuyo origen se ignora, resolvió un día salir de su largo reposo y se convirtió en molécula ; esta hija primogénita del átomo pasó á ser nebulosa, y de esta nebulosa salieron todos los soles que forman el mundo planetario.

¡Oh sabios prodigiosos ! ¡con qué asombrosa facilidad saltáis por sobre los abismos ! Pero ya que aspiráis al honor de explicarnos el génesis y la marcha del mundo, decidnos cómo esos átomos y esas moléculas han podido producir el doble movimiento que constituye la armonía de los cielos ? ¿En virtud de qué impulso se han puesto en movimiento ? Decís que en virtud de una «fuerza íntima y de un resorte secreto» ; pero ¿quién ha puesto en el átomo esa fuerza y ese resorte ? Es un misterio que queda sin explicación en la ciencia materialista.

Pero esta ciencia tan ágil ha dado otro salto prodigioso : el de la materia muerta á la materia viva. Hubo una hora en que los átomos se combinaron de un modo tal, que produjeron la vida vegetal y la vida animal y otra hora más solemne en que el hombre se levantó sobre sus pies mirando al cielo. ¿Queréis saber cómo se ha verificado esa cadena de misteriosas evoluciones ? Es el átomo que ha ido caminando y pasando de etapa en etapa, hasta llegar á vivir, á pensar y á tener conciencia de sí mismo en el hombre, término glorioso del átomo viajero. Después de esto, ¿qué necesidad tenemos de Dios ? El átomo lo ha hecho todo ; sólo nos falta exclamar : ¡oh átomo creador, yo te saludo !...

Mas, ¿no habrá otro sabio materialista que nos dé una

explicación más razonable del génesis de las cosas ? Oigamos á M. Taine. En un canto escrito en incomparable prosa, nos dice lo siguiente : «En la suprema cumbre de todas las cosas, en lo más alto del éter luminoso, se pronuncia el axioma eterno ; y el sonido prolongado de esta fórmula creadora produce por medio de sus ondulaciones la inmensidad del universo.»

Como veis, Señores, los sabios materialistas no están de acuerdo en la explicación del origen de las cosas : cada cual tiene su sistema. El átomo creador de Renan, es sustituído por el axioma eterno de Taine. ¿Qué os parece, Señores ? Un axioma, que es como si dijéramos una mera abstracción, se ha creado á sí mismo y ha engendrado la serie interminable de los seres. Y es de notar que este axioma pronunciado, no sabemos por quién, en la cumbre de las cosas, fué pronunciado, después que las cosas existían ; de donde resulta la inexplicable maravilla de que las cosas creadas existieron antes que el creador. Y luego, ¿cómo un axioma que carece de vida, ha podido producir la vida ? Para crear se necesita obrar y ¿cómo podría obrar un axioma que no es más que una sombra ? Y aún suponiéndole capaz de acción, ¿os imagináis que la obra portentosa del universo haya sido producida por un axioma que ha estado «ondulando en un eterno vacío ?»

Cuesta, en verdad, convencerse de que tales sabios hablen con seriedad cuando escriben y enseñan tan extrañas aberraciones. ¡Y esto es lo que llaman ciencia y con esta ciencia sin base, sin luz, sin pruebas, creen haber arrojado á Dios del cielo y de la conciencia humana !...

II

Habéis visto, Señores, las doctrinas de las escuelas materialistas : ved ahora sus defectos capitales.

Enseñan los materialistas que todo lo que existe procede de la materia. Pero, si así fuese, debería tener la

materia todas las condiciones que requiere la primera causa. La razón exige que la primera causa de las cosas sea un ser necesario, infinito, perfecto, primer motor y ordenador inteligente del universo.

Ahora bien, ¿se encuentran en la materia estos altísimos é indispensables atributos ? Vamos á verlo.

En primer lugar, ¿será la materia un ser necesario ? Necesario es el ser que no puede dejar de existir, porque la existencia es inherente á su misma esencia. ¿Se hallará la materia en este caso ? No, Señores, porque nuestra razón concibe sin ninguna dificultad que la materia ha podido no existir, ya que su existencia no es exigida por ninguna necesidad. Vemos en el mundo un gran número de seres que tan pronto existen como dejan de existir y que podrían no haber existido nunca. Concebimos sin ninguna repugnancia la no existencia de un astro, de una planta y aún de un reino entero ; y, siendo una misma la esencia de la materia, lo que se dice de sus partes se dice también del todo. Y bien, á esta sustancia meramente posible, que puede existir ó no existir, ¿le daríamos, como á Dios, el puesto honrosísimo de primer principio de las cosas ?

La infinidad es otro atributo del ser sin causa. Y bien ¿existe la infinidad en la materia ? Basta enunciar esta pregunta para contestarla con una negación absoluta. Lo infinito excluye todo límite y todo número, porque, siendo un ser completo, no puede ser ni limitado, ni aumentado, ni disminuído. Observad la naturaleza : todo en ella tiene límite, todo cae bajo el imperio estrecho de la medida, aun aquellas distancias que parecen inconmensurables ante nuestros ojos. Cada ser y cada parte de ser puede dividirse en una infinidad de elementos ; nada hay tampoco que no pueda aumentarse ó disminuirse ; no existe un número infinito. Lo que prueba que no hay en el mundo ningún ser completo y por consiguiente infinito.

¿Podrá tener la materia la suma perfección que corres-

ponde al primer principio ? Mucha bellezas existen en el mundo en cuya contemplación se deleitan nuestros ojos ; pero en ninguno de esos seres tan hermosos se encuentra la suma perfección ; porque no hay perfección suma donde puede caber *más ó menos* perfección. Y en vano buscaríamos un ser en que no haya imperfección ó al menos, en que no pueda haber mayor belleza ó mayor bondad. Si una flor, si un ave, si una piedra preciosa nos deleitan por sus aromas, por sus matices, por su brillo, comprendemos que puede haber otras mejores. Y subiendo de grado en grado en la escala de las perfecciones materiales, nos persuadimos al fin de que no existe en el mundo la bondad misma, la belleza misma, la perfección misma, y que sólo existen géneros y grados.

¿Podrá ser la materia el gran motor del universo ? Así lo creen los materialistas, suponiendo que el movimiento es esencial á la materia. Pero esta suposición es desmentida por la experiencia y por la ciencia. Es desmentida por la experiencia, puesto que vemos innumerables seres en estado de inmovilidad. Las ciencias atestiguan precisamente lo contrario : atestiguan que la inercia es una de las propiedades de los cuerpos. «Ningún cuerpo en reposo, dice Laplace, puede darse á sí mismo el movimiento... Esta tendencia de la materia á perseverar en su estado de reposo ó de movimiento es lo que se llama la inercia ; y esta es la primera ley del movimiento».

Ahora bien, si la materia no tiene de sí misma el movimiento, no ha podido ser el primer motor, porque nadie puede dar lo que no tiene. En consecuencia, el movimiento ha sido comunicado á la materia por una causa extraña; y ésta no puede ser otra que la fuerza infinita que un día lanzó al espacio esos orbes del mundo planetario que giran en la inmensidad en vuelo uniforme y permanente.

Que hay orden y armonía en el universo es un hecho que no necesita demostración : nuestros ojos lo ven y lo admiran. Pero ¿á quién debemos atribuir ese orden y ar-

monía que resplandecen en el mundo ? Debemos atribuirlo á una causa inteligente, porque donde hay orden debe haber una causa ordenadora. Sólo la inteligencia es capaz de arbitrar los medios conducentes á un fin. Es lo que vemos aún en las obras del hombre : el reloj está construído para señalar las horas, el navío para moverse sobre las aguas, y todos los instrumentos de que se sirve la industria denotan un fin, un propósito, un intento que supone una inteligencia que ordena los medios conducentes á un fin. Pues bien, ¿cuál será la inteligencia soberana y sapientísima que ha puesto el orden y la armonía en el universo ? La materia, responden los materialistas. Pero, si así fuese, nos encontraríamos en presencia de un fenómeno inexplicable : en presencia de un efecto inmenso sin causa proporcionada. Veríamos maravillas en que resplandece la más grande sabiduría, producidas por una substancia que carece de toda inteligencia ; veríamos movimientos estupendos producidos por un ser inerte ; veríamos bullir en todas partes la vida orgánica engendrada por una substancia muerta ; veríamos una obra tan admirable como el organismo humano realizada por un agente estúpido y ciego ; veríamos leyes tan sabias como las de la vegetación y reproducción dictadas por un ser inconsciente ; veríamos, en fin, prodigios tan sorprendentes como el ojo y el oído humanos producidos por un artífice que ignora las leyes de la óptica y de la acústica. La materia es, en verdad, una substancia sin inteligencia, inerte, muerta, ciega, inconsciente, ignorante y condenada á obedecer á leyes fatales. Y esta substancia con tales cualidades ¿sería la causa de tantas maravillas ? Señores : el materialismo, á fin de que no se diga que Dios es el creador del cielo y de la tierra, rompe con la razón universal, sosteniendo que el mundo es causa de sí mismo, ó sea, que el efecto se sirve de causa á sí mismo. ¿No es esto contradictorio, no es absurdo, no es una burla del buen sentido humano ?

III

El materialismo ha puesto en la materia los atributos divinos, y con esto ha hecho una divinidad. Pero la naturaleza, rehusando indignada el honor inmerecido con que se pretende ensalzarla, proclama á voces el nombre y la grandeza de su autor. «¿Quién es tan necio, decía el más elocuente de los romanos que, mirando al cielo, no comprenda que hay Dios ?» Y en efecto, Señores, la impresión de la Divinidad es la que siente toda alma cuando contempla los magníficos espectáculos que nos presenta el universo. No es posible dejar de sentir su presencia en ese conjunto de maravillas en que se revela tanta sabiduría, tanta bondad y tanto amor. No es posible dejar de ver la magnificencia de Dios en el firmamento diáfano y sereno sembrado de astros brilladores ; no es posible dejar de ver su inmensidad en los mares que rodean los continentes y en los desiertos sin límites, sin agua y sin sombra, donde no se oyen los rumores de la vida ; su sabiduría en la sucesión de los días y de las noches y en la variedad de las estaciones que nos prodigan beneficios diversos ; su poder en las tempestades que agitan los mares, en los vientos bramadores que sacuden las florestas, en el trueno que ensordece el espacio y en el rayo que estalla en la nube borrascosa.

Invisible como es, se manifiesta á nuestros ojos en mil formas diferentes : su bondad es la que sonríe en la serenidad de un bello día ; su fecundidad se manifiesta en las mieses que pueblan los sembrados ; su belleza se trasparenta en la verde colina, en el raudal que corre entre márgenes de flores, en las aves que alegran los bosques, en los prados, que, según la expresión del poeta, Dios, al pasar, «vestidos los dejó de su hermosura ». Todo nos obliga á levantar nuestro pensamiento al Autor de tantas é incomparables maravillas, exclamando con el Sal-

mista : «¡Oh Señor, cuán bellas y magníficas son tus obras !... »

«Ni el sol ni la historia han visto jamás á un pueblo ateo», ha dicho un apologista célebre. Y en verdad, la historia atestigua que la humanidad ha creído universalmente en un Ser sobrenatural y perfecto, que existe fuera de todo lo criado y á quien ha dado el nombre de Dios. La humanidad ha conservado su nombre en el santuario del alma como un temor ó como una esperanza. En todas partes se han levantado templos en su honor, se le han erigido altares y se le han ofrecido sacrificios. Ningún legislador le ha desterrado de sus leyes; ningún idioma ha borrado su nombre. Es el más popular de todos los seres : su nombre es el primero que balbucean los labios puros de la infancia ; en Él confía el hombre que llega al ocaso de la vida, en esa hora triste, vecina del sepulcro ; á Él invoca el labrador, pidiendo la lluvia para sus campos ó para darle gracias cuando ve granar las espigas ó madurar el fruto de la vid ; á Él acude el pobre en su miseria, el enfermo en sus dolores, el que siente pesada la carga de la vida. El hombre de bien lo bendice, el malvado lo teme, y el impío, maldiciéndolo, confiesa su existencia. Con razón se ha dicho que Dios no tiene más enemigos que la corrupción del corazón y el orgullo de la falsa ciencia.

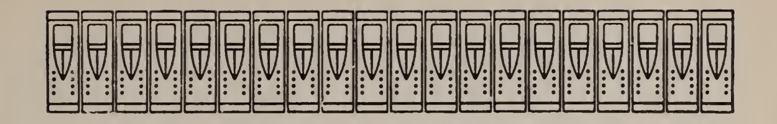
Y bien, Señores, esta popularidad ¿será una vana ilusión del género humano ? ¡Ah ! nunca la ilusión, nunca el engaño habrían podido apoderarse de tantas inteligencias, ni seducir á tantos corazones. No es posible que en un asunto de tan vital importancia se engañe la humanidad entera. En vano se inventan teorías, sistemas, hipótesis, para desterrar á Dios del mundo y del alma ; en vano se nos acusa de adorar á un Dios imaginario, condenado á la nada por el materialismo ateo. En vano, sí, porque la humanidad, mirando á los falsificadores de la ciencia con el desdén con que mira una reina al villano

que la ultraja, les dice sin detenerse en su camino : Vuestra osadía está á la altura de vuestra ignorancia. Yo he vivido más que vosotros, he estudiado más que vosotros, y sé más que vosotros, y creo en Dios y le adoro.

Llega el momento, Señores, de deducir la última consecuencia de las consideraciones expuestas. Existen seres en el mundo ; esos seres, no pudiendo crearse á si mismos, han debido tener un primer principio. Este principio no puede ser la materia ; y puesto que fuera de la materia no hay más que Dios ; luego Dios es la primera y única causa de todo lo que existe.

Sí, Señores, la razón y la fe, la ciencia y el sentido popular, la voz de la conciencia, la voz del corazón, la voz del género humano, confiesan que existe un Espíritu eterno é infinito, subsistente por sí mismo y causa de toda subsistencia, asiento y origen de toda perfección, primer motor de todo lo que tiene movimiento, ordenador sapientísimo del universo, y en quien reside toda verdad, toda belleza, todo poder, toda bondad, toda justicia, toda santidad, todo amor.

¡Oh Dios, oh Padre, oh Soberano ! Es verdad que mis ojos no te ven, porque no me has puesto aquí para verte, sino para desearte y merecerte. Pero si mis ojos no te ven, te siento en todas partes : te siento en el mundo como providencia bienhechora, en el corazón como amor inefable, en la conciencia como guía, en el dolor como consuelo, en los desfallecimientos como fuerza, en las luchas contra el mal como aliento, en la culpa como temor saludable, en el arrepentimiento como paz dulcísima. Mis ojos no te ven aquí ; pero por gracia tuya, te verán un día en medio de los resplandores de tu gloria ; y con esta esperanza vivo y con esta esperanza me abandonaré en los brazos de la muerte.



VIGESIMA SEXTA CONFERENCIA.

EL MATERIALISMO Y EL ALMA HUMANA.

ILTMO. Y RVDMO. SEÑOR, (1)

SEÑORES :

HAY en el libro de las divinas revelaciones un pasaje verdaderamente sublime : aquel en que Dios, recogiéndose en sí mismo, y en presencia del cielo atento y de la tierra muda, pronuncia su última palabra creadora : «Hagamos al hombre». Y al imperio de esta palabra, el hombre se levanta del polvo como una aparición, animado por un soplo de vida : *Spiraculum vitæ.* Nace á la voz de Dios, dotado de un maravilloso organismo material y de un espíritu inmortal, enlazando en su propio ser el mundo inferior de la materia y el mundo superior de los espíritus. Cuerpo y alma á la vez, reune en su persona todos los dones del espíritu y todas las fuerzas de la materia ; y constituído centro real de la creación, se consuma en su persona la unidad de todos los seres creados, que es el sello magnífico de las obras de Dios.

¡Qué bella y qué grande es, Señores, esta revelación de nuestro origen ! Somos criaturas de Dios y criaturas privilegiadas, en las cuales estampó su propia imagen, á la manera que en la filiación terrestre ostentan los hijos

(1) El Ilmo Señor Don Juan Ignacio Gonzalez, Arzobispo de Santiago de Chile.

la semejanza de sus padres. Somos las únicas criaturas del mundo visible destinadas á conocer y á amar á su divino Autor y á cantar el himno perpetuo de la gratitud y de la alabanza, en nombre y en representaciónde los demás seres salidos de la mano omnipotente; criaturas, en fin, llamadas á una vida inmortal, pudiendo adquirir con la gracia de Dios y sus propios méritos una felicidad sin término.

Pero, ¡quién lo creyera! de nuevo el materialismo nos sale al paso para contradecir esta doctrina tan gloriosa y tan consoladora. Y así como pretende dejar vacío y desolado el cielo y sin explicación el mundo suprimiendo á Dios, pretende también mutilar al hombre y arrebatarle su dignidad y su gloria suprimiendo el alma; no viendo en el ser humano más que materia organizada, que ha de convertirse un día en polvo y podredumbre. Cuesta, en verdad, convencerse de que haya hombres empeñados en envilecernos, destruyendo la base de nuestra grandeza. Pero por más que cuesta convencerse de que haya hombres empeñados en esta insensata tarea, es lo cierto que el materialismo, negando la existencia del alma humana, quiere igualarnos con el animal que vive sin conciencia de sí mismo y que muere todo entero, sin dejar rastro alguno de su tránsito por el mundo.

Yo debo tomar en cuenta esta nueva negación del materialismo: y al tratar de este tristísimo asunto, he de imponer silencio á mis sentimientos de hombre y de cristiano y concretarme á hacer oir la voz fría y severa de la razón. Mas, no es mi propósito demostrar la realidad del alma humana, sino examinar á la luz de la ciencia y del buen sentido, las negaciones materialistas. Y si lograse, como lo espero, patentizar la futileza de esas negaciones, lucirá con más brillo ante vuestros ojos la magnífica dualidad del compuesto humano.

I

Sostiene el materialismo que en el hombre no hay más que materia organizada y si reconoce los fenómenos del pensamiento y de la voltunad, afirma que esos fenómenos son meros productos del organismo, iguales en todo á las varias secreciones que proceden de las funciones orgánicas. El cerebro hace estallar el pensamiento por su propia virtud, tan naturalmente como el árbol produce hojas, flores y frutos. El cerebro es, por consiguiente, el que piensa, el que raciocina, el que compara, el que ejecuta, en una palabra, todas las operaciones intelectuales. Según esto, el alma está demás en el hombre : la materia lo hace todo.

Como veis, Señores, el materialismo pretende verificar una innovación profunda en las creencias del género humano ; pretende desterrar del lenguaje universal la palabra alma, que se encuentra en todos los idiomas para designar la parte más noble de nuestro ser ; pretende borrar del catálogo de las ciencias á la psicología, esto es, á la ciencia del alma, cultivada y enriquecida por los más grandes talentos de la humanidad ; pretende destruir la ciencia moral con la negación de la libertad, que es hija del alma ; pretende desmentir á los grandes hombres que al estudiar la humanidad han visto en ella algo que no es materia, calificándolos de soñadores ó alucinados que han ido en pos de una quimera.

Pues bien, si tales son las pretensiones del materialismo, tenemos pleno derecho para exigirle pruebas incontestables y decisivas, porque no se reforma así no más la creencia de todos los siglos ; no se destruyen así no más dos ciencias importantísimas cultivadas por sabios eminentes, desde Platón y Aristóteles hasta nuestros mismos días ; no se contradice así no más el testimonio de nuestro sentido íntimo y los dictados de nuestra razón. Pero grande ha de ser, Señores, vuestra sorpresa

si os digo que el materialismo no prueba nada, y que lo mismo que al negar la existencia de Dios, no presenta, cuando niega la existencia del alma, más que afirmaciones destituidas de todo fundamento.

Y en efecto, uno de los más ilustres representantes del materialismo, Moleschott, profesor de la Universidad de Turín, descartado el formulismo científico que es peculiar de la ciencia materialista, dice lo siguiente: «Por los procedimientos de la química sólo se encuentran en el cerebro humano elementos materiales; por consiguiente, el principio del pensamiento está en la materia».

He aquí un sofisma que en filosofía tiene el nombre de *petición de principio*, y que consiste en dar por demostrado lo que se trata de demostrar. Lo que el materialismo debe demostrar es que el cerebro, siendo material, es apto para producir el pensamiento, ó en otros términos, que esa masa fibrosa del cerebro es realmente el origen y principio único del pensamiento. Con afirmar que el cerebro se compone de fibras nerviosas y de otros elementos materiales, no hemos avanzado un paso en la resolución del problema, porque la cuestión no es esa; la cuestión es averiguar si una substancia material, como es el cerebro, es capaz de pensar. Y esto no lo ha demostrado el profesor de Turín.

En cambio, la razón demuestra con abrumadora evidencia que la materia por su naturaleza es radicalmente incapaz de producir el pensamiento. Y en efecto, la materia no ha sido constituída para el ejercicio de esta función altísima, porque el pensamiento es simple y la materia es compuesta de partes. El pensamiento es simple, es decir, exento de partes yustapuestas, por el hecho de concebir ideas abstractas é inmateriales. El pensamiento en su vuelo arrebatado sube más allá de los cuerpos, más allá de la materia, más allá de los mundos visibles; sube hasta el conocimiento del Ser divino y de sus atributos y se cierne en el imperio vastísimo de las ideas

abstractas, tales como las de bondad, de justicia, de belleza, de honor, de derecho, y de las ideas universales como el ser, la substancia, lo infinito, el tiempo, el espacio, todas las cuales son inmateriales. Ahora bien, ninguno de vosotros ignora aquel axioma filósofico que establece que «las operaciones de un ser son de la misma naturaleza del ser». En virtud de este principio no podemos exigir que el fuego moje como el agua, que el agua sople como el viento, que la planta cante como las aves ó que un animal hable con la elocuencia de Cicerón. En virtud de este mismo principio no podemos admitir que el cerebro, que es pura materia, engendre ideas y pensamientos simples é inmateriales. Porque si es cierto que las operaciones del ser son de la misma naturaleza del ser, la materia no puede producir más que actos materiales.

Y bien, si el cerebro, que es una substancia material, fuese capaz de engendrar el pensamiento, ¿por qué no podría pensar la piedra ? ¿Por qué no pensaría la planta ? ¿Por qué no pensaría el animal ? Y si alguno de vosotros dijese á un rústico aldeano que la tierra piensa, que las piedras piensan, que las plantas piensan, ¿qué os diría ? Os diría que queréis mofaros de su ignorancia ó que habéis perdido el juicio. Y, sin embargo, esta extrañeza del aldeano, ó digamos mejor, del sentido común, es una consecuencia perfectamente lógica dentro de las doctrinas materialistas ; porque, aunque se diga que el cerebro es un órgano maravillosamente organizado, no por eso deja de ser materia y nada más que materia y por consiguiente, inhábil para producir operaciones simples y espirituales.

Además, si el pensamiento fuese material, tendría las propiedades de la materia, en virtud del principio de que el efecto participa de la naturaleza de la causa. Entre las propiedades de la materia encontramos la extensión y la configuración : la materia es extensa y por

lo mismo está sujeta á medida. Si el pensamiento fuese material, sería también extenso y podríamos medirlo por centímetros ó por metros. La materia es susceptible de tomar formas varias : puede ser cuadrada, circular, triangular. El pensamiento, siendo material, á juicio de los materialistas, podría tomar todas las formas de la materia ; y por lo mismo, habría pensamientos cuadrados, redondos, triangulares. ¿Qué os parece, Señores ? ¿No es esto risible ?

El cerebro, añaden los sabios materialistas, secreta el pensamiento, como el hígado secreta bilis y como otras funciones del organismo secretan el azúcar y el vitriolo. ¡Entristece, en verdad, ver cómo los materialistas equiparan la más noble de nuestras facultades, aquella que nos eleva sobre todos los seres de la creación y en la cual se refleja la imagen de Dios, á las funciones más bajas y vulgares del organismo humano ! ¡El cerebro secreta el pensamiento, como secreta nuestro cuerpo el azúcar y el vitriolo ! ¡Oh sabios admirables ! Secretar es producir algo de sí mismo ; ¿queréis explicarnos cómo puede el cerebro secretar la idea de la Divinidad, de lo infinito, de lo eterno, de la justicia y de la virtud ? ¿Cómo la masa cerebral puede secretar ideas tan altas y que la mente concibe sin concurso alguno de los sentidos ? ¿No comprendéis que esa masa, por el hecho de ser material, está imposibilitada para ver más allá de sí misma, es decir, para tener percepciones de lo que está fuera de ella ? Y si la materia, en virtud de su propia naturaleza, está incapacitada para ver más allá de sí misma, ¿cómo podría abarcar con una mirada lo invisible, lo ideal, lo divino ? De todo lo cual se deduce, Señores, con la mayor evidencia que el cerebro humano no es ni puede ser causa eficiente del pensamiento.

Pero los materialistas oponen á esta doctrina un especioso sofisma. «Todos nuestros conocimientos, dicen, nos vienen de los sentidos : luego las facultades que los reciben son materiales».

Ante todo, engáñanse los materialistas cuando afirman que todos nuestros conocimientos nos vienen de los sentidos. Esto no es exacto, porque una gran parte de nuestros conocimientos los adquirimos por medio de la razón, sin concurso alguno de los sentidos. De este género son las verdades matemáticas, metafísicas, morales y religiosas, y aun los hechos históricos transmitidos por el testimonio, arsenales abundantísimos de conocimientos en que no toma parte la experimentación. Los conocimientos transmitidos por los sentidos no se extienden más allá de los objetos corporales, porque sólo éstos están á su alcance; de modo que el conocimiento de todos los seres sobresensibles, que enriquece á nuestra inteligencia y es objeto de ciencias altísimas, no procede de los sentidos, sino de la razón.

Pero aún los conocimientos que proceden de los sentidos no son materiales sino en su origen ó principio. Pongamos un ejemplo. Suponed que paseando un día por el campo, se presenta ante nuestros ojos una coposa encina con su esbelto tronco y con sus ramas pobladas de verdes hojas. Tan pronto como nuestros ojos se fijan en ella, se reproduce su imagen en nuestro sentido interno, ó sea, en nuestra imaginación ó fantasía. Cuando nuestra mente percibe esta imagen, forma, en virtud del poder de abstracción que le es propio, la idea de la encina, pero no de la encina que vieron en el campo nuestros ojos, sino de la encina en general, ó sea, de las cualidades esenciales de la especie. ¿Cuál ha sido en este caso el oficio de los sentidos? Nada más que presentar á nuestra mente la imagen de la encina; pero esta imagen transmitida por la visión se transforma en idea abstracta, tan luego como es percibida por el entendimiento; y vosotros sabéis que las ideas abstractas son inmateriales, porque se forman despojando á los objetos de sus cualidades materiales para no ver más que su esencia.

Los materialistas confunden dos cosas, que son muy

diversas: la causa y el instrumento. En nuestro estado actual, en que el alma vive en una especie de íntimo maridaje con el cuerpo, formando la unidad substancial del compuesto humano, se sirve de los sentidos para el conocimiento de los seres materiales, desempeñando éstos el oficio de ministros que le proporcionan la materia en que ha de ejercer sus actos intelectuales.

Por lo cual no puede decirse que los sentidos son la causa de las operaciones de la inteligencia, sino meros instrumentos, ó como se ha dicho con mucha propiedad, los sentidos son las *puertas del alma*, porque por su conducto llegan á ella los objetos materiales, mientras vive encerrada en la casa de nuestro cuerpo.

Los materialistas atribuyen capital importancia á las relaciones que existen entre el estado del cerebro y las operaciones intelectuales. Las operaciones intelectuales, dicen, no pueden ejercerse ó se ejercen imperfectamente con un cerebro débil, enfermo, dañado ó mal constituído; luego es el cerebro el que piensa.

Esta dificultad desaparece con la sola consideración de que el alma y el cuerpo en el hombre se encuentran íntimamente unidos, como que ambos forman un solo ser. De esta unión han de resultar naturalmente influencias recíprocas, de manera que lo físico influye en lo intelectual y lo intelectual en lo físico. Aunque el alma es la soberana de este reino y la inteligencia su atributo más noble, sin embargo, esta reina no gobierna sola: gobierna con el concurso de los órganos corporales; y por eso un célebre filósofo, imitando á Platón, ha definido al hombre diciendo que es «una inteligencia servida por órganos». Y en verdad, si tenemos idea de los cuerpos extensos y resistentes, es porque los hemos tocado; si tenemos idea de los colores, es porque los hemos visto; de los sonidos, porque los hemos oído.

El más importante entre los órganos corporales es el cerebro, cuyo oficio es presentar á nuestra inteligencia

las imágenes de los objetos sensibles para la formación de las ideas.

Y así como alterado el órgano de la visión, el alma no ve, y alterado el órgano de la audición, el alma no oye; así también alterado por cualquier causa el cerebro, la inteligencia sufre perturbaciones en el ordenado ejercicio de las funciones intelectuales. ¿Podríais exigir al más hábil artista que desprenda sonidos melodiosos de un instrumento roto? Menos podríamos exigir á la inteligencia que juzgue rectamente con un cerebro que ha perdido su aptitud para trasmitirle las imágenes de los objetos. Pero de esto no puede deducirse que el cerebro sea el que piensa y forma juicio, sino que el alma, artista maravilloso del pensamiento, necesita para producir sonidos armónicos de un instrumento sano.

Sin embargo, hay otros hechos que demuestran que la actividad de esta reina puede ejercerse, aún valiéndosea de súbditos mal dispuestos. «El alma, dice Monseñor Turinaz, tiene fuerzas que dependen de ella misma y que no están á merced de la influencia de los sentidos.

«Muchas veces su actividad, su penetración, su fecundidad se aumentan con los años, á pesar de las flaquezas de la vejez; y aquella luz, que parece próxima á extinguirse, despide inusitados resplandores. En un cuerpo quebrantado por el dolor y desfigurado por la edad, el alma se manifiesta vívida, activa, victoriosa, más libre y soberana que nunca. ¿Quién no ha visto bajo la envoltura de un cuerpo arruinado por los trabajos y encorvado bajo el peso de los años, inteligencias fecundas, que se enriquecían cada día, que producían obras imperecederas, que dominaban á las muchedumbres con los acentos de la elocuencia y extendían el reino de la verdad con las conquistas de la ciencia?»

La historia recuerda, Señores, innumerables hechos que confirman esta observación del docto escritor que acabo de citar. Sófocles, el más ilustre trágico de la anti-

güedad, tenía cien años cuando entregó al teatro de Atenas su mejor tragedia, «El Edipo en Colonia»; Isócrates, el retórico más célebre de Grecia, terminó á los noventa y cuatro años su admirable «Panegírico de Atenas»; Teofrasto dió á luz á los noventa y nueve años la obra intitulada «Los Caracteres», que le ha inmortalizado; Catón, á la edad de ochenta y seis años, pronunció un alegato que ha sido célebre por la altura y vigor de la elocuencia; San Jerónimo conservó hasta su muerte un alma de fuego en un cuerpo extenuado por los años y la austeridad; faltábale la vista y el calor en sus miembros, y no obstante, dictaba á unos, enseñaba á otros y defendía los monumentos de la fe con un vigor incomprensible en un anciano de noventa años. ¿Y no hemos visto en nuestros mismos días á León XIII, también nonagenario, dictar en su lecho de muerte versos latinos llenos de inspiración, como un cisne que canta entre las ruinas?

Pero los materialistas alegan todavía, en confirmación de sus doctrinas, que los fisiólogos han observado que la inteligencia está en relación con el peso y volumen del cerebro.

Mas, para que esos hechos pudiesen constituir una prueba, sería preciso que fuesen constantes, es decir, que siempre el grado de perfección de la inteligencia estuviese en relación con el mayor peso y volumen del cerebro. Pero la experiencia demuestra que unos hechos contradicen á otros hechos. Y, en efecto, son muchos los casos en que hombres de reconocido talento, como Pascal, Walter Scott, Gambetta, han tenido un cerebro menor en peso y en volumen que otros hombres vulgares. Más aún: M. Collin, docto catedrático de veterinaria de Alfort, después de un gran número de experimentos, ha llegado á la siguiente conclusión: «El hombre, dice, que es el más inteligente de los animales, es proporcionalmente inferior por el desarrollo de su encéfalo, á un

gran número de mamíferos, monos, roedores, y aún de aves». Por lo cual, si fuese cierto que el peso y volumen del cerebro están en relación con la perfección del entendimiento, deberíamos creer que los animales, que carecen de inteligencia, son más inteligentes que el hombre. Lo cierto en este punto es que no hay tal relación y que la inteligencia brilla lo mismo con cerebros grandes ó pequeños, pesados ó livianos.

Antes de abandonar el campo de la experimentación, que es el único en que se sitúan los materialistas, permitidme, Señores, fijar vuestra atención en un hecho que los sabios del materialismo aceptan y confirman. Y es el hecho científicamente demostrado, que la materia del cuerpo humano se cambia totalmente en cortos períodos de tiempo. Todo lo que en nosotros es materia pasa y se muda como las ondas de un río : por manera que en un tiempo más ó menos dilatado no queda en nuestro cuerpo ni una sola molécula de la materia anterior.

Es un hecho también atestiguado por nuestro sentido íntimo, que si la materia pasa, hay en nosotros algo que no pasa ni se muda. Cuando con el auxilio de nuestra reflexión y de nuestros recuerdos remontamos el curso de nuestros años pasados ; cuando recordamos la serie de acontecimientos que forman como la trama de nuestra vida y viénense á nuestra mente los días alegres de la primera edad y los días tristes en que el sufrimiento nos dió á probar sus amarguras ; cuando reflexionamos acerca de lo que fuimos y de lo que somos; la conciencia nos dice que ha habido un elemento que ha resistido al flujo y reflujo de la materia, y que como la roca que las olas azotan, ha permanecido inmóvil. Ese elemento inmutable es nuestra personalidad ; es el «yo», es el alma, en fin, que ha permanecido siempre idéntica durante toda nuestra existencia.

¿Y qué consecuencia se deduce de este hecho ? De este hecho se deduce que ese ser que tiene conciencia de

lo pasado y que compara su estado presente con sus estados anteriores, no es materia, porque si fuese materia, habría desaparecido con la materia que se cambia continuamente en el organismo humano.

II

He expuesto, Señores, ante vuestra consideración los sofismas más especiosos con que pretende el materialismo justificar la negación del alma humana y ha bastado considerarlos á la luz de la razón y del buen sentido para verlos disiparse, como se disipan á la luz del sol las nubes que suelen empañar la claridad del día. Sus más agudos ingenios no han podido inventar más que sutilezas para destruir una verdad hondamente arraigada en la conciencia humana; sutilezas que sólo pueden seducir á esos hombres que, viviendo en contínuo contacto con la materia, se imaginan que no hay más que materia en el mundo; á la manera que los esquimales que, naciendo y viviendo entre las nieves, no conciben que haya en el mundo otras regiones que, fecundadas por el sol, ven levantarse verdes colinas y extenderse amenos valles poblados de viñedos y de espigas.

Pero, Señores, el materialismo no es solamente un sistema sin fundamento racional; es también un sistema que envilece la dignidad humana y socava las bases del orden social.

Es un hecho que el hombre es libre, porque puede querer ó no querer, obrar ó no obrar, tomar una resolución hoy y otra mañana. Y este hecho es tan palpable que los mismos que niegan la libertad en teoría, obran como seres libres en cada paso que dan y en cada acto que ejecutan. Pues bien, la libertad, atributo nobilísimo del hombre, fuente y condición de sus merecimientos y base de su grandeza moral, es incompatible con el materialismo; porque si el hombre no es más que materia, debe estar sometido á las leyes fatales á que está

sujeta la materia. La piedra lanzada al espacio no es libre para caer ó no caer á su centro ; el fuego puesto en contacto con materias combustibles, no es libre para quemar ó no quemar ; el río que desciende de la montaña no es libre para llevar ó no sus aguas al mar. Con la misma fatalidad obraría el hombre, si no fuese más que materia ; y entretanto, nuestro sentido íntimo, lo mismo que la voz del género humano, protestan contra esa fatalidad oprobiosa para la dignidad humana.

Y bien, si el hombre es libre, hay en él un principio que no es materia, y este principio es la voluntad, facultad preciosa del alma.

Esta soberanía de la voluntad se manifiesta por manera evidente cuando nuestro cuerpo es víctima de una coacción que lo avasalla. Recordad lo que pasaba á los mártires : los tiranos exigían que quemasen algunos granos de incienso ante el altar de los ídolos paganos, y desobedecían ; se les sometía á las torturas más crueles, y perseveraban firmes en su negativa ; se les obligaba á ejecutar por fuerza el acto idolátrico, y protestaban enérgicamente contra la tiránica violencia ; se les arrastraba al suplicio, y en medio de los tormentos seguían invocando al Dios por quien morían.

Y bien, ¿hubiera sido posible esa heroica resistencia, si la voluntad de esos hombres magnánimos hubiese dependido de algún órgano corporal ? No, Señores, porque ningún órgano de nuestro cuerpo es capaz de sobreponerse á fuerza mayor. Luego es forzoso reconocer que nuestro libre albedrío emana de un principio espiritual, puesto que obra con entera independencia de los órganos corporales.

Nuestra conciencia nos dice con un imperio que no podemos destruir, que hay actos buenos y malos y que debemos practicar los unos y evitar los otros. Mas yo pregunto al simple buen sentido : ¿es capaz la materia de actos buenos ó malos ? ¿puede ser, por consiguiente, res-

ponsable de sus actos? Tanto valdría decir que son responsables la roca que nos aplasta en su caída y el fuego que devora nuestras habitaciones. Y sin embargo, el hombre se siente responsable de sus actos; su conciencia le advierte su culpabilidad cuando obra mal; y sintiéndose culpable, busca su rehabilitación en el arrepentimiento. La materia, que es por su naturaleza inconsciente y ciega, no conoce ni las lágrimas del arrepentimiento, ni las santas y puras alegrías de la buena conciencia. Pues bien, si la materia pura carece de responsabilidad y es incapaz de sentir las torturas del remordimiento y las alegrías de la inocencia, es indudable que no todo es materia en el hombre y que hay en él una facultad inmaterial, que es dueña y responsable de sus actos.

Estrechados los materialistas por la fuerza ineludible de estas conclusiones, han roto la valla negando audazmente la libertad y proclamando el imperio absoluto de la fatalidad. Han estudiado el organismo humano y han descubierto que nuestras pasiones, que nuestros hábitos morales, que nuestras acciones buenas ó malas dependen de este organismo. No hay, pues, para ellos delincuentes, sino enfermos y es una iniquidad imponerles penas. Las leyes penales deben ser reemplazadas por sistemas curativos, las cárceles por hospitales y los Tribunales de Justicia por jurados de medicina. No hay responsabilidad y por consiguiente, las más viles y crueles pasiones deben desatarse libremente, como los ríos que arrastran fuera del cauce sus aguas tumultuosas. Un vicio del organismo no puede corregirse por la sola voluntad.

Es difícil imaginar, Señores, una doctrina más funesta para el hombre y más perniciosa para la sociedad. Con esa teoría destructora de la libertad humana, ya podréis comprender á lo que quedan reducidas esas grandes cosas á que el género humano ha rendido siempre culto: la virtud, el deber, el heroísmo, la abnegación, el sacrificio,

en que se forman los héroes y los santos. En concepto del materialismo, todos los que han asombrado al mundo con sus grandes virtudes, no han contraído mérito alguno, porque han obrado como autómatas arrastrados por un impulso ciego. Autómata es el soldado que rinde su vida en aras de la patria ; autómata el héroe de la caridad que deja caer, como lluvia saludable, beneficios innúmeros sobre las miserias humanas ; autómata el sabio que en prolongadas vigilias arranca á las ciencias sus secretos. Y el mundo comete una insensatez cuando les prodiga sus aplausos y eterniza en el bronce su memoria.

¡Ah ! en vano se lisonjea la raza humana, creyéndose la reina de la creación ; en vano, porque el materialismo le arrebata el cetro que Dios puso en sus manos, declarando que no es más que una miserable esclava de la materia y una máquina que se mueve al impulso de la fatalidad.

¿Y qué haremos, Señores, con las palabras *bien* y *mal*, *vicio* y *virtud?* La humanidad las ha distinguido siempre, honrando á la una y condenando á la otra ; pero el materialismo las ha proscrito de la conciencia humana, porque son meros productos de la materia. Y en consecuencia, no hay justicia ni leyes : la justicia, que se funda en la conformidad del acto libre con la regla inmutable, es una palabra sin sentido, porque no hay acto libre ni regla inmutable. Y las leyes ¿para qué ? Para obligarnos á lo que no podemos hacer ó para prohibirnos lo que no podemos dejar de hacer ? No más justicia, no más leyes ; por lo tanto, no más recompensas ni castigos. ¿Qué vais á recompensar ? ¿Los productos necesarios del organismo ? ¿Por qué no recompensáis al sol cuando inunda los espacios con su luz bienhechora? ¿Por qué no recompensáis á la tierra, cuando se engalana de flores y se cubre de frutos ? ¿Vais á castigar al ladrón y al asesino ? Cometéis una injusticia, porque no hay derecho para castigar al que obra por necesidad.

Así habla el materialismo; así es como, con este sistema desquiciador, caen unas tras otras las nociones que sirven de base al orden moral y al edificio social. Así es como se apagan esas antorchas que guían al hombre en su tránsito por la vida : la fe, la moral, la justicia, el derecho, el deber, la autoridad, en fin. Apagadas esas antorchas, marcharíamos sin rumbo, sin guía, sin brújula, á merced de una fatalidad ciega y de un destino inexorable.

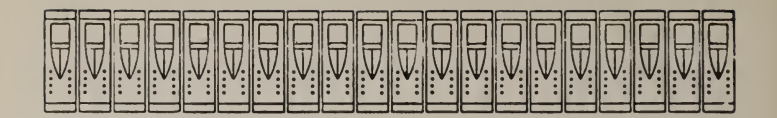
¿ Y quién es tan ignorante de la vida y de la historia que no haya visto alguno de los grandes triunfos alcanzados por la voluntad libre del hombre sobre los instintos depravados de la naturaleza ? ¡Cuántos pecadores se han transformado en santos que el mundo venera y que la Iglesia glorifica en sus altares ! ¡Cuántos hombres con propensiones irascibles, no han llegado á ser tipos de dulzura y mansedumbre ! ¡Cuántas Magdalenas y Margaritas han cambiado una vida licenciosa por una vida de ángeles ! ¿Y no vemos cada día ejemplos de orgullo abatido, de codicia refrenada, de cólera reprimida, de injurias perdonadas y de carne domada por gloriosos combates ? Y si consultamos nuestra experiencia ¿no hay entre nuestros recuerdos algunos días serenos y dichosos en que nuestra voluntad ha triunfado noblemente de la tentación ? Es falso que haya criminales por virtud del organismo ; sólo los hay por falta de voluntad. Es falso que el asesino hunda el puñal en el pecho de su víctima impulsado por la necesidad. Un momento de reflexión, un esfuerzo generoso de su voluntad bastaría para hacer caer de sus manos el arma homicida.

Permitidme, Señores, una última consideración. El materialismo, además de ser falso, es cruel : nos quita mucho y no nos da nada. Nos quita á Dios, nos quita el alma, nos quita la inmortalidad, nos quita la libertad y con ella la condición de todo mérito y de toda grandeza, nos quita la esperanza de otra vida mejor y con ella el tesoro de los que lloran. Y en cambio, ¿qué nos dá ? Días

cortos y malos en la vida presente, sin más expectativa que la de sumergirnos en el sepulcro, sin que nada nos sobreviva, ni un afecto, ni un recuerdo, nada de lo que amamos en la vida. Así muere el animal; así perece la hoja que se llevan los vientos otoñales; así concluye todo lo que carece de alma inmortal.

He aquí todo lo que nos promete el materialismo: ningún consuelo en la vida, ninguna esperanza en la muerte: y creyendo dispensar á la humanidad una honra insigne, inscribe sobre nuestro sepulcro este epitafio: « Aquí yace el hombre, el primero entre los animales ».





VIGESIMA SEPTIMA CONFERENCIA.

EL RACIONALISMO.

Señores :

n la larga historia de los desvaríos humanos, nos encontramos con un error que ha renovado en el mundo aquella rebelión contra Dios, que se consumó un día en las alturas del cielo cuando muchos ángeles, prendados de su propia excelencia y hermosura, se alzaron contra la autoridad divina, diciendo : *Non serviam ;* no queremos á Dios por soberano.

Este error es el racionalismo, que invade desde hace un siglo las academias y las escuelas y que, difundido por la prensa en libros y revistas de vasta circulación, constituye un grave peligro para la juventud y para todos aquellos que carecen de conocimientos sólidos acerca de la Religión.

Aunque de data muy antigua, el racionalismo se organizó como sistema en el siglo XVIII ; en aquella época aciaga para la Francia en que unos cuantos sofistas, que se dieron á sí mismos el nombre de *filósofos*, intentaron destruir el catolicismo, proclamando á la razón humana como única fuente de la verdad. Poseidos de un odio satánico, emplearon en sus ataques contra la Religión todo género de armas, la calumnia, la diatriba, el sofisma y hasta la blasfemia. Pero llegó el siglo XIX y el racionalismo cambió de táctica : al ataque violento sucedió el ataque hipócrita ; al odio franco sucedió el odio disimulado y casi sonriente. Pero los unos y los otros persiguen un mismo fin, el de rechazar como con-

trarias á la razón, todas las verdades reveladas por Dios.

Así, pues, el racionalismo es un sistema que sólo admite como verdad lo que la razón conoce y demuestra, excluyendo inexorablemente del dominio de los conocimientos humanos todo lo que excede el alcance natural de la razón. En su concepto, la razón goza de una independencia esencial y absoluta. Nadie, ni Dios mismo, tiene derecho de ejercer sobre ella dominación alguna. La verdad se encuentra en la razón como en su fuente ; y en consecuencia, no hay verdades ni superiores á la razón ni fuera de la razón.

He aquí, Señores, un sistema que erige á la razón en divinidad, ataviándola con los atributos divinos. Como Dios, conoce toda verdad; en ella, como en Dios, reside toda verdad y es infalible y soberana como Dios : lo juzga todo sin ser juzgada por nadie.

Y es digno de notarse que los sectarios de todos los errores tienen el arte maravilloso de crear dioses, con lo cual reconocen la necesidad innata que siente el hombre de creer en la Divinidad y de rendirle culto. Por eso, al mismo tiempo que intentan desterrar al verdadero Dios de la conciencia humana, forjan dioses terrenos y humanos, ante los cuales se postran en adoración sacrílega. El racionalismo diviniza á la razón ; el materialismo diviniza la materia ; el idealismo diviniza la idea pura ; el panteismo diviniza al mundo ; el positivismo diviniza á la humanidad. Es el caso de repetir lo que decía Bossuet del politeismo gentílico : « Todo era Dios, menos el verdadero Dios. »

Y bien, ¿qué hemos de pensar de la doctrina racionalista ? ¿Qué hemos de pensar especialmente de la razón, su ídolo ? ¿Es una luz sin nubes, un poder sin límites, una facultad sin leyes ni deberes ? ¿Es cierto que de ella procede toda verdad, que es infalible en sus juicios é ilimitada en su extensión ? ¿Es verdad que dispone de una independencia absoluta sin sujeción á ninguna autoridad ?

Permitidme contestar brevemente á estas preguntas, investigando cuál es la naturaleza de la razón humana, y se-

ñalando cuáles son sus derechos y cuáles sus deberes en presencia de las enseñanzas divinas.

I.

La razón humana es una facultad nobilísima que tiene por objeto conocer, descubrir y demostrar la verdad en el orden natural. Por ella se eleva el hombre sobre todos los seres del mundo visible y los domina como soberano ; por ella adquiere el conocimiento de las verdades naturales y sube hasta Dios, dándose cuenta de su existencia y de sus infinitas perfecciones y reconociendo el dominio que como á Criador le corresponde sobre todo lo criado.

Pero por grande que sea esta facultad y por dilatados que sean los dominios en que se esplaya, está muy léjos de ser ilimitada. Tiene un límite, como lo tienen todas las cosas criadas ; y esta limitación se manifiesta en que á cada paso se encuentra con el misterio, aun en el orden natural. Innumerables son las verdades que ignora y pocas son las que conoce profundamente. Porque no se conoce profundamente una cosa, si se ignora su causa, su naturaleza y su fin, es decir, si se ignora de dónde procede, cómo existe y á dónde va. Y bien sabéis que el hombre no conoce por sí propio la causa, la naturaleza y el fin de un gran número de seres, comenzando por el hombre mismo.

Y ¿cuál es el sabio que después de consumir la vida en la investigación de la verdad, puede jactarse de que lo sabe todo, de que la ciencia le ha revelado todos sus secretos, de que no hay enigma para él ni en la tierra, ni en el cielo, ni en la humanidad ? Ese hombre no existe ni existirá jamás, porque la razón humana es como una barca que flota en un mar sin riberas.

Maravilloso instrumento es, ciertamente, el raciocinio por medio del cual nos es dado deducir las consecuencias encerradas en los primeros principios, llamados de razón ó de evidencia. Pero nadie ignora que esas consecuencias pueden ser falsas, á causa de la debilidad de nuestro enten-

dimiento, de la ignorancia ó de las pasiones, que tienden un velo sobre nuestra mente, induciéndola á tomar por falso lo verdadero y á creer verdadero lo que es falso.

¿Por qué, decidme, hay errores al lado de las verdades? ¿Por qué es tan difícil á veces distinguir la verdad del error? ¿Por qué con tanta frecuencia nos deslumbra el sofisma con sus engañosas apariencias de verdad? Esto se explica porque nuestra razón es falible por su condición natural. Si fuese infalible no existiría el error y todos pensaríamos rectamente en todos los asuntos sometidos á nuestro dictamen. Si no pudiese errar, los hombres no cambiarían tantas veces de opinión, ni habría tanta diversidad de pareceres en asuntos de la más alta trascendencia. Y sin embargo, esta divergencia de opiniones la vemos aun en aquellos hombres que se llaman sabios y en materias que interesan vivamente á la humanidad. Y si no, id, Señores, á golpear á la puerta del gabinete de algunos de esos sabios que han estudiado mucho, que han escrito abultados volúmenes y que se creen con méritos bastantes para ser maestros de la humanidad, y preguntadles *qué es el hombre* y cuál es su posición en el mundo, y veréis respuestas de todo punto contradictorias. « Tú, espíritu y materia, eres una porción de Dios, » os dirá el panteista. « No hay en el mundo más que materia, por lo tanto, tú eres un conjunto de átomos que se han combinado para producirte, » os dirá el materialista. « No hay mas realidad que el *yo*, os dirá el idealista, y todo lo que no es *yo* es un sueño ; tú eres, pues, la única realidad. » Otro os dirá : « tú eres un ser pequeño y miserable, un punto apenas perceptible en la universalidad de los seres ; eres poco menos que nada. »

Ved, Señores, cuántas opiniones contrarias en un asunto de tan vital interés para la raza humana. Todos esos sabios hablan en nombre de la razón y creen tenerla de su parte; y sin embargo, siendo la razón una é indivisible, ó está en uno ó no está en ninguno. Sí, no está en ninguno, porque nada de eso es el hombre.

Después de esto es el caso de preguntar: ¿puede ser fuente única de la verdad una facultad que yerra tan á menudo, que se engaña tan fácilmente, que anda tantas veces en tinieblas sin acertar con el camino que conduce á la verdad?

No menos se engaña el racionalismo cuando afirma que la razón es creadora de la verdad; de modo que no hay más verdades que las que ella produce ó inventa. Se engaña el racionalismo, porque lo cierto es que la verdad subsiste por sí misma, independientemente de la facultad que la conoce. Y así, las verdades matemáticas, los primeros principios de razón, los axiomas geométricos, no son verdades, porque el entendimiento los percibe, sino porque son conformes con la naturaleza de las cosas. Que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro; que el todo es mayor que la parte; que no hay efecto sin causa proporcionada, serán siempre verdades, aunque no haya entendimiento que las conozca. La gloria de la razón humana no consiste en crear la verdad, sino en conocerla, deducirla y descubrirla. Es su alimento natural y su más rico patrimonio, pero no es creación suya; la verdad está fuera de la razón, y por eso la busca, la apetece y la llama con fervientes votos, y se considera dichosa si llega á poseerla, aunque sea á costa de penosos esfuerzos y de prolongadas vigilias.

¿Y qué hemos de pensar, Señores, de la independencia absoluta de la razón personal, punto céntrico del racionalismo, raiz y esencia de su doctrina? Os diré que esa es una teoría falsa y desquiciadora. Y efectivamente, la independencia absoluta de la razón es el derecho conferido á cada hombre de pensar lo que quiera sobre todas las cosas: sobre lo natural y lo sobrenatural, sobre lo humano y lo divino, sobre el bien y el mal, sobre el origen y destino del hombre, sin tomar en cuenta ni las enseñanzas divinas, ni los dictados de la misma razón, ni la voz de la conciencia, ni las creencias del género humano, ni la opinión de los sabios. El hombre puede libre y lícitamente despreciar todo eso,

y profesar las doctrinas que convengan á sus intereses ó pasiones, por absurdas y perniciosas que sean. Y nadie puede impedírselo, porque, al decir del racionalismo, el que piensa lo que quiere hace uso de un derecho sagrado.

Y esto es, Señores, irracional, porque ante la recta razón no hay derecho para profesar el error ó para dar los honores de la verdad á los delirios de la mente humana ; así como no hay derecho para hacer el mal ó para dar al crimen las mismas prerrogativas debidas á la virtud. La recta razón nos enseña, al contrario, que hay obligación de buscar y profesar la verdad, lo mismo que hay obligación de hacer el bien. Puede el hombre errar por flaqueza ó por ignorancia ; pero no puede afirmarse que al profesar el error obra con derecho, como quiera que el derecho es una facultad fundada en razón y en justicia ; siendo el error la negación de la verdad, no puede ser ni razonable ni justo. El libre pensador que niega á Dios, por ejemplo, lo mismo que el asesino que ultima á su víctima, no obra con derecho, sino que hace un uso perverso de su libertad.

Esta doctrina es también desquiciadora. El racionalista dice : Si quieres ser filósofo no debes depender de nadie : tu regla, tu única regla, eres tú mismo. ¿Y qué es esto, Señores ? Es la anarquía, el capricho individual erigido en regla de conducta, el caos en el orden intelectual ; es, por fin, la negación de toda regla en las operaciones del entendimiento. Y vosotros sabéis que todo está sometido á reglas en el mundo. Mirad en torno vuestro y hallaréis la regla en todas partes y con la regla una saludable dependencia. Considerad vuestro organismo, y veréis que está sujeto á necesidades de que no puede prescindir sin acarrearse la muerte. Mirad el firmamento y veréis que el mundo astronómico no es más que un movimiento sujeto á reglas invariables ; y si los astros, violando esas leyes, saltasen algún día de sus órbitas, se destruiría la armonía de los cielos. Mirad esos ríos caudalosos, que llevan con sus aguas la fertilidad á los campos : son un beneficio inapreciable mientras

corren mansamente entre sus riberas; pero si las aguas se emancipasen de la dependencia que las mantienen cautivas, dejarían de ser un beneficio para convertirse en una plaga. Y si todos los seres de la creación están sujetos á reglas ¿sólo la inteligencia humana iría como un torrente fuera de su cauce, como un astro fuera de su órbita, como un carro fuera de sus rieles? Es cierto que el pensamiento no está obligado á seguir lineas inflexibles como los astros en el espacio; pero también es cierto que la inteligencia no puede emanciparse de las leyes del raciocinio sin desviarse del camino de la verdad, confundiendo el sofisma con la razón. La independencia absoluta en el orden filosófico es la negación de toda autoridad doctrinal; lo mismo que en el orden público sería la negación de toda autoridad social.

Y si interrogamos á la historia y observamos lo que pasa en estos mismos tiempos, nos persuadiremos de que esa independencia proclamada por el racionalismo como base de su sistema, ha producido frutos de maldición y ha dado á las naciones días de luto y de lágrimas. Los revolucionarios del siglo XVIII, que inundaron en sangre á una nación ilustre, y los anarquistas que asesinan á monarcas y lanzan bombas destructoras, son racionalistas lógicos que ponen en práctica el principio de la soberanía de la razón: obran como piensan.

II.

Veamos ahora cuál es el derecho de la razón en presencia de las enseñanzas divinas. Todas las facultades humanas tienen un objeto propio: la voluntad quiere libremente; la imaginación reproduce la imagen de los seres ideales y reales; la memoria retiene y recuerda lo pasado. Pues bien, cada vez que estas facultades cumplen con su objeto, podemos decir que obran con derecho, porque se mueven dentro del dominio que les pertenece. El entendimiento tiene también un objeto propio, y es el de conocer y descubrir la verdad en el orden natural, mediante la intuición, el raciocinio y la

experiencia, tres actos de la razón, que corresponden á otros tantos caminos que conducen al conocimiento de las verdades naturales. Y esto es lo que llamamos el derecho propio de la razón. En este campo vastísimo del orden natural, la razón se espacia con vuelo de águila, indaga, adelanta y se enriquece cada día con nuevos conocimientos adquiridos en la meditación y el estudio. Y sólo loores y alabanzas merece cuando extiende sus conquistas y atesora riquezas intelectuales, porque cumple con esto la misión nobilísima que el cielo le ha confiado.

Pero llega un momento en que sus ojos se anublan, su vigor decae, su luz parece esconderse entre las sombras. ¿Qué ha pasado ? Es que lejos de los alcances de la vista intelectual del hombre, más allá de los límites naturales de la intuición, del raciocinio y de la experiencia, se extienden otras regiones inconmensurables en que habita lo invisible, lo incomprensible, lo infinito. Y bien, ¿serán esas regiones perpetuamente impenetrables para el hombre ? ¿No habrá algún astro bienhechor que disipe esas sombras con claridades de aurora ? ¿No habrá alguna Beatriz que nos conduzca, como al Dante, á través de esas regiones inaccessibles ?

Sí, Señores, Dios que ama al hombre, y que como padre se complace en revelarle las verdades que le interesan, nos ha dado en la fé una luz que nos permite vislumbrar lo infinito y conocer muchas verdades que no habríamos podido descubrir con la débil luz de nuestra razón. Y así, la fé suple á la insuficiencia de la razón y la lleva como de la mano al conocimiento de verdades más altas y más importantes que las que puede adquirir por sí misma. Donde la razón se detiene, la fé avanza ; donde la razón vacila, la fé afirma con certeza absoluta ; donde la razón agota sus esfuerzos, la fé marcha como vencedora.

Ahora bien, ¿cuál es el derecho de la razón en órden á las verdades reveladas ? ¿Tendrá el derecho de rechazarlas por el solo hecho de que no las comprende y de que no ha

podido descubrirlas por sí misma ? No, Señores, á la razón no corresponde otro derecho que el de investigar si esas verdades han sido realmente reveladas por Dios, es decir, constatar el hecho de la revelación y averiguar si son de origen divino ó de procedencia humana.

Y nada anhela tanto la Iglesia como la investigación y el estudio de los fundamentos de la Religión, ó sea, de los motivos de credibilidad ; y por lo mismo no cesa de invitar á los racionalistas al examen concienzudo y sereno de sus doctrinas, lamentando la ignorancia religiosa como uno de los grandes males de la edad presente. Segura de estar en posesión de la verdad y convencida de que lo que enseña es la palabra misma de Dios, no teme el examen ni rehuye la discusión desapasionada de sus tradicionales enseñanzas. No exige ni quiere la fé ciega : quiere la fé ilustrada, el convencimiento racional, la convicción profunda que proviene del estudio de sus doctrinas ; quiere, en fin, que la fé del cristiano, como dice el Apóstol de las Gentes, sea « un obsequio racional ».

Pero es motivo de justificada extrañeza ver que los racionalistas se niegan á estudiar los orígenes y fundamentos de la revelación. Y á fin de que esta afirmación no os parezca antojadiza, oid lo que decía uno de ellos : « Por lo que respecta á la cuestión religiosa, es decir, sobre el hecho divino de la revelación y de lo sobrenatural, yo no la toco, porque no es científico discutir esa cuestión, ó mejor dicho, porque la ciencia independiente la tiene resuelta en sentido negativo. »

He aquí, Señores, una declaración que tiene el mérito de la franqueza. No hay para qué discutir el hecho de la revelación divina, dicen los racionalistas. ¿Y por qué ? Porque la ciencia independiente, esto es, la ciencia racionalista, la ha resuelto en sentido negativo sin haberla examinado. Lo que quiere decir, que la filosofía racionalista resuelve las cuestiones más graves sin estudio y sin examen. ¡Son jueces que condenan sin haber examinado el proceso ! Á

nadie puede extrañar que un hombre que no ha estudiado concienzudamente una materia, se exprese más ó menos en estos términos : « No puedo dar mi dictamen en asunto que no conozco ; por lo cual ni afirmo ni niego. » Pero es justo motivo de sorpresa que hombres que se engrien con el título de filósofos, digan poseidos de vanidosa suficiencia : « No conocemos, ni queremos conocer el origen y fundamentos de los dogmas que se dicen revelados ; pero, no obstante, declaramos que son invenciones humanas. »

Es indudable que la ignorancia religiosa es una de las causas más comunes de la incredulidad. No se conoce la Religión ; no se lee la historia de la Iglesia ; no se investiga su origen, ni se examinan sus credenciales divinas. Esta ignorancia en una gran parte de los racionalistas es asombrosa. En las primeras edades del cristianismo, los paganos acusaban á los cristianos de adorar una cabeza de asno. Pues bien, después de diecinueve siglos de civilización cristiana y en una sociedad que ha nacido y crecido en el regazo de la Iglesia, hay quienes lanzan contra ella acusaciones tan injustas como esas. Tratándose del dogma de la infalibilidad pontificia, por ejemplo, hay quienes creen que esa prerrogativa se extiende hasta á las órdenes que el Papa imparte á su ayuda de cámara. Es porque hay hombres, que siendo eminentes en otras ciencias, ignoran casi en absoluto el significado y alcance de los dogmas católicos ; y por lo mismo yerran lastimosamente cuando discurren sobre ellos. Hay otros que creen conocer á fondo la Religión, por el hecho de haber leido algunas obras escritas por declarados enemigos en que se falsean sus doctrinas y se tergiversan los hechos con el propósito de desacreditarla.

Preguntad, Señores, á esos hombres que en una hora de santa inspiración han pasado del racionalismo al catolicismo, por qué rechazaban con tan soberbio desdén las enseñanzas de la fé ; y una gran parte de ellos os responderán que ó las conocían apenas ó las ignoraban del todo. Agustín Thierry declaraba, después de su conversión, que

no conocía el catolicismo, sino por las caricaturas que hacían de él sus enemigos y que no había estudiado sus dogmas ni leido su historia. M. Droz, antiguo miembro de la Academia Francesa, confesaba igualmente que apenas tenía noticias de la Iglesia católica y que en su ignorancia aceptaba sin examen los juicios del racionalismo. Estos y otros muchos testimonios que pudiéramos citar, indican que la Religión es poco conocida y por lo mismo mal apreciada. Los que la han estudiado sin prevenciones, han creido ; los que han examinado sus fundamentos con ánimo sereno han visto la verdad y se han adherido á ella con firmeza y con íntimo gozo.

Por lo cual yo diría á los racionalistas y á todos los que menosprecian á la Religión sin conocerla : ¿Por qué vosotros que decís que amáis la verdad y que vivís ávidos de luz, por qué no examináis con ánimo no prevenido los fundamentos racionales de esa Religión, que ha sido profesada por tantos genios eminentes que fueron honra y prez de las ciencias ? ¿Creéis ser vosotros más que ellos en talento, en doctrina, en sabiduría, ó que fueron ellos menos celosos de los derechos de la razón ? ¿Por qué esos insignes sabios, acostumbrados á investigarlo todo, no vieron en las enseñanzas de la fé lo que veis vosotros, á saber, que se oponen á la razón, que contradicen á las ciencias, que comprimen el libre vuelo del entendimiento ? ¿Por qué, si la duda os asalta, no dedicáis algunas horas de calma y de silencio á la lectura atenta y bien intencionada de los grandes apologistas que han expuesto, explicado y defendido los dogmas revelados en obras en que abundan la erudición, la ciencia, la dialéctica y hasta los primores de victoriosa elocuencia? Acaso vuestra razón ilustrada y libre de las preocupaciones que la ofuscan, vería la luz de la verdad en esas páginas sapientísimas, como la vió, entre otros muchos, el célebre General Lamoricière, que en el último tercio de su gloriosa vida, pasó del racionalismo al catolicismo, leyendo el Evangelio y algunas obras apologéticas.

Vió la verdad y se abrazó con ella y la amó con la generosidad y el entusiasmo con que saben amar las almas grandes, después de haber estudiado y orado mucho. Y más feliz de haber visto la verdad que de las conquistas de su invencible espada, decía : « Si se probase que existe una religión que encierra la ciencia, la historia, la filosofía, las artes y los grandes hombres, que lleva en su seno el pasado, el presente y el porvenir, que es la única que resuelve las dificultades del tiempo actual, que satisface las necesidades de todos los espíritus, de todos los corazones, de todas las clases sociales, de todos los desgraciados, que es la única que puede asegurar la felicidad futura ¿qué hombre sensato rehusaría profesarla ? Pues bien, esa religión es el catolicismo y, para convencerse de ello, basta leer algunos libros. Pero no se lee nada. Conozco á los libres pensadores, porque he sido uno de ellos. Se contentan con decir : tengo mis principios, tengo mis convicciones, la ciencia ha hablado y, sin embargo, no han abierto un libro católico : no leen nada, no discuten nada. « ¡Oh Pascal ! ¿dónde está tu látigo para flagelar á tantos que se engañan á sí mismos ?... »

Así hablaba este gran convertido, este hombre de Guerra y hombre de Estado, guerrero y político, que fué en su época la más grande figura de Francia ; de ese hombre que coronó su vida dando al mundo un testimonio del ardor y sinceridad de su fé, defendiendo heroicamente el poder temporal del Papado en la memorable jornada de Castelfidardo.

III.

Pero si la razón tiene el derecho de investigar la realidad de la revelación divina, correlativa á este derecho es la obligación de creer en ella, una vez comprobada su efectividad. Planteada así la cuestión, es evidente que la misma razón reconoce como un deber ineludible creer en la palabra de Dios. Este deber se funda en la esencia misma de

Dios, esto es, en su infalibilidad para conocer y en su veracidad para revelar. Y si Dios, en virtud de su misma esencia, no puede engañarse ni engañar, es indudable que todo lo que salga de sus labios debe ser necesariamente la verdad. De aquí nace para la razón una certidumbre absoluta, porque ella comprende que, siendo Dios inteligencia infinita, no puede caer jamás en el error, y que, siendo bondad y santidad infinitas, es imposible que cometa la vileza, indigna hasta del hombre honrado, de engañar á sus criaturas, enseñándoles falsedades. La negación de estos atributos implicaría el anonadamiento de Dios, porque siendo un ser perfectísimo, no pueden faltarle ni la inteligencia para conocer la verdad, ni la veracidad para comunicarla. Un Dios que no es infalible y veraz, no es Dios.

Estos divinos atributos dan á Dios una autoridad soberana para exigir á la razón sumisión y dependencia en orden á las verdades que se digne revelarle, aunque esas verdades sean superiores á su capacidad natural. Es la sumisión más justa y racional, porque ¿qué es nuestra razón en presencia de la sabiduría divina ? Menos que la luz de una linterna en presencia del sol en pleno día.

No pudiendo los racionalistas eludir la fuerza invencible de esta argumentación, creen salir victoriosos de la situación, negando el hecho de la revelación. Pero este hecho es tan palpable y manifiesto que para no verlo es preciso cerrar voluntariamente los ojos. Y en efecto, es un hecho histórico de que no puede dudarse racionalmente, que el Verbo divino hecho hombre apareció en la tierra, hace ya dos mil años y habló á la humanidad como soberano y como maestro, enseñándole una doctrina tan pura, tan santa y tan nueva, que los que la oían exclamaban llenos de asombro : « Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre. » Y á fin de que la rebelde razón humana creyese en su palabra y aceptase su doctrina, hizo brillar en su persona todos los signos de la divinidad, ejecutando prodigios nunca vistos y nunca oidos y demostrando á la faz de todo

un pueblo que disponía de un poder sin límites. Y en confirmación de su carácter divino, añadíanse á esos estupendos prodigios una santidad que excedía en grandeza á cuanto puede concebir la inteligencia; una vida perfecta en que no se traslucía ninguna de las imperfecciones inherentes á la flaqueza humana; una conducta en que resplandecían las perfecciones más altas y las virtudes más excelsas.

Sí, Señores, Jesucristo ha probado que es Dios de mil maneras y la humanidad, íntimamente convencida de esta verdad, lo ha adorado, cayendo de rodillas en su presencia y amándolo con un amor que se sobrepone al sacrificio y á la muerte.

Hé ahí el gran Revelador; he ahí el Maestro infalible de la humanidad, que le ha enseñado verdades tan importantes, tan bellas, tan consoladoras, que no han podido venir sino del cielo.

Mas, acaso me diréis que no reconociendo el racionalismo á Jesucristo como Dios, no lo reconoce tampoco como Revelador divino, por más que admire su doctrina y lo ensalce y glorifique como hombre. Pero, Señores, el racionalismo no procede conforme á la razón, negando los hechos que demuestran la divinidad de Jesucristo; porque procediendo lógicamente, debe negar también todos los hechos trasmitidos por el testimonio humano, y proclamar el escepticismo histórico. Porque, si á su juicio, no son verdaderos los hechos evangélicos, no hay en el mundo ninguna historia verdadera, debiendo por lo tanto, desaparecer el testimonio humano como criterio de verdad. Por la misma razón con que se niegan los hechos de Jesucristo, pueden negarse los hechos de todos los grandes hombres que han sido trasmitidos á la posteridad por testigos oculares, con la diferencia de que no hay ninguna historia en el mundo que tenga caracteres de verdad más evidentes que la historia evangélica, ninguna cuya veracidad se funde en monumentos más ciertos é indestructibles. Escrita por

cuatro testigos irreprochables, en épocas distintas y separados los unos de los otros, es la única historia cuyos autores hayan confirmado con su sangre la verdad de su testimonio, siendo el caso de repetir aquella célebre sentencia de Pascal : « Yo creo á testigos que se dejan matar. »

Y luego si los Evangelios no refieren hechos verdaderos, ha mucho tiempo que hubiesen caido en el más absoluto olvido como todas las fábulas inventadas por los hombres, porque todo el ingenio y el poder humanos no bastan para impedir que la impostura se patentice y caiga la infamia sobre sus autores, mayormente si el engaño se refiere á hechos públicos de la más alta trascendencia. Y sin embargo, hace dos mil años que los Evangelios son estudiados por amigos y adversarios hasta en sus más mínimos detalles y jamás se había puesto en duda su veracidad, hasta el día en que los sofistas del siglo XVIII, que lo negaron todo, hasta la existencia de Dios, aplicaron también á los Evangelios su hacha destructora. Pero ¿qué valor pueden tener ante la razón y la conciencia humana, las negaciones de esos sofistas desvergonzados que falsearon todas las historias y que convirtieron la calumnia en sistema y la mentira en arma de combate ? No obstante los ataques insidiosos de la crítica racionalista, los Evangelios siguen siendo objeto de la veneración universal y materia de meditación y de estudio para los sabios. Y hoy, como siempre, continúan abriendo los ojos á muchos ciegos, iluminando muchas inteligencias obscurecidas y señalando el puerto de la verdad á muchos de los que dudan.

Yo diría á los racionalistas : Si no creéis en los Evangelios, ¿cómo explicaríais los hechos maravillosos derivados de ellos, hechos que no podéis negar, porque todas las historias los atestiguan ? ¿cómo explicaríais, por ejemplo, la rápida propagación del cristianismo efectuada por algunos hombres sin letras, sin armas, sin fortuna, sin influencias de ningún género ? ¿Cómo explicaríais la estabilidad de la Iglesia á través de las revoluciones que han cambiado el

mapa del mundo y la inmutabilidad de su símbolo en medio de sus perpetuas luchas contra las heregías, los errores y las invenciones de la falsa ciencia ? ¿Cómo explicaríais, por fin, el poder sobrehumano de la doctrina evangélica para regenerar al individuo, á la familia y á la sociedad pública ? Por más que se inventen explicaciones más ó menos ingeniosas, lo cierto es que todos esos grandes hechos serían inexplicables.

Y en vano alegan los racionalistas que la revelación es imposible. ¿Porqué sería imposible ? ¿Faltarán á la omnipotencia divina medios adecuados para comunicarse con sus criaturas ? Puede el hombre comunicarse con otros hombres, pueden los padres revelar á sus hijos sus pensamientos y voluntades, puede un amigo depositar en otro amigo sus íntimas confidencias ; ¿y lo que pueden los hombres será imposible para Dios ? Si no pudiese hablar al hombre, si no pudiese enseñarle algunas verdades, como lo hacen los maestros y los sabios, diríamos que su poder es bastante limitado ; sería más impotente que sus criaturas.

Por todo lo cual, yo afirmo, Señores, que la revelación divina es un hecho cuya evidencia no permite ponerlo en duda sin contradecir á la razón misma. Y bien, si es cierto que Dios se ha dignado revelarnos algunas verdades indispensables para nuestra felicidad, la misma razón nos persuade de que debemos considerarnos dichosos de que Dios, en su bondad para con el hombre, le haya enseñado lo que no sabe, lo que no podía descubrir por sí mismo, lo que le interesaba saber para la consecución de su destino eterno. Y si es merecedor de nuestra profunda estimación y de nuestra sincera gratitud el maestro que nos inicia en la vida intelectual y enriquece nuestra mente con conocimientos, que no habríamos podido adquirir sino á costa de penosos y prolongados esfuerzos, ¿por qué sólo cuando Dios es nuestro Maestro, creeríamos abatida nuestra dignidad y humillada nuestra razón ? ¿Por qué sólo entonces

nos creeríamos desligados de la obligación de estimar y de agradecer los dones con que hemos sido favorecidos ? El racionalismo es injusto y es ingrato : injusto, porque no reconoce el bien ; ingrato, porque no sabe agradecerlo.

Infatuado por un insensato orgullo, yérguese altanero, y mira al catolicismo con insultante desprecio. Sin embargo, colocad al racionalismo frente al catolicismo y veréis cómo resalta la pequeñez del uno y la grandeza del otro. El racionalismo no nos da para alumbrar nuestro camino otra luz que la luz tantas veces engañosa de la razón ; el catolicismo nos da, además de la razón, la luz de la fé que amplía y extiende los conocimientos naturales ; por manera que los creyentes hacemos nuestra jornada por la vida alumbrados por un doble sol. El racionalismo es de ayer : apenas cuenta con dos siglos de existencia como sistema filosófico ; el catolicismo viene desde el Calvario, ó más bien, desde Adán, que recibió las primeras revelaciones divinas, y en su largo camino de siglos ha acumulado en su seno cuanto hay de más grande y más noble en la humanidad : el genio de las ciencias, el genio de las letras, el genio de la elocuencia, el genio de las artes, el genio de la política, el genio de la guerra y, lo que vale más que todo eso, el genio de la santidad.

El racionalismo carece de número : es un puñado, ó á lo más una legión, que se cuenta por nada, si se compara con el número incontable de millones de almas que en veinte siglos han profesado la fé de Jesucristo.

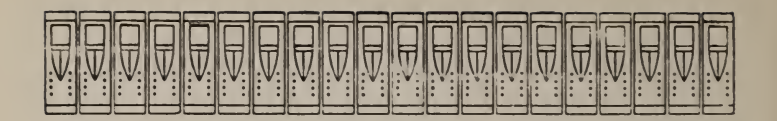
El racionalismo no tiene mártires que hayan atestiguado con su sangre la verdad de su doctrina ; el catolicismo los tuvo por millones en los primeros siglos de su aparición en el mundo y los tiene todavía por millares en las comarcas de infieles.

El racionalismo es la negación : la negación de la historia, de las tradiciones, de las creencias del género humano, de toda verdad revelada, de toda religión positiva ; y en la negación nada se funda, nada se edifica, nada se asienta :

la negación es la destrucción. Al contrario, el catolicismo es la afirmación : la afirmación de toda verdad natural ó revelada, de Dios y de la vida futura, del bien y de la virtud ; y al paso que la negación racionalista es completamente estéril, la afirmación católica es fecunda en toda clase de bienes naturales y sobrenaturales. Y por eso el racionalismo no ha producido beneficio alguno para el individuo, para la familia y para la sociedad pública : es la higuera estéril del Evangelio, que ocupa terreno y no da frutos. En cambio, ¿ quién podrá contar los beneficios emanados del catolicismo, regenerador del individuo, de la familia, de la autoridad pública, libertador del esclavo, amigo sincero del pobre, protector de la niñez, amparo del huérfano, maestro del ignorante, consolador de todos los que lloran.

¡Ah ! ¡bendigamos á Dios, que nos ha dado la fé, y con ella bienes de infinito precio ! Vivir de la fé es prepararse un puerto tranquilo en la tempestad, en las pruebas un sostén inquebrantable, en los pesares una esperanza infalible, en las pasiones la victoria, y en las dudas una luz celestial. Ella repara y suaviza los males de nuestro triste tránsito por la vida y nos conduce al término de una felicidad sin fin.





VIGESIMA OCTAVA CONFERENCIA.

LA RELIGIÓN Y LA RAZÓN.

SEÑORES :

HA sido táctica antigua del Racionalismo presentar á la Religión Católica en pugna constante con la razón humana. Son, á su juicio, dos poderes rivales que colocados frente á frente en actitud hostil, se miran con recelo y se combaten con acritud.

¿Necesitaré deciros que esta hostilidad es puramente imaginaria ? Esta enemistad no existe ni puede existir, porque Dios, autor de la Religión y de la Razón, no ha podido colocar en el hombre dos poderes rivales, que no le permitirían vivir en paz. Si esa contradicción existiese, Dios, amor y sabiduría infinita, habría obrado como un tirano, entregando al hombre, su criatura predilecta, á una guerra íntima y perpetua y colocándolo en la disyuntiva ó de creer en su palabra revelada ó de renunciar á los dictados de su razón.

La verdad es otra : la verdad es que entre la Religión y la Razón hay perfecta armonía. Son dos hermanas nacidas en un mismo hogar ; dos rayos dimanados de un mismo foco ; dos viajeras que marchan por distintos caminos á un mismo término; dos aliadas, enfin, que, cobijadas bajo una misma bandera, se prestan mutuo apoyo.

Si fuese efectivo ese supuesto antagonismo, no hubiesen profesado la Religión católica tantos esclarecidos ingenios,

á quienes no hemos de hacer la injuria de creerlos menos celosos que los racionalistas de los fueros imprescriptibles de la razón. Esos millares de hombres ilustres han examinado y han creido, y se han sentido felices y tranquilos en sus creencias. ¿Pretenderán los adversarios de la Religión estar dotados de una percepción más clara, de un ingenio más acucioso, de una ciencia más vasta y más profunda que los sabios y filósofos cristianos ? Sería demasiada pretensión.

Lo cierto es, Señores, que esta oposición imaginada por los racionalistas no es más que un viejo ardid, que tiene por objeto apartar de la Religión á esos espíritus superficiales que se dejan prender fácilmente en las redes del sofisma, confundiendo maliciosamente lo que es *superior* á la Razón con lo que es *contrario* á la Razón.

Yo me propongo demostraros que la Religión católica es de tal manera razonable, que la razón más exigente no podría pedir más para darle su pleno asentimiento. Y para demostrar esta verdad, olvidémonos por un momento de que el catolicismo existe, y preguntemos á nuestra razón qué es lo que exigiría para tener por verdadera una religión.

Siendo Dios y el hombre los dos seres que la religión enlaza estableciendo entre ellos mutuas relaciones, es indudable que la religión más razonable será aquella que sea más digna de Dios y más digna del hombre. Será la más digna de Dios la religión que nos dá de la Divinidad la idea grandiosa y sublime que corresponde á la excelencia del primer Ser y de la primera causa. Será la más digna del hombre, la que con sus preceptos y enseñanzas le conduzca á su verdadera felicidad.

Pues bien, estas dos necesarias condiciones se encuentran en la Religión Católica. Ella nos dá de Dios la idea más alta y es la única que puede asegurar la felicidad del hombre. Tal será el asunto para el cual solicito vuestra benévola atención.

I.

La Religión en general es el conjunto de relaciones que deben existir entre Dios y el hombre. Por consiguiente, la Religión enseña como verdad primera y fundamental la existencia de un Dios criador. Esta misma verdad la enseña la Razón, porque no pudiendo haber efecto sin causa, si el hombre existe ha de haber sido criado por alguien. Este alguien no ha podido ser él mismo, porque para criar se necesita existir. Tampoco puede ser la materia, porque la materia es muerte, y como tal, no puede engendrar la vida, en virtud del principio de que nadie puede dar lo que no tiene : el ser vivo debe proceder de otro ser viviente. Y aún en el supuesto de que la materia estuviese dotada de energías creadoras, siempre quedaría en pie la cuestión de saber quién puso en la materia esas energías creadoras.

No queda, pues, otra solución racional que la que enseña la Religión : el hombre es obra de Dios, y nuestra razón descansa tranquila y satisfecha en este dogma.

Y ¿quién es Dios? Nuestra razón, contemplando el mundo y todo lo que contiene y viendo el orden y la armonía que resplandecen en el conjunto de seres que lo pueblan, ha comprendido que debe haber una causa primera, que no procede de nadie y de la cual procede todo. Repugna, en efecto, á la razón una serie indefinida de causas ; porque si Dios no procede de sí mismo, ¿de quién procede ? Y si procede de otro, ¿este otro de quién procede ? Y así iríamos de causa en causa hasta lo infinito sin encontrar jamás un término. Por consiguiente, si debe haber por necesidad una primera causa, ésta es Dios.

Pues bien, la misma razón nos enseña que la primera causa debe ser infinita en sus perfecciones ; porque procediendo de sí misma y no existiendo nadie ántes que ella ¿quién le habría puesto límites ? Los seres criados son limitados, porque proceden de otro ; pero ¿qué límites puede tener el que no procede de nadie ? Esta infinidad de Dios

que la razón descubre, es lo mismo que enseña la Religión.

De la infinidad del Ser divino se deriva naturalmente su inmaterialidad, porque todo lo que es material y corpóreo es compuesto de partes, y cada parte es por su naturaleza limitada ; de lo cual resultaría un ser compuesto, y todo ser compuesto es necesariamente limitado. Y entónces Dios no sería un Ser infinito. Por lo cual nuestra razón nos obliga á reconocer que Dios es un espíritu simplicísimo, tal como lo establece la Religión.

Siendo Dios la causa primera de todo lo que existe, forzosamente ha de tener en Sí todas las perfecciones con que ha dotado á sus criaturas. Mas, como en Dios todo es infinito, las perfecciones divinas han de ser también infinitas. Y puesto que en el hombre hay una inteligencia que conoce, una voluntad que quiere libremente, una facultad de amar y un poder que obra, debe haber también en Dios una inteligencia infinita, una voluntad perfectísima, un amor sin límites y un poder omnínodo. Con su inteligencia infinita penetra lo más íntimo de los seres y nada de cuanto existe se escapa á su mirada. Patentes están ante sus ojos lo más grande y lo más pequeño : así las evoluciones de los cuerpos celestes como la muerte de un insecto y la caida de la hoja de un árbol. Con una mirada ve en una sola perspectiva todo lo que es, lo que será y lo que ha sido, y lee como en un libro abierto los acontecimientos que han de verificarse en la serie de los siglos.

Además de la inteligencia hay en Dios una voluntad perfectísima. Todo ser inteligente conoce el bien y el mal y tiene la facultad de amar el bien y de aborrecer el mal. Esta facultad es la voluntad, que siendo en Dios rectísima, quiere necesariamente el bien y odia necesariamente el mal ; y de aquí nace su santidad infinita. Y siendo por su inteligencia sapientísimo y por su santidad rectísimo, hay en Él imposibilidad absoluta de engañarse y de engañar. Por lo cual, la Razón y la Religión están de acuerdo en afirmar que cuando Dios se digna revelar al hombre alguno de sus se-

cretos, ha de ser creido con fe absoluta, aunque sus enseñanzas sean misterios incomprensibles para nuestra limitada inteligencia. No hay pretensión más absurda que la de querer abarcar lo infinito con una inteligencia finita, porque falta la proporción que debe haber entre el objeto conocido y la facultad que conoce. Pero si nuestra inteligencia es incapaz de penetrar algunas de las verdades reveladas, en cambio, nuestra razón no sólo no encuentra en ellas lo contradictorio y lo absurdo, sino que descubre luminosas conveniencias. La Religión tiene claridades que deslumbran y profundidades misteriosas y nuestra razón, al mismo tiempo que ve y contempla las claridades, admira las profundidades : cree y adora.

Hay poder en el hombre, como se manifiesta en las maravillas de la mecánica, de la industria y del arte. Y si hay poder en la criatura ¿no lo habrá en el Criador? Ahí están ante nuestros ojos las obras estupendas del universo, que denuncian el poder infinito de la mano que las ha ejecutado. ¿Y quién podría encadenar á esa mano omnipotente ? ¿Quién podría poner límites á ese poder, diciéndole : hasta aquí llegarás ? Ha dado leyes al universo, pero no se ha hecho esclavo de sus leyes : es libre para suspenderlas y modificarlas, si así cumple á sus soberanos designios.

¿Porqué extrañarse, según esto, de que en determinadas ocasiones suspenda esas leyes ó proceda fuera del orden que Él mismo ha establecido ? ¿En virtud de qué consideración se negaría la posibilidad del milagro ó se dudaría de la realidad de ellos, cuando están suficientemente comprobados ? El que ha ejecutado con una palabra el portentoso milagro de la creación ¿no podrá devolver la vida á un muerto ó la salud á un enfermo ?

El hombre ama, y en amar encuentra su delicia y su consuelo. El padre ama á sus hijos, el esposo á su esposa, el amigo á su amigo ; y esta dulce é irresistible inclinación le induce á amar hasta los seres inferiores y aún inanimados. Es también el más bello de los atributos divinos. Su amor, uni-

do á su bondad, lo indujo á crear al hombre y á colocarlo en la tierra como una madre que reclina á su hijo en la cuna que le había preparado. Y Aquel Señor Altísimo, que posee la plenitud del bien en los esplendores de su naturaleza infinita, se complace en llamarse su Padre. ¿Y cuál es el padre que no ama al ser que lleva su sangre en las venas, su semejanza en el rostro y sus cualidades en el alma ?

Este amor es una perfección y no puede faltar en Dios ; y como en Él todo es infinito, infinito debe ser también el amor á sus criaturas. Y si es tan grande este amor ¿por qué dudar de sus finezas inefables ? ¿por qué sorprenderse de los portentos amorosos del Pesebre, del Calvario y del Altar? Si contempladas estas finezas con nuestra inteligencia son misterios altísimos, contempladas con el corazón aparecen ante nuestros ojos como naturales efusiones de un inmenso amor. ¿De qué no es capaz el amor ? El amor sólo se detiene ante lo imposible ; pero lo imposible no existe para Dios.

Consecuencia lógica del amor de Dios á sus criaturas es su Providencia, con la cual las conserva y las gobierna. ¿Nos habría criado para abandonarnos después sin volver á ocuparse en nosotros ? ¿Nos habría dado el ser para entregarnos en brazos de la fatalidad ? ¿Y eso se llamaría amor ? ¿Diríamos que ama una madre que abandona á su hijo pequeño y débil, diciéndole : vive como puedas ? Ese abandono sería en Dios una imperfección, como sería un crímen en una madre ; y suponer una imprefección en el Ser divino sería anonadarlo ; no seria Dios.

No, Señores, Dios es providencia amorosa ; y por eso nos conduce por la vida como un padre conducir.a á un hijo desvalido y enfermo, provee á nuestras necesidades, se interesa por nuestro bien, nos conforta en la debilidad, nos socorre en el peligro, nos consuela en el dolor y nos perdona en el arrepentimiento.

Hé aquí, : eñores, lo que nos enseña la Religión respecto de Dios. ¿Puede haber algo más digno de Él ? ¿Puede haber algo más conforme con nuestra razón ? ¿Qué más podría-

mos exigir en el Ser divino ? ¿Queremos grandeza ? Él la tiene infinita. ¿Queremos sabiduría ? Es el foco inextinguible de toda luz. ¿Queremos bondad ? En Él reside toda bondad como en su fuente. ¿Queremos santidad ? Él es la perfección misma. ¿Queremos amor ? Es el amor sin límites. Por lo cual yo diría que la Religión, revelándonos estas verdades, nos revela nuestros propios pensamientos ; tan naturalmente entra su luz en nuestro espíritu y tan satisfecho se siente nuestro corazón.

II.

La Religión católica es también la más digna del hombre. Es la más digna del hombre, porque le enseña que su origen es divino, es decir, el más grande, el más noble, el más honroso para una criatura. Si es estimable entre los hombres un abolengo ilustre, si la nobleza de los antepasados es gloria de los descendientes, ¿qué honra más insigne puede tener el hombre que descender de Dios ?

La Religión católica es digna del hombre, porque le dá los medios de llegar á la felicidad, no á una felicidad terrenal y transitoria, sino á una felicidad completa y permanente, con lo cual satisface el anhelo más ardiente y la aspiración más legítima del corazón humano. Esta felicidad depende de la observancia de los preceptos divinos, porque siendo Dios criador del hombre, es también su soberano. Pues bien, esta soberanía, como las demás soberanías. se ejerce por medio de leyes ó mandatos que tienen por objeto dirigir la voluntad humana á la consecución del destino sobrenatural del hombre.

En esta virtud, Dios ha dictado leyes morales que el hombre debe cumplir para llegar á su destino ; y esas leyes son sapientísimas como emanadas de una sabiduría infinita. Estas leyes están contenidas en el Evangelio y forman un código de prescripciones morales adaptables á todas las condiciones humanas y á todas las situaciones en que pueda estar colocado el hombre. Código que trazando á todos el

camino del deber, les señala también la senda por donde pueden llegar á una alta perfección ; código que enseña á evitar caídas lastimosas, cohibiendo el mal desde que nace en el pensamiento ; código, enfin, que apoyado en dogmas invariables, presenta al lado del precepto motivos poderosos para practicarlo.

Prohibiendo hacer el mal en cualquiera de sus formas, ciega la fuente de donde dimana la mayor parte de nuestras desdichas ; y prescribiendo hacer el bien, abre una fuente de paz y de ventura que embellecen la vida y endulzan sus naturales amarguras.

Ordenando cumplir todos los deberes, los deberes de los hijos, de los padres, de los esposos, de los ciudadanos, de los magistrados, asegura la felicidad doméstica y social. Mandando respetar todos los derechos, los derechos de la conciencia, de la vida, del honor, de la propiedad, asegura la paz social. Obligándonos á refrenar todas las malas pasiones que encadenan nuestra libertad y levantan obstáculos en el camino del bien, procura la tranquilidad individual y nos enriquece con los méritos adquiridos en la lucha. Mandándonos sujetar nuestros sentidos rebeldes á la ley de la castidad, nuestros apetitos desordenados á la ley de la templanza, nuestro orgullo á la ley de la humildad, nuestro egoismo á la ley de la caridad, convierte en virtudes nuestras pasiones y en motivos de gloria nuestras inclinaciones al mal.

Mediante las prescripciones de ese código divino, las esposas sometidas á sus esposos por una casta y fiel obediencia, han dejado de ser lo que eran en el paganismo, viles instrumentos de la pasión, para convertirse en compañeras del hombre y en reinas del hogar. Mediante esas prescripciones, los padres han dejado de ser tiranos con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, para ejercer una autoridad que se impone más por el amor que por el rigor. Mediante el Evangelio, los depositarios del poder público han dejado de ser déspotas irresponsables de los pueblos, para convertirse en

ministros de Dios para el bien de sus súbditos ; y los pueblos no son ya manadas de siervos á los cuales hay que sujetar por el terror, sino sociedades de hombres libres que respetan y obedecen á sus mandatarios por deber y por conciencia.

Estos preceptos son obligatorios para todos los hombres, porque han sido impuestos por Dios como Legislador Supremo. Solo Él, como Criador y Providencia, tiene derecho propio para imponer preceptos que liguen á la conciencia humana.

Y en efecto, Señores, para que haya ley se necesita un superior y un inferior, porque la ley no puede existir sino entre dos seres, de los cuales el uno manda y el otro obedece. Por esta razón nadie puede darse la ley á sí mismo, porque siendo una misma la persona que manda y la que obedece, no hay superior ni inferior, y la ley que dictase hoy podría derogarla mañana.

Por este mismo motivo las doctrinas de autonomía individual y de independencia absoluta son condenadas por la razón, porque el hombre es por su naturaleza dependiente : para la conservación de la vida depende de las leyes físicas y fisiológicas ; para el ejercicio de la razón, de las leyes lógicas ; para los actos de la voluntad, de las leyes morales. No hay tampoco moral independiente, porque el hombre no es libre para inventar preceptos morales, desde que carece de facultad para darse la ley á sí mismo ó imponerla á otro sin especial delegación.

No puede el hombre recibir la ley de uno ó muchos hombres, porque no siendo legítima sino cuando hay relación de superior á inferior, es preciso que el que la da esté más alto que el que la recibe. Pues bien, siendo los hombres iguales por su naturaleza ¿de dónde derivarían el derecho de mandar á sus iguales ? ¿Podrían invocar como título de soberanía el talento, la riqueza, la fuerza ? No Señores, porque nada de eso constituye un derecho soberano ; son accidentes que no cambian la naturaleza humana. El hom-

bre de talento puede ilustrarnos ó aconsejarnos; el rico puede socorrernos ó recompensar nuestros servicios; el fuerte puede ejercer sobre nosotros coacción externa, pero nuestra voluntad no pierde su libertad.

Pero si me mandáis en nombre de Aquel que me ha criado; si me notificáis órdenes en nombre de Aquel que me conserva y de quien recibo todos los bienes; si exigís mi dependencia en nombre de Aquel que por derecho propio lo ordena todo con infinita sabiduria, entonces inclino mi frente, porque reconozco en él á mi Superior natural, á mi Maestro infalible, á mi Soberano por derecho de creación. Por lo cual todo el que pretenda mandar á hombres ó pueblos sin delegación mediata ó inmediata de Dios, es un usurpador. De donde se deduce que la ley moral tiene su orígen en Dios, y sólo por eso es obligatoria. Pero si algún hombre pretende imponernos preceptos morales, como sucede en la moral independiente, esos preceptos, como emanados del hombre, carecen de fuerza obligatoria, y los que pretenden imponerlos son audaces usurpadores de una atribución que sólo corresponde á Dios.

Una ley sin sanción sería fácilmente burlada, porque el que nada espera y nada teme la quebrantará toda vez que algun interés cualquiera se lo aconseje. Si no hay un premio para el que obre el bien, ¿qué estímulo habría para la virtud? Si no hay un castigo para el que obra el mal ¿qué freno detendría al hombre en la pendiente del crimen? Pues bien, la Religión nos ofrece un premio si cumplimos las leyes morales; y este premio es el más grande, el más excelente, el más apetecible que puede concebirse: la felicidad eterna en la posesión de Dios. Nos intimida también con un castigo si violamos voluntaria y conscientemente la ley divina; y este castigo es el más temible, el más severo, el más terrible: la privación eterna de la visión de Dios; pena que nos mantendrá perpetuamente alejados de nuestro último fin.

Pero los que pretenden ser los reformadores del género

humano, que prescinden de Dios como orígen de la ley moral, niegan también la sanción eterna. Y bien, ¿qué nos ofrecen en reemplazo de estos grandes principios ? ¿Qué estímulos ofrecen para la virtud ? ¿qué freno establecen para las pasiones, qué sanción para los que obran el mal ? Sabéis, Señores, lo que nos ofrecen como aliento para el bien y como represión para el mal ? La gloria, el honor, la ilustración.

Eso es como querer detener un torrente con telarañas. Si la sanción severa que nos ofrece la Religión no basta para detener dentro de su cauce el torrente de las pasiones humanas ; si á pesar de ser esa sanción eterna en su duración y magnífica como premio y terrible como pena, hay hombres que se abandonan sin temor á todo género de desórdenes ¿cómo creer que esos pequeños estímulos pudiesen obrar con eficacia en la conducta del hombre ? Desde luego, la gloria, el honor, la ilustración, no ejercen ninguna influencia en el fondo íntimo de nuestra conciencia, por cuanto dejan libres y sin sanción los pensamientos y deseos, generadores de las malas acciones.

¿Quer is contener á los hombres en su deber por amor á la gloria ? Pero, Señores, la moral se ha hecho para todos y el amor á la gloria es patrimonio de muy pocos. ¿Qué le importa la gloria al rústico aldeano, á la mujer del pueblo, al hijo del obrero, que viven en la obscuridad y mueren en el olvido ? ¿Y qué influencia puede ejercer la gloria en la práctica de aquellos deberes ocultos de cada día y de cada hora, que se cumplen sin testigos y se escapan á las miradas del público ?

¿No será el honor un estímulo eficaz para el bien y la deshonra un freno para el mal ? Pero, ¿quiénes son los que sienten el influjo de este noble sentimiento ? Sólo algunas almas elevadas y naturalmente rectas que saben estimar el juicio de la opinión y de la posteridad. Pero estas almas son pocas. En el mayor número el interés se sobrepone á la honra. ¿Cuál es el malvado que se retrae de cometer un

crímen por temor al juicio desfavorable de la opinión? ¿Cuál es el ambicioso que pudiendo enriquecerse con lo ajeno no cree salvar su honor negando su delito? ¿Qué eficacia puede tener este sentimiento toda vez que las malas acciones permanezcan ocultas? ¿Qué puede importarle el juicio de la posteridad si nunca ha de comparecer ante ese tribunal? ¿Y no veis, Señores, que el honor es relativo? ¿no veis que para unos es honroso lo que para otros es infamante? Hay viciosos que se engríen de sus vicios y que en vez de ocultarlos, los exhiben en público. ¿No habéis visto á muchos entregados á la ebriedad, que se embriagan en los lugares más frecuentados y en compañía de otros muchos?

¿Y la ilustración? Comprendo, Señores, que puede tener influencia sobre las costumbres la ciencia que tiene por objeto enseñar los deberes morales y manifestar la importancia de su cumplimiento para la felicidad de la vida. Pero no veo qué influencia puede ejercer sobre las acciones humanas el conocimiento de la Geografía, de las Matemáticas, de las ciencias físicas y de tantas otras disciplinas científicas que no tienen relación alguna con la moralidad de los actos humanos.

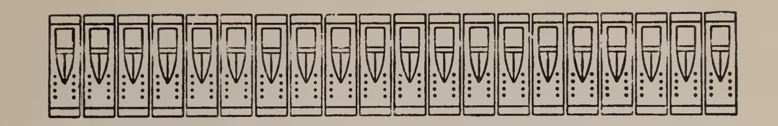
Con estas ciencias se consigue el fin nobilísimo de enriquecer la inteligencia con útiles y variados conocimientos; pero nadie ignora que no es la inteligencia la facultad moral del hombre. La facultad moral del hombre es la voluntad, que puede elegir el bien ó el mal. Por manera que lo que no influya sobre la voluntad no produce ningún efecto sobre la conducta moral del hombre. Y es un hecho atestiguado por la experiencia que las ciencias no destruyen el imperio de las pasiones y que los más grandes vicios suelen asociarse con una gran cultura. Y al contrario, las más bellas costumbres pueden hallarse al lado de la ignorancia. Cuando la antigua Roma buscaba á sus mandatarios en los campos no brillaba por su cultura, pero se distinguía por sus buenas costumbres; y cuando se envolvió en el rico manto de una

brillante civilización, sus costumbres desaparecieron en un mar de molicie y podredumbre.

Así, pues, la gloria, el honor, la ilustración, por bellas que sean, no son ni estímulos eficaces para el bien, ni freno poderoso para el mal. Pero si me mostráis á un Dios que como Legislador Supremo quiere ser obedecido ; si me mostr is una Providencia que ve mis más íntimos pensamientos y mis más ocultas acciones ; si me decís que hay en las alturas de la eternidad un Juez incorruptible que pesa en fiel balanza las buenas y las malas acciones y que premia las unas con recompensas eternas y castiga las otras con penas sin fin, ¡ah ! entonces me esforzaré por marchar por el sendero del bien, luchando como buen soldado con las pasiones que levantan obstáculos en mi camino. Y si me s ento débil, apoyaré mi brazo en esa misma Providencia, que, si un día será mi Juez, es hoy, y mientras me dure la vida, mi sostén y mi fuerza.

Tal es, Señores, la Religión católica : la más digna de Dios y la más digna del hombre; la Religión que en sus dogmas y en su moral enseña verdades que la razón acepta regocijada, porque en ella todo es razonable, y sólo en ella tienen solución satisfactoria los grandes problemas del origen y destino del hombre, que han preocupado en todo tiempo á la humanidad.

¡Bendita seas, Religión divina, que has mecido como una madre nuestra cuna y velas nuestro último sueño ! ¡Bendita seas, Religión santa, que en medio de las tinieblas que nos rodean, abres ante nuestros ojos horizontes infinitos y nos conduces hasta el alcázar mismo de la Divinidad donde reside envuelta en luz inaccesible. ¡Bendita seas, Religión amable, que cambias en flores las espinas que tapizan nuestra senda con los consuelos y esperanzas que nos das. Que nunca nuestros ojos se aparten de tí ; que nunca la ingratitud nos aleje de tu seno maternal ; que nunca las pasiones nos lleven lejos de tu hogar bendito ! Sé tú nuestra conductora en la vida, nuestro faro en la tormenta y nuestra corona en la eternidad !...



VIGESIMA NOVENA CONFERENCIA.

LOS MÁRTIRES.

SEÑORES :

Cuando el Cristianismo apareció en el mundo, encontró delante de su cuna poderes formidables resueltos á detener su marcha. Encontró, ante todo, la fuerza armada, que manejaban á su arbitrio los emperadores romanos, ante cuya férrea y omnipotente voluntad, no había poder que no se doblegase ni derecho que prevaleciese. El culto de los ídolos se extendía por todo el imperio como una institución nacional, al cual creían vinculadas la prosperidad pública y la gloria de las armas imperiales. Interesaba especialmente á los Césares romanos la conservación de la idolatría, como religión del Estado, porque en ella gozaban de honores divinos y podían entregarse sin sonrojo á todo género de liviandades, ya que en los ídolos que adoraba la multitud contemplaban sus pasiones divinizadas.

Pues bien, en medio de ese mundo idólatra apareció un día el cristianismo proclamando la divinidad de Jesucristo, ante el cual debían caer derribados los ídolos que adoraba el paganismo : « No hay dioses, decía ; no hay más que un Dios, y este Dios es Jesucristo, que murió en la cruz para salvar á la humanidad, que resucitó triunfante por su propia virtud, que subió á los cielos lleno de gloria, desde donde gobierna como Jefe invisible el reino de las almas que fun-

dó en la tierra, » Y juntamente con proclamar á la faz del mundo idólatra la divinidad de Jesucristo, proclama también como un derecho divino la libertad de las almas, es decir, la libertad de adorarle y de servirle, y de profesar la doctrina santa que El trajo á la tierra.

Juzgad, Señores, el estupor que produciría esta actitud de la nueva Religión, que pretendía nada menos que la destrucción de las creencias nacionales sancionadas por los siglos y que vivían al amparo de la victoriosa y universal dominación de Roma. Alármase la política romana en presencia de los despreciadores de los dioses del imperio y declara que los cristianos son reos de alta traición y conculcadores de las leyes.

La lucha era inevitable y debía ser encarnizada porque entre el paganismo y el cristianismo no podía haber conciliación. ¿Y de qué fuerza humana disponía la nueva Religión para luchar con el imperio romano? De ninguna. ¿Cuáles eran entonces sus armas de combate? Una sola: el derecho de confesar su fé y de morir por ella. No empleó la fuerza que mata, sino la fuerza del martirio, que consiste en dejarse matar antes que renegar de la fé.

Estas dos fuerzas, la fuerza material de la espada y la fuerza moral del martirio, encontráronse un día frente á frente; y sólo faltaba un pretexto cualquiera para trabar la lucha. Este pretexto llegó con el incendio de Roma ejecutado por el más perverso de los emperadores romanos y atribuído falsamente á los cristianos.

« Esa secta invasora, dijo Nerón, pretende transformar las antiguas creencias del universo para sublevar contra la omnipotencia de Roma las naciones que domina. Imaginóse que incendiando á Roma arrastraría al imperio en esta espantosa catástrofe... Pero la majestad de los dioses de la patria, el honor de los Césares y la seguridad del pueblo romano exigen que una implacable justicia envuelva en una destrucción general á esa raza de tenebrosos conspiradores. »

Y el pueblo romano, que fué siempre cruel, acogió con aplausos la proclama de Nerón, exclamando : « los cristianos á los leones. » Aquel pueblo cuyos dueños le daban para entretenerlo el espectáculo hasta de veinte mil víctimas en un día, vió en el edicto imperial el anuncio de una larga y esplendorosa fiesta para divertir sus ocios con el derramamiento de la sangre humana. Y bien pronto pudo ver al Emperador en traje de auriga y rodeado de meretrices, pasearse por los jardines del Vaticano iluminados por antorchas vivas. Con esta fiesta comenzaba la era sangrienta de los mártires que duraría trescientos años.

Pues bien ¿qué debemos pensar de la sangre de los mártires derramada en tanta abundancia durante tres siglos en todas las comarcas del imperio romano ? ¿Prueba esa sangre la divinidad de la Religión en cuyas aras rindieron la vida tantas personas de toda condición ?

Sí, Señores, yo sostengo que no puede dejar de ser verdadera, es decir, instituída por Dios, una Religión por la cual se inmolan millones de personas corriendo impávidas á los suplicios y á la muerte. Este hecho es de tal naturaleza que no se explica humanamente : es un milagro verificado en el orden moral, y como tal, un sello divino puesto por la mano de Dios en la frente augusta del catolicismo. Y puesto que ninguna otra religión ostenta un sello tan significativo y tan glorioso, ella es la única que emana de Dios.

Tal es, Señores, la verdad que me permitiréis demostraros en esta Conferencia.

I.

Llámase mártir al que atestigua con su sangre la verdad de los hechos divinos en que se funda la religión cristiana. El mártir es un testigo, como lo dice su nombre, que da testimonio, no solamente con su palabra y con su conducta, sino también con el sacrificio de la vida, de la divinidad del cristianismo y de su Autor. Es, por consiguiente, un testigo digno de entera fé, porque nadie, que no sea un insensato,

está dispuesto á dar la vida por atestiguar una mentira.

Tales son, Señores, los testigos que ha tenido el cristianismo desde que apareció en el mundo. Esta fué la misión que su divino Fundador confió á sus apóstoles y á sus sucesores : « Seréis mis testigos, les dijo, hasta en las extremidades de la tierra. » ¿Testigos de qué ? De lo que habéis visto y oido : de mi doctrina, de mis milagros, de mi muerte, de mi resurrección, de todos los actos de mi vida. Pero sabed que por esta causa seréis perseguidos, atormentados, aborrecidos y hasta muertos ; pero no temáis, porque yo estaré con vosotros, y á pesar de todo, venceréis, como yo he vencido al mundo. »

La historia nos dice que este divino pronóstico ha tenido cabal cumplimiento. Lo tuvo especialmente en aquella época cruenta, pero gloriosa, justamente llamada « la era de los mártires, » en que muchos millones de cristianos de toda edad, de todo sexo, de toda condición rindieron entre tormentos la vida proclamando á Jesucristo como único Dios.

Os he dicho, Señores, que este hecho histórico es un hecho que no se explica por causas naturales ; un hecho en que se descubre de una manera palpable y manifiesta la intervención sobrenatural de la Divinidad. Y voy á probarlo.

Preguntad á cualquier hombre qué es lo que más ama ; os responderá : la vida. Preguntadle qué es lo que le causa mayor repulsión y os dirá : la muerte. ¿Y por qué ? Porque hay en el fondo de nuestro ser un deseo innato de vivir, de ver prolongarse lo más posible la serie de nuestros días, aunque sean malos y tristes, porque nos alienta la esperanza de que serán mejores en plazo que siempre creemos cercano. Nunca faltan, aun á los más miserables, lazos que atan dulcemente el corazón, padres, hijos, esposos, amigos, lazos que no quisiéramos ver desatados por la mano de la muerte. Y este deseo de vivir no se apaga ni aun en la adversidad ; este deseo subsiste entre las torturas de la enfermedad, entre las privaciones de la miseria, entre las tristezas del des-

tierro. Y este amor innato á la vida engendra naturalmente el horror á la muerte.

Y sin embargo, Señores, los mártires se han sobrepuesto á este amor á la vida y á este horror á la muerte ; y con una energía superior á las inclinaciones de la naturaleza humana han renunciado voluntariamente á la vida y han aceptado libremente la muerte. Muchos de ellos han tenido motivos especiales para amar apasionadamente la vida : se hallaban en la edad risueña, en el vigor de la juventud, en la abundancia de la fortuna, en la cumbre de los honores. Eran doncellas nobles, ricas, hermosas, como Flavia Domitila, Inés, Eulalia, Cecilia, Tecla, Prisca y tantas otras que veían abrirse ante sus ojos las puertas de un brillante porvenir, como se abren las del día á la llegada de la aurora. Eran mujeres que por razón de la debilidad y delicadeza de su sexo, deberían huir amedrentadas de los suplicios. Eran niños apenas llegados al uso de la razón que comparecen espontáneamente, como Justo y Pastor, á confesar su fé ante los procónsules romanos ; ó ancianos en quienes los muchos años han debido debilitar juntamente con el cuerpo el vigoroso temple del espíritu ; ó nobles guerreros que se despojan de las armaduras del imperio para declarar que antes que soldados de los Césares son discípulos de Cristo.

Y no era obstáculo para esta confesión que les acarreaba la muerte, el tener que reprimir los sentimientos más naturales y legítimos del corazón. Recordad, señores, el heroismo de Julita de Iconia, viuda de clarísimo linaje, que comparece ante el procónsul llevando en sus brazos á su hijo único, un niño de cuatro años. El tirano, arrebatándole á su hijo, le dice : « Abjura de tu Dios y vivirás tú y tu hijo ; y si no morirás tú, y ese niño quedará abandonado. » Sólo las madres pueden comprender la indecible angustia de aquella heróica mártir al ver que sólo con la apostasía podía evitar la desgracia de su hijo. Pero ella, como Sinforosa de Tívoli, como las dos heroinas, Felicidad y Perpétua de Car-

tago, y como tantas otras mujeres dos veces mártires, porque eran madres, ofrece á Dios sin vacilación su doble sacrificio. Quiso Dios, sin embargo, quitar á su cáliz la mitad de la amargura permitiendo que el hijo muriese antes que ella, de una manera inesperada, con lo cual el hijo y la madre pudieron volar juntos al cielo para disfrutar juntos de una misma felicidad.

Y este valor era tanto más inexplicable cuanto que la muerte se presentaba cortejada de suplicios atroces, inventados por el genio del mal para hacer sentir el dolor en su mayor intensidad. Es sabido que el arte homicida superó en Roma á las atrocidades de las épocas bárbaras, y que el mejor de los agentes imperiales era aquel que inventaba suplicios más horribles. Y sin embargo, esos suplicios no espantaban á los mártires y antes que apostatar de su fé, aceptaban la muerte con todos sus tormentos, con todos sus horrores, con todos sus suplicios ; y morían en el potro, en la hoguera, en el circo, sin proferir una queja, bendiciendo á Dios y rogando por sus verdugos.

Esto excede evidentemente á las fuerzas humanas : no es posible explicar naturalmente tanto valor, tanta constancia, tanta serenidad en presencia de esas crueles y prolongadas torturas. Estas maravillas sólo se explican por una fuerza sobrenatural comunicada por Dios á los confesores de la fé. Sólo la gracia divina, que es omnipotente en las almas de buena voluntad, ha podido producir tales heroismos, haciendo al espíritu superior á las exigencias de la materia.

Y á este prodigio hay que agregar otro mayor : los mártires morían voluntariamente. No eran criminales que debian morir por sus crímenes : eran ajusticiados que serían absueltos y hasta colmados de honores, si pronunciaban una palabra ó ejecutaban un acto al parecer indiferente. Serían absueltos y hasta honrados si abjuraban de la fé de Cristo con una palabra ó quemaban un grano de incienso ante el altar de algún ídolo.

En casi todos los procesos se entablaba entre el agente imperial y los cristianos el siguiente diálogo :

— ¿Quién eres tú ?

— Soy cristiano.

— Pues bien, ó abjuras de tus creencias y adoras á los dioses del imperio, ó mueres. Elige.

— Ya he elegido.

— ¿Qué cosa ?

— La muerte.

Todos los edictos imperiales les reconocían la libertad de elegir entre la apostasía y la muerte. Y por eso decía un apologista célebre de los primeros siglos : « Los cristianos son los únicos acusados á quienes los magistrados dejarían tranquilos si quisiesen abjurar de su religión, ofrecer sacrificios y hacer los juramentos acostumbrados. » Y de hecho no faltaron cristianos, aunque en corto número, que amedrentados por los suplicios, quemaron incienso ante los ídolos. Pero estas mismas defecciones sirvieron para hacer resaltar, como las sombras en un cuadro, el heroísmo de aquellos que prefirieron la muerte á la apostasía. La ley imperial no les mandaba morir, sino abjurar ; pero otra ley más alta y más sagrada les mandaba morir antes que abjurar ; y obedeciendo á esta última ley, eran víctimas voluntarias y magnánimas del deber y de la conciencia.

Pero, Señores, hay todavía algo más que justifica el asombro que producen en el ánimo esos heroismos : su número y su universalidad. Mucho se han ingeniado los enemigos de la religión por rebajar el número de los mártires ; pero el testimonio de la historia no se destruye con simples negaciones. Aunque no es posible fijar un número matemático, el examen desapasionado de las Actas del martirio conservadas en el archivo del imperio y de las que levantaban al pié de los cadalsos testigos oculares, y la investigación de las osamentas conservadas en las catacumbas, arrojan un número que excede de doce millones, según los cálculos más restringidos.

¿Qué os parece, Señores? Doce millones de personas atestiguan con la vida la verdad de unos mismos hechos. ¡Qué testimonio más autorizado y decisivo! Si dos testigos contestes bastan para producir plena fé en los sucesos ordinarios de la vida, ¿no bastará el testimonio uniforme de doce millones de personas acerca de los hechos públicos en que se funda el cristianismo? Y notad que esos testigos no se han levantado en un solo punto de la tierra, sino en todas las comarcas á que se extendía la dominación del vasto imperio romano. Y no pertenecieron á una clase particular, sino á todas las clases y condiciones sociales: ricos y pobres, nobles y plebeyos, libres y esclavos, sacerdotes y guerreros.

Es preciso cerrar los ojos á la evidencia para no ver la acción divina en esa muchedumbre de personas separadas por la distancia y por el rango, unidas en una misma fé y muriendo por una misma causa. ¿Qué hombre en el mundo ha podido realizar este prodigio? ¿Quién es el hombre que después de muerto haya pedido á la humanidad apóstoles y mártires y los haya encontrado á millares? Vosotros sabéis que todo amor se enfría y todo recuerdo se extingue al borde de la tumba. ¿Cómo se explica que solo Jesucristo encuentre todavía en el mundo millones de hombres que no sólo le recuerdan con amor inextinguible, sino que están dispuestos á morir por Él? ¿Qué nombre, repito, ha conseguido tanto? Esto no tiene más que una explicación racional y es que Jesucristo es Dios.

Y todavía, ¿cómo se explica que en la época más triste de la historia, que en medio de una sociedad degradada y envilecida por los más torpes vicios, que en el seno de un pueblo, cuyas aspiraciones, al decir del poeta romano Juvenal, se reducían á tener pan y espectáculos, hayan surgido esos caracteres viriles que afrontaban los suplicios y la muerte antes que renegar de su fé? ¿Cómo un árbol podrido ha podido engendrar frutos tan sanos y hermosos? ¡Ah! Señores, para levantar á tantas almas á las alturas más grandes del sacrificio en una sociedad materializada, se ne-

cesitaba otra palanca más poderosa que el brazo del hombre, y para hacer producir frutos sanos de un árbol enfermo, era menester inocular en alguna de sus ramas savia divina.

Pero ¿cómo no ver la acción de Dios en el valor y constancia de los mártires, cuando vemos que el milagro estalla á cada paso en las ejecuciones del martirio ? Ya vemos que las fieras hambrientas cambian su ferocidad natural en mansedumbre en presencia de sus víctimas ; ya pierden las llamas su voracidad, como en el martirio de Inés de Roma, en que inflándose en torno de ella como las velas de un navío, formaban una tienda bajo la cual la jóven virgen oraba tranquila y risueña, al mismo tiempo que olas de fuego devoraban á los verdugos ; ya una túnica de nieve cubre la desnudez de las pudorosas vírgenes, como en el martirio de Santa Eulalia ; ya, en fin, la insensibilidad en medio de las más crueles torturas y la resistencia para morir de doncellas débiles y delicadas, como la esclava Blandina, son otras tantas manifestaciones evidentes del poder extraordinario de Dios, que quería glorificar á sus mártires.

Manifiéstase también la acción divina en el prodigio no menos maravilloso á que se refería Tertuliano, célebre apologista contemporáneo de los mártires, cuando decía á los perseguidores: «¿Qué conseguís con vuestras incesantes matanzas ? Inflamar más y más en los corazones nobles el deseo de ser cristianos : nos multiplicamos á medida que nos matáis : la sangre de los mártires es semilla de cristianos. »

Esta multiplicación, mientras corría la sangre á torrentes, no es natural. Lo natural habría sido lo contrario : el espectáculo de los suplicios debía intimidar naturalmente á los hombres y apartarlos de una religión cuya profesión traía por consecuencia los tormentos y la muerte. El amor á la vida debía sobreponerse á la práctica de un culto, que no sólo no les reportaba ventajas temporales, sino que los exponía á perder los bienes, la tranquilidad, la reputación, juntamente con la vida. No es esa la manera de atraerse

prosélitos. ¿Queréis tener partidarios que abracen con entusiasmo vuestra causa? Distribuid honores, prodigad bienes de fortuna, ofreced goces y conveniencias temporales, y los tendréis á millares. Pero si no tenéis otra cosa que palmas de martirio y coronas de espinas, os quedaréis solos sin encontrar quien quiera seguiros. Por consiguiente, cuando yo veo que una doctrina, que no ofrece más que inconvenientes, se abre paso á través de las persecuciones y atraviesa triunfalmente rios de sangre, yo digo: eso es divino.

Hé aquí, pues, el milagro en toda su grandeza; el milagro en el orden moral, manifestado en el valor y constancia de los mártires, en los prodigios sobrenaturales que con tanta frecuencia se producían en las ejecuciones capitales y en esas conversiones numerosas que se efectuaban en medio de las persecuciones.

Y bien ¿qué consecuencia debemos deducir de estos hechos? De estos hechos se deduce como rigorosa consecuencia la divinidad del cristianismo, ya que Dios dejaría de ser sabiduría y santidad infinitas, si hubiese puesto su poder extraordinario al servicio de una falsa religión; si hubiese acreditado con milagros una impostura.

II.

Pero los sofistas de la incredulidad no aceptan esta conclusión. En la imposibilidad de negar los hechos, se afanan por explicarlos naturalmente con exclusión de toda intervención divina.

Y así, con el propósito de rebajar el valor heroico de los mártires en presencia de los tormentos y de la muerte, los comparan con los adoptos de aquella escuela filosófica de los estoicos, que afectaban despreciar la muerte y predicaban la fortaleza en la adversidad y la resignación en el sufrimiento.

Pero vosotros sabéis, señores, que los estoicos eran héroes de teatro que, apesar de sus bellas máximas, desertaban del

sufrimiento por un acto de suprema cobardía. Esa escuela decía á sus adeptos : « Si la vida te pesa, si la desgracia te abruma, si la tiranía te oprime, puedes escapar á tu destino por un acto soberano de tu libertad : una puerta te queda siempre abierta ; esta puerta es el suicidio. » Tal era la conclusión del estoicismo ; y desde Catón hasta Traseas, los más ilustres sectarios de esta escuela desertaron de su puesto de combate por la puerta por donde se escapan los cobardes que carecen de valor para mirar frente á frente la adversidad. Catón se suicida para no dar ocasión al César de ejercer la clemencia ; Silano, para no dejar á sus enemigos la gloria de herirlo. ¡Vanidad pueril que empequeñece á esos hombres que buscan en la muerte la satisfacción del orgullo ó del odio !

¡Qué diferente era la conducta de los mártires ! No temían la muerte, pero no la buscaban por cálculos egoistas. Estaban dispuestos á morir por su fé, pero no anticipaban el momento de sacrificarse por ella. Obedecían á Dios, único dueño de la vida, y cuando oían su mandato avanzaban al sacrificio sin temor y sin debilidad y con el más absoluto olvido de sí mismos.

¿Y Sócrates ? replican los racionalistas : su valor iguala al de los mártires para afrontar la muerte ; y sin embargo, no hay en su fortaleza nada de sobrenatural.

Yo admiro, Señores, á Sócrates bebiendo el veneno con la tranquilidad de la inocencia y con el valor de un alma grande. No es un estoico que se abre las venas por cansancio de la vida ó por escapar á las venganzas de Nerón : es un hombre condenado injustamente por sus doctrinas, que aguarda con calma la ejecución de la sentencia. Pero hay una diferencia radical entre su muerte y la de los mártires cristianos. Sócrates no es un mártir en el sentido propio de la palabra, porque no es un testigo : muere por sus opiniones personales, opiniones que se niega á retractar. El mártir da testimonio de hechos que no son suyos, de doctrinas que no ha inventado ; no se busca á sí mismo ni atestigua en

causa propia. Cree en la divinidad de Jesucristo y se niega á adorar dioses que no existen, dioses inventados por los hombres. Y al paso que Sócrates apela á la posteridad del juicio inicuo que lo condena, los mártires no se preocupan del juicio de la posteridad y de la opinión de los hombres : sólo les importa el juicio de Dios y la benigna aceptación de su sacrificio como merecedor de recompensa eterna.

Todas las naciones han tenido mártires, se agrega ; pues mártires pueden llamarse los que mueren por la independencia, la integridad ó la honra de la patria ; y sin embargo, nadie ha creido que para morir por la patria sea necesaria una gracia especial del cielo.

No niego, Señores, que la naturaleza humana sea capaz de engendrar actos de heroismo, que ponen de manifiesto la influencia que ejercen sobre el hombre las grandes ideas y las grandes pasiones. Sin embargo hay enorme diferencia entre osl mártires de la patria y los mártires de la fé. Desde luego, el guerrero no va tras una muerte cierta ; fuera de casos raros, lleva siempre la esperanza de salvar la vida, porque no todos los que se lanzan al combate perecen en el campo de batalla. Los mártires de la fé van á los cadalsos seguros de encontrar la muerte, porque sus perseguidores los han condenado á morir si no apostatan de su fé. El soldado ve la gloria en el término de su sacrificio, y además del amor á la patria que lo inflama, siente otros estímulos que alientan su valor : combate en presencia de sus compañeros de armas, testigos de su valor ó de su cobardía ; su ánimo se enardece con el aparato guerrero, con el fragor del combate, con el son de las músicas marciales ; siéntese impulsado por la sed de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus compatriotas, y crece su ardimiento con la espectativa de una gloriosa victoria.

Nada de esto estimulaba el valor de los mártires de la fé. Iban á una muerte ingloriosa, como el reo al patíbulo, sin ver en torno suyo otra cosa que el desprecio de unos, el odio de otros y la compasión de muy pocos.

Por grande que sea el estímulo de la gloria, su ascendiente no es universal : no obra ni en todas las personas ni en todas las situaciones. ¿Qué gloria pudieron ambicionar los ancianos, las doncellas, los niños, los pobres, los esclavos que iban al martirio con la misma intrepidez que los jóvenes, que los nobles, que los guerreros, que los sacerdotes ? Si hubiesen sido impulsados por la ambición de gloria, habrían procurado dejar á la posteridad su nombre; pero vosotros sabéis que se ignora el nombre de un gran número de los mártires, como lo atestigua el insigne español Prudencio, que vivió en el siglo IV y que hablando de las catacumbas decía : « Si preguntas por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, es difícil responderte : ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra ! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza ; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre y que sólo indican el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre y que sólo conoce Cristo ! » Por último, ¿qué gloria podían encontrar en esos suplicios infamantes en que se añadía el escarnio al dolor ? ¿Qué gloria podrían encontrar en ser azotados, encerrados en calabozos inmundos, en ser expuestos desnudos á las fieras en presencia de un pueblo que se gozaba en sus tormentos ?

Se alega que todas las religiones falsas han tenido mártires y que no por eso se ha de tenerlas por verdaderas. Los que esto alegan dan muestras de no conocer la historia. Y en efecto, la historia nos dice que los que han muerto en las falsas religiones están muy distantes de merecer el glorioso título de mártires. Eran frenéticos furiosos, de esos que suelen llevar á extremos censurables las causas religiosas y políticas.

Y así, los musulmanes, que combatían con las armas al grito de Alah y su Profeta, no eran mártires, sino soldados que pretendían imponer por la fuerza su doctrina. Los dona-

tistas buscaban la muerte por vanagloria, precipitándose á lo que ellos creían martirio sin necesidad y sin objeto. Los hugonotes morían como sediciosos, como asesinos y perturbadores del órden público. Los idólatras, que se arrojaban bajo las ruedas de los carros que conducían á sus dioses, no eran más que hombres ignorantes é insensatos que creían ejecutar un acto agradable á sus ridículas divinidades.

¿Y cómo comparar estas clases de hombres con los mártires cristianos ? Estos no combatían con las armas como los musulmanes : se sacrificaban como mansos corderos sin oponer contra sus perseguidores otra cosa que su invicta paciencia y la libertad del alma. Habrían podido defenderse con las armas, puesto que tenián á su favor la intrepidez, el número y hasta la fortuna. Pero no tuvo el imperio súbditos más sumisos y respetuosos en todo lo que no se oponía á la ley de Dios. Recordad, Señores, la representación dirigida al emperador Maximiano por el jefe de la legión tebana, compuesta de seis mil bizarros guerreros cristianos : « Soldados tuyos somos, decía Mauricio, pero también somos siervos del Dios verdadero. Ordénanos cosas justas y nos hallarás dispuestos á emprenderlo todo por tu gloria. Muéstranos al enemigo y respondemos de su derrota ; armados estamos para afianzar la seguridad del imperio ; pero no para inmolar injustamente á súbditos suyos y hermanos nuestros... Cristianos primero que soldados, así sabemos morir por Dios como en servicio del emperador. Nos has diezmado sin maldecirte y sin sublevarnos : vierte todavía, si quieres, toda nuestra sangre, que no nos defenderemos : más vale morir que manchar la conciencia... »

Los cristianos no se precipitaban al martirio como los herejes donatistas : esto les estaba severamente prohibido : comparecían ante los tribunales cuando eran sorprendidos ó delatados. Mucho menos eran ajusticiados por sediciosos ó perturbadores del orden público : entre las muchas sediciones que se promovieron contra los emperadores, no hubo en trescientos años una sola promovida por los cristianos.

Sabían por el Evangelio que no es lícito rebelarse contra la autoridad legítima, aunque sea ejercida por mandatarios indignos, y si rehusaban adorar á los ídolos, era porque ninguna autoridad tiene derecho para ordenar cosas contrarias á la conciencia.

¿Y qué decir, Señores, de la idea de atribuir á fanatismo la conducta heróica de los mártires ? Diremos que esta afirmación indica un desconocimiento absoluto del lenguaje y de la historia ; porque el que sabe lo que es fanatismo y conoce la conducta de los mártires, no podrá dejar de reconocer la inconciliable contraposición que existe entre el fanatismo y el martirio.

Y en efecto, el fanatismo consiste en defender con tenacidad, furor y exaltación opiniones erradas en materia de religión. Por consiguiente el fanatismo encierra dos cosas : opinión errada y exaltación violenta del ánimo. Ninguna de estas condiciones se verificaban en los mártires : no morían por opiniones erradas, toda vez que morían por no adorar como dioses á los ídolos paganos ; y no iban á la muerte con el ánimo exaltado del frenético ni con el furor violento del demente. Iban, como lo atestiguan las Actas, tranquilos, resignados, pacientes, sin proferir palabras de odio, de cólera, de venganza, contra los tiranos y sus verdugos. Y esta serenidad y mansedumbre en medio de los más crueles suplicios eran tan admirables y conmovedoras, que muchas veces se convirtieron ante este espectáculo los mismos victimarios.

Además, ¿es creible que doce millones de personas de toda condición se dejasen arrastrar por los furores violentos del fanatismo ? Nadie ignora que estas exaltaciones fanáticas son raras en el mundo ; ¿y sólo en los mártires llegarían á ser un mal común, una epidemia universal que duró tres siglos ?

Señores : os he dicho al comenzar esta conferencia que un duelo á muerte se trabó entre el paganismo y el cristianismo. Y puesto que en toda guerra hay un vencedor y un venci-

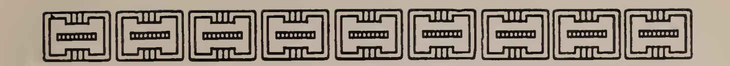
do, llega el momento de preguntar quién fué el vencedor en esa guerra de tres siglos. ¿Triunfó el paganismo defendido por legiones invencibles, ó triunfó el cristianismo con la sangre de los mártires? ¿Á quién correspondió el triunfo definitivo, al fuerte ó al débil?

La historia responderá. El 29 de Octubre del año 312 ondeaba en el Capitolio el estandarte de la cruz y un ejército pagano saludaba presentando las armas el signo augusto de la Redención; y se oyeron en los jardines del Vaticano las aclamaciones de las cohortes romanas que decían: « Gloria al Eterno que reina en lo infinito y paz en la tierra á los siervos de Cristo. »

¿Qué había sucedido? Queriendo dar la paz á la Iglesia y al mundo, Dios había puesto la victoria y la justicia en manos de un príncipe ilustre, cuyo destino providencial le fué indicado por una gran cruz que brilló en el zafir del cielo, en la cual se leía esta inscripción: « Con este signo vencerás.» Y con ese signo venció Constantino á sus enemigos, y un día se encontró solo y en pie sobre el trono de los Césares paganos, y abarcando con su poder cuantas tierras y mares reconocían las leyes de Roma, restituyó al universo la paz de los tiempos de Augusto.

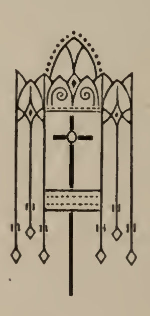
Olvidáronse entonces los males antiguos y el cristianismo vió terminada su larga y dolorosa prueba con la libertad que le otorgaban las leyes. No necesitaba más para su triunfo; pero para que su victoria fuese más completa y esplendorosa, un edicto imperial le declaró religión oficial imperio.

Desde entonces comenzó la lenta agonía del paganismo hasta que terminó con la muerte el día en que los pueblos bárbaros, traídos por la mano de Dios desde lejanas regiones, cavaron la ancha fosa en que fué sepultado el imperio romano, verdugo de los mártires.



ÍNDICE.

CONFERENCIAS SOBRE EL DOGMA CATÓLICO.



Turnhout (Bélgica) — Establecimientos Brepols. S. A.

ERRATA.

Pág.					
X	línea	16	procurarles	en lugar de	procurarlos.
XI	«	26	que lo han	«	que le han
18	«	20	gañarse ;	«	gañarse,
26	«	14	deliberar	«	delibar
26	«	14	deliberar	«	delibar
30	«	23	Ya es el	«	Ya el
32	«	22	proporcionada,	«	proporcionada
63	«	18	ninguna	«	ningúna
80	«	12	unos	«	uno
84	«	28	vez que	«	vez de que
152	«	3	..gente sólo	«	...gentes ólo
152	«	36	saturán-	«	saturan-
163	«	12	recompensa,	«	recompensa
214	«	12	reparte	«	reparto
267	«	21	suba al	«	sub al
270	«	10	millones	«	mi lones
286	«	35	Laboula ye :	«	Laboula e :
300	«	11	juventud,	«	juventud
300	«	12	vida,	«	vida
340	«	15	valor	«	valo
356	«	1	Muchas	«	Mucha
395	«	14	lloran ?	«	lloran
398	«	10	es muerta,	«	es muerte,
401	«	29	conduciría	«	conducir a
401	«	34	Señores,	«	eñores,
406	«	21	¿Queréis	«	¿Quer is
408	«	6	mostráis	«	mostr is
408	«	14	me siento	«	me s ento
412	«	30	serán	«	ser n
413	«	32	y si nó	«	y si no
415	«	27	universalidad.	«	universali ad.
418	«	20	sabiduría	«	sabidur a
418	«	30	adeptos	«	adoptos
420	«	17	entre los	«	entre osl
424	«	28	del imperio.	«	imperio.






BX1751 .V49
Conferencias sobre el dogma catolico
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00036 2451